

CRISIS MUNDIAL Y LOS LÍMITES DEL CAPITALISMO

Textos sobre la crítica del valor, la teoría de la crisis, la
devastación ecológica y la subjetividad moderna

CRISIS MUNDIAL Y LOS LÍMITES DEL CAPITALISMO

Textos sobre la crítica del valor, la teoría de la crisis, la
devastación ecológica y la subjetividad moderna

Norbert **Trenkle**
Ernst **Lohoff**
Peter **Samol**
Neil **Larsen**

Traducción de **Javier Blank**



Crisis mundial y los límites del capitalismo
*Textos sobre la crítica del valor, la teoría de la crisis, la devastación
ecológica y la subjetividad moderna*

© Norbert Trenkle, 2025

© Ernst Lohoff, 2025

© Peter Samol, 2025

© Neil Larsen, 2025

© Fondo Editorial del Instituto para la Investigación Social del Perú (FEIISP)
Mz. B, Lt. 24, Asoc. Viv. Los Claveles de Collanac, Pachacamac, Lima 11, Perú
E-mail: fondoeditorialiisp@gmail.com
RRSS: @fondoeditorialdeliisp
Contacto: (+51) 981 366 667

Hecho el Depósito Legal en la
Biblioteca Nacional del Perú: 2025-09276
ISBN: 978-612-49760-1-8

Primera edición: setiembre de 2025

Tiraje: 300 ejemplares

Diseño de cubierta y portadas de capítulos: Jimena Fabiola Pino Tovar

Fotografía de la portada: Ají Esquizofrénico Studio

Corrección de estilo, formato y cuidados de edición: Miguel Malpica

Traductores: Javier Blank, Ezequiel Martínez Llorente, Mariano Campos,
Facundo Martín, Dora de la Vega, Silvia Said Algaba, Cigarras solidarias
y Antiforma

Asistente de edición y revisión de traducciones: Javier Blank

Editor: Miguel Malpica

Director de Gestión Editorial y Relaciones Públicas: Rodrigo Palao Paucar

Director del FEIISP: Wemy B. Flores

Prohibida la reproducción total o parcial de las características gráficas de este
libro por cualquier medio sin permiso del Fondo Editorial del Instituto para la
Investigación Social del Perú.

Impreso en Gráfica Peru Art E.I.R.L.

Jirón Las Crucinelas 480, San Juan de Lurigancho, Lima-Perú

Impreso en Perú

ÍNDICE

Prólogo.....	9
--------------	---

Introducción	13
--------------------	----

Capítulo I. La crítica del valor

Insociable sociabilidad. La contradicción entre el individuo y la sociedad como núcleo de la teoría social crítica <i>Norbert Trenkle</i>	19
---	----

“Se necesita una nueva perspectiva de emancipación social”. Conversación con Ernst Lohoff y Norbert Trenkle sobre el surgimiento y desarrollo de la crítica del valor, la crisis fundamental del capitalismo y el creciente irracionalismo social	37
--	----

Capítulo II. Trabajo, valor y crisis del capitalismo

La crisis del trabajo abstracto es la crisis del capitalismo <i>Norbert Trenkle</i>	63
--	----

La mercancía general y sus misterios. Sobre el significado del dinero en la crítica de la economía política <i>Ernst Lohoff</i>	73
---	----

La crisis del trabajo y los límites de la sociedad capitalista <i>Norbert Trenkle</i>	109
--	-----

Cuando la riqueza destruye riqueza. El capitalismo inverso y sus límites <i>Ernst Lohoff</i>	123
---	-----

El trabajo en la era del capital ficticio <i>Norbert Trenkle</i>	131
---	-----

Capítulo III. La lucha de clases

Lucha sin clases: ¿por qué el proletariado no resurge en el proceso de crisis capitalista? <i>Norbert Trenkle</i>	147
---	-----

El otro Marx. Por qué no se da una nueva lucha de clases... y, no obstante, la teoría de Marx continúa muy actual <i>Norbert Trenkle</i>	167
--	-----

Capítulo IV. Subjetividad e ideología en el capitalismo

Narcisismo como norma. La deformación psíquica en la sociedad capitalista tardía <i>Peter Samol</i>	181
---	-----

Ascenso y caída del hombre trabajador. Para una crítica de la masculinidad moderna <i>Norbert Trenkle</i>	189
---	-----

La jerga de la decolonialidad <i>Neil Larsen</i>	195
---	-----

Avance hacia la regresión. Para una crítica del nacionalismo de izquierda <i>Norbert Trenkle</i>	215
---	-----

Capítulo V. Los límites ecológicos del capitalismo

Como arena en el mar. Pequeña economía política del imperativo del crecimiento <i>Ernst Lohoff</i>	235
---	-----

Costos desplazados. La lógica de externalización de la producción capitalista de riqueza y su abolición <i>Norbert Trenkle</i>	255
--	-----

Anexos

Procedencia de los textos	291
---------------------------------	-----

PRÓLOGO

Aunque en el Perú el marxismo ha tenido y tiene un terreno muy fértil, hay una verdad inquietante. Los estudios alrededor de la teoría de Marx, específicamente, sobre la crítica de la economía política son —en la actualidad— muy escasos en nuestro país, tanto los realizados por autores, como también por editoriales peruanas que publican a investigadores nacionales y extranjeros. No obstante, a pesar de ser un número poco abundante, las publicaciones sobre la crítica de la economía política han existido, como tenaz iniciativa, a lo largo del siglo XX y del naciente siglo XXI. En tal sentido, a través de autores, editoriales y libros que han abordado el estudio de la economía peruana y mundial, tomando a Marx como punto de referencia gravitante, se ha construido una bibliografía que es necesaria continuarla y, sobre todo, desarrollarla.

No pretendemos hacer, a continuación, una lista exhaustiva de investigaciones, autores y obras, pero presentaremos las publicaciones más relevantes sobre el tópico en cuestión. Hemos dejado de lado, de manera premeditada, documentos partidarios que analizan el carácter económico de la sociedad peruana desde Marx. No debemos no mencionarlos, pero tampoco podemos nombrarlos en extenso. Al respecto, ocurre un problema, identificado por Miguel Gutiérrez en su libro *La generación del 50: un mundo dividido* (1988, Ediciones Séptimo Ensayo). Inmensamente ricos, en términos políticos e ideológicos, resulta complejo ubicar a los intelectuales orgánicos y conocer, por ende, una autoría exacta de dichos documentos. Esta breve mención la hacemos, además, para dejar una tarea pendiente, que puede formularse en una pregunta: ¿hasta qué punto son exactos o, por lo menos, rigurosos los análisis económicos realizados por el conjunto de partidos políticos de izquierda de la segunda mitad del siglo XX? De cualquier manera, el libro que hoy tiene en sus manos, amable lector, tendrá una bibliografía con la que dialogar y en esta nos detendremos, en las siguientes líneas, organizándola en tres etapas.

En una primera etapa, podemos designar a *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (Empresa Editora Amauta, 1928) y *Defensa del marxismo* (Empresa Editora Amauta, 1934) como los libros fundacionales de los estudios e investigaciones desde la crítica de la economía política sobre la estructura del Perú. El primer libro es un análisis de los aspectos más relevantes de la realidad nacional, ubicando a la economía como el objeto de estudio principal. Por otro lado, el segundo es una exposición de lo qué es el marxismo y su vigencia, precisamente, para el estudio de la realidad. A estos libros les siguen las obras de Virgilio Roel, Guillermo Rochabrún —aunque su obra haya sido publicada de manera compilada muchos años después—, José Carlos Ballón y Raimundo Prado, a quienes podemos ubicar en una segunda etapa. Con una vasta obra sobre economía —pero al mismo tiempo poco difundida y discutida—, podemos destacar de Roel el libro *Teoría económica marxista* (Editorial Gráfica Labor, 1973), donde discute sobre el valor-trabajo, el capital financiero y la teoría de la crisis —temas abordados en el presente libro—. Se pueden mencionar también los dos folletos de Roel, *La actual crisis económica* (Editorial Alfa, 1976) y *La crisis general del capitalismo y de la economía peruana* (Editorial Alfa, 1978) que, a pesar de ser breves, dotan de un interés riguroso al debate sobre la crisis en aquellos años. Se encuentran también las obras de Guillermo Rochabrún, compiladas en sus libros *Batallas por la teoría. En torno a Marx y el Perú* (Instituto de Estudios Peruanos, 2009) y *El capital de Marx. Afirmación y replanteamiento* (Editorial Ande, 2021). Rochabrún es, concretamente, el primer y único autor peruano que le ha dedicado un libro entero a *El capital*. Si esa responsabilidad le ha correspondido a Rochabrún, a José Carlos Ballón, con su libro *El marxismo y la naturaleza de la crisis actual* (Editorial Lumen, 1979), también podemos asignarle la responsabilidad de investigar la crisis mundial y nacional desde Marx de manera explícita y desde una formación filosófica, siendo uno de los primeros y pocos en hacerlo. Aunque no es, en estricto, un libro sobre la economía peruana o mundial desde el marxismo, el libro *El concepto de ideología en Marx* (Editorial Mantaro, 2008), en donde Raimundo Prado explica que la ideología está relacionada con los modos de producción, puede presentarse como un estudio importante de la subjetividad desde el marxismo.

De manera actual, y en una tercera etapa, se puede mencionar el libro *El poder de las preguntas. Ensayos desde Marx sobre el Perú y el mundo contemporáneo* (Fondo Editorial de la UCH, 2019), coordinado por Omar Caverio —cuyo capítulo II discute sobre el capitalismo en el Perú y América Latina— además de los libros publicados por la Editorial Ande. *El capitalismo hoy. Capitalismo y crisis en el siglo XXI*, de Carlos Alarcón (2022), *Crítica de la economía política. Lecturas en torno a la teoría del valor de Karl Marx*, coordinado por Óscar Martínez (2023), *¿Forma valor o sustancia valor? Debate sobre El capital de Marx*, de Andrew Kliman y Fred

Moseley (2024), entre otros libros, han buscado, en pocos años, insertar al Perú en el mercado de publicaciones sobre crítica de la economía política. Finalmente, y en la línea de las investigaciones de Raimundo Prado, encontramos la tesis de licenciatura de Juan Pablo Rojas, *La realización de la filosofía en Karl Marx* (2018, Universidad Nacional Mayor de San Marcos). Al mencionar el libro de Raimundo Prado hicimos un énfasis necesario: no es un libro principalmente de crítica de la economía política, pero sí es un libro sobre un asunto —la subjetividad— al que se da solución mediante la crítica de la economía política. Lo mismo ocurre con la investigación de Rojas en su estudio sobre la filosofía.

Por supuesto que estas menciones bibliográficas pueden ser cuestionadas. Es evidente que tiene limitaciones. Toda selección es arbitraria y mantiene un margen de error comprensible. Pero hemos usado dos criterios básicos para nuestra elección: los libros debían abordar temáticas de la crítica de la economía política o que sus conclusiones sean posibles solo mediante dicha crítica. Lo que hemos buscado, finalmente, con esta elección bibliográfica es proponer una red de investigaciones que arrojen a este libro, que no lo encuentren solo, sino que lo acompañen —como decíamos al inicio de esta presentación— en un diálogo necesario. Así las cosas, el Fondo Editorial del Instituto para la Investigación Social del Perú publica *Crisis mundial y los límites del capitalismo*. Iniciamos con este libro nuestra nueva colección, “Crítica de la Economía Política”, que tendrá como objetivo la difusión —organizada, planificada y masiva— de esta propuesta teórica, gestada por Marx, y que hoy es una obligación continuar.

Inicialmente el libro se llamaba *Crisis mundial en la era del capital ficticio*. Pero existía la posibilidad de que este nombre suene muy arriesgado para un público —aunque muy interesado en la crítica al capitalismo— que no conoce en amplitud, todavía, las propuestas de la crítica del valor, generadas alrededor de la revista *Krisis*, especialmente la idea de que nos encontramos en la era del capital ficticio. Con este libro, por lo tanto, se propone iniciar una reflexión, en el Perú y América Latina, que motive una teoría crítica social que apunte a los fundamentos y las categorías del capitalismo, sin caer en un bucle que lleve a los movimientos emancipatorios a proponer regresar al capitalismo fordista, defendiéndolo como una opción anticapitalista. En el panorama actual, existe una pléyade de intelectuales y militantes de izquierda que expresan su oposición radical al capitalismo, pero sus propuestas teóricas resultan ser solo una variante del capitalismo. Buscan huir del capital ficticio, pero solo arriban al capitalismo de base industrial. Creen que este último estado de cosas capitalista es la solución al ficticio estado actual de la economía. Pero en esta reflexión solo encontramos una de las grandes equivocaciones de los movimientos políticos de izquierda contemporáneos.

Es cierto que el capital ficticio ha *salvado* al capitalismo de diversas crisis, pero es también responsable de su crisis actual. Realizar hoy una teoría crítica de la sociedad sin mencionar al capital ficticio sería echar por la borda décadas de experiencia intelectual e histórica sobre la manera en cómo el capitalismo ha sobrevivido hasta nuestros días. No obstante, no hay mucho que agregar a este *Prólogo*, ya que, por lo demás, el lector encontrará en la *Introducción* de Norbert Trenkle una explicación muy sustentada de los motivos de existencia de este libro. A lo largo de las próximas páginas el lector encontrará no solo el inicio de un nuevo aprendizaje sino, sobre todo, el final de viejas ideas sobre la crítica al capitalismo.

El Editor

INTRODUCCIÓN

Con los textos de este libro queremos ofrecer al público hispanohablante (no solo) de Perú una aproximación al trabajo de una teoría social crítica desarrollada en el marco de la revista *Krisis*, conocida también como *crítica del valor*. Este término requiere, sin duda alguna, una explicación. Se debe a una nueva lectura de la teoría de Marx, desarrollada en Alemania en la década de 1970 a partir de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt. A diferencia del marxismo tradicional, que siempre se centró en la contradicción de clases, esta teoría toma el mismo punto de partida que *El capital* de Marx: la «forma elemental» (Marx) de la riqueza capitalista, es decir, la mercancía y el valor. El debate al respecto se centró inicialmente en la reconstrucción de las categorías de Marx, en particular la categoría de la forma-valor y su relación con la categoría del capital, pero apenas superó este nivel tan abstracto. En la década de 1980 retomamos este debate e intentamos aplicarlo al análisis del capitalismo contemporáneo. En el contexto de la crisis fundamental del modo de producción y de vida capitalista, que hoy se agudiza de forma amenazadora, pero que ya había iniciado y era palpable en la década de 1970, la teoría y el análisis de la crisis desempeñaron un papel importante. Esta es también la razón por la que llamamos a nuestra revista *Krisis* y nos hemos dado a conocer con el nombre de Grupo Krisis.

La etiqueta «crítica del valor», que se ha establecido para designar nuestro enfoque teórico, remite a este origen y punto de partida, pero en cierto modo es engañosa. Podría parecer que queremos reducir todo el contexto social a la categoría del valor y caer así en la trampa de un estrechamiento «economista». Pero esto es erróneo en varios sentidos. En primer lugar (1), según nuestro entendimiento, el valor es mucho más que una mera categoría económica; se trata más bien de una *forma básica de mediación social* que contribuye de manera específica a establecer la cohesión (siempre precaria) de la sociedad capitalista. Al poner en

relación los trabajos privados aislados, las relaciones sociales adoptan la forma de una relación entre cosas y se independizan de las personas: el famoso fetichismo de la mercancía y el valor. Por otro lado (2), esta mediación también remite a otra dimensión más profunda de la sociedad capitalista, que la distingue de todas las demás sociedades conocidas. Consiste en que los seres humanos entran en sociedad como individuos aislados y se socializan persiguiendo sus intereses particulares unos contra otros. Así, paradójicamente, la *sociabilidad* adopta aquí la forma de la *privacidad*. Esta contradicción específica entre privacidad y sociabilidad impregna la sociedad capitalista en todas sus ramificaciones y debe ser mediada constantemente (véase el ensayo *Insociable sociabilidad* en este libro).

No obstante, esta mediación (3) no es realizada únicamente por el valor y el trabajo abstracto que este representa, sino también por otras dos formas sociales básicas: la forma jurídica y la forma-sujeto. La *forma-sujeto* es el modo en que los individuos aislados se relacionan entre sí, con la sociedad, con la naturaleza y consigo mismos. En ella se expresa la exterioridad y el extrañamiento [*Äußerlichkeit und Fremdheit*] fundamentales que caracterizan esta relación: como sujetos, los seres humanos convierten en objeto todo lo que está fuera de ellos mismos (incluido el propio cuerpo). De ello se deriva también la relación específicamente capitalista con la naturaleza, que la reduce a su función de material utilizable, que puede consumirse y destruirse de forma más o menos arbitraria (véase el capítulo 5). La forma-sujeto está, por tanto, siempre vinculada a una forma determinada de acción: el sujeto representa el lado activo de la cosificación social y ejecuta los imperativos y las coacciones sociales. Por último, en la *forma jurídica*, los actores sociales hacen valer sus reivindicaciones e intereses particulares unos frente a otros y se relacionan entre sí según un conjunto de normas abstractas y generales. De este modo, la competencia general se desarrolla de manera (relativamente) pacífica. Al mismo tiempo, el derecho también media la relación entre los individuos y la sociedad con el Estado. Por un lado, las disposiciones estatales adquieren un carácter abstracto y general (leyes, decretos), pero, por otro lado, el derecho también debe proteger a los miembros de la sociedad del poder altamente concentrado del Estado moderno. Por lo tanto, el reconocimiento como sujeto de derecho es de vital importancia para el pleno reconocimiento dentro de la sociedad capitalista. Solo quien dispone de derechos y puede ejercerlos en la práctica está en condiciones de defender sus intereses dentro del marco de las normas sociales y defenderse contra la arbitrariedad de otros miembros de la sociedad y del Estado.

Sin embargo, por más que estas tres formas de mediación social tengan un carácter abstracto y general, no son en absoluto universales en sentido estricto, ya que (4) siempre se basan en exclusiones sistemáticas. Por lo tanto, su universalismo es, en última instancia, una ficción. La forma-valor se basa en la apropiación

ción de las actividades de cuidado no remuneradas (y realizadas en su mayoría por mujeres) y en la explotación de la naturaleza. La forma-sujeto se constituye en la delimitación de grupos de personas que no se consideran sujetos porque supuestamente no son dotados de razón —históricamente sobre todo las mujeres y las personas no blancas. Y la forma jurídica solo se aplica a las personas reconocidas como ciudadanas dentro de un Estado, excluyendo, por ejemplo, a los apátridas o a los refugiados ilegalizados. Aunque los límites de estas exclusiones son objeto de una lucha permanente y, por lo tanto, se desplazan a lo largo de la historia, también se restablecen constantemente. Por lo tanto, el universalismo de las formas burguesas no es más que una pretensión irrealizable. Esto también constituye una contradicción elemental de la sociedad capitalista.

No obstante, de estas contradicciones internas de esta «insociable sociabilidad» y de su mediación siempre precaria se deriva también la dinámica histórica incontrolable del modo de producción y de vida capitalista y su dinámica de crisis inherente. Porque las contradicciones solo se resuelven de forma temporal para luego reproducirse a un nivel superior. Es precisamente ahí donde hay que buscar la causa más profunda de la crisis fundamental del sistema capitalista mundial a la que nos enfrentamos hoy en día. Después de haberse expandido inicialmente a una velocidad vertiginosa por todo el planeta, la socialización capitalista está llegando ahora a sus límites en todos los ámbitos: económico, ecológico, social y político. Es cada vez más evidente, que un modo de producción y de vida basado en la expansión permanente, la externalización sistemática de los costos y la exclusión de gran parte de la población mundial nunca puede ser «sostenible», por mucho que se debata en conferencias internacionales.

Por supuesto, esto ya se veía venir desde hacía tiempo. Ya en los años 70 y 80 se hicieron evidentes los «límites del crecimiento» y los costos ecológicos de la producción capitalista de riqueza, mientras que, al mismo tiempo, la dinámica económica se desaceleraba porque la tercera revolución industrial hacía que una gran cantidad de mano de obra se volviera superflua. Sin embargo, la gran crisis del sistema capitalista mundial pudo posponerse una vez más, aunque a costa de acumular un potencial de crisis aún mayor que ahora amenaza la existencia misma de la humanidad. Desde el punto de vista económico, esta «hazaña» se logró principalmente mediante el desplazamiento de la acumulación de capital a la esfera del capital ficticio, es decir, mediante lo que comúnmente se denomina financiarización. Esto permitió desencadenar una vez más un auge económico mundial del que también se beneficiaron algunos países del sur global, pero a un coste enorme. Se intensificó el saqueo de los recursos naturales y se impulsó la destrucción de los últimos espacios naturales, mientras que la polarización social alcanzó proporciones alarmantes. Al mismo tiempo, los Estados perdieron cada vez más su margen de maniobra frente al capital y (también como reacción

a ello) se fortalecieron los movimientos y partidos regresivos y autoritarios. En definitiva, el margen para seguir posponiendo la crisis se ha reducido progresivamente, mientras que la dinámica capitalista desatada resulta cada vez más en pura destrucción. Esto es precisamente lo que hace tan amenazante la situación mundial actual.

Por supuesto, estos procesos no han pasado desapercibidos en nuestra teoría. Una y otra vez nos hemos visto obligados a afinar nuestro instrumental conceptual para responder a los cambios sociales o a revisar conceptos cuando se revelaban insuficientes desde el punto de vista teórico. Así, Ernst Lohoff ha reformulado la teoría del dinero y, en relación con ella, la teoría del capital ficticio (véase el texto *La mercancía general y sus misterios*), ambas fragmentarias en Marx, lo que nos ha permitido comprender mejor la lógica interna y los mecanismos de la extensa prolongación de la crisis y analizar con mayor rigor su desarrollo (capítulo 2). Hemos precisado y actualizado la crítica al trabajo (capítulo 2) y a los mitos de la lucha de clases (capítulo 3) y profundizado nuestra teoría del sujeto (capítulo 4). Además, consideramos necesario criticar ciertas tendencias ideológicas cuestionables de la izquierda, como el nacionalismo y la teoría de la descolonización (capítulo 4). Y, por fin, en los últimos años, la cuestión ecológica y la relación capitalista con la naturaleza han pasado, a ocupar un lugar cada vez más central en nuestro trabajo teórico (capítulo 5).

Los textos de este libro datan de los últimos 10 a 20 años, por lo que ofrecen una visión relativamente actual del estado de nuestra teoría (que siempre está en desarrollo). Sin duda, gran parte de ellos rompen con las obviedades del discurso habitual de la izquierda. Si esto da pie a controversias, es precisamente lo que pretendemos.

Norbert Trenkle, junio de 2025

Traducción de Javier Blank

CAPÍTULO I

La crítica del valor

Insociable sociabilidad. La contradicción entre el individuo y la sociedad como núcleo de la teoría social crítica. **Norbert Trenkle.**

“Se necesita una nueva perspectiva de emancipación social”. Conversación con **Ernst Lohoff** y **Norbert Trenkle** sobre el surgimiento y desarrollo de la crítica del valor, la crisis fundamental del capitalismo y el creciente irracionalismo social.

INSOCIABLE SOCIABILIDAD¹

LA CONTRADICCIÓN ENTRE EL INDIVIDUO Y LA SOCIEDAD COMO NÚCLEO DE LA TEORÍA SOCIAL CRÍTICA

Norbert Trenkle

Traducción de Javier Blank

I

La pregunta fundamental de la sociología, tal y como la formuló Georg Simmel, “¿cómo es posible la sociedad?” (Simmel, 1908, p. 42), arroja una luz importante tanto sobre el objeto de observación como sobre la posición del observador. Lo que parece ser una cuestión fundamental sobre el carácter de la “sociedad en general” solo surge cuando se tiene en cuenta la naturaleza peculiar e históricamente específica de la sociedad burguesa-capitalista, que se caracteriza por una contradicción fundamental entre el individuo y la sociedad. Una indicación de la naturaleza histórica de esta contradicción es que solo fue abordada a partir del inicio de la modernidad. Desde entonces, ocupa con frecuencia el pensamiento de la filosofía social y las ciencias sociales. Thomas Hobbes formuló la famosa frase “el hombre es lobo para el hombre”. Para él, las personas son “por natura-

¹ El texto se basa en una ponencia para el seminario “Capital, crisis, crítica categorial” realizado en Karlsruhe (Alemania, del 5 al 7 de abril de 2019), que posteriormente fue ampliamente revisada. Tiene el carácter de un documento de debate y se seguirá elaborando en los próximos meses.

leza” individuos egoístas que solo siguen sus inclinaciones o aversiones particulares y siempre están ansiosos por hacer valer sus propias ventajas e intereses sobre otros individuos atomizados. Según Hobbes, la sociedad solo es posible mediante la sumisión de los individuos a un aparato estatal todopoderoso que determina de manera soberana las reglas de convivencia e impide que el choque general de intereses particulares degeneren en una guerra de todos contra todos. Aunque este punto de vista radical (calificado de “pesimista” o “realista” en relación con la “naturaleza humana”) ha recibido tanto elogios como rechazo, la melodía básica que establece una oposición elemental entre el individuo y la sociedad ha moldeado desde entonces, en muchas variaciones, las partituras de la filosofía social moderna y de la ciencia social.

Mandeville es probablemente el primero en formular la idea de que la búsqueda egoísta de intereses particulares no amenaza el contexto social, sino que, por el contrario, resulta involuntariamente en el bien común de la sociedad. De este modo, el autor estableció un patrón de pensamiento que, al menos desde Adam Smith, quien retomó esta idea y la desarrolló sistemáticamente, determina la teoría económica liberal. Sin embargo, la contradicción entre el individuo y la sociedad también caracteriza el pensamiento filosófico fuera del discurso económico. Kant, por ejemplo, transfiere esta contradicción, denominada significativamente antagonismo, al propio “hombre” y la designa adecuadamente con el concepto de “insociable sociabilidad” (*ungeselligen Geselligkeit*). Con ello quiere nombrar la “tendencia” de las personas:

“A entrar en sociedad que, sin embargo, va unida a una resistencia constante que amenaza perpetuamente con disolverla. Esta disposición reside, a las claras, en la naturaleza del hombre. El hombre tiene una inclinación a entrar en sociedad; porque en tal estado se siente más como hombre, es decir, que siente el desarrollo de sus disposiciones naturales. Pero también tiene una gran tendencia a aislarse; porque tropieza en sí mismo con la cualidad insocial que le lleva a querer disponer de todo según le place y espera, naturalmente, encontrar resistencia por todas partes, por lo mismo que sabe hallarse propenso a prestársela a los demás.” (Kant, 1784, p. 20 y ss.).

Según Kant, este “antagonismo” es una de las fuerzas motrices esenciales de la historia humana, en la medida en que lleva a los hombres a realizaciones culturales. Además de la razón en el sentido del imperativo categórico, Kant también considera indispensable, un Estado fuerte para controlar las fuerzas opuestas y conducir a las personas en la dirección correcta.

II

También Marx sitúa la contradicción entre el individuo y la sociedad en el centro de su pensamiento y la convierte en el punto de partida de su teoría crítica de la sociedad capitalista. En contraste radical con los economistas burgueses y los pensadores ilustrados, Marx no tiene ninguna duda de que la división de la sociedad en individuos aislados no representa en modo alguno un “estado de naturaleza”, sino la estructura básica o la forma básica de la socialización burguesa. Marx se burla repetidamente de las “robinsonadas” de los economistas burgueses que proyectan esta estructura básica en los albores de la historia humana y, al igual que Adam Smith, admiten que los hombres tienen un impulso natural hacia el comercio y el intercambio de bienes. Así, escribe en los *Grundrisse*:

“La reducción de todos los productos y de todas las actividades a valores de cambio presupone tanto la disolución de todas las rígidas relaciones de dependencia personales (históricas) en la producción, como la dependencia recíproca general de los productores. No solo la producción de cada individuo depende de la producción de todos los otros, sino que también la transformación de su producto en medios de vida personales pasa a depender del consumo de todos los demás [...] Lo que Adam Smith, a la manera propia del siglo XVIII, sitúa en el período prehistórico y hace preceder a la historia, es sobre todo el producto de ésta” (MEW 42, p. 89 y ss. [edición en español de Siglo XXI, p. 83]).

Para él, la cuestión decisiva no es un “interés general” resultante de la búsqueda de todos los individuos de sus intereses particulares, como afirma Smith, ni, por el contrario, como supone Hobbes, si esta búsqueda conduce a la guerra de todos contra todos. “El punto”, escribe, “está sobre todo en que el propio interés privado es ya un interés socialmente determinado y puede alcanzársele solamente en el ámbito de las condiciones que fija la sociedad y con los medios que ella ofrece; está ligado por consiguiente a la reproducción de estas condiciones y de estos medios. Se trata del interés de los particulares; pero su contenido, así como la forma y los medios de su realización, están dados por las condiciones sociales independientes de todos” (MEW 42, p. 90 [84]).

Este “punto de partida” es fundamental para toda la teoría de Marx. La contradicción entre el carácter privado (*Privatheit*) abstracto de los individuos aislados y la generalidad abstracta de su contexto social es el primer paso de su crítica de la economía política y le permite descifrar la lógica interna de la sociedad capitalista. Lo que caracteriza el “método” de Marx es que no se limita a rechazar las ideas de los pensadores burgueses por “falsa”, sino que las invierte al mostrar que el supuesto “estado de naturaleza” representa, en realidad, la estructura básica

históricamente específica de la sociedad burguesa. Este paso lo mantiene vinculado a la economía política y, al mismo tiempo, le permite volverla críticamente contra sí misma. De este modo, efectúa un cambio de perspectiva que hace posible la crítica radical de la sociedad burguesa.

III

Marx rompe así también con uno de los supuestos centrales de la economía política clásica, que aún hoy caracteriza a la ciencia económica: el “individualismo metodológico”². Aunque este término no se acuñó hasta el siglo XX³, el procedimiento metodológico al que se refiere es mucho más antiguo y se remonta al origen del pensamiento burgués. Se trata básicamente de explicar los procesos y estructuras sociales a partir de las acciones de individuos aislados, suponiendo implícita o explícitamente que estos tienen una determinada “naturaleza” o “esencia” que se da por sentada, es decir, ontologizada. En el caso de la economía política clásica, este supuesto es claro: el “ser humano”, siempre concebido como hombre blanco que piensa racionalmente (cf. Habermann, 2008, p. 130 y ss.), es esencialmente un *homo oeconomicus*, es decir, un individuo aislado que maximiza las ventajas, que persigue sus intereses privados (incluidos los de su familia nuclear, siempre concebida convenientemente como un apéndice) en competencia con otros individuos y que solo entra en contacto social con ellos cuando ve allí algún beneficio.

El enfoque de Marx es muy diferente. Cuando habla de individuos abstractos o de productores privados aislados, siempre supone (aunque no lo haga explícitamente) que se trata, ante todo, del resultado histórico de un largo proceso de imposición del capitalismo, en el que las personas fueron expulsadas de las comunidades y de los contextos de producción no capitalistas, que fueron gradualmente destruidos. El “ser humano” es, por lo tanto, históricamente constituido y no ese individuo abstracto “en sí mismo” que la economía política supone como algo natural. Por eso, querer explicar el funcionamiento de la sociedad capitalista precisamente a partir de estos individuos no es más que un argumento circular, que además cumple la función de legitimación ideológica. En segundo lugar, por

²También Michael Heinrich se refiere a ello, hablando de una “ruptura con el campo teórico de la economía política” (Heinrich, 1999, p. 154 y ss.). El hecho de que él traslade la mediación de la oposición entre individuo y sociedad a la esfera de la circulación debe dejarse de lado por el momento.

³El término fue probablemente acuñado y utilizado por primera vez por el economista Joseph Schumpeter (1970, p. 90), que reivindicó como propio el enfoque metodológico que describe.

esta misma razón, Marx nunca aborda a los individuos de forma aislada, sino siempre como un momento de una forma de socialización fundamentalmente contradictoria, que se distingue precisamente por la separación entre individuos aislados y un contexto social que los confronta como algo que les es ajeno. Es parte de la esencia y la contradicción fundamental de la sociedad burguesa que, aunque los individuos existan aislados unos de otros, sean dependientes unos de otros como nunca antes en la historia. Sin embargo, su conexión social se constituye paradójicamente por el hecho de que persiguen sus intereses privados unos contra otros. O, parafraseando a Marx: “La dependencia mutua y generalizada de los individuos recíprocamente indiferentes constituye su nexo social” (MEW 42, p. 92 [84]).

Desde esta perspectiva, el concepto acuñado por Kant apunta a algo cierto; pero el “antagonismo” que atribuye a los propios “seres humanos”, que, por un lado, se esfuerzan por socializarse y, por otro, se resisten a ello porque, en última instancia, se sienten comprometidos únicamente con sus intereses privados, es una contradicción característica de la forma de relación social fundamental de la sociedad capitalista, que tiene el carácter de una “insociable sociabilidad”⁴. Sin embargo, a través de este cambio de perspectiva, dicho “antagonismo” ya no se presenta como un hecho ontológico inevitable, sino como una característica esencial de un tipo de socialización absurda, históricamente específica; absurda en la medida en que las personas se enfrentan aquí a sus propias relaciones sociales en forma de un vínculo social exteriorizado que obedece a su propia lógica cosificada. Es lo que con Moishe Postone (2003, p. 61) puede llamarse dominación abstracta o, en la terminología de Marx, fetichismo. La “insociable sociabilidad” es la forma fundamental de relación de la sociedad burguesa, a la que, en última instancia, se pueden remitir todas sus formas características de fetichismo. Esto es una anticipación del argumento que será fundamentado más adelante.

IV

En este contexto, resulta bastante sorprendente que Robert Kurz, en su último libro, acuse a Marx de haberse dejado llevar por el individualismo metodológico (Kurz, 2012, p. 169). Esta acusación se basa únicamente en la afirmación de que Marx comienza *El capital* analizando “la mercancía individual ideal-típica” (ibíd.)

⁴ El término “insociable sociabilidad” se ha utilizado en varios textos de crítica del valor desde la década de 1990 atribuyéndoselo en general a Marx. Sin embargo, que yo sepa, Marx no utiliza realmente este término en ninguna parte, aunque describe con bastante precisión la constitución contradictoria de la sociedad burguesa que él analizó.

y deriva de ahí la lógica de la relación social global⁵. Si Marx procediera realmente de esta manera, es decir, como Max Weber, la crítica de Kurz tendría algo de plausible. Sin embargo, el método de Marx es completamente diferente. Cuando toma la mercancía como punto de partida de su análisis, no se trata de cualquier cosa empírica, ni de un “tipo ideal” a la manera de Weber. Un tipo ideal es una construcción intelectual establecida a partir de observaciones empíricas y sirve para organizarlas y diferenciarlas analíticamente. Tiene sobre todo objetivos heurísticos, es decir, contribuye a comprender y describir sistemáticamente el contexto social global mediante un refinamiento y una diferenciación progresivos de las observaciones empíricas y su agrupación. Esto no tiene absolutamente nada que ver con el método de Marx de “ascender de lo abstracto a lo concreto” (Rosdolsky, 1968, p. 43). La mercancía con la que Marx inicia su análisis es, en efecto, una abstracción mental, pero no se forma a partir de la síntesis y catalogación de observaciones empíricas, sino que es ya el resultado de un proceso de investigación previo, presentado entonces de forma lógico-sistemática.

Cuando Marx comienza su exposición en *El capital* con la mercancía, no está hablando de cualquier mercancía empírica o de una supuesto “promedio ideal-típico” de todas las mercancías empíricamente observables, sino de la mercancía solo en la medida en que en ella se representa la forma de relación subyacente a la insociable sociabilidad. Esto queda claro por el hecho de que, en toda la primera sección, habla explícitamente solo de mercancías que son producto del trabajo, o más precisamente del trabajo privado aislado: “solo los productos de trabajos privados autónomos, recíprocamente independientes, se enfrentan entre sí como mercancías” (MEW 23, p. 57 [52]). Ernst Lohoff (2017) subrayó que sería absurdo suponer que Marx ignoraba la existencia de una multiplicidad de otras mercancías que no son, en modo alguno, producto del trabajo privado (en primer lugar, la mercancía fuerza de trabajo, pero también la tierra o la mercancía dinero, etc.). Así, cuando Marx hace esta reducción, lo hace de forma muy consciente, de acuerdo con su método. Parte de una abstracción: la mercancía como expresión y forma de representación de la contradicción específica entre privacidad y sociabilidad, es decir, una sociabilidad que se constituye en la forma de la privacidad. Sin embargo, esto solo puede hacerse porque, en el curso del proceso de investigación precedente, ya se ha obtenido una comprensión del contexto de

⁵ Kurz amplía el concepto de individualismo metodológico en el sentido de que no solo se refiere a las “acciones de los individuos”, “sino a un individuo ideal en general, es decir, también en sentido institucional o categorial” (Kurz. 2012, p. 59). En este sentido, escribe: “La mercancía individual, por muy idealmente que se la entienda, no puede contener la lógica de la relación misma y, por tanto, no puede ser objeto aislado del análisis de la esencia” (ibíd.). Para una crítica detallada de la acusación de Kurz de que Marx se dejó llevar por el individualismo metodológico, véase Lohoff (2017).

la totalidad capitalista, cuya característica fundamental es girar alrededor de un principio central: el trabajo abstracto y su forma cosificada de representación, el valor⁶. Solo por esta razón puede revelar los aspectos básicos de la lógica capitalista en la mercancía y, partiendo de esta abstracción, desplegar el contexto capitalista global.

V

Sin embargo, es una deficiencia de la exposición de Marx el no haber hecho explícita esta conexión y, con esta falta de claridad, haber dado lugar a interpretaciones muy divergentes y contradictorias de su teoría. Esto se aplica sobre todo al significado y la importancia de la forma-mercancía para el análisis del contexto capitalista total. Esta deficiencia, sin embargo, no se debe solo a una presentación inadecuada, sino que indica que Marx no puede deshacer este nudo de manera teórica y coherente en los términos de su propio modo de exposición. La esencia del problema es que, aunque Marx sitúa desde el principio la mercancía como producto del trabajo privado, no aborda directamente la etapa lógicamente presupuesta de esos trabajos privados y de la relación entre ellos, sino que solo la menciona de pasada. Al hacerlo, no atribuye al trabajo, al trabajo privado, la importancia sistemática que debería tener de acuerdo con la pretensión de ascender de lo abstracto a lo concreto. En definitiva, en contra de su propia pretensión, Marx no partió en *El capital* del primer nivel lógico, sino que lo omitió (ver también Lohoff, 2017).

Esta ambigüedad ya es visible en los *Grundrisse*. Marx considera aquí la división de la sociedad en individuos aislados. Su afirmación de que “la dependencia mutua y generalizada de los individuos recíprocamente indiferentes constituye su nexo social” se refiere al hecho de que los individuos se relacionan entre sí a través de su trabajo. A continuación, salta inmediatamente al nivel del valor de cambio y del dinero: “Este nexo social se expresa en el *valor de cambio*, y solo en éste la actividad propia o el producto se transforman para cada individuo en una actividad o en un producto para él mismo. El individuo debe producir un producto universal: el *valor de cambio* o, considerado éste en sí aisladamente e individualizado, *dinero*” (MEW 42, p. 90 [84]). Marx ignora aquí por completo el nivel de la mercancía. Lo incluye al principio del análisis de *El capital*, pero sin abordar explícitamente la estructura básica de la insociable sociabilidad y,

⁶ Solo debido a esta centralización podemos hablar de una totalidad, y solo por esta razón la sociedad capitalista es la única en la historia a la que se aplica este concepto en sentido estricto (cf. Postone, 2003, p. 133).

sobre todo, sin aclarar la relación entre mercancía y trabajo privado. Por un lado, como he mostrado, en algunos pasajes la mercancía se trata como producto del trabajo privado y, por lo tanto, se toma como base la relación entre el trabajo privado y la producción de mercancías; por otro lado, en algunos pasajes parece que esta relación solo se establece en el acto del intercambio. Y, finalmente, al menos en un momento dado, sugiere una interpretación naturalizadora, según la cual la potencia de producción de valor del trabajo se debería al gasto de energía (“nervio, músculo y cerebro”).

Sin embargo, el trabajo privado aislado y su producto, la mercancía, son de hecho las dos caras de la misma relación social. En otras palabras, la mercancía es la forma necesaria que deben adoptar los productos del trabajo privado aislado. En la sociedad capitalista, las personas se enfrentan entre sí como individuos aislados y son, al mismo tiempo, absolutamente dependientes unas de otras. Se relacionan produciendo cosas unas para otras. Sin embargo, lo hacen de una manera específica que refleja la relación social contradictoria básica: producen estas cosas de una forma que es, al mismo tiempo, privada y social. Lo que les interesa de las cosas que producen no es su uso material concreto, sino el hecho de que entran en una relación social con otras cosas producidas de forma privada, en la medida en que son, en cierto sentido, equiparables. Sin embargo, esta equiparación en tanto “cosas-valor” o representantes de valor solo es posible porque cosas cualitativamente diferentes tienen algo en común: son productos del trabajo privado aislado. Solo en este sentido históricamente específico se puede decir que el trabajo constituye la relación social y produce la mediación social. El valor, por su parte, no es más que la representación cosificada de esta relación social, que se remonta a la estructura básica de la insociable sociabilidad y no tiene absolutamente nada que ver con ningún tipo de “gasto de energía”⁷.

El trabajo es, por lo tanto, el lado activo de una relación social que se expresa de manera cosificada en el valor. Son los individuos aislados los que producen esta relación, actuando de manera históricamente específica dentro de la matriz presupuesta de la insociable sociabilidad y relacionándose entre sí en ella⁸. Desde un punto de vista lógico, el trabajo, como forma de acción de los productores privados aislados, debe representar, por lo tanto, el punto de partida de una crítica

⁷ En sus últimos escritos, Robert Kurz, por desgracia, siguió cada vez más una definición naturalizadora del trabajo abstracto como “gasto de trabajo humano y energía vital (nervios, músculos, cerebro)” (Kurz, 2012, p. 204), hasta el punto de hacer la extraña afirmación de que la “energía laboral sustancial gastada fluye... hacia un fondo total de capital” (*ibid.*).

⁸ El concepto de matriz pretende mostrar que la insociable sociabilidad es una cualidad en el fundamento más profundo de la sociedad, que precede a la forma de relación basada en ella y que no puede ser captada adecuadamente por el concepto de estructura.

de la economía política orientada al método de Marx de ascensión de lo abstracto a lo concreto. Al fin y al cabo, las mercancías solo existen como tales porque antes fueron producidas como productos del trabajo privado. Al mismo tiempo, los trabajos privados no pueden relacionarse entre sí como tales, sino solo en forma de mercancías. A esto se refiere Marx cuando habla del carácter fetichista de las mercancías y escribe que las personas se enfrentan a sus propias relaciones sociales como relaciones entre cosas que adquieren poder sobre ellas. Sin embargo, este carácter fetichista de las mercancías no surge recién del intercambio de mercancías, como se suele argumentar, sino ya de la mediación del trabajo⁹. El intercambio de mercancías es una consecuencia lógica. Allí no se produce la relación social entre individuos aislados, ella sólo aparece aquí en la forma de valor de cambio. Por lo tanto, si se omite el nivel de mediación a través del trabajo, se produce necesariamente una confusión en el desarrollo del análisis.

VI

Lo dicho hasta ahora podría sugerir que el análisis y la crítica de la sociedad capitalista en su conjunto deberían desarrollarse a partir de la categoría del trabajo privado o de la mediación del trabajo. No es esa la intención. Se trata, más bien, de determinar el punto de partida adecuado para la crítica de la economía política en el sentido del método de Marx. La crítica de la economía política es, sin duda, indispensable para comprender el vínculo interno de la sociedad capitalista y su dinámica histórica. Sin embargo, no es en modo alguno capaz de abarcar esta sociedad en todos sus momentos, y estos ciertamente no pueden ser “derivados” de la crítica de la economía política.

Los individuos aislados se relacionan entre sí y con su contexto social no solo a través del trabajo y llevando sus diversos trabajos en forma de mercancías al denominador común del valor, sino también vinculándose socialmente entre sí de otras maneras. Éstas están internamente relacionadas con la mediación del trabajo y la producción de mercancías, pero no pueden reducirse directamente a ellas. Su conexión interna reside, más bien, en el hecho de que todas ellas están insertas en la matriz de la insociable sociabilidad y resultan de ella. La omnipresencia de la categoría del interés apunta a esta conexión interna. Estamos acostumbrados a utilizarla sin problemas para caracterizar las relaciones entre las personas entre sí, con las cosas o con el entorno, en un sentido muy amplio que no se agota en absoluto en el significado económico común de la palabra. De

⁹Para más detalles sobre la mediación a través del trabajo, véase el libro de Postone (2003, p. 224 y ss.).

hecho, la omnipresencia de las relaciones de interés en la sociedad es todo menos algo natural; se refiere más bien a la forma históricamente específica en que las personas interactúan entre sí en la sociedad burguesa.

En la categoría de interés se expresa el hecho de que, entre el individuo y sus manifestaciones de vida, así como entre los individuos entre sí y su contexto social se interpone un tercero, mediador (Neuendorff, 1973, p. 18). Las necesidades no se expresan como tales, sino como interés en algo (en ciertas cosas o medios) que satisfacen esas necesidades. El interés propiamente dicho sigue siendo una caja negra. Ya no necesita justificación; se reconoce como una expresión de individuos que, por principio, no tienen que dar cuenta de sus impulsos, motivos y necesidades: “el interés aparece, así, como algo que se fundamenta en sí mismo. Es a la vez la razón y la consecuencia de la mediación entre dos entidades en principio esencialmente ajenas entre sí: el sujeto y sus objetos” (Neuendorff, 1973, p. 17). En este sentido, el interés es por excelencia la forma social de manifestación del individuo aislado. El yo como individuo aislado no necesita justificación para querer esto o aquello. Las razones para ello son exclusivamente suyas. Todos los intereses se reconocen como iguales en principio; son indiferentes en el doble sentido de la palabra.

El principio básico de todas las relaciones en la sociedad burguesa es, por lo tanto, la indiferencia. Las personas se relacionan entre sí como extraños, como otros exteriores, que, en el fondo, sólo se interesan por los demás en la medida en que pueden obtener algún beneficio privado¹⁰. En otras palabras: hacen del otro el objeto de sus intereses particulares. Al mismo tiempo, sin embargo, se colocan mutuamente en la condición de sujetos. Precisamente en este sentido, podemos decir que la forma fundamental en que los individuos aislados se relacionan entre sí y con la sociedad es la *forma-sujeto*.

¹⁰ Precisamente ahí radica el carácter profundamente instrumental de las relaciones en la sociedad burguesa. Este se asocia generalmente con el trabajo. Esto no es incorrecto, en la medida en que esta forma de relación se manifiesta con mayor claridad en la mediación a través del trabajo. Sin embargo, debería haber quedado claro que el carácter instrumental no se deriva en modo alguno de la forma material y concreta de la actividad en sí misma, del uso de herramientas o de la aplicación de la tecnología, como se supone a menudo en las ciencias sociales y como también ha defendido la teoría crítica clásica, en particular Max Horkheimer (véase Postone 2003, p. 169 y ss.). Más bien se basa en el hecho de que, en la sociedad capitalista, las personas entran en relación entre sí a través del trabajo, que es ante todo un medio para establecer el nexo social. En este sentido, el carácter instrumental del trabajo remite a la matriz subyacente de la insociable sociabilidad.

VII

La forma-sujeto, en esta perspectiva, no es otra cosa que la forma históricamente específica en que los individuos aislados se relacionan con el mundo o, en otras palabras, la forma general que adoptan el pensar, actuar y sentir en la matriz de la insociable sociabilidad. Esto se aplica no solo a las relaciones de las personas entre sí y con su contexto social, sino también a la relación con la naturaleza e incluso con el propio cuerpo, que aparece como algo moldeado y utilizable según la propia voluntad. El filósofo moderno René Descartes ya lo formuló de manera radical a principios de la era burguesa, cuando invocó la capacidad cognitiva del individuo aislado como única certeza. Aquí, el sujeto se reduce al punto de vista del puro “yo pienso”, mientras que todo lo demás, incluida la propia corporeidad, se atribuye al mundo de las cosas externas, la *res extensa*, sobre la que no sería posible hacer ninguna afirmación fiable, ya que se trata de algo ajeno al sujeto. Al hacerlo, anticipó lo que se establecería como forma general de relación social a lo largo de los tres o cuatro siglos siguientes (Lohoff, 2005, p. 28 y ss.). No en vano Descartes es considerado el fundador de la filosofía moderna del sujeto.

El concepto de sujeto aquí utilizado representa tanto un estrechamiento como una ampliación de su uso habitual en las ciencias sociales y en la filosofía. Estrechamiento en la medida en que el término se reserva a la forma históricamente específica de relación de los individuos abstractos en la sociedad burguesa, en lugar de aplicarse a la historia de la humanidad, como ocurre con frecuencia. Por otra parte, esto también implica una ampliación, ya que nos permite analizar esta forma de relación con mayor precisión y mostrar que representa una ruptura cualitativa con respecto a las formas anteriores de socialización. En su uso común, el concepto de sujeto suele representar la diferenciación del hombre frente a la naturaleza y la emergencia de la individualidad, que conduce al desarrollo del individuo burgués dotado de libre albedrío. Sin embargo, esto sugiere una continuidad en el desarrollo histórico que (a menudo de manera involuntaria) se mantiene aún íntegramente en la tradición del pensamiento histórico-filosófico del progreso y ofusca la ruptura cualitativa que representa la instauración de la sociedad burguesa¹¹. La separación en relación con la naturaleza y el desarrollo de la individualidad han adoptado formas muy diferentes a lo largo de la historia, pero solo en el seno de la matriz de la insociable sociabilidad adquieren un carácter cosificado y cosificador que en sentido estricto puede definirse con el concepto de relación sujeto-objeto.

¹¹ También en Adorno y Horkheimer se encuentra este momento de proyección hacia el pasado de la forma burguesa del sujeto, concretamente en la *Dialéctica de la Ilustración*, pero también en la *Dialéctica Negativa* (véase Trenkle, 2002, para una crítica).

Esta comprensión históricamente específica del concepto de sujeto también significa que, en un doble sentido, ya no es equiparable al concepto de individuo. Más bien denota una forma específica de relacionarse que, en un sentido más general, es esencial para la sociedad burguesa. En primer lugar, esta forma determina el comportamiento de los individuos abstractos entre sí y con su contexto social, porque y en la medida en que se constituyen como individuos aislados y se enfrentan mutuamente como externos y extraños. Pero también determina la acción de los actores colectivos como partidos, sindicatos, empresas y, no menos importante, el Estado (Lohoff, 2005, p. 42-50), en la relación objetivada entre ellos, con la sociedad y con los individuos. Por último, como ya se ha mencionado, moldea la relación instrumental con la naturaleza, que aparece como algo a ser utilizado y controlado.

Esta distinción entre sujeto e individuo permite también hablar de una superación de la forma-sujeto en sentido emancipatorio (véase también Lohoff, 2006). Esto no significa la eliminación del individuo en el colectivo, como en las ideas filosóficas, políticas y esotéricas del antimodernismo regresivo, que representan un reflejo oscuro de la apología acrítica del individuo burgués-abstracto. Por el contrario, significa la creación de una sociedad que desarrolla la individualidad, una sociedad en la que las personas no se enfrentan en un modo de extrañamiento radical y objetivación mutua, sino como individuos libremente asociados que disponen de común acuerdo de su contexto social.

VIII

Considerar la forma-sujeto en este sentido históricamente específico como forma fundamental y general de relación tiene consecuencias significativas para una teoría crítica de la sociedad burguesa. En primer lugar, significa situar la forma-sujeto al principio del análisis del contexto social. Ernst Lohoff presentó esta idea hace varios años en el ensayo *El encantamiento del mundo* (Lohoff, 2005), pero lamentablemente no fue retomada y desarrollada sistemáticamente en la teorización posterior de la crítica del valor. Lo esencial en el argumento de Lohoff es que la forma-sujeto no sea entendida ni como categoría transhistórica, como en la mayor parte del discurso de las ciencias sociales, ni como una forma que surge de las categorías mercancía y valor, como se ha defendido en la tradición teórica de la crítica de la forma del valor y de la crítica del valor¹²; es más bien una

¹² Véase, por ejemplo, Bolay y Trieb (1988, p. 75 y ss.), que formulan una crítica de la identidad del yo, pero abogan por un concepto positivo del sujeto. En la tradición teórica de *Krisis*, también hemos antepuesto habitualmente la forma mercancía a la forma sujeto. Aunque hemos subrayado que la forma mercancía no es en absoluto una mera

forma de acción y de pensamiento históricamente específica que impregna todas las formas de relación entre los individuos aislados, así como entre estos, la sociedad y la naturaleza, dándoles una configuración común. Así, se pueden comprender todas estas formas en su vínculo interno sin “derivarlas” unas de otras. Más bien, su vínculo interno consiste en el hecho de que son manifestaciones diferentes de la forma común de relación que resulta de la matriz subyacente de la insociable sociabilidad.

Esto ya debería estar bastante claro para la mediación por el trabajo y la forma-mercancía basada en ello. En la forma jurídica, como otra forma central de relación en la sociedad burguesa, la conexión es muy similar, lo que aquí, lamentablemente, solo puede indicarse. En el discurso marxista más reflexivo (como la “Nueva lectura de Marx”) o en la línea teórica de la crítica del valor, la forma jurídica está directamente asociada a la forma-mercancía. No hay duda de que existe una conexión interna entre ambas. Sin embargo, el argumento que he presentado aquí lleva a la conclusión de que la forma jurídica no puede “derivarse” de la forma-mercancía (ni siquiera del proceso de intercambio), sino que ambas formas se sitúan lógicamente en el mismo nivel. Son formas diferentes a través de las cuales las personas se relacionan en el ámbito de la matriz de la insociable sociabilidad, que se remonta a la forma-sujeto como forma básica de relación en la sociedad burguesa.

Esto queda claro cuando volvemos a examinar el patrón lógico básico de cómo se relacionan los individuos aislados. Como individuos externos y extraños entre sí, y orientados únicamente hacia sus intereses privados, solo establecen una relación si ambos esperan algún beneficio de ella. Esta relación implica obligaciones mutuas, definidas con la mayor precisión posible, y termina cuando se cumplen dichas obligaciones (Neuendorff, 1973, p. 26). Lo que esto describe es una relación contractual, es decir, el patrón básico de la forma jurídica. El intercambio de mercancías o el acto de compra es sin duda el tipo clásico de esta relación, ya que aquí queda clara la obligación mutua, pero es solo un tipo particular

categoría económica, sino que representa una forma social de relación, la relación entre ambas formas ha permanecido imprecisa. A modo de ejemplo, citaré un párrafo de un texto que escribí en 1993: “Desde la perspectiva de la ciencia social positivista predominante, así como desde la del marxismo clásico, [en la forma-valor y forma-mercancía] se trata de una mera “categoría económica” y, por lo tanto, no tendría mucho que ver con el problema que nos ocupa aquí, a saber, el de la subjetividad y la dicotomía de género. De hecho, sin embargo, la forma-valor o forma-mercancía es mucho más que eso. Es una manera de relacionarse, un principio formal, una estructura básica que presuponen siempre todas las categorías sociales y todos los comportamientos humanos en la sociedad burguesa. Al desintegrar el contexto social en mónadas competidoras de compradores, vendedores y trabajadores, ésta constituye una ‘relación coisal entre personas’ y ‘una relación social entre cosas’” (Trenkle, 1993, p. 100 y ss.).

de contrato entre muchos otros. En principio, toda relación entre individuos aislados adopta la forma de un contrato y tiene, por lo tanto, carácter jurídico. La universalidad de la forma jurídica en la sociedad burguesa expresa que las personas no se socializan directamente entre ellas, sino siempre por un desvío de un tercero mediador interpuesto entre ellas.

Lo dicho sobre la forma jurídica se aplica también esencialmente a las demás formas de relación de los individuos aislados con el mundo. Aunque tienen una conexión interna con la forma-mercancía, no pueden “derivarse” de ella, sino que surgen conjuntamente de la forma de socialización subyacente. Esto se aplica a la cosificación de las relaciones personales y a la relación con uno mismo, así como al tratamiento objetivador de la naturaleza interior externa o a las formas de pensamiento y conocimiento de la ciencia moderna. Su conexión interna consiste en la forma común, la forma históricamente específica de acción y pensamiento del sujeto, cuya característica esencial consiste en tratar el mundo entero como un objeto externo. La manera específica en que esto ocurre varía según las diferentes referencias y contenidos de la acción y, por lo tanto, está sujeta a diferentes trayectorias. Por ejemplo, la objetivación mutua en las relaciones personales sigue un padrón diferente al del desarrollo de un teorema de las ciencias naturales o a la acumulación de capital. La crítica social también debe tener esto en cuenta, analizando los diferentes ámbitos con métodos teóricos diferentes, sin olvidar, sin embargo, que se trata de manifestaciones distintas de una forma común de acción y de pensamiento y, como tales, de momentos de un contexto social común.

Lo mismo se aplica a todos los momentos de la sociabilidad que escapan al alcance objetivador del sujeto sobre el mundo y que se escinden como un reverso “irracional” de la racionalidad unidimensional de esa forma de acción y pensamiento. Estos momentos forman una parte inseparable del contexto social. Las personas se constituyen como sujetos no solo transformándose mutuamente en objetos, sino también creando, como contrapartida, diversas figuras de un “otro”, un no-sujeto, en el que se proyecta todo lo que no encaja en la lógica de la objetivación. La historia de la constitución del sujeto está sedimentada en las figuras centrales del no-sujeto, la “mujer” y el “negro”. Estos se construyen como antítesis de la figura histórica principal del sujeto, el hombre blanco, occidental y burgués, y aparecen de diferentes formas como irracionales, emocionales-sensibles y vinculados a la naturaleza (Habermann, 2008, p. 176 y ss.; Lohoff, 2005, p. 23 y ss.; Scholz, 1992; Böhme y Böhme, 1985). Finalmente, además, surgió la figura del “judío”, imaginado al mismo tiempo como no-sujeto y super-sujeto, alguien que habría transformado la incapacidad de integrarse en las exigencias contradictorias que la forma de la insociable sociabilidad impone a las personas en una lucha insidiosa y oculta por el poder con el objetivo de disolver la integridad del sujeto. Aunque estas construcciones proyectivas hayan sufrido modificaciones

en el curso de la generalización histórica de la forma de socialización capitalista, sus principios básicos siguen siendo válidos. Esto se debe a que la forma-sujeto depende constitutivamente de un “otro” como contrapartida de su propia lógica reductora.

La lógica básica de esta escisión puede situarse inicialmente en el nivel de la constitución del sujeto, pero impregna todas las esferas sociales y se reproduce en ellas de manera específica. A la forma del trabajo corresponden las actividades relacionales y de cuidado, invisibilizadas como “no trabajo” y socialmente atribuidas como “femeninas”. El lado oscuro de la forma jurídica es lo que Giorgio Agamben describió con el concepto de “vida desnuda”, es decir, el estado de absoluta ausencia de derechos y vulnerabilidad en el que las personas están completamente expuestas a la arbitrariedad de los demás, como en las condiciones de corrosión del Estado o en la figura del apátrida y del refugiado (Lewed, 2004). Y la contrapartida de la ciencia positivista moderna está formada por los más diversos tipos de esoterismo e ideologías conspirativas. Todos estos elementos tienen su propio carácter, que debe analizarse por separado, y aun así constituyen un contexto negativo como diferentes variantes del “otro” escindido. Para que se comprendan adecuadamente, deben analizarse siempre en relación con la forma constitutiva de pensamiento, acción y relación de la sociedad burguesa.

IX

El enfoque aquí esbozado representa un cambio con respecto a la perspectiva habitual de la crítica del valor, en la que la forma-mercancía o forma-valor y el trabajo abstracto constituyen el punto de partida del análisis. Para la crítica de la economía política, esto lleva a un ajuste, situando el trabajo privado y la mediación del trabajo en el punto de partida. Hay que tener en cuenta que esto no desestima la crítica de la relación fetichista y la teoría de la crisis correspondiente (Lohoff, 2013), sino que contribuye a precisarla. Lo que cambia, sin embargo, es la perspectiva sobre el contexto capitalista global. Si tomamos la forma-sujeto en tanto forma general de relación como punto de partida de la crítica, podemos comprender todos estos momentos de la sociedad burguesa en su conexión interna y, al mismo tiempo, analizarlos en su carácter específico. Con la forma-sujeto, la acción se sitúa al principio del análisis; no la “acción” en sentido ficcional suprahistórico, como en el individualismo metodológico, sino la acción en una forma ya históricamente específica, que resulta de la matriz de la insociable sociabilidad.

El individualismo metodológico siempre presupone esta forma de socialización como suprahistórica. Representa un método de las ciencias sociales ciego en

relación con la forma. A él se corresponde, por otro lado, el paradigma opuesto de la teoría estructural, que insiste en la primacía de la estructura social, pero sin poder relacionarla con la forma de socialización subyacente. También el marxismo se ha dejado enredar a menudo en esta falsa dicotomía entre teoría estructural y teoría de la acción. Por cierto, esto también se aplica, aunque no del todo, a la crítica del valor y a lo que más tarde se denominó crítica del valor-escisión. Si comenzamos el análisis por la insociable sociabilidad y por la forma-sujeto, podemos superar esta oposición. Por el momento, esto solo puede formularse aquí de manera provisional como un programa que aún debe completarse¹³¹⁴.

BIBLIOGRAFÍA

- Bierwirth, Julian. (2015). *Henne und Ei. Der Wert als Einheit von Struktur und Handlung*. Em *Krisis* 1/2015, www.krisis.org/2015/henne-und-ei/.
- Böhme, Gernot y Böhme, Hartmut. (1985). *Das Andere der Vernunft*. Frankfurt/M.
- Habermann, Friederike. (2008). *Der homo oeconomicus und das Andere*. Baden-Baden.
- Heinrich, Michael. (1999). *Die Wissenschaft vom Wert*. Münster.
- Kant, Immanuel. (1784). *Idee zu einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerlicher Absicht*. En *Der Bonner Kant Korpus*, Band VIII, S. 15-31.
- Kurz, Robert. (2012). *Geld ohne Wert*. Berlin.
- Lewed, Karl-Heinz. (2004). *Von Menschen und Schafen*. En *Krisis* 28.
- Lohoff, Ernst. (2005). *Die Verzauberung der Welt*. En *Krisis* 29.
- Lohoff, Ernst. (2006). *Ohne festen Punkt. Befreiung jenseits des Subjekts*. En *Krisis* 30.

¹³ Julian Bierwirth (2015) ya abordó estas cuestiones hace unos años y trazó algunas pistas que deberían seguirse. A su ensayo debo varias ideas para la elaboración de este texto.

¹⁴ Tal vez se note que en este texto (de 2019) asigno a la forma-sujeto un *status* diferente al de la introducción de este libro (de 2025). De hecho, con seis años de distancia no encuentro del todo coherente el razonamiento presentado en este texto. Aquí sostengo que la forma-sujeto es la forma básica de la que se derivan la forma-mercancía y la forma jurídica. En este sentido, la denomino punto de partida. Al mismo tiempo, sin embargo, planteo que en la crítica de la economía política no se debe comenzar con la mercancía sino con el trabajo privado y con la mediación a través del trabajo. Ambos argumentos no encajan del todo bien. Es más convincente, como se esboza en la introducción de este libro, tomar como punto de partida la contradicción entre la privacidad y lo sociabilidad, de la que se derivan las tres formas básicas de mediación social (valor, derecho y sujeto).

- Lohoff, Ernst. (2013). *Auf Selbstzerstörung programmiert. Über den inneren Zusammenhang von Wertformkritik und Krisentheorie in der Marx'schen Kritik der Politischen Ökonomie*. En *Krisis* 2/ 2013, www.krisis.org/2013/ernst-lohoff-auf-selbstzerstoerung-programmiert/.
- Lohoff, Ernst. (2017). *Zwei Bücher - zwei Standpunkte*. www.krisis.org/2017/zwei-buecher-zwei-standpunkte/.
- MEW 23 = Marx, Karl. *Das Kapital*. Band 1.
- MEW 42 = Marx, Karl. *Grundrisse der Kritik der Politischen Ökonomie*.
- Neuendorff, Hartmut. (1973). *Der Begriff des Interesses*. Frankfurt/M.
- Postone, Moishe (2003). *Zeit, Arbeit und gesellschaftliche Herrschaft*. Freiburg.
- Rosdolsky, Roman. (1968). *Zur Entstehungsgeschichte des Marxschen Kapital*, Frankfurt.
- Scholz, Roswitha. (1992). *Der Wert ist der Mann*. En *Krisis* 12.
- Schumpeter, Joseph. (1970). *Das Wesen und der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie*.
- Simmel, Georg. (1908). *Soziologie. Untersuchungen über die Formen der Vergesellschaftung*. Frankfurt/M.
- Schumpeter, Joseph. (1970). *Das Wesen und der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie*.
- Trenkle, Norbert. (1993). Fragmente zur Selbstkritik der Männlichkeit. En *Krisis* 13.
- Trenkle, Norbert. (2002). *Gebrochene Negativität. Anmerkungen zu Adornos und Horkheimers Aufklärungskritik*. En *Krisis* 25.

“SE NECESITA UNA NUEVA PERSPECTIVA DE EMANCIPACIÓN SOCIAL”

CONVERSACIÓN CON ERNST LOHOFF Y NORBERT TRENKLE
SOBRE EL SURGIMIENTO Y DESARROLLO DE LA CRÍTICA
DEL VALOR, LA CRISIS FUNDAMENTAL DEL CAPITALISMO
Y EL CRECIENTE IRRACIONALISMO SOCIAL

Entrevista de Marcos Barreira y Javier Blank (Río de Janeiro)

Traducción de Javier Blank

Nos gustaría empezar hablando de los inicios del proyecto teórico de la revista Krisis, que ya lleva más de 30 años, y del contexto de la izquierda alemana en los años 80. ¿Cómo surgió la revista y cuáles eran sus objetivos iniciales?

Ernst Lohoff: A principios de los 80, la oleada neomarxista que se había extendido a todos los países occidentales como consecuencia del movimiento del '68 estaba en declive también en la República Federal de Alemania (RFA). En aquella época, la izquierda académica en particular se veía cada vez más arrastrada a la vorágine de los enfoques posmodernistas. El panorama de las protestas también había cambiado radicalmente desde la primera mitad de la década de 1970. Grupos con reivindicaciones anticapitalistas generales se desintegraban o eran marginados. En su lugar, dominaban la escena movimientos focalizados —en la RFA, especialmente los movimientos ecologista y pacifista.

Para los iniciadores del proyecto *Krisis*, estos acontecimientos eran síntomas de una crisis fundamental de la crítica radical del capitalismo, de la que la *Nueva Izquierda* era en gran medida cómplice. Nos impulsaba una ausencia decisiva: la *Nueva Izquierda* había redescubierto la crítica del capitalismo, pero sin aportar

un nuevo fundamento teórico, adecuado al estadio de desarrollo que éste había alcanzado. Se recuperaron planteos anacrónicos tomados de la fase de auge de la sociedad de la mercancía, como el marxismo del movimiento obrero, o se hizo filosofía de la propia ausencia de un marco teórico adecuado y se cayó en un espontaneísmo de corto aliento. Sin embargo, ya entonces teníamos la convicción de que para reformular con éxito la oposición al sistema, es indispensable una teoría social crítica que esté a la altura de su tiempo.

El posterior grupo *Krisis*, cuyos participantes procedían de distintos segmentos de la *Nueva Izquierda*, se formó con la intención de contribuir a la desatendida reformulación de la crítica radical al capitalismo y, con la revista, proporcionar un foro para el necesario proceso de elaboración teórica. El hecho de centrarnos en el fundamento teórico de la crítica radical del capitalismo ya hacía de nuestro proyecto un empeño anticíclico; eso fue reforzado por el énfasis en el contenido de nuestro proceso de autocomprensión. Cuando nuestro pequeño grupo de autores empezó a interpretar críticamente las categorías básicas de la teoría marxiana, como el valor, con el fin de hacerlas fructíferas para analizar el capitalismo contemporáneo, estábamos haciendo prácticamente lo contrario de lo que estaba a la orden del día en la izquierda teóricamente más reflexiva. Particularmente el pronóstico de crisis basado en la crítica del valor, según el cual el modo de producción capitalista destruiría sus propios fundamentos, era considerado un absurdo total, en vista de la nueva dinámica de acumulación impulsada por el desencadenamiento de los mercados financieros. En sus primeros años, por tanto, la resonancia del enfoque de la joven crítica del valor fue lamentable. En aquella época, llamábamos irónicamente a la revista nuestro “mensaje en la botella”.

Con la caída del socialismo real y del Muro de Berlín, empezó a resquebrajarse también el muro de silencio y desinterés por la crítica del valor. El libro *El colapso de la modernización. Del derrumbe del socialismo de cuartel a la crisis de la economía mundial*¹⁵, de Robert Kurz, fue la primera publicación de la crítica del valor que encontró un público más amplio. No fue casualidad: lo que restaba de la izquierda estaba totalmente desconcertada por la autodisolución del bloque del Este y no tenía nada para oponer al clamor liberal de la supuesta victoria final de la democracia y la economía de mercado. El enfoque de la crítica del valor sí fue capaz de hacerlo.

En el editorial de Krisis 8/9, aparecido poco después de la caída del muro, leemos: “No era nada nuevo para nosotros que la estructura del socialismo real estaba más que podrida. La crítica radical de la forma de reproducción del socialismo real

¹⁵ Publicado en español con la editorial Marat (2016, Argentina).

*fue, desde el principio, un elemento central de nuestra 'crítica fundamental del valor'*¹⁶. ¿Cómo veían ustedes, a grandes rasgos, el socialismo de Estado?

Norbert Trenkle: Ya habíamos criticado radicalmente el llamado socialismo real en los años 80, o sea antes de su colapso. No porque pensáramos que representaba un supuesto desvío en relación a una idea en sí misma correcta, como argumentan hasta hoy los trotskistas, por ejemplo; sino por algo más fundamental: lo veíamos como un sistema de modernización capitalista recuperadora, por lo tanto, una variante específica del capitalismo, que debía ser abolida junto con él. Hablar de una variante significa, naturalmente, que difería del capitalismo del “bloque occidental”. Esto se refiere principalmente al papel central del Estado, que se explica esencialmente por su función como agente de la modernización. En la Rusia periférica, el Estado creó las bases y los requisitos previos para una sociedad capitalista. El hecho de que este “modelo” de control estatal de la economía y la sociedad se extendiera posteriormente a Estados mucho más desarrollados en términos capitalistas se debió principalmente al resultado de la Segunda Guerra Mundial, que, como se sabe, culminó con la formación de dos bloques de poder mundiales. Sin embargo, en principio se trató de una forma de manifestación del capitalismo recuperador en el siglo XX. En casi toda la periferia capitalista se produjeron desarrollos similares. También en Brasil, el Estado desempeñó un papel importante en la modernización económica a mediados de siglo. En el socialismo real, no obstante, la estatización fue mucho más pronunciada y, sobre todo, tuvo una mayor carga ideológica. El hecho de que el Estado pretendiera planificar y controlar por completo todos los procesos económicos y sociales era percibido tanto por sus partidarios como por sus detractores como si se tratase de una alternativa sistémica al capitalismo¹⁷.

Sin embargo, existían allí, de hecho, todas las instituciones y categorías sociales esenciales para una sociedad capitalista. Había una división de la sociedad en sujetos de interés particulares, había mercancía, dinero y trabajo asalariado, e incluso un mercado, aunque extremadamente regulado, con precios fijados por el Estado. No debemos olvidar, empero, que el propio Estado moderno, por el que entendemos una institución que se enfrenta a la sociedad como aparato de dominación externalizado y centralizado, que tiene o al menos reclama el monopolio de la fuerza, pertenece, en un nivel fundamental, al núcleo de la sociedad productora de mercancías.

Esta externalización es una expresión de la estructura contradictoria básica de la sociedad capitalista, la cual está dividida en productores privados aislados y

¹⁶ Editorial *Krisis* 8/9 (1990).

¹⁷ En *Krisis* 8/9 (1990). Robert Kurz, *Der Kollaps der Modernisierung* (1991).

personas privadas, que establecen su nexo social persiguiendo sus intereses particulares unos contra otros. Allí ya está contenida la cosificación de las relaciones sociales y su autonomización en relación a las personas. Pues, como sujetos de interés particulares, establecen relaciones entre sí a través de las mercancías. En este contexto, Marx habló célebremente del carácter fetichista de las mercancías, porque las relaciones sociales de las personas se transforman en relaciones entre las cosas y las cosas adquieren vida propia frente a sus productores. La posición central del trabajo en el capitalismo está inextricablemente ligada a esto. Puesto que la mercancía no es esencialmente otra cosa que el producto del trabajo privado aislado, el trabajo asume la función de mediador social, lo que para la mayoría de la gente significa que debe vender de algún modo su fuerza de trabajo. Ésta es también la razón por la que el trabajo goza de un estatus moral tan elevado en la sociedad capitalista y era venerado religiosamente en el llamado socialismo real.

Normalmente, la mediación del trabajo está regulada esencialmente por el mercado, que, sin embargo, siempre estuvo y sigue estando, de un modo u otro, regulado por el Estado. En el “socialismo real”, en cambio, el Estado intentó dirigir el proceso de mediación y la acumulación de capital mediante la planificación por objetivos y la fijación de precios, tal y como exigía la modernización recuperadora. Esto pudo funcionar razonablemente bien mientras aún había que construir las industrias básicas más importantes y la infraestructura general. Por cierto, esto fue de la mano de la violenta integración masiva de las personas en el proceso de producción capitalista, que el estalinismo, como sabemos, llevó a cabo de forma particularmente brutal. Pero a medida que la producción se hacía más compleja y el nivel de productividad más alto, los métodos de planificación estatal centralizada y de coerción directa resultaban cada vez menos funcionales. Esto se hizo evidente a más tardar en los años ‘70, cuando también en Occidente el régimen fordista de acumulación entró en crisis y comenzó la Tercera Revolución Industrial. El “socialismo real”, que ya no podía seguir el ritmo de este salto de la fuerza productiva, se quedó cada vez más rezagado en la competencia del mercado mundial y finalmente chocó con sus propias debilidades económicas.

Fue entonces que cambiaron el nombre de la revista y el proyecto teórico, lo que parece haber estado directamente motivado por la ruptura de época de 1989. El nombre Krisis sugiere no solo la descripción de una situación objetiva, sino también una actitud, un “momento de decisión”. ¿Cuáles eran sus expectativas respecto al colapso del “socialismo real”?

Norbert Trenkle: el colapso del socialismo real solo dio el empujón final para el cambio de nombre de la revista, de *Crítica Marxista* a *Krisis - Contribuciones a la Crítica de la Sociedad de la Mercancía*. Durante algún tiempo nos habíamos estado

preguntando si nuestra posición podía siquiera calificarse de “marxista”. Porque un elemento esencial de nuestra elaboración teórica en aquella primera etapa era precisamente la crítica del “marxismo tradicional”, que para nosotros incluía prácticamente a todas las corrientes marxistas existentes en aquel momento. A diferencia de estas corrientes, nosotros retomamos el hilo de la teoría de Marx, que había sido ignorado o completamente tergiversado. Nuestro planteamiento consistía en desarrollar una crítica del capitalismo como sociedad constituida fetichistamente, es decir, una sociedad mediada por la producción de mercancías y por el trabajo, en la que las relaciones sociales se enfrentan a los seres humanos como coacciones objetivas, como leyes naturales aparentes. El marxismo tradicional nunca comprendió, y sigue sin comprender, este aspecto crucial. Para él, el eje de la crítica siempre ha sido y sigue siendo la dominación de clase y la lucha de clases, que siempre va acompañada de una referencia positiva al trabajo. Incluso cuando se discute el carácter fetichista de la mercancía, normalmente solo se ve allí el encubrimiento de las relaciones de clase.

Ya habíamos atacado duramente esta concepción central del marxismo tradicional en los primeros números de nuestra revista, todavía con el nombre de *Crítica Marxista* (MK). En su ensayo *Trabajo abstracto y socialismo* (MK 4), por ejemplo, Robert Kurz criticó la referencia positiva al trabajo abstracto, y en MK 7, que apareció en julio de 1989, Ernst Lohoff y Robert Kurz atacaron frontalmente el paradigma de la lucha de clases en el texto *El fetiche de la lucha de clases*¹⁸. Al mismo tiempo, en una serie de tres artículos, Peter Klein cuestionó el concepto afirmativo de democracia del marxismo tradicional y señaló que la democracia y el capitalismo no están en absoluto en oposición, sino que pertenecen lógicamente el uno al otro¹⁹. En confrontación con las concepciones de Lenin sobre la democracia, demostró que la Revolución de Octubre no fue desde el principio más que una revolución burguesa en la periferia capitalista²⁰.

Por último, nuestra teoría de la crisis también cuestionó fundamentalmente la autocomprensión del marxismo tradicional. Según nuestro análisis, el capitalismo entró en un proceso de crisis fundamental e insuperable a partir de la década de 1970. Pues con la transición a la Tercera Revolución Industrial, la aplicación del conocimiento a la producción se convirtió en la principal fuerza pro-

¹⁸ Robert Kurz, *Abstrakte Arbeit Sozialismus*, en *Marxistische Kritik* 4, (1987). Robert Kurz y Ernst Lohoff, *Der Klassenkampf fetisch*, en *Marxistische Kritik* 7, (1989). Textos posteriores que critican la ideología de la lucha de clases son Norbert Trenkle, *Die metaphysischen Mucken des Klassenkampfes*, en *Krisis* 29 (2005), y Norbert Trenkle, *Kampf ohne Klassen*, en *Krisis* 30 (2006).

¹⁹ Peter Klein, *Demokratie und Sozialismus*, en *Krisis* 7 (1989).

²⁰ Peter Klein en *Moderne Demokratie und Arbeiterbewegung* (parte I, II y III.1 y III.2). Publicado en *Marxistische Kritik* 3, 4, 5 y 5 (1987-1989).

ductiva, y el trabajo pasa a tener una importancia secundaria. Desde el punto de vista económico, esto significó un desplazamiento masivo de la fuerza de trabajo de los sectores centrales de la producción de valor y, por tanto, una reducción de la masa de valor²¹. Pero, al mismo tiempo, la clase obrera perdió también su lugar central para la acumulación de capital. Y precisamente esto es incompatible con los fundamentos ideológicos del marxismo tradicional, que siempre se ha posicionado desde el punto de vista del trabajo. Cuando admitió la idea de una crisis fundamental, ésta siempre estuvo vinculada al *fortalecimiento* de la clase obrera, que el marxismo imaginó como el sujeto de la revolución o de la transformación social. Era impensable que en el curso de la crisis pudiera ocurrir exactamente lo contrario²². Solo por esta razón —pero no solo por ella— el marxismo tradicional siempre rechazó nuestra teoría de la crisis, denunciándola como “catastrofista”.

Sin embargo, nuestra teoría de la crisis permite de hecho un análisis bastante preciso de los procesos económicos, políticos y sociales desde los años 70 y 80. Como ya se ha mencionado, una de las principales razones del colapso del “socialismo real” fue el fracaso final del intento de control estatal de un sistema de producción general de mercancías en el contexto de la Tercera Revolución Industrial. La transición a métodos de producción en los que el conocimiento es la principal fuerza productiva no podía llevarse a cabo con medios de planificación centralizada de los flujos de valor. Aunque, basándonos en nuestra teoría de la crisis, ya lo habíamos predicho a mediados de los años 80, nos sorprendió un poco cuando el “socialismo real” se derrumbó tan repentina y violentamente como una casa de cartas. Lo que sucede es que el análisis a nivel categorial fundamental se dedica a explicar la conexión interna, pero no es necesariamente capaz de predecir los momentos y trayectorias precisas de tales procesos. Este hecho también se ha manifestado —en sentido contrario— en relación con nuestras predicciones de crisis del sistema capitalista mundial. A principios de los años 90, calculamos que el proceso de crisis que habíamos diagnosticado avanzaría mucho más rápida y violentamente de lo que sucedió en realidad. Retrospectivamente, y con nuestras herramientas actuales de teoría de la crisis, la larga duración del proceso de crisis y su curso pueden explicarse teóricamente de forma convincente; pero en la visión de entonces, el colapso del socialismo real nos pareció el preludio inmediato de un colapso del sistema capitalista mundial que llegaría muy rápidamente.

También veíamos el derrumbe del “socialismo real” como un punto de inflexión en otro aspecto. Pensábamos que significaría el fin del marxismo tra-

²¹ Robert Kurz en *Die Krise des Tauschwerts*. Publicado en *Marxistische Kritik* 1 (1986). Ernst Lohoff en *Die Inflationierung der Krise*. Publicado en *Krisis* 8/9 (1990).

²² Ernst Lohoff en *Das Ende des Proletariats als Anfang der Revolution*. Publicado en *Krisis* 10 (1991).

dicional y que el campo estaría preparado para una renovación de la crítica fundamental del capitalismo y para una transformación social radical. Desgraciadamente, también nos equivocamos en este aspecto. Durante una década, la crítica del capitalismo estuvo totalmente desacreditada en el público en general y en la discusión teórica; pero a medida que la crisis se hacía cada vez más notoria y el capitalismo neoliberal, antes celebrado como victorioso, caía en desgracia, lamentablemente el marxismo tradicional recuperó su fuerza. Y lo peor es que hoy es cada vez más popular en una versión restringida y retrógrada, como nacionalismo autoritario y populismo de izquierda, que a veces difícilmente puede distinguirse del populismo de derecha.

A lo largo de los años 90, la posición teórica de Krisis se centró en criticar las formas básicas de la sociedad moderna, basándose en una “dialéctica de ruptura y continuidad” con la crítica de Marx. ¿Cuáles son los elementos principales de esta crítica y cuál es la “ruptura” con la antigua perspectiva marxista?

Norbert Trenkle: La crítica de las formas básicas de la sociedad capitalista estuvo en el centro de nuestro trabajo teórico desde el principio. Pero es cierto que en los años 90 la profundizamos y desarrollamos. Por ejemplo, a la crítica del paradigma de la lucha de clases y la ontologización del trabajo abstracto, le siguió la crítica del trabajo como tal, que consideramos la forma central básica e históricamente específica de la sociedad capitalista²³.

Además, nos dimos cuenta de que los puntos de vista invertidos y limitados del marxismo tradicional no se remontaban simplemente a una interpretación errónea de la obra de Marx, sino que estaban, al menos parcialmente, contenidos y preparados en ella. A grandes rasgos, pueden identificarse en Marx dos tendencias básicamente contradictorias; al menos eso es lo que podemos decir en retrospectiva histórica. Llamamos a la primera tendencia de teoría de la modernización, porque básicamente se refiere afirmativamente a las categorías de la sociedad capitalista, considerándolas una etapa necesaria de la transición histórica hacia una sociedad comunista. Reconocemos aquí una perspectiva de la filosofía de la historia basada en el pensamiento de la Ilustración, que solo se diferencia de Hegel y compañía en su llamado materialismo, al situar al desarrollo de las fuerzas productivas, al trabajo y a la lucha de clases como agentes de la historia. Esta figura de pensamiento fue posteriormente caricaturizada en el llamado ma-

²³ Robert Kurz en *Die verlorene Ehre der Arbeit*. Publicado en *Krisis* 10 (1991). Ernst Lohoff en *Arbeitsterror und Arbeitskritik*. Publicado en *Krisis* (2000).

terialismo histórico²⁴, siempre acompañada de la referencia positiva al trabajo, que aparece allí como una categoría suprahistórica dominada solo externamente por el capital. De este modo, el trabajo puede afirmarse como punto de vista de la emancipación, lo que permite justificar el lugar de la clase obrera como sujeto histórico predestinado a realizar el comunismo.

La otra tendencia de la obra de Marx es la crítica radical de las formas básicas de la sociedad capitalista. Como sabemos, la obra principal de Marx comienza con una investigación sobre la esencia de la mercancía, caracterizada como la “forma elemental” de la sociedad burguesa. A partir de ahí, Marx desarrolla sistemáticamente todas las demás formas básicas, como el valor, el dinero y el capital, designando a este último como “sujeto automático” de la sociedad capitalista. Al mismo tiempo, traza una secuencia ascendente de formas de fetiche cada vez más desarrolladas, empezando por el fetiche de la mercancía, pasando por el fetiche del dinero y terminando con el fetiche del capital. Su teoría de la crisis está inseparablemente ligada a este “ascenso de lo abstracto a lo concreto”, como Marx caracteriza su método en los *Grundrisse*. Básicamente, la propensión de la sociedad capitalista a la crisis ya está contenida en la contradicción entre valor de uso y valor de cambio, porque allí ya se encuentra la autonomización de la riqueza abstracta, en forma de valor, en relación con el contenido material de la producción²⁵. Por supuesto, esto solo afirma la posibilidad abstracta de la crisis, pero es el punto de partida lógico necesario para rastrear la insostenibilidad última del modo de producción capitalista.

No es ningún secreto que nos vinculamos precisamente a este Marx de la crítica de las formas, a quien Ernst Lohoff en su ensayo *El fin del proletariado como principio de la revolución* (Krisis 10, 1991), siguiendo a Roman Rosdolsky, llamó el “Marx esotérico”, porque había descifrado la extraña estructura real-metafísica del capitalismo, y por tanto su carácter fetichista. Por otra parte, rechazamos como históricamente obsoleto al “Marx exotérico”, el Marx teórico de la modernización. Robert Kurz formuló entonces la idea del “doble Marx”²⁶. En este sentido, podemos hablar de continuidad y ruptura en relación con la teoría de Marx.

Esta crítica de las formas básicas de la sociedad burguesa condujo a una crítica del sujeto moderno. A principios de los años 90, con la afirmación de que “el valor es

²⁴ Christian Höner en *Zur Kritik von Dialektik, Geschichtsteologie und Fortschrittsglaube*. Publicado en *Krisis* 28 (2004).

²⁵ Norbert Trenkle en *Was ist der Wert? Was soll die Krise?* Publicado en *Streifzüge* 3 (1998).

²⁶ Ernst Lohoff en *Das Ende des Proletariats als Anfang der Revolution*. En *Krisis* 10 (1991). Robert Kurz en *Postmarxismus und Arbeitsfetisch*. Publicado en *Krisis* 15 (1995).

*el hombre*²⁷, título de un artículo en el que presentó el teorema de la escisión del valor, Roswitha Scholz formuló la tesis de que el sujeto moderno es constituido esencialmente como “masculino” y que esta constitución se basa en la socialización a través de la mercancía y el valor. ¿Qué opinan de ese teorema y de la crítica desarrollada a partir de él sobre las relaciones de género en el capitalismo?

Norbert Trenkle: El teorema de la escisión del valor representa un paso importante en el desarrollo teórico de la crítica del valor, porque relaciona consecuentemente la estructura patriarcal de la sociedad capitalista con la forma históricamente específica de socialización a través de la mercancía, el valor y el trabajo. Esto se diferencia fundamentalmente de los enfoques críticos del capitalismo habituales en el feminismo, que suelen proceder en términos meramente aditivos y entienden el patriarcado como una forma adicional de dominación, junto a la dominación de clase y la dominación racial, la llamada triple opresión. A diferencia de esta relación externa entre distintas formas de dominación, el teorema de la escisión insiste en la conexión interna constitutiva entre la dominación masculina y la sociedad capitalista. Según éste, la socialización a través del valor depende necesariamente de la producción constante de un “otro” escindido, inscrito como femenino, en el que se exteriorizan todos aquellos elementos que no encuentran lugar en la racionalidad mercantil objetivada.

Aunque esta escisión está sujeta a cambios históricos en su configuración concreta, representa un principio básico de la sociedad de la mercancía, que opera en los distintos niveles del nexo social. Esto es quizá más evidente en la esfera del trabajo, que se basa constitutivamente en la exclusión y definición como no trabajo de toda una serie de actividades indispensables para el mantenimiento de la sociedad y atribuidas predominantemente a las mujeres. En el marxismo tradicional, esto equivale aproximadamente a la división entre las esferas del trabajo y de la reproducción. Pero la escisión no se limita en absoluto a una relación funcional, en el sentido de que las mujeres contribuyen a la reproducción de la fuerza de trabajo mediante actividades domésticas y de cuidados no remuneradas. Al contrario, ya es efectiva en el nivel fundamental de la constitución del sujeto y moldea en el capitalismo el orden binario jerárquico de género que, a pesar de su atenuación en las últimas décadas, sigue prevaleciendo. El sujeto moderno se constituye haciendo de sí mismo y de los demás un objeto. Esto se basa en la esencia de una relación social en la que las personas se enfrentan entre sí como individuos aislados y se relacionan mediante la producción de mercancías y trabajo; pero, al mismo tiempo, es una característica esencial de lo que se considera “masculino” en la modernidad capitalista.

²⁷ Roswitha Scholz en *Der Wert ist der Mann*. Publicado en *Krisis* 12 (1992).

En este sentido, la frase “el valor es el hombre” da en el centro. El sujeto moderno es esencialmente “masculino” en el sentido de una constitución históricamente específica, respecto a la cual se demarca lo “femenino”. Esto también se establece en la forma de la relación social. El sujeto “masculino” solo puede producir y mantener esta relación objetivadora con el mundo circundante creando una contraimagen que sea, por así decirlo, el “contenedor” de los deseos, sentimientos y necesidades escindidos que no puede permitirse como sujeto. Aunque esta imagen de la “feminidad” ha cambiado significativamente en los últimos tiempos, la estructura de la escisión no ha sido abolida, sino simplemente desplazada.

Por tanto, en principio estamos de acuerdo con el teorema de la escisión desarrollado por primera vez por Roswitha Scholz. Sin embargo, nos parece insatisfactorio que ella considere el valor fundamentalmente solo como un principio estructural abstracto en un metanivel y, de este modo, la forma-sujeto aparece como una especie de apéndice del valor, determinado por él. Esto restringe incluso la crítica de la escisión del valor a un metanivel muy abstracto, que debe entonces completarse con añadidos socio-psicológicos y de crítica de la ideología. Así, tras la ruptura con Robert Kurz y Roswitha Scholz, intentamos desarrollar el teorema de la escisión desde la perspectiva de una crítica fundamental del sujeto. Existen algunos textos, especialmente de Ernst Lohoff y Karl-Heinz Lewed²⁸. Sin embargo, tenemos que admitir que nuestra crítica del sujeto, y con ella la cuestión de la escisión de género, aún necesita desarrollarse más fuertemente.

Durante el “alta de la economía mundial” de los años 80 y 90, el pronóstico de una crisis fundamental tuvo que desarrollar algún tipo de explicación del proceso de postergación del colapso. Para ello tuvo un papel importante la idea de una hinchazón de la “superestructura financiera”. ¿Podrían describir más precisamente esta situación y las reacciones ideológicas provocadas por la “postergación de la crisis”?

Ernst Lohoff: En los años 70, se agotó el auge fordista de posguerra, que seguía basándose en la utilización masiva de trabajo vivo en la producción industrial. Así, las dos variantes de la sociedad de la mercancía, la estatista oriental y la economía de mercado occidental, entraron en una fase de estancamiento y crisis. En los Estados capitalistas centrales se manifestó el fenómeno de la “estanflación”, la coexistencia de un crecimiento decreciente y tasas de inflación crecientes, mientras se despedía masivamente fuerza de trabajo. Los Estados del socialismo real,

²⁸ Karl-Heinz Lewed en *Schopenhauer on the rocks*. Publicado en *Krisis* 29 (2005). Ernst Lohoff en *Die Verzauberung der Welt*. Publicado en *Krisis* 29 (2005). Karl-Heinz Lewed en *Erweckungserlebnis als letzter Schrei*. En *Krisis* 33 (2010). Norbert Trenkle en *Aufstieg und Fall des Arbeitsmanns*. En Exner, Andreas et al. (2007).

mientras tanto, se quedaban cada vez más rezagados en la carrera de la productividad y ya no podían competir a escala mundial. En los años 80, al contrario, las dos partes del sistema mundial de producción de mercancías experimentaron evoluciones opuestas. Mientras la crisis se agudizaba en el “bloque del Este”, las economías de mercado occidentales experimentaron una metamorfosis que dio a la acumulación de capital una nueva base, aunque muy precaria a largo plazo. La revolución neoliberal desencadenó los mercados financieros e hizo que sustituyeran al capital industrial como principal portador de la acumulación mundial de capital. Surgió un nuevo tipo de capitalismo, en el que la acumulación de “capital ficticio” (Marx), es decir, el aumento explosivo de créditos y títulos financieros de todo tipo, se convirtió en el verdadero motor de la economía.

Esta metamorfosis de la acumulación de capital no podía, por supuesto, realizarse bajo el orden estatista del socialismo real, por lo que su colapso fue inevitable. Sin embargo, desde la perspectiva ideológica del liberalismo, este colapso se presentó como si, en la lucha competitiva entre dos sistemas completamente diferentes, hubiera prevalecido la organización social superior. El liberalismo —así como el pensamiento dominante en general— no puede imaginar una sociedad desarrollada que no esté disuelta en productores privados separados y sin que la riqueza se produzca en forma de mercancías; por lo tanto, está básicamente ciego ante el hecho de que el “socialismo real” y el capitalismo occidental solo representaron dos variantes de una forma de socialización históricamente específica. En lugar de darse cuenta de que el desastre de los países del Este anunciaba la insostenibilidad final de la forma de socialización basada en la mercancía, el dinero y el trabajo abstracto, lo vio en cambio como una prueba de la grandeza y racionalidad de su propia variante del capitalismo.

El auge económico que acompañó a la transición a un capitalismo sustentado por la acumulación en la industria financiera respaldó esta apreciación errónea. Especialmente en la década de 1990, cuando el auge de la “Nueva Economía” llevó los precios de las acciones a alturas sensacionales y puso en marcha la economía mundial, renació el optimismo por el futuro. En aquella época, cuando el neoliberalismo estaba en su apogeo, existía una euforia en relación a los mercados difícil de imaginar hoy en día. Antes del cambio de milenio, existía un relativo consenso en que el paso a la “sociedad del conocimiento” le proporcionaría al capitalismo una nueva edad de oro de “creación de valor”²⁹.

En *El fragmento de las máquinas*, Marx había predicho, unos 130 años antes, la perspectiva opuesta a esta expectativa que dominó el clima social a finales del siglo XX. El ascenso de la ciencia como principal fuerza productiva, según la afirmación central de Marx en los pasajes de los *Grundrisse*, destruye la base del

²⁹ Revisar *Wert des Wissens* de Ernst Lohoff, en *Krisis* 31 (2007).

modo de producción basado en el valor y conduce inevitablemente a su colapso. Ya en el primer número de nuestra revista, desarrollamos esta idea en el sentido de que, con la Tercera Revolución Industrial, la visión de Marx se estaba haciendo realidad. La microelectrónica, como producto de la ciencia, es una tecnología de aplicación universal que permite la automatización integral de los procesos en todos los ámbitos de la producción, la distribución y la administración, y tiene consecuencias muy diferentes para el sistema de producción de riqueza capitalista que las grandes revoluciones tecnológicas del pasado. Mientras que innovaciones como la máquina de vapor, el telar mecánico y el motor de combustión interna implicaron principalmente nuevos campos para la producción capitalista de mercancías y, por tanto, permitían una utilización adicional de trabajo productivo, la microelectrónica es una tecnología de racionalización por excelencia. El trabajo necesario para fabricar nuevos productos digitales como computadoras, celulares, etc., es incomparable con la masa de fuerza de trabajo liberada en todos los sectores de producción existentes como consecuencia de la digitalización.

Nuestra labor en la teoría de la crisis se centró durante muchos años en fundamentar y concretizar la tesis de la crisis fundamental de la producción de valor. Y el fenómeno del “capital ficticio” siempre desempeñó un papel importante en nuestra argumentación. Pues solo la hinchazón de los mercados financieros proporcionó la explicación de por qué la acumulación mundial de capital aún no se había derrumbado, a pesar de que la base de la valorización se había reducido estructuralmente hacía tiempo mediante el desplazamiento del trabajo vivo. Con esto, nos opusimos no solo a la corriente dominante neoliberal, sino también a la gran mayoría de la izquierda. Mientras los eufóricos ideólogos neoliberales veían confirmadas sus expectativas de futuro por el *boom* bursátil, la mayoría de la izquierda se resignaba al triunfo final del capitalismo. Insistimos, por el contrario, en que la crisis fundamental solo se había postergado, porque la acumulación basada en la anticipación constante de producción futura de valor es insostenible a largo plazo. Debido a este diagnóstico, ambos bandos nos tacharon de “catastrofistas” y “apocalípticos”³⁰.

*En el Manifiesto contra el Trabajo de 1999*³¹, publicado también en Brasil, formularon su crítica al trabajo de forma muy contundente. ¿Cómo fue recibido el Manifiesto y qué importancia tuvo para la difusión de la crítica del valor?

³⁰ Revisar *Große Fluchten. Krise und Entwicklung des Kapitals* de Ernst Lohoff, en *Krisis* (2000), *Weltmarktbeben* de Norbert Trenkle en *Krisis* (2008) y *Auf Selbsterstörung programmiert* de Ernst Lohoff, en *Krisis* 2 (2013).

³¹ *Manifest gegen die Arbeit*, publicado en Nürnberg (1999).

Norbert Trenkle: El *Manifiesto contra el Trabajo* es sin duda la publicación del grupo *Krisis* que más popularidad ha alcanzado. Se ha traducido al menos a nueve idiomas y es uno de los textos más consultados en nuestro sitio web. También circula por muchos otros sitios. La razón de este gran interés es, sin duda, el hecho de que la polémica y contundente crítica del trabajo interpela al sufrimiento generalizado causado por la compulsión capitalista al trabajo y las condiciones laborales cada vez más precarias.

Por supuesto, también ha habido críticas fuertes, especialmente por parte de la izquierda tradicional, para la cual un manifiesto contra el trabajo suena tan absurdo como un manifiesto contra la ley de la gravedad. Para ellos, el trabajo es un principio suprahistórico de socialización que no puede abolirse. Por tanto, incluso en una sociedad libre, las personas se socializarían entre sí a través del trabajo, es decir, establecerían su relación con la sociedad a través del trabajo. La única diferencia con la sociedad capitalista sería entonces que la mediación a través del trabajo se organizaría “conscientemente”. Pero esto es una contradicción en sí misma, porque la mediación a través del trabajo es esencialmente —como explicó detalladamente Moishe Postone— una forma objetivada de mediación³². Es una expresión de la dominación de las cosas muertas —los productos del trabajo— sobre las personas y, como tal, subyace al fetichismo del mundo de la mercancía.

Pero tengo la impresión de que la fijación en el trabajo como principio positivo ya no es tan fuerte, especialmente entre la generación más joven. Recientemente, por ejemplo, hemos observado un creciente interés por el *Manifiesto* por parte del movimiento del “decrecimiento”. Aquí surgen, sin embargo, otros problemas de recepción, debido al campo teórico de referencia. La crítica del trabajo suele entenderse allí como si uno pudiera salir individualmente de las coacciones imperantes, por ejemplo, reduciendo el consumo o replegándose en pequeños proyectos locales. Nosotros no entendemos nuestra crítica del trabajo de ese modo, y creo que lo dejamos claro en el *Manifiesto*. Por el contrario, situamos el trabajo en el centro de la crítica, porque representa el principio central de la mediación social en el capitalismo y, por tanto, es a partir de ahí desde donde puede desarrollarse la crítica fundamental de esta sociedad. Así, la abolición del trabajo no puede ser un acto individual o local aislado, sino que solo es posible en el contexto de un amplio movimiento de emancipación dirigido a la transformación social global.

Otro problema de la recepción actual del *Manifiesto* es que tiene casi 20 años [en el momento en el que la entrevista se realizó, 2018] y, por tanto, naturalmente no refleja el estado actual de nuestra teoría y análisis de la crisis. Para su cuarta edición en alemán, que saldrá a finales de 2018, hemos preparado un

³² *Zeit, Arbeit und gesellschaftliche Herrschaft*, de Moishe Postone (2003, p. 224).

epílogo actualizado detallado, que ofrece una visión general de las innovaciones teóricas —en absoluto triviales— de los últimos 15 a 20 años y, al mismo tiempo, aborda la profundización del proceso de crisis que ha tenido lugar desde entonces.

Algunas de estas innovaciones teóricas fueron presentadas en el libro La gran desvalorización, publicado en 2012. A partir de la teoría de la crisis, buscan explicar las causas de la crisis financiera de 2008, al tiempo que continúan desarrollando el concepto de capital ficticio. ¿Cuáles son las ideas generales del libro?

Ernst Lohoff: El punto de partida de *La gran desvalorización* es, naturalmente, la idea central sobre teoría de la crisis de la crítica del valor, es decir, la crisis fundamental de la producción de valor³³. En la primera parte del libro, es desarrollada una vez más, con algunas precisiones y añadidos. Las innovaciones teóricas se encuentran sin duda en la segunda y tercera partes y se refieren al capital ficticio, es decir, a la acumulación de capital en la industria financiera y a sus leyes específicas de movimiento.

Hay una buena razón para ello: en comparación con la claridad categorial con la cual la crisis de la valorización del valor fue analizada por la crítica del valor en las décadas de 1980 y 1990, las explicaciones de la categoría “capital ficticio” antes de *La gran desvalorización* eran deficientes. Si habíamos adoptado este término, hasta entonces extremadamente descuidado en la discusión marxista, lo hicimos en una interpretación ambivalente en relación a la esencia de la teoría de la acumulación en el marxismo tradicional. Éste solo conoce básicamente la acumulación de capital basada en la acumulación de plusvalor y considera que los acontecimientos del mercado financiero son, en última instancia, un juego de suma cero que culmina en una mera redistribución de la riqueza capitalista existente. Al insistir en que el capital ficticio había sustituido hacía años la valorización del valor como fuerza motriz de la acumulación de capital, la crítica del valor concedió a los acontecimientos del mercado financiero un significado intrínseco en el proceso de acumulación, algo incompatible con la concepción del marxismo tradicional. Sin embargo, la diferencia fundamental entre la formación de capital ficticio y la acumulación de capital basada en la creación de valor se estableció de tal manera que quedó a mitad de camino. Para dilucidar el carácter precario de la creación de capital ficticio, se utilizaron expresiones como “acumulación aparente” que, en lugar de explicar la cuestión, apelaban a un prejuicio de “autenticidad metafísica” que hacía que solo la “economía real” contara

³³ *Die große Entwertung* de Ernst Lohoff y Norbert Trenkle (2012) y entrevista a Ernst Lohoff y Norbert Trenkle sobre *Die große Entwertung* (parte I, II y III). <https://www.krisis.org/2012/alle-zentralbanken-sind-dabei-sich-in-bad-banks-zu-verwandeln/>.

realmente, mientras que la esfera financiera solo enmascaraba las relaciones económicas reales.

La gran desvalorización da pasos decisivos y llena el vacío en la elaboración teórica de la crítica del valor. Siguiendo las consideraciones fragmentarias de Marx sobre el capital que devenga interés en el Libro III de *El capital*, desarrolla una crítica de la economía política de la formación de capital ficticio. El punto de partida es el siguiente: como afirma Marx, la concesión de un préstamo o la emisión de acciones permite que el capital dinerario transferido tenga temporalmente una doble existencia. Junto a la suma de dinero original de que dispone el deudor o la sociedad emisora de acciones, y mientras dure el préstamo o la emisión de acciones, surge la reivindicación monetaria del acreedor. Si esta reivindicación monetaria se convierte a su vez en una mercancía negociable, esta duplicación adquiere relevancia en términos de teoría de la acumulación. En este caso, el reflejo del capital inicial representa una parte tan importante de la riqueza capitalista total como el propio capital original. Este extraño mecanismo constituye la base de la acumulación global de capital en el capitalismo actual. En la medida en que la masa de títulos financieros, es decir, las reivindicaciones monetarias negociables como mercancías, aumenta cada vez más rápido, el sistema de riqueza abstracta en su conjunto también puede mantener su curso de expansión.

Aunque esto contradiga la sabiduría de los manuales de economía y las ideas del marxismo tradicional, en los mercados financieros reside una potencia propia de formación de capital que, dada la enorme expansión de ese sector, se ha convertido en el motor real del funcionamiento capitalista global. Por supuesto, el predominio de la acumulación en la industria financiera no significa una desvinculación completa en relación al proceso de acumulación en la economía real. No puede haber ninguna duda al respecto, porque la formación de capital en la propia industria financiera siempre necesita puntos de referencia en la economía real. No presupone una valorización ya realizada, es decir, producción de plusvalor, sino que capitaliza expectativas de ganancias futuras o, en otras palabras, representa la acumulación de valor aún por producir. Pero, como tal, depende de las expectativas y esperanzas de futuros aumentos de beneficios en los mercados de bienes o, al menos, en determinados mercados de bienes. No hay auge inmobiliario sin la perspectiva de un aumento de los precios de los inmuebles, ni auge bursátil sin la esperanza de futuros beneficios empresariales.

Esta dependencia respecto a portadores de esperanza en la economía real explica la propensión a las crisis de la era del capital ficticio. Siempre que tales expectativas resultan puras ilusiones y estallan las burbujas especulativas, no solo se bloquea la necesaria formación de nuevo capital ficticio, sino que el capital ficticio ya acumulado pierde retroactivamente su validez social. Entonces, como ha demostrado recientemente la crisis mundial de 2008, amenaza una espiral eco-

nómica descendente en la que se manifiesta el proceso basal de crisis, encubierto por la hinchazón de la superestructura financiera. Esto solo puede evitarse de una manera: creando nuevas cantidades aún mayores de capital ficticio en otro lugar, si es necesario con ayuda activa de los bancos centrales. Pero esta “solución” es solo temporal. A medida que los potenciales portadores de esperanza de la “economía real” se disipan, y las montañas de futuro capitalista quemado a desechar crecen cada vez más, también el capitalismo sustentado por la acumulación en la industria financiera alcanza su límite interno.

Esto ayuda a explicar por qué las publicaciones más recientes del grupo Krisis hablan, por ejemplo, de un “nuevo tipo de capitalismo”, un “capitalismo inverso”, una “era del capital ficticio”. ¿Qué innovaciones teóricas aportan estas formulaciones en relación con el planteamiento anterior de la “crítica del valor”?

Ernst Lohoff: El término “inversión” subraya sobre todo que, en la creación del capital ficticio, la secuencia temporal entre la formación de valor y de capital se invierte fundamentalmente en relación con el movimiento del capital funcionante. En el ciclo del capital funcionante, la creación de nuevo capital es siempre resultado del proceso de valorización. Primero viene la valorización, luego la formación de capital. En cambio, la formación de capital ficticio mediante el mecanismo de duplicación del capital original siempre precede a su posible valorización. El valor aún no creado se transforma de antemano en capital social adicional. Como ya se ha dicho, desde los años ‘80 el sistema capitalista mundial en su conjunto se basa en esta forma de generación de capital mediante la anticipación de valor. Pero esto —y el término “capitalismo inverso” se refiere a esto en particular— ha puesto patas arriba la relación entre la esfera financiera y el capital funcionante.

Considerado desde la lógica general de la sociedad capitalista, el mercado monetario y de capitales es una esfera derivada. El hecho de que el capital dinerario se convierta en mercancía y de que surjan mercados para el comercio de esta mercancía específica ya presupone que la producción de bienes ha adoptado la forma de producción de mercancías y está sometida al objetivo de la valorización del capital. En este sentido, se puede hablar de una superestructura financiera que recubre el mundo del capital funcionante. En el capitalismo actual, sin embargo, esta “superestructura financiera” se ha convertido en el principal soporte de la acumulación de capital y, por tanto, paradójicamente, en la industria básica de todo el sistema. La producción de rendimientos en la esfera financiera ya no es el apéndice de la extracción de plusvalor, como en el capitalismo clásico, sino que la acumulación de capital funcionante se ha convertido en una variable dependiente de la formación de capital ficticio. Para expresar esta inversión, hemos sus-

tituido el término corriente “capitalismo dominado por el mercado financiero”, que no dice nada en términos de teoría de la acumulación, por el concepto de “capitalismo inverso”.

El término “época del capital ficticio” tiene un trasfondo similar y representa una especie de contrapunto a las denominaciones habituales de la última etapa del desarrollo del capital, como “la era de la globalización” o “la era del neoliberalismo”. El primer término es vago y puramente descriptivo; el segundo sitúa en el centro la cuestión de la ideología dominante. El término “época del capital ficticio” indica lo que, según nuestro análisis, es la principal característica estructural del capitalismo actual.

De hecho, la teoría del “capitalismo inverso” está asociada a algunas innovaciones en relación con el estado anterior de elaboración teórica de la crítica del valor. La cuestión a partir de la cual se plantea el problema de la creación de capital ficticio ha cambiado significativamente. En los años 80 y 90, simplemente queríamos demostrar que la acumulación de capital ficticio era una forma muy precaria de formación de capital. La pregunta que guía nuestro libro *La gran desvalorización* es diferente: ¿cómo funciona esta forma tan precaria como milagrosa de formación de capital? En los primeros textos, el tema era simplemente el (inminente) fin de la dinámica de creación de capital ficticio. Así pues, la lógica interna de la época se pensó a partir de su final anticipado y, por tanto, el análisis permaneció impreciso. Nuestro nuevo enfoque pretende analizar la historia interna de la época del capital ficticio. Pero esto requiere un instrumental categorial apropiado con el que la multiplicación de capital ficticio pueda entenderse como una forma propia de acumulación de capital. En *La gran desvalorización* desarrollamos este instrumental y en textos posteriores profundizamos y refinamos este análisis³⁴.

El cambio de foco es también, por supuesto, una respuesta a la transformación de la situación histórica. Formulamos por primera vez nuestra teoría de la crisis mientras comenzaban los años dorados del capitalismo inverso. Entonces, esa teoría sólo podía tener carácter *predictivo*. A más tardar con el crack de 2008, la crisis del capitalismo basada en la dinámica de la creación de capital ficticio se hizo evidente. El enfoque de la crítica del valor tuvo que cambiar, ya por ese motivo, hacia el *diagnóstico* de la crisis. Su tarea consiste en explicar el proceso de crisis de forma más coherente que otras teorías. Pero esto requiere una teoría sofisticada de la creación del capital ficticio.

Pero hay otro aspecto importante: frente a las ideologías actuales de procesamiento de la crisis, es urgentemente necesario argumentar de forma diferente a como lo hacíamos hace treinta años. En aquel entonces, nadie quería encon-

³⁴ *Kapitalakkumulation ohne Wertakkumulation* de Ernst Lohoff, en *Krisis* 1 (2014).

trar un problema en el despegue de los mercados financieros. En cambio, en las actuales ideologías de crisis la supuestamente buena y sana “economía real” se contraponen constantemente a la “patológicamente inflada” esfera financiera. La acumulación progresiva de capital ficticio, solución precaria de la crisis, se mistifica así como causa de la crisis y, al mismo tiempo, se transfigura nostálgicamente el capitalismo basado en el trabajo de masas³⁵.

Si, en estas condiciones, la crítica del valor siguiera al viejo estilo denunciando la acumulación de la industria financiera como “aparente”, ella misma caería en las aguas de la ideología dominante. Por otra parte, a la luz de la teoría del “capitalismo inverso”, la idea de un retorno a un capitalismo sano basado en el trabajo honrado es un mito. Esta teoría incluye una crítica fundamental al actual procesamiento ideológico dominante de la crisis.

¿Cómo describirían estas formas ideológicas actuales de procesamiento de la crisis?

Norbert Trenkle: Un elemento central del procesamiento ideológico de la crisis desde la década de 2000, reforzado desde el crack de 2008, es, como ya se ha mencionado, la referencia nostálgica al capitalismo supuestamente bueno de la era fordista, basado en el trabajo industrial de masas. Éste se opone al capital financiero, que aparece como la causa de la crisis y de todos los males. Y se acompaña de un culto al Estado fuerte y a la nación, que se contrapondrían a la globalización. Esta es la base sobre la que prosperan el nacionalismo y el neautoritarismo, que están en auge en casi todo el mundo. Por supuesto, estos regímenes autoritarios no pueden resolver la crisis fundamental, porque el desarrollo capitalista no puede volver a los tiempos del fordismo y de una política económica orientada al mercado interior. Pero eso no debería tranquilizarnos, pues esta incapacidad estructural se “compensa”, por así decirlo, con una exclusión social y racista más aguda y una represión intensificada contra los opositores y críticos, como ocurre actualmente en Hungría y Polonia, o incluso en Turquía.

Que estos regímenes y movimientos encuentren tanto apoyo entre amplios sectores de la población tiene que ver esencialmente con el hecho de que sirven a una determinada necesidad identitaria, que se encuentra en la estructura fundamental de la subjetividad moderna. Con esto nos referimos a la necesidad de identificación con un sujeto poderoso, grande o colectivo, como la nación. Esta identificación permite compensar el omnipresente sentimiento de impotencia que, en última instancia, resulta del hecho de que, en el capitalismo, las personas

³⁵ *Vorwärts in die Regression* de Norbert Trenkle, en *Irrwege der Kapitalismuskritik* (2017), coordinado por Merlin Wolf.

son confrontadas con sus propios vínculos sociales como un poder aparentemente ajeno que básicamente los subyuga. Si bien este sentimiento de impotencia representa una constante básica de la subjetividad capitalista, ya que está anclado en la estructura de la sociedad de la mercancía, se ha visto considerablemente agravado por la extrema volatilidad, imprevisibilidad y propensión a las crisis del capitalismo inverso. Por eso, cada vez más personas buscan hoy apoyo identitario en grandes sujetos imaginarios y desean un “hombre fuerte” —que en tiempos de emancipación puede ser también una “mujer fuerte”, como Marine Le Pen.

Sin embargo, identificarse con un gran sujeto colectivo requiere siempre una demarcación agresiva en relación con la construcción de un “otro”, que es definido como ajeno y hostil. Todo nacionalismo se delimita a sí mismo en relación con otras naciones. Y como supuestamente la “esencia propia” se expresa siempre en un “carácter nacional” determinado y en una cultura particular, las demás personas se definen al mismo tiempo como “culturalmente ajenas” y “no pertenecientes” por el color de su piel o por su origen³⁶. En este sentido, el racismo siempre está inscrito en el nacionalismo. Así ocurre con el antisemitismo. Los “judíos” son imaginados como “desarraigados” y, por tanto, considerados enemigos *por excelencia* de todas las naciones. Desde un punto de vista antisemita, se supone que los judíos no solo están detrás de la globalización y la financierización de la economía, sino también de los procesos de descomposición social y estatal en todo el mundo. Por cierto, se trata de una figura ideológica que no solo se encuentra en la derecha, sino que también está muy presente en la izquierda. Y el antisemitismo va de la mano de innumerables ideologías conspirativas que están ganando cada vez más influencia en el proceso de crisis. Como la gente no comprende la dinámica del capitalismo, se engaña pensando que los procesos misteriosos y objetivos a los que está expuesta están orquestados y controlados por ciertos grupos poderosos³⁷.

Al principio, la crítica de la subjetividad moderna parecía un empeño casi “esotérico”, sin relación aparente con el capitalismo de crisis global. Sin embargo, escriben el 11 de septiembre: “el irracionalismo del sistema se golpeó a sí mismo”. ¿Qué cambió con esta nueva coyuntura y cómo afectó al desarrollo de la teoría?

Norbert Trenkle: Los atentados del 11 de septiembre de 2001 representan ciertamente una ruptura histórica, casi tan significativa como el hundimiento del

³⁶ De Ernst Lohoff, en *Krisis* 19 (1997).

³⁷ *Nationalsozialismus und Antisemitismus* de Moishe Postone en *Zivilisationsbruch* (1988), coordinado por Dan Diner y *Geldkritik und Antisemitismus* de Ernst Lohoff en *Streifzüge* 1 (1998).

socialismo real, porque no solo cambió las coordenadas de la política mundial, sino que también desplazó el discurso ideológico sobre la crisis. Esto no podía dejar de tener consecuencias para nuestra elaboración teórica. En el llamado Occidente, el islamismo se percibe casi unánimemente como una especie de rebelión arcaica contra la modernidad, como un “retorno a la Edad Media”. Y se apela a los “valores occidentales” y a los logros de la Ilustración, que deben defenderse, si es necesario, con cazabombarderos. Pero esto oculta deliberadamente, en primer lugar, que los “valores occidentales” representan esencialmente la racionalidad y los imperativos de la formación social capitalista y, por tanto, no son en absoluto tan brillantes³⁸. Y, en segundo lugar, que el lado sombrío de esta racionalidad es precisamente el irracionalismo violento y autoritario que aflora a la superficie en todas partes en tiempos de crisis e incertidumbre general y se hace cada vez más poderoso³⁹.

Este irracionalismo se presenta a menudo con un ropaje pseudoarcaico, aunque en esencia es parte integrante e indivisible de la modernidad capitalista y fue producido por ella. Esto se aplica, por ejemplo, al fascismo en general y al nazismo en particular, ambos caracterizados por narrativas históricas que eran tan ciertas como el cuento de Caperucita Roja. Estas narrativas pueden convertirse en la fuerza motriz de la movilización histórica de masas porque proporcionan el material para determinadas identidades colectivas que ejercen una tremenda atracción sobre los individuos formateados como sujetos modernos. La arcaización no es un accidente, sino un principio básico de construcción. Precisamente por eso, una identidad colectiva como “la comunidad nacional alemana” promete a las mónadas capitalistas una engañosa sensación de seguridad, porque aparece como una constante suprahistórica. En el océano turbulento de la vida capitalista cotidiana, con sus cambios constantes y sus exigencias permanentes de flexibilidad y autoafirmación individuales, se erige como una esencia aparentemente original e inmutable, y promete como tal una elevación trascendental que antes solo las religiones eran capaces de proporcionar. Por ello, el nacionalismo, el fascismo, pero también el socialismo tradicional, han sido calificados con razón de religiones seculares.

³⁸ *Von Menschen und Schafen* de Karl-Heinz Lewed en *Dead Men Working* (2004), coordinado por Ernst Lohoff y *Kulturkampf der Aufklärung* de Norbert Trenkle, en *Krisis* 32 (2008).

³⁹ *Gewaltordnung und Vernichtungslogik* de Ernst Lohoff en *Krisis* 27 (2003), *Ohne festen Punkt* de Ernst Lohoff, en *Krisis* 30 (2006) y *Zur Kernphysik des bürgerlichen Individuums* de Ernst Lohoff en *Krisis* 13 (1993).

Pero también el islamismo es un movimiento identitario extremadamente moderno, en el mismo sentido que el fascismo o el nacionalismo. El indicio más claro de ello es lo que parece paradójico a primera vista: la especial vehemencia con la que proclama un retorno radical al “verdadero islam” y a sus supuestos fundamentos. Aquí encontramos las pautas de construcción de identidades colectivas modernas ya mencionadas, la apelación a tradiciones aparentemente antiguas y a normas establecidas e incuestionables. Pero el islamismo no tiene nada que ver con la religión tradicional del islam, como lo demuestra también el hecho de que grupos como los talibanes o el Estado Islámico combatan precisamente manifestaciones tradicionales como el sufismo de forma especialmente brutal e incluso hagan volar antiguos santuarios islámicos. También es indicativo de su carácter moderno la vehemente afirmación de la verdad que cada uno de los fragmentados movimientos y agrupaciones islamistas reclama para sí y defiende combativamente contra todos los demás. Pues las identidades son esencialmente exclusivas. Se caracterizan por fronteras nítidas entre un interior y un exterior, lo que se consigue construyendo “otros” que son esencialmente ajenos y fundamentalmente hostiles. En el nacionalismo, por supuesto, se trata de los “otros pueblos” que amenazan al “propio pueblo” y le disputan su espacio vital. En el islamismo, son precisamente los “cruzados” y los “infieles”. Esta determinación del enemigo tiene mucho más que ver con Carl Schmitt que con el Corán.

El islamismo —al menos el islamismo en sus manifestaciones violentas y terroristas— es en esencia un movimiento de modernización enloquecido. En la fase de ascenso del capitalismo, con toda su violencia, la formación de las identidades nacionales seguía siendo un momento del proceso de establecimiento de las relaciones de producción y de vida de la sociedad de la mercancía. En el islamismo militante, la política de identidad se convierte en un momento de destrucción acelerada de esas mismas relaciones, especialmente allí donde ya se han vuelto precarias. El islamismo tiene especial éxito donde las identidades estatales y nacionales ya son débiles o están en proceso de desintegración, como en el mundo árabe o en Oriente Próximo. También resulta muy atractivo para los inmigrantes, o sus hijos y nietos, en los países occidentales, donde se les excluye de las narrativas nacionales dominantes y se los define como no pertenecientes. El islam les ofrece precisamente el apoyo identitario colectivo que algunos de sus pares no inmigrantes encuentran en las identidades nacionalistas o en los grupos de derecha⁴⁰.

⁴⁰ *Finale des Universalismus* de Karl-Heinz Lewed en *Krisis* 32 (2008), *Die Exhumierung Gottes* de Ernst Lohoff en *Krisis* 32 (2008) y *Gott kriegt die Krise* de Ernst Lohoff (2006). <https://www.krisis.org/2006/gott-kriegt-die-krise/>.

Por supuesto, esto poco o nada se tematiza en el discurso occidental sobre el islamismo, pues tal discusión implicaría asumir el núcleo violento de la forma-sujeto burguesa y su reverso irracional, algo que debe evitarse con todas las fuerzas. En cambio, el islam sirve de proyección para todo lo que Occidente no quiere ver en sí mismo. De este modo, los conflictos inmanentes de la sociedad mercantil global, agravados en el curso del proceso de crisis, pueden etnicizarse. Es como si el “modelo de vida occidental” estuviera amenazado por un enemigo exterior. De este modo, se puede ocultar maravillosamente el hecho de que el modo de producción y de vida capitalista, que ha dominado el mundo en todas partes durante mucho tiempo, se está descomponiendo catastróficamente en sus propias contradicciones internas⁴¹.

En este sentido, ¿cómo creen que se desarrollará en ese contexto el proceso de crisis? ¿Qué papel desempeñarán esas formas ideológicas y subjetivas de procesamiento que han descrito?

Ernst Lohoff: La cuestión del curso ulterior de la crisis no puede responderse sin hablar primero un poco sobre la fase actual de desarrollo del capitalismo inverso. La gran caída de 2008 no fue el primer gran revés sufrido por el sistema global de anticipación del valor, pero fue de lejos el más crucial. Dos aspectos le confieren una nueva cualidad. En primer lugar, a diferencia por ejemplo de la crisis de Asia Oriental de 1997-98, el *crash* de 2008 no afectó apenas a una región específica del mundo, sino a todos los Estados capitalistas centrales. En segundo lugar, a diferencia del *crash* de las puntocom de 2000, no quebró apenas un sector que servía de portador de esperanza para la generación de capital ficticio; en 2008 se vio afectado el corazón de la superestructura financiera: el sistema bancario. Esto supuso una amenaza de colapso total del sistema de anticipación de valor y, por tanto, de la economía mundial. Ante este peligro, los gobiernos y bancos centrales del mundo tomaron medidas concertadas para proclamar el estado de emergencia en la política financiera y monetaria, y lo hicieron con éxito.

Mediante la nacionalización de emergencia del capital ficticio tóxico, la compra de títulos del Estado por los propios bancos centrales y una política de tipos de interés negativos, no solo evitaron el colapso de la economía de burbujas, sino que crearon un clima de invernadero en el que la generación de capital ficticio privado volvió a experimentar un enorme impulso. Así, empezó a moverse de nuevo la dinámica económica mundial. Aunque los bancos centrales han legitimado su política monetaria “no convencional” como medida de emergencia a corto plazo, siguen temiendo, con razón, el fin de la política de dinero ultra barato.

⁴¹ *Gottverdammt modern* de Norbert Trenkle en *Krisis* (2015).

Es que aun cuando los mercados bursátiles de Estados Unidos, Europa y Asia registran regularmente nuevos máximos históricos, la dinámica de generación de capital ficticio en el sector privado sigue siendo demasiado inestable para continuar sin el apoyo continuo de los bancos centrales.

Con la crisis de 2008, surgió un sistema de asociación público-privada en el que toda la política monetaria se orienta a mantener la creación de nuevo capital ficticio privado. En cierto modo, el “capitalismo inverso” ha alcanzado la fase de desarrollo a la que había llegado el capitalismo clásico en la década de 1970, cuando el débil crecimiento se compensaba con un desesperado gasto deficitario keynesiano. Sin embargo, esto es al mismo tiempo un indicio de que esta forma de postergación de la crisis se acerca cada vez más a sus límites. Está absolutamente claro que también las burbujas actuales, creadas sobre todo mediante el apoyo activo de la política monetaria, estallarán tarde o temprano. Aunque no podemos predecir con exactitud cuándo ocurrirá, hace tiempo que se espera un desplome, especialmente en el sector inmobiliario chino.

Es más, ahora no son solo las contradicciones económicas internas las que pueden estallar, sino que el peligro también amenaza desde la política. Durante treinta años, los gobiernos de los Estados capitalistas centrales han creado, mediante sus políticas económicas, condiciones generales favorables para la acumulación transnacional de capital sustentada por la dinámica del capital ficticio. Surgió una nueva división internacional del trabajo que ha mantenido la economía mundial hasta nuestros días. Consiste en que países como Estados Unidos y Gran Bretaña lanzan permanentemente capital ficticio al mercado mundial y acumulan cada vez más deudas, permitiendo que otros países, especialmente China y Alemania, triunfen en los mercados de bienes y consigan excedentes de exportación. Pero mientras tanto, en algunos Estados capitalistas centrales, fuerzas políticas cuestionan este peculiar ordenamiento y quieren dismantelar el marco general de la acumulación mundial.

Las reacciones político-identitarias al proceso de crisis y a la inseguridad social generada también se reflejan cada vez más en la formación de gobiernos. La elección de Donald Trump fue en este sentido, sin dudas, todo un acontecimiento. Y el hecho de que, mientras realizamos esta entrevista, un extremista de derecha haya sido elegido en Brasil no es menos que una catástrofe. Movimientos y partidos nacionalistas, de derecha o izquierda, están en auge en todas partes. Todos buscan una desvinculación nacional, al menos parcial, del mercado mundial, de los mercados financieros internacionales y de organizaciones supranacionales como la Unión Europea, prometiendo dar a “sus” países un mayor margen de maniobra política. Por supuesto, esto es pura ilusión. Lo que debería dar ventajas a “la propia nación” a expensas de las demás acaba exacerbando la crisis interna y externa. Esto ya es previsible en el hecho de que la salida del Reino Unido

de la Unión Europea, que amenaza con separar el centro financiero de Londres de la Europa continental, tendrá un efecto devastador en la situación económica de este país central del neoliberalismo. En cambio, es probable que las repercusiones para la Unión Europea sigan siendo limitadas. La situación es diferente con las consecuencias de la política estadounidense. Si la administración Trump se toma en serio las restricciones a la importación que ha venido anunciando, romperá los engranajes de la economía mundial. Hay algo suicida en que Estados Unidos declare la guerra económica a un país que posee un tercio de sus títulos estatales, China. Una acción de este tipo castigaría inevitablemente a los mercados financieros y, por tanto, también a la “economía real”, y llevaría a los Estados Unidos a la bancarrota.

En la crisis de 2008, la intervención conjunta, pragmática y masiva de gobiernos y bancos centrales evitó el enorme impulso de desvalorización. En la próxima ronda de la crisis, en cambio, es probable que la política desempeñe un papel exacerbador. Si los gobiernos de los Estados capitalistas centrales tratan de satisfacer las necesidades identitarias de su electorado, siguiendo así un cálculo extremadamente particular, esto amenaza con poner en marcha una dinámica que desembocará en el colapso catastrófico de la economía mundial⁴².

Norbert Trenkle: En este sentido, estamos experimentando otro salto cualitativo en el proceso de crisis. La política ya no solo está *en* crisis, como la diagnosticamos hace tiempo, sino que se ha convertido ella misma en un momento integral y dinámico de la crisis. Esto se aplica no solo al proceso de crisis económica en sentido estricto, sino también al ámbito de la propia política. La nueva política identitaria marca la transición hacia una liquidación violenta y probablemente definitiva de los elementos liberal-democráticos del Estado. Pero esto no da lugar a dictaduras clásicas al estilo Pinochet ni a sistemas fascistas al estilo Mussolini, sino a regímenes autoritarios brutales que se mezclan con bandas mafiosas y fuerzas fundamentalistas regresivas e impulsan la desintegración violenta de la sociedad. Así pues, nos dirigimos hacia tiempos sombríos. Las fuerzas de la izquierda son en gran medida impotentes ante esta evolución, porque se guían básicamente por conceptos del pasado y no cuestionan fundamentalmente ni la producción de mercancías ni el Estado. Para salir de la defensiva, se necesita una nueva perspectiva de emancipación social⁴³. Creemos que la crítica del valor debe desempeñar un papel importante en este sentido.

⁴² *Die letzten Tage des Weltkapitals* de Ernst Lohoff en *Krisis* 5 (2016).

⁴³ *Gesellschaftliche Emanzipation in Zeiten der Krise* de Norbert Trenkle en *Zeitschrift für Philosophie* 61 (2015) y *Out of Order - Out of Control* de Ernst Lohoff en *Streifzüge* 31 y 32 (2004).

CAPÍTULO II

Trabajo, valor y crisis del capitalismo

La crisis del trabajo abstracto es la crisis del capitalismo. **Norbert Trenkle.**

La mercancía general y sus misterios. Sobre el significado del dinero en la crítica de la economía política. **Ernst Lohoff.**

La crisis del trabajo y los límites de la sociedad capitalista. **Norbert Trenkle.**

Cuando la riqueza destruye riqueza. El capitalismo inverso y sus límites. **Ernst Lohoff.**

El trabajo en la era del capital ficticio. **Norbert Trenkle.**

LA CRISIS DEL TRABAJO ABSTRACTO ES LA CRISIS DEL CAPITALISMO

Norbert Trenkle

Traducido por Dora de la Vega y Norbert Trenkle

I

El trabajo abstracto es el principio central de organización y dominación de la sociedad capitalista. Lo afirmamos no solo por el hecho de que la realización del capital depende de la aplicación de la fuerza de trabajo vivo en el proceso de producción, sino por una razón más fundamental: el trabajo abstracto constituye y confiere la síntesis de la sociedad capitalista. Puesto que esta, en esencia, es una sociedad productora de mercancías y, por lo tanto, una sociedad en la cual los seres humanos establecen sus relaciones sociales a través de la forma-mercancía y la forma-dinero. Pero dado que una mercancía, considerada desde su aspecto de valor de cambio, no es otra cosa que portadora de valor —o sea de “trabajo muerto”— la mediación o transmisión social conferida a través de mercancías es idéntica a la mediación o transmisión a través del trabajo abstracto. La expresión más directa y evidente de esto es la obligatoriedad generalizada de tener que vender la propia fuerza de trabajo para poder sobrevivir. Por lo tanto, uno mismo debe convertirse en mercancía para, a través de la compra de los bienes de consumo, tener acceso a la riqueza de la sociedad.

La síntesis o mediación social a través de mercancías y trabajo es, en esencia, mediación cosificada. Es decir: las relaciones sociales (relaciones entre seres humanos) se establecen por medio de las cosas (mercancías) y asumen de esta ma-

nera una forma totalmente demencial: en cierta forma, las cosas comunican sobre cómo deben vivir los seres humanos. O, dicho de otro modo: en la sociedad capitalista, los productos del trabajo humano adquieren vida propia y se presentan ante las personas como configuración de coacciones aparentemente ajenas. Para este estado de cosas, Marx acuñó la famosa expresión de fetichismo de la mercancía. Optó por esta expresión conscientemente para remitir, por analogía, a las sociedades animistas. En estas sociedades, las personas son dominadas por sus concepciones mágicas, producto de sus propios cerebros. Algo muy similar ocurre en la sociedad capitalista, aunque sostenga sobre sí misma haber superado el pensamiento mágico. En ella son los productos materiales los que se han independizado de las personas, dominándolas como un fetiche en forma de trabajo y mercancía.

II

La síntesis social a través del trabajo abstracto conforma, en el capitalismo, el marco referencial general de todas las relaciones sociales y, determina en el plano de su dinámica básica, su trayectoria histórica. Lo cual no significa que todo esté determinado por la lógica del trabajo y de las mercancías en sentido estricto. Pero esa mediación cosificada constituye básicamente la forma de las relaciones sociales, acuñando las jerarquías y relaciones de dominación social y definiendo también las demarcaciones del universo capitalista, o sea aportando los criterios de inclusión y exclusión.

Por esa razón, la actual crisis del trabajo abstracto sacude a toda la sociedad capitalista hasta sus cimientos mismos. En esencia, esta crisis es el resultado de una contradicción fundamental, una contradicción que por cierto se puede interpretar como una entre el trabajo abstracto y el trabajo concreto, aunque en un sentido muy diferente a lo que plantea John Holloway. La categoría del trabajo concreto, según mi análisis, no es actividad vital o productiva en un sentido transhistórico, sino el otro lado del trabajo abstracto, o sea la forma específica de la actividad productiva bajo el régimen de la producción capitalista. Esto significa, por un lado, que el trabajo concreto refleja en todos sus rasgos la producción de valor, tanto en su ritmo y sus procesos organizativos (regidos por el criterio de la “eficiencia empresarial”) como en sus contenidos (tomemos el ejemplo del trabajo concreto en una fábrica automotriz). Por el otro lado esto implica, que una gran cantidad de actividades productivas, vitales y sociales queden excluidas del universo del trabajo en el capitalismo y marcadas de “inferiores”, como especialmente las actividades “reproductivas”, hogareñas y las de carácter afectuoso,

que dentro de la sociedad capitalista han sido “adjudicadas” y delegadas principalmente a las mujeres y calificadas como “femeninas”.

Sin embargo, analizar el trabajo concreto de este modo, no significa negar una contradicción entre trabajo concreto y el trabajo abstracto. Pero señalamos que esta contradicción es de carácter inmanente al capitalismo, y justamente como tal provoca la crisis del trabajo abstracto. ¿Por qué? Porque mientras que la terrible dinámica capitalista ha sometido a todo el mundo al dictado de la producción de mercancías y la valorización de capital, ocurre simultáneamente que el enorme impulso de productividad basado en la microelectrónica ha conducido también a que haya una demanda decreciente de la fuerza de trabajo, para la realización del capital en los sectores claves altamente tecnificados. En las décadas de los 70 y 80, este desarrollo indujo a muchos sociólogos de las metrópolis capitalistas a un optimismo tal, que los llevó a predecir una reducción generalizada del tiempo de trabajo y una pérdida de su rol como principio organizativo central de la sociedad. En este sentido en todas partes se hablaba del “fin de la sociedad del trabajo”.

No obstante, estos pronósticos no han hecho más que ridiculizar a sus autores. El tiempo de trabajo, efectivamente, se redujo en las metrópolis hasta entrados los años 80, pero, desde entonces se ha estado extendiendo de manera constante y persistente al mismo tiempo que la sociedad se aferraba, en lo político e ideológico, cada vez más al trabajo. Este desarrollo no desmiente, sin embargo, el diagnóstico de la crisis del trabajo abstracto, sino al contrario: es una de sus consecuencias principales. Mientras que, a nivel del trabajo concreto, el incremento de la productividad significa que en una misma medida de tiempo se pueden producir más productos, visto desde el aspecto del trabajo abstracto, esto se traduce en una disminución del valor de cada mercancía debido al menor tiempo de trabajo abstracto gastado en ella. Y esto, en la lógica de la producción capitalista, implica “un problema”, puesto que su objetivo no es la producción de cosas útiles para cubrir las necesidades de la sociedad, sino la “producción” de valor o, dicho de otro modo, la producción de plusvalor para la realización del capital. Por esa razón los incrementos de productividad no conducen precisamente a una mejora generalizada de las condiciones de vida ni a una ampliación del tiempo libre disponible, sino a despidos masivos de la fuerza de trabajo, a una intensificación de los ritmos de trabajo y a un incremento de los índices de explotación, para garantizar así una valorización lucrativa del capital pese a la disminución de valor por mercancía y al aumento del capital fijo (maquinaria, equipos técnicos, etc.).

Si en el período de auge del capitalismo y, en particular en el período denominado fordismo, los asalariados en las metrópolis obtenían un provecho parcial del crecimiento de la productividad (en forma de aumentos salariales, prestaciones

sociales y reducción de la jornada laboral), esto se debía principalmente a un constante crecimiento en la demanda de fuerza de trabajo de los principales sectores industriales; lo cual abrió márgenes de maniobra tanto para las luchas del movimiento obrero organizado como para las de otros movimientos sociales, que lograron obtener una relativa mejora en las condiciones de vida e imponer una cierta regulación política en la dinámica desenfrenada del capitalismo, aunque sin poder desactivar sus imperativos estructurales, por cierto.

III

La revolución en las fuerzas productivas que la microelectrónica trajo consigo y su consiguiente aporte a la globalización han destruido esos márgenes casi por completo. El alto nivel del equipamiento tecnológico-organizativo, en los sectores claves de la producción para el mercado mundial, ha conducido a que una gran parte de la humanidad sea “superflua” o excedente para la valorización capitalista, porque ya no se la necesita como fuerza de trabajo. Una expresión directa de este desarrollo es la enorme expansión del sector de trabajo precarizado. Puesto que, bajo las condiciones de producción universalizada de mercancías, la gran mayoría de los seres humanos no tiene otra opción que venderse de alguna manera y se ven obligados a hacerlo en condiciones cada vez peores.

En tanto los precarizados y marginalizados sigan estando ligados al circuito globalizado de la valorización, entran en directa competencia con los sectores de la tecnología de punta del mercado mundial. Los innumerables cartoneros de Buenos Aires, por ejemplo, deben competir con los trabajadores de la industria maderera altamente tecnificada y racionalizada de Suecia y Canadá, países donde esa industria ha logrado reducir a un mínimo la fuerza de trabajo y proveer mejor materia prima para la producción de papel. La inmensa brecha de productividad que existe entre estos sectores, es lo que presiona los ingresos en el sector precarizado y lleva a una sobreexplotación extrema, en condiciones de trabajo incluso esclavo. Cabe señalar que esa brecha en la productividad, ya no se estrecha como en los períodos de ascenso del capitalismo cuando en las metrópolis, los sectores no capitalistas de la economía (en particular la agricultura y el artesanado) fueron transformándose en segmentos de producción fordista. La brecha que actualmente existe entre sectores marginalizados y los concentrados de la economía mundial ya es en sí un producto de la generalización de la lógica capitalista que produce estructuralmente exclusión y marginalización. Por eso continúa ensanchándose.

Este fenómeno ya fue analizado en los años 60 y 70 en el contexto de la teoría de la dependencia, tomando como eje los países de la periferia capitalista

(el “desarrollo del subdesarrollo”). No obstante, este fenómeno ha asumido dimensiones planetarias en las condiciones actuales de globalización y de la revolución de las fuerzas productivas generada por la microelectrónica. Y esto implica que: hoy día todo avance de la productividad no aumenta los márgenes de acción para un incremento general del nivel de vida material en el capitalismo, sino que conduce a que cada vez más personas sean empujadas hacia el sector precarizado y marginalizado. Mientras tanto, sigue creciendo la diferencia entre las condiciones de producción y trabajo aquí y los sectores incluidos en las tecnologías de punta. De esta manera se arriba a una progresiva devaluación de la fuerza de trabajo en el sector precarizado, un proceso que se potencia aún más por la creciente “sobre oferta” de la misma a nivel global y la competencia que ésta desencadena. Bajo estas condiciones, el capitalismo ya solo funciona como una gigantesca máquina de exclusión y marginación dejando a la gran mayoría de la población mundial, como única perspectiva, la lucha descarnada por la sobrevivencia en condiciones cada vez más duras.

Por lo tanto, la centralidad del trabajo en la sociedad capitalista de ninguna manera retrocede por la crisis del trabajo abstracto. Al contrario: a medida que el proceso avanza, se intensifican las presiones y coacciones que ejerce. Lo que se modifica es el modo de acción: si en la fase de ascenso del capitalismo prevalecía la tendencia a la inclusión, ahora el trabajo abstracto se ha convertido en el momento clave de la dinámica de exclusión masiva.

IV

Pero, de ningún modo, es éste el único efecto de la crisis del trabajo abstracto. La depreciación generalizada de la fuerza de trabajo, generada por el impulso de productividad de la microelectrónica, socava al mismo tiempo las bases de la valorización del capital. Puesto que, si en los sectores centrales de la producción de mercancías cada vez se hace más superfluo el trabajo abstracto, esto redundará en una reducción de la masa de valor que allí se produce.

El desarrollo en el avance de las fuerzas productivas provoca, por lo tanto, una situación de sobreacumulación estructural, en la cual, grandes volúmenes de capital no encuentran posibilidades de realización en la esfera del capital productivo y por eso están tendencialmente amenazados por la desvalorización.

Esta sobreacumulación no puede solucionarse mediante el inmenso incremento del trabajo precarizado, tampoco por la explotación extensiva que se hace de él en países como China. Aunque grandes masas humanas deban sacrificar todo el tiempo de su vida y su salud, el valor que se les extrae representa solo una cantidad muy pequeña del volumen global de valor extraído debido a que

allí la fuerza de trabajo se explota a un nivel de productividad extremadamente bajo. Es decir: una hora de trabajo en ese nivel representa solamente una fracción mínima del valor de una hora de trabajo en los sectores de tecnología de punta. Tampoco conquistando nuevos sectores de producción para la realización del capital, hay una salida de la trampa de sobreacumulación; ya que las fuerzas productivas posfordistas son fuerzas productivas universales sustentadas en el acervo del conocimiento de la sociedad en general (el famoso “*general intellect*”). Por eso, todo nuevo ámbito de producción está siendo organizado y estructurado de antemano según las pautas de una racionalización global de los procesos de trabajo. Un ejemplo de esto son los nuevos complejos biotecnológicos. Pero, la tercera revolución industrial ha transformado también radicalmente los sectores de administración, distribución, transporte y todos los demás que integran el circuito económico (cabe señalar aquí la concomitancia de esto con una racionalización del pensamiento, sentimientos e interrelaciones humanas). En este sentido la actual crisis del trabajo abstracto reviste una nueva calidad: socava definitivamente la sustancia del valor —por lo tanto, también los fundamentos de la valorización— y, en consecuencia, a la sociedad que sustenta.

Es decir, no estamos simplemente frente a una de las crisis cíclicas del capitalismo, sino ante una crisis fundamental que lleva a la sociedad capitalista indefectiblemente a su límite histórico absoluto y que —como es sabido— conlleva la destrucción de las bases naturales de la existencia, víctima del insaciable apetito de valorización del capital, lo cual no significa que el capitalismo se “derrumbe” de un día para el otro. Más bien se trata de un largo proceso que puede prolongarse por varias décadas, con consecuencias catastróficas para la gran mayoría de la población mundial, a menos que se logre romper con la lógica de valorización y su dinámica destructiva.

V

Un indicio evidente de la sobreacumulación estructural que se está dando desde hace más de dos décadas es el colosal crecimiento del sector financiero. Si bien el capital allí invertido (un volumen que, como es sabido, supera en mucho el del capital invertido en la economía real) arroja inmensa rentabilidad, sin embargo, ésta no es el resultado del plusvalor obtenido en la producción de mercancías, sino el de la especulación y los créditos que, en gran parte, no se asientan en la economía real. Se trata de lo que Marx llamó “capital ficticio” o sea, un capital que se multiplica solo formalmente sin que se haya explotado fuerza de trabajo como es el caso en la producción de mercancías o servicios.

Sin embargo, este capital ficticio que se forma constantemente en períodos de sobreacumulación, no es únicamente el efecto pasivo de la crisis del trabajo abstracto, sino que constituye en sí mismo un momento activo del proceso de esta crisis y determina de manera fundamental su desarrollo y su dinámica. Por una parte, tiene la función de postergar los efectos de la crisis, porque al capital excedente —ése que no puede ser invertido en la economía real— le ofrece posibilidades de inversión en el sector financiero, evitándole una depreciación inmediata. Además, una parte del dinero de la superestructura financiera retorna a la economía real y allí estimula la demanda de mercancías y servicios. Así, en todo el mundo, para una gran parte de los gastos de consumo privados y públicos se toman hoy en día créditos y, muchas inversiones, en particular las del sector inmobiliario, son financiadas con los beneficios del mercado financiero, inversiones que a su vez a menudo son de carácter especulativo puro (un ejemplo actual es la crisis en el mercado inmobiliario de los Estados Unidos).

Por otra parte, la esfera del capital ficticio actúa sobre la economía real agudizando la crisis. La alta rentabilidad en el sector financiero se convierte en la medida de las expectativas para las inversiones reales, incrementando así la presión de racionalizar aún más la producción. El efecto de esto es una reducción aún mayor de la demanda de fuerza de trabajo, una mayor compresión del tiempo de trabajo y una reducción adicional de los salarios, con lo cual simultáneamente se acelera la crisis de sobreacumulación. Por lo demás, la enorme flexibilidad y movilidad del capital ficticio potencia el proceso de la globalización. Y finalmente, devaluaciones periódicas parciales sumergen a muchos Estados en crisis profundas, cuyos resultados son una acelerada destrucción de las estructuras económicas y sociales con la consiguiente marginación social. Aquí, en Argentina huelga extenderme sobre lo que esto significa en concreto para las condiciones de vida.

Sin embargo, estas crisis periódicas, aun considerando en cada caso la gravedad de sus efectos, no son más que “muestras” de la catástrofe que se avecina cuando el alud del mercado financiero se desprenda a nivel global. Que esto suceda, es en último término inevitable, puesto que la burbuja del capital ficticio no puede inflarse indefinidamente. Cuándo sucederá, es incierto, ya que la flexibilización de los mecanismos del mercado financiero ha generado grandes márgenes de acción para compensar provisoriamente los desequilibrios y postergar las grandes arremetidas devaluatorias.

Sin embargo, cada postergación incrementa simultáneamente el potencial de crisis acumulado; así por ejemplo la crisis de la *New Economy* fue “resuelta” mediante fuertes bajas de intereses, lo que entre otros efectos condujo a la especulación en el mercado inmobiliario en Estados Unidos, cuya crisis a su vez hoy amenaza la economía mundial. Queda abierta la interrogante, de si esta crisis también podrá ser diferida. Lo cierto es que una devaluación del capital ficticio

a nivel global tendrá consecuencias devastadoras en todo el mundo, puesto que necesariamente afectará tanto a la economía real como también a los sistemas sociales y las finanzas estatales —y no solo en las regiones de la periferia del mercado mundial sino también en las metrópolis. Pero no debe cometerse el error de buscar las causas de este impulso de la crisis en el desenfreno del sector financiero, como lo hacen muchos críticos de la globalización. Éste es más bien él mismo una consecuencia de la crisis del trabajo abstracto que no puede ser solucionada mediante controles de los mercados financieros u otras medidas políticas, porque es la resultante de una contradicción fundamental de la lógica capitalista misma.

VI

Sin embargo, decir que la centralidad del trabajo como principio organizativo del capitalismo se mantiene a pesar de la crisis, no es del todo correcto. Hay que precisar un poco más: a medida que el trabajo abstracto se convierte en un principio de exclusión social, va perdiendo su capacidad de mediación y síntesis social. Porque, aunque los sectores marginalizados y excluidos sigan sometidos a la dominación del trabajo abstracto y de la producción de mercancías, ésta tiene otro carácter que la de la era fordista, donde la explotación del trabajo en los sectores industriales formaba el centro de gravitación. En cierto modo la subsunción a la lógica mercantil hoy día es incluso más intensa que veinte o treinta años atrás. Esto es muy evidente en las orientaciones consumistas y las prácticas culturales impregnadas por una industria cultural globalizada. Pero también en la lucha cotidiana por la sobrevivencia: la presión de ganar dinero se ha ido acentuado gravemente, mientras incluso se incrementa cada vez más la monetarización de muchas prácticas de autoayuda y autoorganización (por ejemplo, por subsidios estatales o por influencia de las ONG). En este sentido la lógica mercantil y del trabajo abstracto se expande continuamente, pero a la vez comienzan a disolverse los límites claros entre el universo constituido por esta lógica y las actividades anteriormente definidas como “no-trabajo”.

Sin embargo, esta disolución de límites no significa una superación emancipatoria del trabajo abstracto, sino al contrario, la difusión total del trabajo abstracto en la vida, configurándose así una mezcla caótica de sus efectos de dominación y exclusión. Uno de ellos es la multiplicación de las contradicciones y de las fragmentaciones, lo que a su vez provoca reacciones muy diversas y heterogéneas. Esta heterogeneidad y diversidad no es simplemente positiva, sino que incluye tanto luchas solidarias y reivindicativas, como la brutalización de la competencia individual, la agudización de la violencia sexista y racista, la promulgación de las identidades nacionalistas y etnicistas o la expansión de las sectas re-

ligiosas y bandas mafiosas. Son justamente estas últimas reacciones las que ganan una fuerza alarmante porque constituyen la prolongación de los efectos dominantes, excluyentes y destructivos de la lógica capitalista bajo las condiciones de crisis y, como tales, representan un peligro no menor que la represión estatal, para todo movimiento emancipatorio.

No son pocos los que, bajo estas circunstancias difíciles, sueñan con una nueva unidad de clase acorde a los conceptos del marxismo tradicional y el movimiento obrero. Sin embargo, estos conceptos no solo ya revelaron su carácter de dominación en el siglo XX (contradicción principal vs. contradicciones secundarias, vanguardia, jerarquías partidarias etc.), sino además hoy día ni siquiera tienen una base material, base que sin duda consistía en la función del trabajo abstracto como principio de mediación social y en la consiguiente centralidad del conflicto trabajo-capital en la época del auge capitalista. De ahí se derivó la idea tanto esencialista como metafísica —enunciada especialmente por Lukács— de que la clase trabajadora representa la verdadera totalidad social y de que debe asumir la conciencia de esto. Pero pensar la sociedad emancipada como totalidad significa en última instancia pensarla dentro de las categorías de la sociedad capitalista. Porque ésta es la única sociedad que jamás ha pretendido establecer una totalidad, por ser una sociedad dominada y constituida por un único principio universalista: valor y trabajo abstracto.

La crisis actual del capitalismo consiste —como ya he recalcado— en la destrucción negativa de esta síntesis totalizadora, porque el trabajo abstracto ya no es capaz de garantizarla de modo coherente. Pero, más allá de este proceso de crisis es necesario constatar que, una sociedad de seres humanos libremente asociados no puede nunca construirse como totalidad, sino como una configuración social heterogénea, relacionada por una multiplicidad de mediaciones y de formas organizativas. La tarea actual más importante para los movimientos emancipatorios, por lo tanto, consiste en crear nuevas formas de organización y de vinculación que en cierto modo anticipen esta nueva sociedad. Solo si logramos esto, habrá una perspectiva más allá del trabajo abstracto, de la producción de mercancías y del Estado.

LA MERCANCÍA GENERAL Y SUS MISTERIOS

SOBRE EL SIGNIFICADO DEL DINERO EN LA CRÍTICA DE LA
ECONOMÍA POLÍTICA

Ernst Lohoff

Traducción de Javier Blank

El error fundamental del concepto dominante de dinero

Si buscamos el significado del término “economía” en la *Enciclopedia Brockhaus*⁴⁴, encontraremos la siguiente definición: “En la existencia humana, la economía sirve para la preservación material y la salvaguarda de la vida del individuo o de un conjunto de seres humanos. Su función y objetivo es la satisfacción permanente de la necesidad humana de bienes y servicios”. A partir de ese entendimiento común, por lo tanto, la moderna sociedad productora de mercancías se distingue de todos los demás modos históricos de producción tan solamente por llevar a cabo de manera particularmente eficaz el suministro de bienes a las personas, que sería el contenido supra-histórico de todas las economías.

⁴⁴ [Nota del editor:] Es una enciclopedia alemana reconocida por su labor e influencia en otros trabajos enciclopédicos en diversos idiomas.

Sin embargo, a pesar de la eterna predisposición de los economistas por robinsonadas, los seres humanos nunca producen aisladamente para sí mismos, sino siempre en un contexto social y dependiendo de los productos de otros para satisfacer sus necesidades. El pensamiento dominante solo conoce una forma racional de acceso a los productos de los demás: el intercambio. En una sociedad funcionalmente muy diferenciada, el cambio de propiedad de los bienes por medio del intercambio presupone la existencia de dinero. Siempre se da por sentado, por lo tanto, que la relación entre los sujetos económicos, y en general todos los procesos económicos, se manifiestan monetariamente.

Como se sabe, el dinero no puede ser comido ni sirve para satisfacer cualquier otra necesidad sensorial. Por lo tanto, el pensamiento económico dominante se basa en dos premisas contradictorias. Por un lado, equipara la riqueza capitalista con los bienes de uso producidos y las necesidades que satisfacen; por otro lado, la riqueza capitalista siempre se le presenta en la forma no-sensorial de meras cantidades de dinero. Estos dos puntos de vista solo pueden ser reunidos si se parte de un concepto determinado de dinero que lo trata como un objeto ajeno a la mercancía y excluye de la riqueza capitalista justamente su forma universal de representación. Minimizado a mero “lubricante de la economía”, el dinero se opone exteriormente a la verdadera riqueza.

La interpretación del capitalismo como un modo de producción supuestamente orientado en función de las necesidades humanas ya se encuentra en Adam Smith. En la década de 1760, predicó a sus estudiantes de Glasgow: “La consumibilidad de bienes, si podemos usar esa palabra, es la gran causa de la industria humana” (Smith, 1763, p. 199). Según Smith, por lo tanto, de lo que se trata en la economía es del uso material-concreto de las cosas producidas. La “teoría de los dos mundos”, según la cual dinero y mercancía serían esencialmente diferentes, también se remonta al antepasado de la economía política clásica. En su obra fundamental, enfatizó enérgicamente sobre el dinero: “la gran rueda de la circulación es del todo diferente de las mercancías que hace circular” (Smith, 2005, p. 238). El propio dinero, por lo tanto, no pertenece a la riqueza capitalista, solo facilita el intercambio de bienes. El hecho de que en aquel momento una parte considerable de los medios de circulación consistiera en monedas de oro no disuadió a Smith de esa interpretación. El material utilizado para acuñar las monedas de oro era para él, desde luego, parte potencial de la riqueza en mercancías. Pero ya que para Smith lo esencial de una mercancía era su utilidad material concreta, el metal precioso solo podía ser una mercancía en la medida en que se utilizara efectivamente para satisfacer necesidades materiales sensoriales, por ejemplo, como materia prima para joyería o como relleno para dientes. La acuñación significaría, al contrario, la expatriación del metal precioso utilizado fuera del universo de las mercancías. Como medio de cambio, y por lo tanto con un uso puramente social,

en vez de ser utilizado para objetivos materiales-sensoriales, el oro es convertido en mercancía desactivada⁴⁵. Cae fuera de la riqueza social y se opone a ella como algo esencialmente ajeno.

La ciencia económica ha cambiado mucho desde los días de Adam Smith. No obstante, la mistificación del modo de producción capitalista como un modo económico orientado a la satisfacción de necesidades humanas y la idea correspondiente de una distinción fundamental entre dinero y mercancía se han mantenido. En ello se basa también el concepto meramente funcionalista del dinero de la teoría económica actual. El pensamiento económico dominante asume que el dinero, supuestamente un mero signo, es esencialmente diferente de las mercancías, a las cuales se opone. Al mismo tiempo, determinado por sus funciones, el dinero se reduce a una instancia mediadora entre los bienes.

Considerando cualquiera de las tres funciones clásicas que, según el entendimiento común, distingue al dinero (medio de pago, conservación de valor y medida de valor), éste aparece con ningún otro significado más que como instrumento del tráfico de mercancías. Como medio universal de pago, el dinero permite multiplicar el número de transacciones que cada sujeto económico puede realizar⁴⁶. Además, debido a su función de conservación de valor, el dinero permite la separación temporal entre la compra y la venta. Mediante el dinero, el vendedor no tiene que actuar al mismo tiempo como comprador, pudiendo ampliar sus opciones de intercambio a mercancías que actualmente no están en el mercado. También en su función de unidad de cálculo y medida de valor, el dinero aparece como una magnitud subordinada a la supuesta primacía de los bienes y sus utilidades. El dinero permite a los sujetos comparar su respectivo bien con todos los otros bienes, produciendo así la unidad ideal del universo de mercancías. Medidas en dinero todas las mercancías son cualitativamente iguales.

Desde los tiempos de Adam Smith, la misma leyenda de origen acompaña a la idea del dinero como mero medio de tráfico de mercancías. El surgimiento del

⁴⁵ El oro desactivado como mercancía puede ser reactivado. Solo basta que las monedas sean fundidas otra vez y destinadas a su uso.

⁴⁶ La ciencia económica burguesa siempre presupone como un orden natural la disolución de la sociedad en productores privados separados. Por consiguiente, la única alternativa posible al dinero sería un “intercambio natural” en el cual los productores A y B intercambian mutuamente sus bienes. Pero esta relación de equivalencia construida sin dinero es evidentemente mucho más deficiente que las relaciones monetarias. La realización de tal “intercambio natural” presupondría que el propietario A encuentre al propietario B, quien precisamente estaría buscando la mercancía que A quiere entregar, y al mismo tiempo tiene para ofrecer la mercancía que A desea. Tal encuentro es muy improbable. Al anular la necesidad de una complementariedad y permitir que cada sujeto económico realice la compra y la venta en relación con diferentes sujetos, el dinero permite el intercambio universal de mercancías.

dinero es derivado directamente del intercambio y la necesidad del intercambio es vinculada directamente a la división social del trabajo: “En los comienzos de la división del trabajo, el intercambio fue a menudo muy lento y entrecortado [...] un carnicero tiene en su tienda más carne de la que puede comer, y tanto el cervecero como el panadero están dispuestos a comprarle una parte, pero solo pueden ofrecerle a cambio su pan o su cerveza. Si el carnicero ya está suficientemente abastecido para sus necesidades inmediatas, no habrá comercio” (Smith, 2005, p. 23). Frente a este problema, personas ingeniosas habrían inventado el dinero, pues posibilita a los sujetos del intercambio eliminar la restricción de la complementariedad de las necesidades y separar la compra y la venta.

El dinero como forma de representación de la riqueza abstracta

Ese mito de origen, que es parte del concepto funcionalista del dinero, presupone que desde siempre los productores producen como individuos aislados y solo se relacionan entre ellos en el mercado. Esa es una idea completamente absurda en relación a las sociedades tradicionales. Como ya fue resaltado por Polanyi (1990) en su obra clásica *La gran transformación*, en realidad en las sociedades precapitalistas la producción de riqueza material estaba incrustada en relaciones de dependencia personal. Esas relaciones estructuraban el contenido y la organización de la producción, así como la distribución de los bienes producidos. El desincrustamiento de la economía de ese contexto, la transformación de la sociedad en un sistema de “insociable sociabilidad” (Kant) es idéntica a la historia de la constitución del capitalismo. Smith y sus herederos proyectaron y proyectan en el pasado relaciones genuinamente capitalistas.

Marx no solo criticó a la economía burguesa por tratar al intercambio como un hecho natural eterno, sino que encontró en la disolución de la sociedad en una sociedad de productores privados separados la característica básica del modo de producción capitalista. Esta característica constituye el verdadero punto de partida lógico del análisis en *El capital*. Ya en el primer capítulo de su obra principal, Marx apuntó consecuencias profundas para la estructura de la sociedad a partir del hecho que las personas actúen como productores privados separados y dejen que el nexo social sea establecido por los productos de su trabajo. La sociabilidad de las personas se desliza a sus productos y se enfrenta a ellas como una relación entre cosas y, por lo tanto, como un poder ajeno y exterior. Debido a que en el capitalismo los miembros de la sociedad se relacionan entre sí solamente como productores privados y sujetos de intercambio, y por lo tanto a través de los productos que intercambian, éstos adquieren una vida propia “rica en sutilezas metafísicas y reticencias teológicas” (MEW 23, p. 85 [ed. en esp.: Marx, 2008, p. 87]).

Evidentemente, los productos de la mano humana no pierden en el capitalismo su cualidad de cosas útiles que satisfacen necesidades sensoriales. Una hoja de papel producida de manera capitalista también sirve para escribir; harina producida de manera capitalista sirve para hornear. Sin embargo, esta utilidad no es el único sentido ni, como desde siempre supone la economía burguesa, el más importante de la mercancía. Al transformarse en una mercancía, un simple producto humano se convierte en una “cifra social” y por lo tanto en una cosa “sensorialmente suprasensible” (MEW 23, p. 85 [ed. en esp.: Marx, 2008, p. 87]). La producción de riqueza en el capitalismo no solo juega un papel central porque es la actividad que funda el nexo social; la transformación de los productos del trabajo en instancia de mediación social cambió también radicalmente el *contenido* de la riqueza social. Emergió un segundo tipo de riqueza, que no existe en otras formaciones sociales y que es fundamentalmente diferente de la riqueza material-sensorial: riqueza abstracta o, lo que es lo mismo, riqueza en valor. Este segundo tipo de riqueza suprasensible y genuinamente capitalista y su multiplicación constituyen el alfa y omega de la vida económica moderna. Las mercancías, a su vez, representan riqueza social solo en su calidad de portadoras de valor, no por su valor de uso.

Con excepción de los economistas especializados empeñados en sus modelos, todo el mundo sabe cómo se hace sentir el dominio del valor en la superficie de los procesos económicos: si la producción de manzanas o autos no permite ganar dinero, entonces pierde su sentido y es interrumpida. El momento primordial y determinante de la economía capitalista no es en absoluto el valor de uso y la satisfacción de necesidades, tal como asume la teoría económica, heredera del error fundamental de la economía política clásica, sino únicamente la generación y multiplicación de valor. Esto significa que, en el concepto común del dinero, su relación con los bienes se encuentra invertida. En realidad, el dinero no es un mero medio sin significado económico propio, sino que los diversos bienes, con sus valores de uso concretos, no representan más que una efímera estación de paso en el movimiento tautológico de la transformación del dinero en más dinero. La producción y distribución de bienes es solo un fenómeno secundario necesario para el ciclo del capital, que tiene al dinero como punto de partida y de llegada. Precisamente porque el dinero, como entidad meramente social, no tiene ningún valor de uso material-sensible, es que como “modo de existencia absoluta del valor de cambio” representa la riqueza abstracta como tal. Al comprender la riqueza capitalista como riqueza abstracta, para Marx, al contrario de los clásicos, el dinero forma parte integral de la riqueza capitalista.

El dinero, la mercancía general exteriorizada

En el Libro I de *El capital*, Marx reveló su punto de vista sobre la diferencia fundamental entre su crítica de la economía política y la economía clásica:

“Una de las fallas fundamentales de la economía política clásica es que nunca logró desentrañar, partiendo del análisis de la mercancía y más específicamente del valor de la misma, la forma del valor, la forma misma que hace de él un valor de cambio. Precisamente en el caso de sus mejores expositores, como Adam Smith y Ricardo, trata la forma del valor como cosa completamente indiferente, o incluso exterior a la naturaleza de la mercancía. Ello no solo se debe a que el análisis centrado en la magnitud del valor absorba por entero su atención. Obedece a una razón más profunda. La forma de valor asumida por el producto del trabajo es la forma más abstracta, pero también la más general, del modo de producción burgués, que de tal manera queda caracterizado como tipo particular de producción social y con esto, a la vez, como algo histórico. Si nos confundimos y la tomamos por la forma natural eterna de la producción social, pasaremos también por alto, necesariamente, lo que hay de específico en la forma de valor, y por tanto en la forma de la mercancía, desarrollada luego en la forma de dinero, la de capital, etc. Por eso, en economistas que coinciden por entero en cuanto a medir la magnitud del valor por el tiempo de trabajo, se encuentran las ideas más abigarradas y contradictorias acerca del dinero, esto es, de la figura consumada que reviste el equivalente general. Esto por ejemplo se pone de relieve, de manera contundente, en los análisis sobre la banca, donde ya no se puede salir del paso con definiciones del dinero compuestas de lugares comunes” (MEW 23, p. 95, n.32 [ed. en esp.: Marx, 2008, p. 98-9, n.32]).

No es casualidad que Marx llegue a hablar de la cuestión del dinero al localizar la debilidad fundamental de la economía clásica en su falta de comprensión de la cuestión de la forma del valor. Al tomar el análisis de la forma-valor como punto de partida de la investigación del modo de producción capitalista, se accede a la cuestión del dinero de una manera fundamentalmente diferente a la de la comprensión de la economía política clásica. Ella y sus sucesores derivan el dinero del intercambio. El dinero solo existiría porque es necesario algo que intermedie el intercambio de bienes. Al contrario, a partir de la perspectiva del análisis de Marx de la forma-valor, el dinero surge directamente de las contradicciones internas de la mercancía.

El trabajo de productores privados —punto de partida lógico de la argumentación de Marx— ya contiene esa contradicción que se expresa en su carácter dual. Por un lado, en la producción de autos, pudín en polvo o adoquines, se ejecuta un trabajo concreto que tiene un contenido determinado; ese trabajo

concreto forma el valor de uso de cada mercancía particular, que la distingue de las otras mercancías, lo cual a su vez es el requisito previo para que esa mercancía encuentre un comprador que esté interesado precisamente en sus propiedades materiales-sensoriales específicas. Por otro lado, el trabajo en el capitalismo constituye una dimensión puramente social, el trabajo abstracto, general, en el que todo contenido concreto de la actividad se extingue y es reducido al contenido fantasmal de tiempo de trabajo abstracto socialmente necesario. La razón para ello radica precisamente en la fragmentación del nexo social en productores privados aislados, los cuales se socializan al equiparar sus productos producidos privadamente y revestirlos de un denominador común. Considerada de esa manera, la dimensión social de las mercancías consiste pues, en representar una determinada suma de valor de cambio, o, mejor dicho, de valor. En otras palabras: la mediación social tiene lugar por medio de los productos del trabajo y por lo tanto por medio del trabajo (Postone, 2003, p. 234 [ed. esp.: 2006, p. 211 y ss.]), y solo en este sentido se puede decir que el trabajo abstracto constituye la sustancia del valor. El valor tiene una sustancia solamente porque representa una relación social particular, la relación entre productores privados. Y al igual que dicha relación, también el valor y la sustancia del valor tienen por lo tanto un carácter histórico específico, y sólo tienen validez bajo las condiciones de la formación social capitalista.

La contradicción fundamental de que el trabajo social se ejecuta privadamente y la mediación solo ocurre a través de la interrelación de los productos del trabajo ya implica que esa mediación puede fallar. Por lo tanto, el trabajo privado individual, siempre y cuando produzca mercancías, es la forma constitutiva de las relaciones sociales de producción. No obstante, el dispendio individual de fuerza de trabajo, en su dimensión cuantitativa como expresión de una determinada suma de valor, nunca es desde el principio una parte válida de la producción de riqueza social. El reconocimiento social del tiempo de trabajo ejecutado es decidido *ex post*, en el encuentro en el mercado de los diferentes productos del trabajo privado separado.

“El tiempo de trabajo social solo existe, por así decirlo, en forma latente en estas mercancías, y solo se revela durante su proceso de intercambio. No se parte del trabajo de los individuos en calidad de trabajo comunitario, sino, a la inversa, de trabajos particulares de individuos privados, los cuales solo en el proceso de intercambio, y por supresión de su carácter originario, se revelan como trabajo social general. De ahí que el trabajo social general no sea una premisa acabada, sino un resultado en devenir” (MEW 13, p. 31 y ss. [ed. en esp.: Marx, 2008a, p. 29]).

Para que el tiempo de trabajo social existente de manera latente en la mercancía pueda manifestarse como valor, ésta debe intercambiarse con otra mercancía y su valor de cambio materializarse en su valor de uso. La compulsión de despojarse de su respectiva y limitada forma sensorial concreta, para realizar su propio significado social como portadora de valor de cambio, se aplica de la misma manera a todas las mercancías particulares. Esta insuficiencia común obliga a las mercancías a exteriorizar de sus filas a una de ellas y liberarla de esa deficiencia. Esta mercancía exteriorizada recibe el valor de uso particular, diferente del resto de las mercancías, de representar el valor de cambio. Se transforma en la reina de las mercancías, en la mercancía por excelencia: se convierte en dinero. Marx resumió el resultado de la siguiente manera:

“De este modo queda resuelta en una mercancía la contradicción que encierra la mercancía como tal: la de ser, en cuanto valor de uso particular, al mismo tiempo, equivalente general y, por ende, valor de uso para todos, valor de uso general. Por lo tanto, mientras todas las demás mercancías representan ahora, en primera instancia, su valor de cambio como una ecuación ideal, que aún queda por realizar, con la mercancía exclusiva, en ésta su valor de uso, aunque real, aparece en el propio proceso como mera existencia formal, que solo puede realizarse mediante la transformación en valores de uso reales. Originariamente, la mercancía se presentaba como mercancía en general, como tiempo de trabajo general materializado en un valor de uso particular. En el proceso de intercambio, todas las mercancías se refieren a la mercancía exclusiva como mercancía en general, como *la* mercancía, como existencia del tiempo de trabajo general en un valor de uso particular. En cuanto mercancías *particulares* se comportan en oposición a una mercancía particular en cuanto la mercancía *general*. [...] La mercancía particular que representa de este modo la existencia adecuada del valor de cambio de todas las mercancías, o el valor de cambio de las mercancías como una mercancía particular y exclusiva, es... el *dinero*” (MEW 13, p. 34 [ed. en esp.: Marx, 2008a, p. 32. Traducción ligeramente modificada]).

Con su análisis de la exteriorización de una mercancía absoluta, Marx reivindicaba para sí el haber revelado el enigma del dinero⁴⁷. Los comentarios de

⁴⁷ En *El capital* se afirma: “No hay quien no sepa, aunque su conocimiento se reduzca a eso, que las mercancías poseen una forma común de valor [...] la forma de dinero. De lo que aquí se trata [es de] la *génesis* de esa forma dineraria, siguiendo, para ello, el desarrollo de la expresión del valor contenida en la relación de valor existente entre las mercancías: desde su forma más simple y opaca hasta la deslumbrante forma de dinero. Con lo cual, al mismo tiempo, el enigma del dinero se desvanece” (MEW 23: 62 [ed. en esp.: Marx, 2008, p. 59]).

teoría dineraria en sus escritos de crítica de la economía política se concentran en ese problema fundamental:

“La dificultad principal en el análisis del dinero queda superada en cuanto se ha comprendido su origen a partir de la propia mercancía. Sentada esta premisa, se trata ya solo de captar de una manera pura sus determinaciones formales peculiares, cosa que se dificulta de algún modo porque todas las relaciones burguesas aparecen revestidas de oro o plata, como relaciones dinerarias, y por ello la forma del dinero parece tener un contenido infinitamente variado, que en rigor le es ajeno. En la investigación que sigue es menester recordar que sólo se trata de las formas del dinero que surgen directamente del intercambio de las mercancías, pero no de sus formas pertenecientes a un estadio superior del proceso de la producción, como por ejemplo el dinero de crédito. Por razones de simplificación se supone, en todos los casos, al oro como mercancía dineraria” (MEW 13: 49 [ed. en esp.: Marx, 2008a, p. 49]).

Para Marx, la cuestión central de la teoría dineraria era el desarrollo del fetiche de la mercancía en fetiche del dinero. Él quería explicar cómo, en el capitalismo, el individuo “lleva consigo en el bolsillo [...] su poder social, así como su nexo con la sociedad”, en la forma del dinero (MEW 42: 90 [ed. en esp.: Marx, 2007, p. 84]). El punto de ruptura de la crítica de la economía política, el análisis del modo de producción capitalista como una forma de socialización fetichista; que produce una forma de riqueza propia, genuinamente capitalista, desempeñó un papel marginal en el debate marxista. Esto es aún más cierto para la recepción no marxista de Marx. Esa percepción tuvo consecuencias fatales para la teoría dineraria de Marx. El hecho de que, para simplificar, Marx haya presentado al oro como rey de las mercancías, fue aprovechado para identificar su concepto de dinero con el metalismo de los clásicos y, de este modo, ignorar el contenido específico de su teoría dineraria. En un clásico de la historia de la teoría económica se afirma lo siguiente:

“El metalismo ha contado con representantes de las más diversas corrientes teóricas como defensores de sus ideas. Bajo la influencia de la doctrina clásica, Marx desarrolló en *El capital* una teoría dineraria estrictamente metálica al refutar decididamente la concepción del dinero como mero signo y, al mismo tiempo, tratar de probar que el dinero como mercancía deriva su valor exclusivamente del tiempo de trabajo necesario para su producción” (Stavenhagen, 1969, p. 432).

Así, la teoría de Marx es vista a través del lente de la contienda entre nominalismo y metalismo, que dominó el debate de la teoría dineraria en el siglo XIX⁴⁸.

En realidad, un abismo separa la crítica de la economía política y la economía política clásica en relación a la determinación del dinero. Esta última tenía bien merecida la etiqueta de metalismo pues de hecho establecía en el oro y la plata, o cualquier otra mercancía negociada en los mercados de bienes, una base supuestamente ineludible del sistema dinerario. Mientras que el concepto de Marx del dinero como una mercancía separada permite que la mercancía dinero sea reclutada también de otra sección del universo de las mercancías. Derivar la necesidad de una mercancía dineraria no implica de ninguna manera que el círculo de candidatos se limite a las mercancías de los mercados de bienes. Aun cuando Marx nunca investigó ese caso, que complica el análisis, de acuerdo con la lógica interna de su argumentación la mercancía dineraria puede originarse también de las mercancías negociadas en los mercados de capitales⁴⁹.

Esta diferencia decisiva entre la teoría clásica y la teoría de Marx surge directamente de las nociones del contenido de la riqueza capitalista. Como ya fue señalado, Adam Smith, el padre de la economía clásica, vio en los valores de uso destinados al consumo la verdadera riqueza de las mercancías y trató a su valor de cambio como algo subordinado.

Pero, al interpretar a la mercancía de esa manera y al mismo tiempo defender la tesis de que solo una mercancía potencial puede ser considerada dinero, la selección de posibles candidatos a mercancía dinero se reduce necesariamente a las mercancías dotadas de un valor de uso material-sensorial, por lo tanto, a las mercancías de los mercados de bienes. Marx, al contrario, concebía que en el capitalismo lo único socialmente relevante en las mercancías particulares era el valor de cambio. El dinero representaba para él simplemente la encarnación del valor de cambio:

⁴⁸ Representa esta visión incluso un autor como Schumpeter, uno de los pocos economistas burgueses reconocidos que ha tratado más profundamente Marx, y en general en tono benevolente. Como los demás representantes de su disciplina, a partir del hecho de que Marx no hubiera presentado ninguna teoría dineraria separada del resto de su teoría, concluyó que éste no había presentado ninguna teoría dineraria significativa. Se refirió a “la extremadamente débil actuación de Marx en el campo del dinero, donde ni siquiera consiguió aproximarse al estándar ricardiano” (Schumpeter, 1946, p. 23 [cap.: “Marx, el economista”).

⁴⁹ Con mercancías del mercado de capitales entiendo títulos de propiedad como acciones y bonos. Ellas surgen cuando el capital dinerario se convierte en mercancía. A diferencia de las mercancías de los mercados de bienes, representan reclamaciones de valor futuro (Lohoff, 2014; Lohoff y Trenkle, 2012). A continuación, discutiré más detalladamente este tipo específico de mercancía y sus implicaciones para la teoría dineraria.

“Es fundamento de la producción capitalista el que el dinero enfrente, como forma autónoma del valor, a la mercancía, o sea que el valor de cambio deba adquirir una forma autónoma en el dinero, y esto sólo es posible al convertirse una mercancía determinada en el material con cuyo valor se miden todas las demás mercancías; el que precisamente en virtud de ello se convierta en la mercancía general, en la mercancía *par excellence*, en contraposición a todas las mercancías restantes” (MEW 25: 532 [ed. en esp.: Marx, 2009, p. 665]).

Esta argumentación es diametralmente opuesta a la clásica no solo porque toma al dinero, expatriado de la riqueza capitalista por los clásicos, como la “mercancía absoluta”; además, si el valor de cambio es la esencia de la mercancía, el círculo de candidatos a rey de las mercancías se extiende lógicamente a aquellas mercancías que representan valor de cambio, sin por ello estar dotadas de valor de uso material-sensorial.

Del fetiche de la mercancía pasando por el fetiche del dinero hasta el fetiche del capital

La economía burguesa quiere reconocer en el modo de producción capitalista un modo decididamente racional de actividad económica. La crítica de la economía política descifra esta supuestamente paradigmática forma racional de generación de riqueza como un absurdo sistema fetichista de varios niveles. La mercancía tiene ya un carácter fetichista porque las relaciones sociales de los seres humanos se deslizan a los productos del trabajo y se enfrentan a aquellos en esa forma objetiva como un poder exterior. O para ponerlo en las palabras de Marx:

“Lo misterioso de la forma mercantil consiste sencillamente, pues, en que la misma refleja ante los hombres el carácter social de su propio trabajo como caracteres objetivos inherentes a los productos del trabajo, como propiedades sociales naturales de dichas cosas, y, por ende, en que también refleja la relación social que media entre los productores y el trabajo global, como una relación social entre los objetos, existente al margen de los productores” (MEW 23: 86 [Marx, 2008, p. 88]).

Esta lógica fundamental del fetichismo, la alienación de una relación en una cosa autónoma, se repite a su vez en la propia mercancía. La dimensión del valor de cambio de la mercancía se autonomiza como un objeto especial que existe al lado de la mercancía particular, la mercancía general exteriorizada. Este es el núcleo del fetiche del dinero:

“La determinación del producto como valor de cambio supone por lo tanto necesariamente que el valor de cambio reciba una existencia separada, escindida del producto. El valor de cambio escindido de las mercancías mismas y existente él mismo como una mercancía junto a ellas, es: *dinero*. Todas las propiedades de la mercancía en cuanto valor de cambio se presentan en el *dinero* como un objeto distinto de ella, como una forma de existencia social escindida de su forma de existencia natural” (MEW 42: 80 [Marx, 2007, p. 70]).

Pero la secuencia del fetichismo de ninguna manera está concluida. La transformación de una relación social en la propiedad de una cosa con existencia aparentemente autónoma se presenta también en otro nivel, en el de las relaciones de capital. En el análisis de Marx, el capital es, ante todo, un proceso social que consta de tres metamorfosis⁵⁰ en las que, por la utilización del valor de uso particular de la mercancía fuerza de trabajo, el valor se transforma en “un sujeto automático” (MEW 23: 169 [Marx, 2008, p. 188]) de valorización del valor. Este proceso produce a su vez una forma de fetiche particular, el fetiche del capital.

Por ser el “modo de existencia absoluto del valor de cambio”, el dinero ocupa también una posición privilegiada en el ciclo del capital. Mientras las mercancías particulares solo pueden ser estaciones de paso en el proceso de valorización del valor, el dinero constituye su punto de partida y de llegada. El proceso de valorización del valor se manifiesta como el movimiento del fin en sí mismo de la transformación de dinero en más dinero. Esto repercute sobre el propio dinero. Su posición especial en el universo de mercancías como punto de partida del ciclo del capital le concede “además del valor de uso que posee como dinero, un valor de uso adicional: el de funcionar como capital. Su valor de uso consiste, en este caso, precisamente en la ganancia que produce al estar transformado en capital. En este carácter de capital potencial, de medio para la producción de la ganancia, se convierte en mercancía, pero en una mercancía *sui generis*” (MEW 25: 351 [ed. en esp.: Marx, 2009, p. 434]).

Al transformarse el dinero mismo, en su calidad de capital potencial, en una mercancía potencial, no solo el valor de cambio de las mercancías asume en el dinero una forma separada de la mercancía misma. También la relación capital

⁵⁰ La primera metamorfosis consiste en la compra de fuerza de trabajo y medios de producción. Mercancías particulares toman el lugar de la mercancía general. En el proceso de producción surge una nueva mercancía en la que no solo reaparece el valor de los medios de producción y la fuerza de trabajo utilizados; porque el valor de uso suprasensible y genuinamente social característico de la fuerza de trabajo es el de poder generar valor más allá de sus propios costos de producción, esta nueva mercancía representa más valor que la suma de dinero originalmente adelantada. En una tercera metamorfosis, el valor y plusvalor de la nueva mercancía asumen la forma del dinero. D se ha convertido en D’.

adquiere en el dinero una forma exterior a la valorización del valor efectiva y desprendida del capital funcionante y de su ciclo. Esta es, al lado del fetiche del dinero, otra forma de fetiche, el fetiche del capital.

Hay diversas formas en las cuales el dinero, en su calidad de capital potencial, puede transformarse en mercancía y como tal en un representante exteriorizado. Marx examinó sobre todo una variante de la “enajenación de la relación de capital” (MEW 25: 404 [ed. en esp.: Marx, 2009, p. 499]), a saber, el capital que devenga interés. Allí observó ante todo la forma en que el fetiche del capital se presenta para el prestamista potencial de capital dinerario:

“Depende del poseedor del dinero, es decir de la mercancía en su forma siempre intercambiable, el que quiera gastarlo como dinero o alquilarlo como capital. En el capital que devenga interés, por consiguiente, este fetiche automático —el valor que se valoriza a sí mismo, el dinero que incuba dinero— se halla cristalizado en forma pura, en una forma en la que ya no presenta los estigmas de su origen. La relación social se halla consumada como relación de una cosa, del dinero, consigo misma. En lugar de la transformación real de dinero en capital, solo se presenta aquí su forma carente de contenido. Al igual que en el caso de la fuerza de trabajo, en este caso el valor de uso del dinero se convierte aquí en el de crear valor, un valor mayor que el que se halla contenido en sí mismo. El dinero en cuanto tal ya es, potencialmente, valor que se valoriza, y se lo presta en cuanto tal, lo cual constituye la forma de la venta de esta mercancía peculiar. De esta manera se convierte por completo en atributo del dinero el de crear valor, de arrojar interés, tal como el atributo de un peral es el de producir peras. Y el prestamista de dinero vende su dinero en su carácter de semejante cosa que devenga interés” (MEW 25: 405 [ed. en esp.: Marx, 2009, p. 500-1]).

Mercancías de segundo orden

El fragmento recién mencionado es muy popular en el debate marxista. Sin embargo, esa cita y el problema del fetiche del capital son interpretados generalmente como una mera crítica de la ideología. Según la versión corriente, que el mundo de las finanzas pueda crear riqueza (capitalista) sin la utilización real de trabajo es una mera ilusión óptica. Eso es en cierto modo correcto. Cualquiera que plante un billete de 20 euros en una maceta no observará, aun regándolo regularmente, ningún crecimiento de la riqueza abstracta. El capital no es una cosa, es una relación social que aparece como una cosa y, consecuentemente, su multiplicación es el resultado de relaciones sociales. Sin embargo, aparte de la formación de capital por medio de la utilización de la mercancía fuerza de trabajo, bien conocida en el

debate marxista, existe una segunda variante, ocultada en ese debate. La relación creada por medio de la venta de la mercancía capital dinerario también puede engendrar riqueza abstracta. La formación de capital desvinculada de la valorización efectiva de valor no es una mera ilusión subjetiva; el fetiche del capital es, como el fetiche de la mercancía y el fetiche del dinero, un *fetiché real*.

Para comprender el mecanismo de formación de capital más allá de la valorización del valor se debe tener en cuenta sobre todo una característica peculiar de la mercancía capital dinerario: la doble utilización de su valor de uso por parte del comprador y del vendedor. En el mercado de bienes, analizado por Marx en el Libro I de *El capital*, eso es inconcebible. Después de haber vendido una manzana, el vendedor no puede comerla. Para ese sector del universo de las mercancías, la venta significa inevitablemente el traspaso completo y definitivo del valor de uso de la mercancía para el comprador. En la venta de una suma de dinero como capital dinerario, el comprador, desde luego, también recibe el valor de uso del dinero. Tiene ahora en sus manos la suma de dinero y puede emplearla, por ejemplo, como medio de cambio. Pero eso no significa que el vendedor, en contrapartida, no pueda ya usar el valor de uso de la suma de dinero. Al contrario, renunciando a su dinero bajo la condición de que le retornará más tarde aumentado, utiliza su valor de uso como capital potencial. Pero la venta de la suma original de dinero no solo permite la utilización de su valor de uso por dos actores económicos diferentes. En forma de préstamo o de algún otro modo, en su cesión como capital dinerario⁵¹ se da una duplicación en lo que respecta al valor de cambio, por el período de esa transferencia. La suma original de dinero ha pasado al comprador del capital dinerario, pero el vendedor no quedó de ninguna manera con las manos vacías. Este dispone de una reivindicación monetaria en relación al comprador del capital dinerario, y ella es su capital. Para diferenciarlas del capital funcionante implicado en la producción de valor real, Marx denominó como “capital ficticio” esos reflejos autonomizados de la suma de dinero original.

El significado económico de ese “capital ficticio” depende a su vez de la forma social que éste asume. Mientras el reflejo del capital original sea una reivindicación personal de amortización e intereses intransferible, como en un crédito entre personas privadas, el reflejo representa capital para el propietario, pero no entra en el ciclo económico y, en este sentido, la duplicación de la suma inicial en original y reflejo no tiene consecuencias para el capital en su conjunto. Pero esto cambia cuando el reflejo del capital inicial, la promesa de pago, circula. Esto puede suceder indirectamente, por ejemplo, cuando el capital dinerario es

⁵¹ Además del préstamo de capital dinerario, la compra de acciones es una de las formas tradicionalmente más importantes de venta de ese capital.

prestado a un banco y se convierte en el punto de partida de los préstamos que el propio banco realiza. En este caso, se crea capital adicional. Esto puede efectuarse también directamente, cuando la reivindicación monetaria asume ella misma la forma de una mercancía negociable, en forma de acciones o títulos de deuda, como los bonos corporativos o estatales. Estas mercancías negociadas en los mercados de capitales representan riqueza capitalista tanto como las mercancías producidas por el capital en funcionamiento. Sin embargo, su génesis se distingue fundamentalmente de la de las mercancías negociadas en los mercados de bienes. Mientras estas últimas representan trabajo anterior, es decir valor ya generado, las primeras encarnan valor *futuro* precapitalizado. Por ello he denominado a las mercancías negociadas en los mercados financieros como mercancías de segundo orden, para diferenciarlas de las mercancías negociadas en los mercados de bienes, que he denominado como mercancías de primer orden (Lohoff y Trenkle, 2012, p. 124-138). Por lo tanto, que el dinero también pueda incubar dinero sin el desvío por la utilización de trabajo vivo no es un mero error de percepción de los capitalistas dinerarios que participan en el lucro de los demás⁵²; la venta exitosa de acciones y títulos de deuda representa, de hecho, una forma especial de generación de capital que depende de la anticipación de valor. Por lo tanto, el surgimiento de las mercancías de segundo orden negociadas en los mercados financieros hace del fetiche del capital un fetiche real⁵³.

La estructuración categorial interna del sistema dinerario

Dejemos el fetiche del capital y volvamos al fetiche del dinero y al estatus lógico del concepto de dinero en Marx. Cuando la crítica de la economía política determina al dinero como mercancía general exteriorizada se refiere al sistema dinerario en general. Así como la posición del rey en el absolutismo como señor de la judicatura no obligaba de ninguna manera al monarca a condenar personalmente a cada uno de los acusados, la mercancía general tampoco debe presentarse en persona y enfrentarse directamente a los bienes en las transacciones diarias de pago. De la misma manera en que el monarca tenía representantes que administraban justicia en su nombre, la mercancía dineraria también puede retirarse de

⁵² Ese es el argumento en la discusión marxista. El movimiento D-D' sería, por lo tanto, una mera apariencia detrás de la cual se oculta la explotación de la fuerza de trabajo y la producción de plusvalía. De esta manera, la dimensión fetichista real del fetiche del capital permanece oculta.

⁵³ El hecho de que este reflejo autonomizado del capital original desaparezca con la realización del título de propiedad no cambia nada al respecto. Mientras el capital ficticio exista junto al capital inicial, es tan real y económicamente eficaz como éste.

las transacciones diarias y delegar esa tarea total o parcialmente⁵⁴. Por lo tanto, no todo lo que asume cotidianamente la función del dinero es en sí mismo mercancía dineraria. Sin embargo —y esto es crucial—, todo sistema dinerario desarrollado y funcionando tiene necesariamente una *mercancía dineraria* como fundamento. En consecuencia, lo que el uso coloquial de la lengua denomina como dinero no es en absoluto idéntico a la mercancía dineraria en el sentido de la teoría de Marx. Ya en los tiempos de Marx, el dinero que circulaba consistía sobre todo en representantes del dinero, que no encarnaban en sí mismos riqueza abstracta, sino que adquirirían esa capacidad solo por su relación con la mercancía rey.

Desde el punto de vista de la crítica de la economía política se pueden distinguir dos formas fundamentales de esas formas de dinero lógicamente subordinadas: por un lado, *signos dinerarios* tales como billetes y monedas, emitidos por el guardián de la mercancía dineraria, el banco central, y cubiertos por la mercancía dineraria en su poder. Por otro lado, *substitutos dinerarios privados*, promesas de pago por parte de actores privados que se refieren a aquellos signos dinerarios y los reemplazan en la circulación. Marx trató de esta segunda forma derivada de dinero principalmente con las letras de cambio —el tipo de dinero crediticio más importante de entonces. La letra de cambio, así como las variantes de dinero crediticio desarrolladas posteriormente, pertenece categorialmente a las mercancías de segundo orden y representa valor anticipado. Como promesa de pago transferible y que devenga interés, la letra de cambio y sus semejantes pertenecen al universo de las mercancías, pero como todo tipo de promesa de pago privada negociable, es una mercancía *particular*— lo que la distingue de la mercancía dineraria.

El carácter de sustituto salta a la vista muy claramente en las letras de cambio, en la medida en que su emisor estaba obligado a cambiarla por “dinero real” en una fecha prefijada. En el dinero crediticio moderno, en el que las reivindicaciones de pago de los bancos comerciales intermedian las transacciones de pago entre los titulares de cuentas, ese carácter subordinado queda algo velado por los procesos permanentes de compensación de pagos. Pero el centro de la cuestión, la substitución de medios de pago legal por promesas de pago de actores económicos privados, no ha cambiado. Quien, en la caja del supermercado,

⁵⁴ Ya en los tiempos de Marx la mercancía dineraria había cedido lugar, en el movimiento dinerario diario, a una cantidad considerable de signos dinerarios y dinero crediticio privado. Marx asumió en principio que la mercancía dineraria podía ser substituida por completo en las transacciones de pago internas. La mercancía dineraria —en aquel momento, el oro— solo sería insustituible, para él, en las transacciones de pago internacionales, en el caso de desequilibrios en la balanza de pagos: “El dinero simbólico o el dinero de crédito [...] pueden sustituir a los metales preciosos como medios de compra o medios de pago en la circulación interna, pero no en el mercado mundial” (MEW 13: 142 [ed. en esp.: Marx, 2008a, p. 159]).

escoge la tarjeta de débito en lugar del pago en efectivo y liquida el importe del saldo de su cuenta corriente, transfiere al operador del supermercado una reivindicación monetaria en relación al banco comercial. Este procedimiento presupone lógicamente la existencia de medios legales de pago⁵⁵.

Ya en los tiempos de Marx, además de mercancía dineraria en forma de monedas de oro, los participantes en los mercados privados utilizaban como medio de pago sobre todo billetes y monedas de circulación. Estos signos de la mercancía dineraria que sirven hasta hoy como medios legales de pago, no son mercancía general ni mercancía especial, sino puro símbolo dinerario. Considerados en sí mismos, no encarnan valor ya producido ni valor anticipado, sino que remiten a la mercancía dineraria. Están cubiertos por la riqueza capitalista acumulada por la instancia emisora de los signos dinerarios. No es su escaso valor intrínseco ni una ominosa escasez, sino las reservas de mercancía dineraria amontonadas en los bancos centrales que otorgan validez social a los símbolos dinerarios y los convierte en representantes substitutos del valor.

La transformación de la mercancía dineraria

Todos los sistemas dinerarios capitalistas que se han desarrollado presentan la estructuración esbozada anteriormente y constan de los tres elementos fundamentales descritos: la propia mercancía dineraria, que se debe buscar principal o exclusivamente en la caja fuerte o los balances del banco central, los signos dinerarios emitidos por el banco central y el dinero crediticio privado. Un sistema dinerario que abandona esta estructura básica y renuncia a una mercancía dineraria no puede funcionar. Signos dinerarios no cubiertos por ninguna mercancía dineraria volverían a convertirse inevitablemente en lo que son, según su naturaleza material-sensorial, los billetes y monedas: pedazos de papel impresos y pequeñas placas de metal.

No obstante, a partir de esa estructuración triple, el sistema dinerario ha pasado por profundos procesos de transformación. Ante todo, su base, la mercancía dineraria, ha cambiado en el curso del desarrollo capitalista. Mientras que en los tiempos de Marx el oro y la plata compartieron ese papel (bimetalismo), hacia finales del siglo XIX el oro ya había asumido la autocracia en todos los países capitalistas importantes. En el sistema clásico de cobertura de oro, la dependencia de los signos dinerarios con relación a la mercancía dineraria y su valor se revelaba

⁵⁵ El carácter subordinado del dinero crediticio privado se refleja jurídicamente en que todos los participantes del mercado deben aceptar los medios legales de pago para la liquidación de las reclamaciones, pero no el dinero crediticio privado.

aún abiertamente, ya que su relación era establecida jurídicamente. Por un lado, la mayor parte de los bancos centrales estaban obligados a almacenar oro en una proporción determinada en relación a los signos dinerarios emitidos⁵⁶. Por otro lado, todo poseedor de billetes tenía el derecho de cambiar a una tasa fija los signos dinerarios por metal precioso en los bancos responsables. Esto hizo de monedas como la libra inglesa, el marco alemán o el dólar estadounidense representantes regionales directos de una determinada cantidad de mercancía dineraria.

Que precisamente el oro ocupara el trono de la mercancía general no fue ninguna casualidad. Estaba predestinado a ello mientras la mercancía dineraria fuera reclutada de las filas de las mercancías de primer orden, aquellas con un valor de uso material-sensible. Debido a sus características físicas y a su alto valor por gramo, representaba la encarnación ideal del trabajo general abstracto consumado. Sin embargo, el sistema dinerario basado en el oro no fue la última palabra en el desarrollo capitalista. Ya en la primera mitad del siglo XX, debido al desarrollo de las fuerzas productivas, los costos previos de la producción de plusvalía habían crecido tan notablemente que se hizo visiblemente imposible cubrirlos tan sólo con la riqueza abstracta previamente acumulada. La anticipación de la producción de valor futuro se hizo indispensable para la continuación del proceso de acumulación capitalista. Pero esto a su vez presuponía que la mercancía dineraria formara parte de ese proceso de anticipación y no representara ya “trabajo muerto” pasado sino producción de valor futuro precapitalizado.

La transformación de la mercancía dineraria fue el resultado de un largo proceso histórico de más de seis décadas que aquí solo es posible esbozar. Comenzó en 1914 cuando, en vista de los costos esperados de la guerra, en países como Gran Bretaña y Alemania los bancos emisores tuvieron que ser dispensados de la obligación de cambiar signos dinerarios por oro. Después de la turbulencia monetaria del período de entreguerras, se llegó con el sistema de Bretton Woods a un tipo de dominio dual entre la mercancía dineraria antigua y la nueva. Mientras que Estados Unidos, con supremacía económica en relación a los demás países en la inmediata posguerra, mantuvo el vínculo del dólar estadounidense con el oro⁵⁷, los Bancos Centrales de los otros Estados capitalistas centrales utilizaron sobre todo capital ficticio denominado en dólares como mercancía dineraria.

⁵⁶ El Banco de Inglaterra, por ejemplo, estaba obligado a cubrir con oro dos tercios de los billetes en circulación. Para el tercio restante se le permitió conservar letras de cambio comerciales de primera clase, por las cuales recibía intereses.

⁵⁷ A nivel interno, la convertibilidad del oro ya no era válida desde 1933. En aquel momento, en el contexto del *New Deal*, el gobierno de Roosevelt había prohibido la propiedad privada de oro a los ciudadanos norteamericanos. Esta prohibición cayó recién en 1971, cuando perdió su función con la anulación general de la vinculación del dólar con el oro.

A medida que la ventaja económica de Estados Unidos se fue derritiendo, y la marcha del desarrollo de la fuerza productiva exigió un aumento de la anticipación de valor futuro, ya no fue posible mantener ese sistema mixto. Con la supresión de la convertibilidad en oro del dólar estadounidense, en 1971, el oro se tornó definitivamente obsoleto como mercancía dineraria, y los títulos de deuda acumulados en los Bancos Centrales, en el contexto de la “creación de dinero crediticio” asumieron exclusivamente el lugar de mercancía dineraria.

La nueva mercancía dineraria y sus peculiaridades

El sistema dinerario surgido a raíz de la desmonetización del oro tiene una estructura mucho más intrincada que la del sistema de cobertura de oro observada por Marx. Para descifrar los secretos del sistema dinerario de aquella época aún era suficiente con develar esencialmente solo el fetiche del dinero. Al contrario, el sistema dinerario contemporáneo es el resultado del *entrecruzamiento de dos formas de fetiche*, el fetiche del dinero y el fetiche del capital. La capacidad misteriosa de transformar producción de valor futuro en capital por medio de la venta de capital dinerario y de la doble utilización de su valor de uso, esbozada en la sección sobre las mercancías de segundo orden, desempeñó un papel marginal en el proceso de acumulación capitalista en los tiempos de Marx, y permaneció un epifenómeno limitado a los mercados de capital privados. En la fase actual del desarrollo del capitalismo, el sistema dinerario en su conjunto tiene por contenido la anticipación de valor; también, y precisamente, la mercancía dineraria encarna valor futuro. El dinero actual del banco central *no es cubierto por otra cosa que por el capital ficticio acumulado en los bancos centrales en el contexto de la “creación de dinero”*⁵⁸.

El significado que la transformación de la mercancía dineraria tiene del lado del valor de cambio queda claro: la mercancía dineraria clásica, el oro, representaba, como una mercancía de primer orden, trabajo abstracto pasado. Al contrario, su sucesora como mercancía dineraria proviene de las filas de las mercancías

⁵⁸ Utilizo el término de “creación de dinero” en este punto solo porque está establecido. Como se desprende claramente de lo que ya se ha dicho, ese término encubre el contexto real. Por un lado, los bancos comerciales no reciben de los bancos centrales simple dinero, sino desde el principio dinero convertido en *capital* dinerario, ya que toman prestado el dinero contra el interés correspondiente; por otro lado, la noción de “creación” sugiere que el dinero en cuenta sería el resultado de una colocación unilateral por medio de un demiurgo, de la nada. En verdad, todo dinero bancario surge de una relación de interacción. El banco central sólo puede “crear” dinero al entrar en una relación de crédito con bancos comerciales, y los bancos comerciales, al encontrar prestatarios adecuados.

de segundo orden y, por lo tanto, es una forma de representación de producción de valor futuro previamente transformado en capital. Representa, entonces, la anticipación de trabajo general abstracto aún por efectuar. Pero esa transformación en el lado del valor de cambio de la mercancía dineraria es acompañada, desde luego, por transformaciones profundas también en el lado del valor de uso. Una investigación sistemática está más allá del alcance de este esbozo, por lo que nos contentaremos con una descripción resumida.

La exteriorización de la mercancía general del grupo de mercancías particulares sigue una lógica diferente dependiendo de si proviene del grupo de mercancías de primer o de segundo orden. Ya estamos familiarizados con las condiciones del metal precioso. Las mercancías de primer orden tienen valores de uso materiales-sensibles muy diferenciados. El valor de uso de una de esas mercancías particulares, como ya fue expuesto por Marx, se convierte en la materialización de su contrario, en la encarnación del valor de cambio por antonomasia. La exteriorización de la mercancía dineraria de las filas de las mercancías de segundo orden debe seguir, por este motivo, otro patrón, pues todas las mercancías de esta sección del mundo de las mercancías están dotadas del mismo valor de uso suprasensible: el valor de uso de representar valor autovalorizado. No se extiende aquí, entre las diferentes mercancías, la línea divisoria entre el populacho de mercancías y la reina de las mercancías; más bien, si una mercancía de segundo orden permanece una mercancía particular de su clase, o si se eleva a mercancía general, depende de *en posesión de quién* se encuentre. Si un banco comercial concede créditos, las promesas de pago de los prestamistas tienen el carácter de capital ficticio privado. Si, por otra parte, el banco central concede un crédito a un banco comercial, las promesas de reembolso del banco comercial se convierten en elementos de la mercancía general. Un título de deuda de Estados Unidos en manos de un inversor privado, por ejemplo, un banco comercial, es una mercancía particular. Pero si el Banco Central Europeo acepta el mismo título estatal como garantía por parte de un banco privado para darle un crédito, su estatus se modifica. El depósito del título estatal en la institución que emite los medios legales de pago lo coloca en el lugar de mercancía rey. El bono estadounidense vuelve evidentemente a perder esa posición con la expiración del crédito y su retransferencia al banco comercial.

Una diferencia fundamental entre la mercancía dineraria clásica y su sucesora es obvia. Ya en los tiempos de Marx, como se ha mencionado, el oro estaba retirándose de las transacciones diarias. Sin embargo, es una característica fundamental de todo sistema dinerario en el cual un bien sirve como mercancía dineraria, que no solo los bancos centrales sino en principio también los actores privados puedan actuar como propietarios de la mercancía dineraria. Quien poseía oro o monedas de oro no solo disponía de meros signos dinerarios, sino

directamente de mercancía dineraria. En cambio, en el sistema dinerario actual la mercancía dineraria no puede llegar nunca, por definición, a las manos de actores privados. Como capital ficticio que surge en la emisión de préstamos a bancos comerciales por parte del banco central, la nueva mercancía dineraria existe solamente en el lado de los activos del balance del banco central. La noción de Marx de la mercancía general como mercancía exteriorizada adquiere, por lo tanto, un nuevo significado.

El hecho de que los títulos de propiedad solo puedan ejercer la función de mercancía dineraria siempre y cuando estén en manos de los bancos centrales excluye, evidentemente, una convertibilidad directa de los medios legales de pago con la *nueva mercancía dineraria*, tal como sucedía en el sistema clásico de cobertura de oro. Desde luego, esto no significa que, en el régimen dinerario contemporáneo, el “valor” de los signos dinerarios circulantes se haya emancipado de la riqueza abstracta acumulada en los bancos centrales. Su validez continúa derivándose, aunque indirectamente, de la mercancía dineraria.

Una mercancía dineraria que debe su estatus a la posición privilegiada de su propietario tiene, en contraste con la mercancía dineraria clásica, *necesariamente un carácter sintético*. Compuesto de reclamaciones monetarias de los bancos emisores, está sujeto, como un cesto, a un proceso de recombinación permanente. Los créditos del banco central expiran constantemente y nuevos créditos son concedidos; constantemente tiene lugar un intercambio de mercancías de segundo orden entre los bancos comerciales y los bancos centrales. Y también el volumen total de la mercancía dineraria está sujeta a fluctuaciones importantes —no en última instancia de acuerdo con la política monetaria seguida por el banco central. En ese sentido, el contraste con la antigua mercancía dineraria no podría ser más agudo. Bajo el régimen del oro, el sistema dinerario tenía una base bastante rígida. Si, en aras de la simplicidad, no tenemos en cuenta los usos no monetarios del metal precioso, la masa de mercancía dineraria era idéntica al volumen total de ese metal arrancado de la tierra. En el marco del sistema clásico de cobertura de oro, la necesidad creciente de mercancía dineraria adicional, resultado de la expansión del sistema de riqueza abstracta, solo podía atenderse de una manera: por medio de la extracción adicional de oro.

Con el cambio de la mercancía dineraria, surgieron nuevas posibilidades de acumulación para el sistema del fin en sí de la multiplicación de la riqueza abstracta. Bajo el sistema de cobertura de oro, una parte de la riqueza producida era retirada del proceso de acumulación y dejada inactiva, para que el dinero pudiera cumplir su tarea de mercancía absoluta. La transición a una nueva mercancía dineraria significó no solo la eliminación de esos *faux frais* del funcionamiento general capitalista, pues la producción de mercancía dineraria, como parte integral del sistema de anticipación de valor, puede incluso hacer su propia contribución

a la acumulación de capital. Esta ventaja enorme, desde luego, tiene su precio. En primer lugar, con esa transformación, la mercancía dineraria reduce su campo de validez. El oro ocupaba la posición de mercancía general no solo en el interior de determinadas áreas monetarias, sino que, en forma de barras, funcionaba también inmediatamente como dinero mundial. Al contrario, el área de dominio de su sucesora se restringe a su respectiva zona monetaria. Esto inevitablemente tiene efectos en las relaciones de intercambio entre los distintos signos dinerarios regionales. Mientras que, en el sistema de cobertura de oro, la conexión de todas las monedas con el metal precioso producía automáticamente un tipo de cambio fijo entre los medios de pago legales de los diferentes países, la abdicación definitiva del oro significó la transición a tipos de cambio inestables.

La transformación de la mercancía dineraria presenta otra deficiencia. La antigua mercancía dineraria conservaría sin problemas su capacidad de encarnar riqueza abstracta hasta el fin de los días capitalistas —a menos que el antiguo sueño de los alquimistas de transformar material sin valor en oro se hiciera realidad. Por el contrario, eso no puede afirmarse de la nueva mercancía dineraria. Así como en el caso del capital ficticio privado, en el capital ficticio que se encuentra en poder de los bancos centrales no hay ninguna garantía de una realización completa del valor anticipado. Incesantemente el dinero emitido por el banco central pierde una parte de su cobertura —con consecuencias correspondientes a largo plazo para su “valor dinerario”. La pérdida estructural de validez puede verse claramente en el desarrollo de las tasas de inflación. En el marco del sistema de cobertura de oro había fluctuaciones, en el curso de los ciclos coyunturales, de las proporciones de intercambio entre las mercancías particulares, por un lado, y la mercancía general y sus representantes de papel, por el otro; pero no existía ninguna tendencia general de desvalorización dineraria que fuese más allá de esos ciclos. Con el fin de la autocracia del oro, eso cambió radicalmente. No es casual que la noción de “inflación secular” haya sido incorporada por los historiadores económicos. A más tardar desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, el poder adquisitivo de los signos dinerarios se ha ido desmoronando paralelamente al proceso de acumulación capitalista. Este proceso de erosión, a veces más y a veces menos pronunciado, es ya desde hace mucho tiempo una parte integral del funcionamiento normal capitalista. Tanto es así que los economistas encienden la alarma ante una caída de la tasa de inflación a menos del 2%, pues lo consideran una señal de crisis.

Es parte de la naturaleza de una sociedad que se disuelve en productores privados separados, que la competencia produzca ganadores y perdedores. En ningún momento todos los capitales llevan a cabo exitosamente el movimiento del fin en sí de la valorización del valor. En cada período una mercancía u otra, un capital individual u otro, sucumben a la desvalorización y quedan fuera del

camino. Desde luego, si la desvalorización de mercancías y capital se transforma en un fenómeno masivo y la valorización exitosa pasa de regla a excepción, la cuestión se vuelve crítica desde el punto de vista capitalista. El sistema de riqueza abstracto entra en crisis. La transformación de la mercancía dineraria también tiene consecuencias de largo alcance para el curso y el contenido de esas crisis. Mientras el oro mantenía la posición de mercancía dineraria, los procesos de desvalorización se concentraban en las crisis de las mercancías particulares. Lo que se desvalorizaba era el capital funcionante y ficticio privado, nunca la mercancía general. Puesto que, con la transformación de la mercancía dineraria, su propia producción se convierte en un momento del proceso de acumulación capitalista, esto significa también que, en las grandes crisis, el proceso de desvalorización puede extenderse en principio también a la mercancía dineraria y, por lo tanto, al medio dinerario en su conjunto —un desarrollo imposible en el terreno del oro como mercancía dineraria. Marx explicó el curso de las crisis de desvalorización en el contexto del sistema de cobertura del oro. En las crisis sucede, en primer lugar, una desvalorización de las mercancías particulares de las cuales se compone el capital funcionante. Esto se refiere principalmente a los productos que el capital funcionante ya no puede vender o puede vender solo por debajo de su valor, y también a las máquinas y materias primas usadas en la producción. Por otro lado, el reemplazo de la mercancía dineraria por substitutos dinerarios privados se convierte en un problema:

“En tiempos de estrechez, cuando el crédito se contrae o cesa del todo, el dinero se contrapone súbitamente a las mercancías como único medio de pago y verdadera existencia del valor. De ahí la desvalorización general de las mercancías, la dificultad —más aún, la imposibilidad— de convertirlas en dinero, vale decir en su propia forma puramente fantástica. Pero, en segundo lugar, el propio dinero crediticio solo es dinero en la medida en que represente absolutamente al dinero real en el importe de su valor nominal. Con el drenaje de oro, su convertibilidad en dinero —es decir, su identidad con el oro verdadero— se torna problemática” (MEW 25: 532 [ed. en esp.: Marx, 2009, p. 665]).

Cuando Marx habla de crisis dineraria, siempre lo hace en ese significado estrecho de falta aguda de capacidad de pago socialmente válida. Dado que la mercancía dineraria ya no puede ser substituida en escala suficiente por promesas de pago de actores privados, se llega a una contracción de la base monetaria que hace desmoronar los precios de las mercancías y detiene la producción de bienes. En consecuencia, Marx resume de la siguiente manera lo que constituye el centro del mecanismo de las crisis:

“Una desvalorización del dinero crediticio (para ni hablar siquiera de una desdinerización del mismo, solamente imaginaria, por lo demás) trastornaría todas las condiciones imperantes. Por ello se sacrifica el valor de las mercancías para asegurar la existencia fantástica y autónoma de este valor en el dinero. En general, como valor dinerario solo se halla garantizado mientras lo esté el propio dinero. Por ello, es menester sacrificar muchos millones en mercancías a cambio de unos pocos millones en dinero. Esto es inevitable en la producción capitalista y constituye una de sus bellezas” (MEW 25: 532 [ed. en esp.: Marx, 2009, p. 665-6]).

La afirmación apodíctica según la cual, en las crisis, el sacrificio de las mercancías particulares en el altar de la mercancía general sería parte de las “bellezas” inevitables de la “producción capitalista” debe, no obstante, ser relativizada. Este mecanismo irrumpe en las crisis siempre que se mantenga inalterada la cobertura en oro del orden dinerario. La transformación de la mercancía dineraria les proporciona a los bancos centrales un instrumental con el que puede defenderse eficazmente la “convertibilidad” del dinero crediticio privado. Al bajar las tasas de interés y aumentar su propia “creación de dinero”, pueden prevenir inminentes crisis de crédito y contrarrestar de ese modo la desvalorización de las mercancías particulares. Sin embargo —y este es el lado negativo— el “dinero real” (Marx) pierde también la posición de *sol invictus* eclipsador del paisaje de crisis. Por medio de una política dineraria flexible y de la creciente “creación” de dinero por parte del banco central, una crisis fundamental en el sistema de valorización de la riqueza abstracta es encubierta provisoriamente, pero no eliminada. Estas medidas simplemente desplazan la necesidad de desvalorización hacia el futuro, al transferirla al medio dinerario como tal.

La última crisis global que siguió un patrón de mera crisis deflacionista, tal como describió Marx, fue la crisis económica de la década de 1930. En los años inmediatamente posteriores a la desmonetarización definitiva del oro, las distorsiones económicas ya siguieron un nuevo guion. La década de 1970 entró en la historia económica como una fase de “estanflación”, una combinación de crecimiento reducido y tasas de inflación relativamente altas. Es previsible que este patrón se deba reproducir en un grado mucho más elevado en el curso posterior de la crisis fundamental en la que se encuentra el modo de producción capitalista. Cuando, en 2008, el capital privado ficticio amenazó con entrar en la peor espiral de desvalorización de todos los tiempos, llevando a la economía mundial a la ruina total, la intervención de los bancos centrales, con una política de dinero extremadamente barato, puso nuevamente al sistema de precapitalización de producción de valor futuro en el curso del crecimiento. Esto solo podía ser realizado por las autoridades monetarias, acumulando por su parte cada vez más capital ficticio fundamentalmente desvalorizable, por lo tanto, por medio de un deterioro

progresivo de la calidad de la composición de la mercancía dineraria. Si, a raíz de las crisis recientes, precisamente los activos de los bancos centrales se revelan como chatarra financiera y pasan por procesos de desvalorización manifiestos, esto debe reflejarse en el poder adquisitivo derivado de los símbolos dinerarios. La crisis de 2008 y su superación son solo el preludio de nuevas crisis en las que se entrelazan la desvalorización de las mercancías particulares de primer y segundo orden, por un lado, con la desvalorización de la mercancía general, por el otro. El punto de fuga lógico de los procesos de crisis en el siglo XXI es una sociedad mundial disuelta en productores privados separados que ha conseguido destruir lo que es indispensable para ella misma: un sistema dinerario funcional.

*Determinación funcional del dinero e invisibilidad
de la mercancía dineraria*

El curso que los bancos centrales tomaron desde 2008 ha despertado preocupaciones sobre la inflación incluso para muchos economistas. Sin embargo, los requisitos teóricos de la ciencia económica no permiten situar el problema fundamental allí donde se asienta. Esto tiene una razón simple: la inminente desvalorización de la mercancía dineraria es difícil de investigar sin constatar la propia existencia de una mercancía dineraria. Pero la ciencia económica asume con la mayor naturalidad que ésta ya no existe. ¿Cómo llegan las ciencias económicas a esa idea falsa y por qué son inmunes a cualquier incertidumbre?

La causa principal debe buscarse sin duda en el error fundamental de la teoría económica ya expuesto al inicio. Las ciencias económicas actuales, al igual que anteriormente la clásica, mistifican el contenido de la riqueza capitalista. No tienen ningún concepto de riqueza abstracta y confunden la riqueza de mercancías con la riqueza de valores de uso materiales-sensibles. Al seguir la huella de Adam Smith y reconocer riqueza mercantil solo allí donde valores de uso materiales-sensibles se presentan como portadores de valor de cambio, una mercancía dineraria surgida de las filas de las mercancías de segundo orden es, lógicamente, invisible. Los diversos títulos de propiedad acumulados por los bancos centrales en el marco de su creación de dinero no tienen, en contraposición con la mercancía dineraria oro clásica, ningún valor de uso material-sensible, sino solo el valor de uso suprasensible de representar la producción de valor futuro. Debido a que el pensamiento dominante presupone sus propios puntos ciegos como verdades ineludibles, la transformación de la mercancía dineraria se les presenta como su propia desaparición.

Sin embargo, la falta de un concepto de riqueza abstracta y la equiparación de riqueza mercantil y riqueza en valores de uso materiales-sensibles, no son las

únicas razones por las cuales el pensamiento dominante confunde el proceso de desmonetarización del oro, finalizado en 1971, con la decomodificación del dinero. La teoría económica tiene un segundo manto mágico muy efectivo que invisibiliza la nueva mercancía dineraria. Hace ya décadas la ideología de la ciencia económica ha interrumpido, sin resolverla, la discusión sobre la esencia del dinero, y se contenta con definirlo por sus funciones para los sujetos económicos individuales. El economista británico John Hicks (1967, p. 1) llevó esa comprensión del dinero a su fórmula clásica: “Money is defined by its functions: anything is money which is used as money: *money is what money does*”⁵⁹.

A primera vista, esa quintaesencia de un concepto funcionalista del dinero presenta una tautología sin sentido vacía de contenido. Sin embargo, en el contexto de nuestro análisis, esa afirmación contiene implícitamente dos enunciados teóricos de largo alcance: al considerar que todo lo que ejerce la función del dinero es también dinero, se extingue la necesaria distinción conceptual entre los billetes de banco y el dinero crediticio creado privadamente, es decir, capital ficticio privado. Aún más, al determinarse *exclusivamente* como dinero aquello que ejerce inmediatamente la función de dinero, y que por lo tanto sirve a los sujetos económicos privados en las transacciones diarias como medio de pago, entonces la mercancía dineraria actual está completamente excluida del concepto de dinero. Como ya se ha indicado en la sección anterior, ésta existe únicamente en los balances de los bancos centrales. Es parte de sus peculiaridades precisamente que, diferente de la mercancía dineraria oro clásica, nunca pueda encontrarse con los actores económicos privados. Así, la visión funcionalista comúnmente aceptada del dinero llega a una imagen del sistema dinerario actual que invierte la jerarquía real entre la propia mercancía dineraria y la forma derivada del dinero: solo las formas derivadas del dinero deben representar dinero real y, de esa manera, el fundamento del sistema dinerario es eliminado teóricamente.

Aunque en el concepto dominante de dinero la distinción categorial entre los signos dinerarios y el capital ficticio privado que sirve como medio de pago es eliminada categorialmente, ella se escabulle nuevamente en el edificio doctrinal, por la puerta trasera de las definiciones del agregado monetario, aunque de un modo meramente empírico y no conceptual. La ciencia económica opera con definiciones “más estrechas” y “más extensas” del agregado monetario que se distinguen en términos de cuáles patrimonios “próximos al dinero” cuentan como tal y cuáles no. Además del efectivo, la masa monetaria M1 incluye solamente los depósitos a la vista de entidades no bancarias, es decir, algo así como cuentas corrientes. M2 contabiliza cajas de ahorro con plazo legal de preaviso y depósitos

⁵⁹ [Nota del traductor:] “El dinero se define por sus funciones: cualquier cosa que se utiliza como dinero es dinero: *el dinero es lo que el dinero hace*”.

con un plazo de hasta dos años. La masa monetaria M3 incluye, entre otros, fondos de inversión mobiliaria, documentos del mercado dinerario, así como bonos bancarios con un vencimiento de hasta dos años. En términos más claros, cuanto “más extensa” es una definición de masa monetaria, más formas de capital privado ficticio se convierten en dinero.

La doctrina económica dominante ha sido muy consecuente en la anulación teórica de la mercancía dineraria. Además de las masas monetarias habituales de M1 a M3, ella también reconoce la base monetaria M0. Sin embargo, detrás de ella no se esconde la mercancía dineraria. En cambio, el punto de referencia fundamental del sistema dinerario es determinado como sigue:

“La base monetaria incluye las reservas en dinero actuales del banco central, que constituyen la base para la creación de las entidades de crédito. La base monetaria es la suma de la circulación fiduciaria (incluidas las reservas en caja de las entidades de crédito) más los depósitos a la vista de las entidades de crédito en el banco central (depósitos del banco central)” (*Wirtschaftlexikon*, 2015⁶⁰).

Al considerarse el contexto real, dos procesos están inextricablemente vinculados en la creación de “dinero del banco central”: a) el banco emisor concede créditos a los bancos comerciales que en parte se los entrega en efectivo, o sea, en forma de signos dinerarios y en parte se los abona en las cuentas corrientes que los bancos comerciales mantienen en el banco central; b) a cambio de esta transferencia de capital dinerario, los bancos centrales acumulan reclamaciones monetarias en relación a los bancos comerciales, es decir reclamaciones de pago sobre la suma concedida y los intereses correspondientes. En las definiciones del volumen monetario solo se refleja el primer aspecto. Para permanecer en M0, la “base monetaria” comprende el dinero en efectivo en circulación a través de la concesión de créditos a los bancos comerciales y la parte del capital dinerario que los bancos centrales han transferido a las cuentas corrientes de los bancos comerciales que aún no ha entrado en el sistema de formación de la cadena de crédito privado. En la determinación del volumen monetario, el movimiento contrario correspondiente, la acumulación de mercancías de segundo orden en el banco emisor, es echado por la borda.

Naturalmente, los economistas saben muy bien que los balances tienen dos lados y que los bancos centrales no deben contabilizar solamente los pasivos en relación a los bancos comerciales, sino también las cuentas por cobrar. Sin embargo, debido a la determinación funcionalista del dinero, estos activos no tienen

⁶⁰ [Nota del editor:] Para revisar la fuente, dirigirse a: www.wirtschaftslexikon.co/d/geldbasis/geldbasis.htm.

ninguna importancia en términos de teoría dineraria. Esa supresión de la mercancía dineraria se refleja, además, por cierto, en la *extraña conceptualización de la "creación de dinero"*. Los bancos centrales ponen en circulación el llamado dinero del banco central casi exclusivamente por medio de la concesión de créditos a los bancos comerciales. Incluso la entrada del efectivo en el ciclo económico se realiza de esa manera. Es evidente que en la concertación de una relación de crédito siempre hay dos lados, prestatarios y prestamistas. Sin embargo, el concepto de creación de dinero⁶¹ sugiere un acto unilateral que tiene al banco central como demiurgo. La determinación funcionalista del dinero reconoce solamente el capital dinerario que los bancos comerciales reciben de los bancos centrales, pero no el otro lado de la misma moneda, la acumulación de reclamaciones monetarias por parte de los bancos centrales, lo que se refleja en una conceptualización que conduce al error.

Al confundir la riqueza capitalista con la riqueza de bienes y al presuponer como obligatoria su comprensión funcionalista del dinero, para la teoría económica el proceso de "desmaterialización" del dinero aparece como una demostración irrefutable de que el concepto nominalista del dinero es correcto. Sin embargo, paga por su inmunización contra la idea de una mercancía dineraria, pues de esa manera bloquea de entrada la posibilidad de un análisis sólido del sistema dinerario actual.

La ideología del dinero como mero medio de circulación de mercancías en la crisis

Desde los días de Adam Smith, los economistas han vendido al modo de producción capitalista como una forma particularmente racional de suministro de bienes de uso y al dinero como un mero mediador entre las mercancías. Esta visión engañosa debe su pseudo-plausibilidad especialmente a dos condiciones características del ciclo del capital funcionante. En ese caso, por un lado, el incremento del valor tiene lugar fuera de la circulación. Al considerarse los actos de intercambio individuales abstrayendo el proceso capitalista global, parece más obvio interpretar el doble movimiento de compra y venta como un intercambio mediado entre mercancías, en lugar de reconocerlo como un momento integral del movimiento del fin en sí de la acumulación de valor. Esta interpretación convence tanto más porque existe en el capitalismo una amplia gama de participantes

⁶¹ La noción de creación de dinero es también engañosa en otro aspecto: en la emisión de dinero por parte del banco central, no se origina simple dinero, sino dinero en la forma de capital dinerario.

del mercado para quienes el dinero realmente tiene solo el significado de un medio para transferir mercancías. De hecho, los vendedores de fuerza de trabajo la venden solo para poder comprar las mercancías necesarias para la satisfacción de sus necesidades vitales. Sin embargo, la venta exitosa de la fuerza de trabajo tiene un prerrequisito social. Sus vendedores solo obtienen el dinero si encuentran un comprador para el cual la aplicación de la fuerza de trabajo se integra en un proceso de transformación de dinero en más dinero. Este pequeño detalle no es tenido en cuenta por el concepto corriente de dinero. Al comprender el dinero como mero medio de transferencia de mercancías, éste interpreta al movimiento M-D-M como siendo el contenido de la economía capitalista y oculta que éste solo consiste en la finalidad en sí de D-M-D'. El dinero funciona como medio de circulación general, pero solo cuando está integrado, al mismo tiempo, en el ciclo de la valorización del capital.

Los encubrimientos ideológicos que aquí fueron esbozados explican por qué las premias erróneas de la teoría económica han sobrevivido por tanto tiempo y han sido reciclados incesantemente desde los días de Adam Smith. Sin embargo, el sistema capitalista ha pasado por una transformación en las últimas décadas que socava la plausibilidad del concepto dominante de dinero desde un ángulo completamente diferente. La característica principal del desarrollo capitalista de las últimas décadas consiste, como se sabe, en una inflación explosiva sin precedentes de la superestructura financiera. Desde la década de 1980, la multiplicación de capital ha tenido lugar principalmente en la forma de multiplicación de capital ficticio y se ha ido distanciando cada vez más de la llamada economía real, es decir, de la producción de bienes. La acumulación de capital funcionante se ha convertido en un apéndice de la acumulación de capital ficticio. Frente a este trasfondo histórico, el concepto obsoleto de dinero se vuelve anacrónico también empíricamente. ¿Qué afirmar de un concepto que determina el dinero obstinadamente a partir de sus funciones en relación a los bienes, cuando la mayor parte del dinero está en los mercados financieros e intermedia la relación entre acciones, títulos de deuda y derivados? Pero eso no es todo. En las últimas décadas, además, el paradigma del modo de producción capitalista como un modo de producción racional ha sido especialmente cada vez más cuestionado. Ni la senda cada vez más amplia de devastación ecológica y social a la cual conduce la economía capitalista ni las crisis siempre nuevas que convulsionan al sistema capitalista mundial desde el comienzo del siglo se ajustan adecuadamente a ese mito primordial del liberalismo y de las sociedades occidentales.

Este desarrollo afectó al panorama del debate. La pregunta de qué es realmente el dinero, archivada durante varias décadas por la ciencia económica, se ha puesto de moda, por lo menos por fuera del *mainstream*. En los últimos años han aparecido numerosas publicaciones sobre el tema del dinero de filósofos,

etnólogos y disidentes de la ciencia económica que toman distancia del concepto establecido especialmente en dos aspectos: por un lado, es blanco de críticas la derivación clásica del dinero a partir del intercambio. El nuevo debate del dinero reacciona ante la importancia totalmente extraordinaria del crédito en el sistema dinerario de nuestros días, al alejarse del antiguo paradigma del intercambio y poner el foco en el fenómeno de la deuda. Por otro lado, frente a las cabriolas en el mercado financiero, avanzan posiciones que ven en el dinero, supuesto medio meramente técnico, un poder con rasgos irracionales e incluso sagrados.

Marx y los puntos ciegos del nuevo debate sobre el dinero

Al escudriñar la historia de la teoría en busca de conceptos del dinero moderno como algo genuinamente irracional y metafísico no se encuentra precisamente una oferta excesiva. La posición, de lejos, más elaborada que representa este punto de vista es sin dudas la de Marx, quien insiste en que la irracionalidad básica del modo de producción capitalista culmina y se vuelve palpable en el sistema dinerario. Por lo tanto, cabría esperar que el nuevo debate sobre el dinero examinara, en su búsqueda de potenciales puntos de referencia teóricos, el concepto de dinero de la crítica de la economía política y su poder explicativo. Más aún cuando ya pasó el tiempo en que Marx era considerado un perro muerto y hoy su nombre vuelve a circular vivazmente, por lo menos como marca discursiva. Sin embargo, la teoría de Marx del dinero como mercancía general exteriorizada no tiene ningún papel en el nuevo debate.

El concepto de dinero de Marx, como ya fue explicado, fue confundido desde siempre con el metalismo y tratado como una variante de la teoría del dinero clásica basada en el paradigma del intercambio. La aceptación ciega de esta clasificación falsa es seguramente una razón por la cual el interés recién despertado por la cuestión del dinero vaya acompañado por un profundo desinterés por el enfoque de Marx. Pero, más importante: el nuevo debate del dinero ataca algunos teoremas del *mainstream* de la ciencia económica sin criticar sus premisas falsas. La noción del dinero como un medio de transferencia de bienes supuestamente neutral es tirada a la basura; sin embargo, el paradigma del dinero como una entidad ajena y exterior al sistema de producción de riqueza social mercantil se mantiene alegremente. Así, el nuevo debate del dinero tiene sus puntos ciegos exactamente allí donde estaba el foco del concepto de dinero de Marx. Eso explica su debilidad teórica.

En este contexto se sitúa también una característica específica del nuevo debate del dinero: su tendencia a querer explicar diacrónicamente la irracionalidad del sistema dinerario contemporáneo, o sea, derivarla de la prehistoria del dinero.

La teoría del dinero de Marx presupone la transformación de toda la producción de riqueza en producción de mercancías y la disolución de la sociedad en productores privados aislados. Por lo tanto, se refiere exclusivamente al modo de producción capitalista, en el cual la mercancía se ha convertido en la forma universal de riqueza. De esa manera, Marx argumenta de una forma puramente lógica en el sentido de querer descifrar la lógica interna *de esta* formación social en la cual el dinero ocupa una posición clave y tiene un carácter histórico específico que *no* puede ser deducido de una historia universal del dinero que abarque los diversos modos de producción. Esto lleva a tratar al dinero básicamente como una entidad exterior a la sociedad capitalista, que en sí habría permanecido siempre igual y solo habría sufrido cambios exteriores. Resulta obvio, entonces, derivar la irracionalidad del sistema dinerario actual de una esencia fundamentalmente inalterable del dinero —una tendencia muy acentuada en el nuevo debate del dinero. Incluso cuando el motivo original para aproximarse al tema del dinero era sin duda la locura del sistema dinerario contemporáneo, autores como David Graeber (2012), Christina von Braun (2012) o Christoph Türcke (2015) dan en sus libros un salto atrás de miles de años. Todos ellos practican una especie de etimología del lenguaje de lo monetario y esperan de esa manera explicar los abismos del sistema financiero presente.

El mito del dinero como medio eterno de transferencia de mercancías puede ser desmontado, indudablemente, con tales esfuerzos arqueológicos. Graeber, por ejemplo, etnólogo e intelectual del movimiento *Occupy*, presentó una profunda crítica a la leyenda del origen del dinero de Adam Smith y obtuvo por eso algunos méritos en la crítica ideológica. Sobre la base de un extenso material etnológico, Graeber desenmascaró en su libro *Deuda: una historia alternativa de la economía* el origen del dinero a partir del intercambio como lo que es: un mero constructo ideológico. Como el título de la edición original del *bestseller* ya revelaba (*Debt: the First 5,000 Years*), el autor substituye la ontología del intercambio de Smith por una no menos engañosa ontología de la deuda. Las relaciones de crédito del presente, que representan la forma más importante de comercio con la mercancía capital dinerario, aparecen para él como la continuación por otros medios de relaciones personales de compromiso con carga sagrada. Pero esto no representa un avance en el conocimiento en relación a los clásicos y a la ciencia económica, sino simplemente una inversión de la dirección de la proyección. Mientras que el punto de vista de la ontología del intercambio proyecta en la prehistoria la disolución de la sociedad en productores privados separados, característica propia del modo de producción capitalista moderno, Graeber interpreta el sistema de crédito moderno a través de la lente de relaciones de compromiso personales premodernas. Sin embargo, las relaciones de crédito modernas deben ser comprendidas como una variante específica de relaciones mercantiles cosificadas. Su

fundamento es la transformación del capital dinerario en una mercancía que a su vez presupone la relación capital, la transformación de la producción de riqueza material en producción de mercancías.

Adam Smith construyó una fantasía liberal mercantil de las sociedades tradicionales, Graeber se pone a fabular en la descripción del sistema financiero contemporáneo y proyecta en él formas personales de dominación. El hecho de coincidir con la ideología del sentido común de personificar estructuras sociales lo vuelve muy popular. Analíticamente, sin embargo, es un camino equivocado.

No es solo la interpretación de Graeber la que se debilita analíticamente en la medida en que se acerca al presente. Esta debilidad caracteriza en mayor o menor medida a toda la literatura reciente de crítica del dinero y surge de su premisa epistemológica. Al pensar que en el sistema financiero moderno simplemente se reproduce el núcleo del “sacrificio religioso” (Türkce, 2012) de formas anteriores de dinero o su “cobertura por cuerpos humanos” (Braun, 2012), se asume, más allá de las demás diferencias argumentativas, que la esencia del dinero se ha mantenido siempre igual desde tiempos inmemoriales.

Esta falla fundamental del debate reciente sobre el dinero, compartida con la ciencia económica tradicional, puede ser superada solamente colocando en el centro de la crítica la lógica histórica específica del modo de producción capitalista, o sea, no pensando diacrónica sino sincrónicamente. La importancia y el modo de funcionamiento del sistema dinerario actual solo pueden revelarse a través de un análisis sistemático de la forma de socialización disparatada por la cual el dinero moderno fue engendrado. El lado del valor de cambio de las mercancías particulares gana en el dinero una forma separada de su valor de uso específico y se enfrenta al universo de las mercancías como un poder autonomizado. El pensamiento dominante es absorbido por esa apariencia fetichista y trata al dinero como si de hecho fuese una entidad exterior al sistema de producción de mercancías y no una forma de existencia exteriorizada de las contradicciones internas del mundo de las mercancías. Una variante de ese padrón interpretativo es la idea clásica y neoclásica del “velo del dinero” según la cual el dinero sería un mero medio técnico del cual debemos prescindir para llegar a una visión de los procesos económicos realmente esenciales. Los representantes del nuevo debate sobre el dinero se despegan deliberadamente del “olvido del dinero por los clásicos y los neoclásicos” (Pahl, 2008, p. 9). Por lo general, contrarrestan la supuesta “neutralidad” del dinero con la idea de que habría algo como una lógica interna del medio dinerario. Esta orientación, desde luego, es problemática. Al seguirla, se corre el riesgo de dejarse llevar por una variante de la antigua idea de los dos mundos. Desde siempre el desarrollo del modo de producción capitalista es acompañado por un “anticapitalismo” regresivo que ataca al correspondiente orden dinerario y financiero como si fuera un poder de ocupación

ajeno a la sociedad de la mercancía y lo responsabiliza por los males de la forma de socialización capitalista. Proverbios como “el dinero gobierna al mundo” o “el dinero corrompe el carácter” indican en qué medida el entendimiento cotidiano está condicionado a acusar solamente a su representación cosificada por aquello que les provoca malestar o les parece amenazante en la sociedad de la mercancía. Particularmente en tiempos de crisis se imponen ideologías regresivas que desvinculan la conexión interna entre la mercancía general y las mercancías particulares y, a partir de allí, realizan una pseudo-explicación de los desastrosos desarrollos capitalistas (Postone, 1979; Lohoff, 1998). Precisamente en nuestro tiempo esta mistificación del síntoma monetario de la crisis como su supuesta causa está nuevamente de moda⁶². Desde la década de 1970 el sistema de acumulación de valor basado en la utilización real de trabajo alcanzó su barrera histórica. Desde entonces, la permanente multiplicación de capital ficticio se convirtió en el motor de la economía mundial y mantiene al proceso de acumulación en marcha (Lohoff, 2016). Desde que la burbuja inmobiliaria estadounidense estalló en 2008, y este tipo de multiplicación de la riqueza capitalista sufrió un duro revés, desde el campo político se culpa a la inflación “insana” de los mercados financieros por el malestar económico mundial.

Ante ese trasfondo histórico, el interés recientemente despertado por el dinero tiene un doble sentido. Por un lado, el nuevo debate sobre el dinero podría marcar la entrada tardía en un análisis y crítica profunda del capitalismo. Para ello, frente a la importancia enorme de la acumulación en la industria financiera para el proceso capitalista global actual, es indispensable dilucidar el misterioso mundo de lo monetario. Por otro lado, mientras la estructura fundamental de la forma dominante de socialización, la disolución de la sociedad en productores privados separados, desaparezca atrás del dinero, su forma de representación cosificada, el alcance analítico del nuevo debate sobre el dinero seguirá siendo reducido; podría incluso proporcionar el material para formas de reacción a la crisis; ideológicamente regresivas.

⁶² Ya en ocasión de la primera crisis industrial global, en 1857, Marx ridiculizó el mismo fenómeno: “Cuando la especulación ocurre en el fin de un determinado período comercial como la precursora inmediata del colapso, no se debe olvidar que la propia especulación fue generada en las fases precedentes del período y, por eso, ella misma es un resultado y una manifestación, y no representa la causa última y la esencia. Los economistas políticos que pretenden explicar las contracciones regulares de la industria y el comercio por la especulación se asemejan a una escuela ya extinta de filósofos de la naturaleza que consideraba a la fiebre la verdadera causa de todas las enfermedades” (MEW 12: 336).

BIBLIOGRAFÍA

- Von Braun, Ch. (2012). *Der Preis des Geldes*. Berlin: Aufbau Verlag.
- Dtv Lexikon. (1992). F.A. Brockhaus GmbH. München.
- Graeber, D. (2012). *Schulden: die ersten 5000 Jahre*, Stuttgart, Klett-Cotta Verlag.
(*Deuda: una historia alternativa de la economía*. Barcelona, Planeta).
- Hicks, J. (1967). *Critical Essays in Monetary Theory*. Oxford (Reino Unido), Clarendon Press.
- Lohoff, E. (1998). "Geldkritik und Antisemitismus", *Wien, in Weg und Ziel*, 2.
<http://www.krisis.org/1998/geldkritik-und-antisemitismus/>.
- Lohoff, E. y Trenkle, N. (2012). *Die große Entwertung, Warum Spekulation und Staatsverschuldung nicht die Ursache der Krise sind*. Münster: Un-Rast Verlag.
- Lohoff, E. (2014). "Kapitalakkumulation ohne Wertakkumulation". En <http://www.krisis.org/2014/kapitalakkumulation-ohne-wertakkumulation/>.
- Lohoff, E. (2016). "Die letzten Tage des Weltkapitals". En <http://www.krisis.org/2016/die-letzten-tage-des-weltkapitals/>.
- MEW 13 = Marx, K. (1961). *Zur Kritik der Politischen Ökonomie in Marx-Engels-Werke* Bd. 13, Berlin 1961. (*Contribución a la crítica de la economía política*. México, Siglo XXI, 2008a).
- MEW 23 = Marx, K. (1983). *Das Kapital, Band 1* Marx-Engels-Werke Bd. 25 Berlin 1983. (*El capital. Libro I*. México, Siglo XXI, 2008).
- MEW 25 = Marx, K. (1965). *Das Kapital, Band 3* Marx-Engels-Werke Bd. 25 Berlin 1965. (*El capital. Libro III*. México, Siglo XXI, 2009).
- MEW 42 = Marx, K. (1983). *Ökonomische Manuskripte 1857/58*. (*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Borrador. 1857-1858* (*Grundrisse*). Vol. 1. México: Siglo XXI, 2007).
- Pahl, H. (2008). *Das Geld in der modernen Wirtschaft*. Frankfurt, Campus Verlag.
- Polanyi, K., (1990). *The Great Transformation*. Boston (EEUU): Beacon Pres.
- Postone, M. (2003). *Zeit, Arbeit und gesellschaftliche Herrschaft*, Freiburg 2003.
(Ed. esp: *Tiempo trabajo y dominación social: una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*. Madrid: Marcial Pons, 2006).
- Postone, M. (1991). "Nationalsozialismus und Antisemitismus", *Kritik und Krise* 4/5.
- Schumpeter, J. A. (1946). *Kapitalismus, Sozialismus und Demokratie*, Bern: UTB.
(*Capitalismo, socialismo y democracia*. Barcelona: Página indómita, 2015).
- Smith, A. (1869). *Lectures on Justice, Police, Revenue and Arms, delivered in the University of Glasgow, by Adam Smith. Reported by a Student in 1763 and edited with an Introduction and notes, by Edwin Cannan*. Oxford (Reino Unido): Clarendon Press.

- Smith, A. (2005). *Wohlstand der Nationen*, München, Dtv verlag. (Ed. en esp.: *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. México DF: FCE, 1986).
- Stavenhagen, G. (1969). *Geschichte der Wirtschaftstheorie*, Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.
- Türcke, Ch. (2015). *Mehr! Philosophie des Geldes*, München: C. H. Beck.
- Wirtschaftlexicon*. (2015). "Geldbasis". En <http://www.wirtschaftslexikon.co/d/geldbasis/geldbasis.htm>.

LA CRISIS DEL TRABAJO Y LOS LÍMITES DE LA SOCIEDAD CAPITALISTA

Norbert Trenkle

Traducción de Javier Blank

I

Cuando el CEO de Siemens, Josef Kaeser, anunció en noviembre de 2017 que su empresa iba a recortar unos 7.000 puestos de trabajo en todo el mundo y cerrar varios centros de producción en Alemania, desencadenó protestas y críticas feroces. La gente preguntó: “¿por qué están haciendo recortes mientras la empresa obtiene grandes ganancias?” La bien conocida queja vino de todos lados: una vez más había una compañía que se sometía a los dictados de los mercados financieros y los accionistas y el “trabajo honesto” que hizo que la empresa tuviera éxito en primer lugar ya no contaba. Algunos periodistas liberales incluso estaban preocupados de que el accionar del jefe de Siemens pudiera dañar la legitimidad del sistema capitalista. En el *Süddeutsche Zeitung*, el escritor Detlef Esslinger escribió en noviembre de 2017 que, “si lo que quieres es que la gente finalmente se desespere con la economía de mercado, el capitalismo y la globalización, entonces debes actuar como Kaeser y compañía. Están fomentando los peores clichés sobre los glotones que nunca están satisfechos de que las tasas del mercado de valores sean lo suficientemente altas”.

De hecho, el caso de Siemens destaca el estado del trabajo, así como de la correlación de fuerzas entre el trabajo y el capital en la era actual del sistema capitalista global. Obviamente, la dinámica de la acumulación de capital se ha

desplazado hacia los mercados financieros en las últimas tres décadas y esto ha tenido consecuencias drásticas para las condiciones de vida y de trabajo en la sociedad. Pero eso no se debe a la codicia de los gerentes, banqueros e inversores que actúan en todo el mundo. Existen razones estructurales que pueden explicarse por la dinámica histórica objetivada de la sociedad capitalista. Para comprender cómo el trabajo se ha degradado cada vez más en las últimas tres décadas, primero debemos mirar más de cerca esta dinámica histórica.

Se debe establecer de antemano que las dinámicas históricas subyacentes a la sociedad capitalista tienen un carácter históricamente específico. Aquí no me estoy refiriendo a una lógica transhistórica del desarrollo social como lo haría el marxismo tradicional (colocándolo bien dentro de la tradición de la Ilustración). En cambio, me refiero a una dinámica que es el producto de una contradicción interna en la sociedad capitalista y, por lo tanto, solo aplicable a esa sociedad. El primer momento de esta contradicción es la compulsión a la acumulación incesante de capital. El capital no es más que un valor que debe ser valorizado, es decir, aumentado. Empíricamente el valor aparece como dinero y en ese sentido su valorización se puede ilustrar en la famosa fórmula de Marx $D-M-D'$. Dinero-mercancía-más dinero o, dicho de forma sencilla: el dinero debe convertirse en más dinero. Podemos hablar aquí de un movimiento de un fin en sí mismo, ya que al principio y al final de este ciclo incesante de multiplicación siempre se encuentra lo mismo: el dinero. El valor (en forma de dinero), por lo tanto, una y otra vez se refiere solo a sí mismo y el único objetivo de este movimiento es la acumulación constante de valor adicional. Por su propia lógica interna, este movimiento de fin en sí mismo no reconoce ningún límite. Debido a su naturaleza puramente abstracta-cuantitativa, debe, en principio, continuar incesantemente. Esa es la base del impulso incesante para el crecimiento de la sociedad capitalista, que, como todos sabemos, está destruyendo la base de la existencia humana en la tierra.

Este impulso hacia la acumulación incesante de capital enfrenta ahora un segundo momento, a saber, la compulsión de desarrollar constantemente las fuerzas productivas o, como decimos en estos días, el aumento constante de la productividad. Esta compulsión, que se produce por la competencia entre los capitales individuales, entra en contradicción interna con el movimiento interminable de la valorización del valor. Porque el aumento de la productividad siempre conduce a una reducción del gasto de trabajo por mercancía y, en consecuencia, a una reducción en la proporción de valor representada en cada mercancía individual. Esto se debe a que el valor no se valoriza en el vacío, sino que se basa en el gasto de fuerza de trabajo en la producción de mercancías. El capital adquiere fuerza de trabajo para aplicarla a la producción de mercancías y extraer plusvalor, lo que es posible porque la reproducción de la fuerza de trabajo cuesta menos que

el valor adicional que produce durante las horas de trabajo. Si el gasto de trabajo por mercancía se reduce, debido al aumento de la productividad, también disminuye la proporción del valor representado por mercancía. Y eso representa una tendencia que se opone al movimiento del fin en sí mismo de la valorización del capital, que solo puede continuar si se produce constantemente más valor.

II

Pero desde una perspectiva histórica, esta contradicción inherente a la lógica de la dinámica capitalista no ha sido un obstáculo para la valorización del capital. Los efectos de la productividad han sido compensados y supercompensados por la expansión acelerada hacia nuevos mercados y el desarrollo de nuevos sectores para la producción en masa. La reducción en el valor de las mercancías individuales se ha visto así compensada por un crecimiento general acelerado, de modo tal que al final de cuentas se pudo obtener más valor. Esta dinámica adquirió una fuerza particular durante la era relativamente corta del fordismo, particularmente durante los aproximadamente treinta años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. En los centros capitalistas, ese período se considera como una especie de edad de oro porque era la primera vez que la mayoría de la población dependiente de los salarios podía participar en la riqueza capitalista de manera significativa. Pero esa era (que ha sido idealizada en retrospectiva) llegó a su fin a mediados de la década de 1970 cuando el auge fordista alcanzó su límite y comenzó un nuevo impulso de productividad, esta vez basado en nuevas tecnologías de información y comunicación: la Tercera Revolución Industrial.

La Tercera Revolución Industrial representa una ruptura cualitativa en la historia del crecimiento de la productividad. Esto se debe a que la microelectrónica facilitó una reorganización radical de la producción en general, de modo que el trabajo perdió la importancia central que tenía anteriormente y el conocimiento —o, más precisamente, la aplicación del conocimiento a la producción— se convirtió en la principal fuerza productiva. Pero este trastorno tuvo consecuencias devastadoras para la valorización del capital. Con la eliminación masiva de fuerza de trabajo de la producción, se agotó la fuente de plusvalor, que anteriormente había impulsado el movimiento autotético de la valorización del valor. Esto es empíricamente demostrable en el hecho de que la producción material global (es decir, la masa de mercancías producidas) se ha multiplicado muchas veces desde la década de 1980, mientras que el número de trabajadores en los sectores centrales de la producción del mercado mundial ha disminuido considerablemente durante el mismo periodo de tiempo. El desarrollo de nuevos sectores de producción para el consumo de masas no ha cambiado nada porque

estos se han organizado desde el inicio en función de la automatización de los procesos. Como resultado, el mundo se ha visto inundado por una avalancha de mercancías en rápida aceleración (que lleva a la destrucción acelerada de los recursos naturales), pero que representan una cantidad de valor cada vez menor debido a que pueden producirse con cada vez menos fuerza de trabajo.

Es por eso que la crisis del fordismo creció hasta convertirse en una crisis fundamental de valorización del capital que ya no podía resolverse de la misma manera que las crisis anteriores en la historia del capitalismo. El desarrollo de nuevas áreas de crecimiento para la aplicación de la fuerza de trabajo en la producción de mercancías ya no era ni es posible en el nivel de productividad existente. Incluso los métodos keynesianos de reactivación económica, tal como se aplicaron en todas partes en la década de 1970, no dieron resultado y solo condujeron a una burbuja en la deuda nacional porque no fueron capaces de corregir las causas estructurales de la crisis. Como resultado, el capitalismo clásico alcanzó un límite histórico que ya no pudo superar.

Sin embargo, después de varios intentos, surgió otra forma de salir, aunque solo provisionalmente, de la crisis de la valorización del capital: el capital que ya no encontraba suficientes posibilidades de inversión en la llamada economía real se desvió a gran escala a los mercados financieros. Así, el capital reanudó su movimiento autotético de aumentar el dinero, que ahora ya no se basaba en la aplicación del trabajo a la producción de mercancías sino en la acumulación de capital ficticio. Desde entonces, esta forma de acumulación de capital ha determinado la trayectoria de la sociedad capitalista. Y eso implica que el trabajo ha perdido su estatus anterior en la dinámica del capitalismo. Para comprender lo que esto significa, primero debemos preguntarnos qué constituye el carácter específico de la acumulación de capital ficticio y cómo difiere de la valorización del capital a través de la aplicación del trabajo a la producción de mercancías.

III

El concepto de capital ficticio proviene de la crítica de Marx a la economía política, pero solo se desarrolló en fragmentos en el volumen III de *El capital*. En nuestro libro *Die große Entwertung* (*La gran desvalorización*), Ernst Lohoff y yo nos referimos a estos fragmentos e intentamos desarrollarlos y hacerlos útiles para un análisis de la crisis contemporánea del capitalismo. Los puntos esenciales se pueden resumir de la siguiente manera.

El capital ficticio surge siempre que alguien le da dinero a otra persona a cambio de un título de propiedad (un bono, una acción, etc.) que representa una reivindicación monetaria en relación a ese dinero y su aumento (en forma de in-

tereses o dividendos, por ejemplo). Este proceso duplica la suma original: ahora existe dos veces y puede ser utilizada por ambas partes. El destinatario puede usar el dinero para comprar cosas, hacer inversiones o adquirir activos financieros, pero al mismo tiempo se ha convertido en capital dinerario que produce un beneficio para quien cedió el dinero. El capital se ve así aumentado por el simple hecho de emitir una garantía financiera. Para decirlo de otra manera: el capital se ha acumulado, aunque no se haya producido nada. Pero este capital dinerario consiste en nada más que una reivindicación documentada que representa la anticipación de valor futuro. Si este valor será realmente producido, solo se sabrá posteriormente.

La anticipación de valor futuro en forma de capital ficticio forma parte del funcionamiento normal del capitalismo. Pero adquirió un significado completamente diferente en la crisis fundamental de valorización que siguió a la Tercera Revolución Industrial. Si la creación del capital ficticio sirvió alguna vez para flanquear y apoyar el proceso de valorización del capital (por ejemplo, mediante la prefinanciación de grandes inversiones), al desmoronarse la base de ese proceso, esos roles se han invertido. La acumulación de capital ya no se basó principalmente desde entonces en la utilización de fuerza de trabajo en la producción de productos básicos como automóviles, panes de hamburguesas y celulares, sino en la emisión masiva de títulos de propiedad como acciones, bonos y derivados financieros que representan valores futuros. Como resultado, el capital ficticio mismo se ha convertido en el motor de la acumulación de capital, mientras que la producción de mercancías se ha reducido a una variable dependiente.

Por supuesto, hay una distinción crítica entre esta forma de acumulación de capital y la forma previa del movimiento capitalista. Debido a que se basa en la anticipación del valor que se creará en el futuro, es un proceso de *acumulación* de capital sin *valorización* de capital. No se basa en la *utilización actual* de la fuerza de trabajo en el proceso de producción de valor, sino en la *expectativa* de ganancias futuras en la economía real, que en última instancia debe derivarse de la utilización adicional de fuerza de trabajo. Pero como esta expectativa no puede cumplirse en vista del desarrollo de la fuerza productiva, estas reivindicaciones deben renovarse una y otra vez y la anticipación del valor futuro debe posponerse cada vez más en el futuro. Como resultado, los títulos de propiedad financiera están sujetos a un imperativo de crecimiento exponencial. Por esta razón, el capital existente en forma de títulos financieros supera desde hace décadas, y por mucho, el valor de los bienes producidos y comercializados en el mercado. Este “despegue de los mercados financieros” a menudo son criticados por la opinión pública como la supuesta causa de la crisis, pero, de hecho, una vez que se perdieron las bases para la valorización, la acumulación de capital solo puede continuar de esta manera. Es por eso que nos referimos en nuestro libro a la era

del *capitalismo inverso*, con el fin de delimitar el período actual del *capitalismo clásico*, basado en la aplicación de fuerza de trabajo a la producción de mercancías.

El predominio de la acumulación en la industria financiera no significa que la acumulación de capital se haya desvinculado por completo de la economía real. La formación de capital financiero-industrial también sigue estando relacionada, a su manera, con las magnitudes de la economía real. No supone que haya habido ninguna valorización ya realizada, pero anticipa ganancias futuras. Por lo tanto, depende de las esperanzas y expectativas de futuros aumentos de beneficios en los mercados de bienes, o al menos en ciertos mercados de bienes. Por ejemplo: cada auge inmobiliario se basa en la perspectiva de un aumento de los precios inmobiliarios y toda subida de las bolsas obtiene su impulso de la esperanza de futuras ganancias empresariales.

Esta dependencia en los portadores de esperanza de la economía real, a los que se refieren las expectativas de ganancias, explica la vulnerabilidad específica a las crisis de la era del capital ficticio. Cada vez que esos pronósticos resultan ser ilusiones y explotan las burbujas especulativas, el capital ficticio acumulado pierde su validez y la dinámica de la acumulación se detiene. Como ocurrió más recientemente durante la crisis mundial de 2008, se corre entonces el riesgo de entrar en una espiral económica descendente, en la que se manifiesta el proceso de crisis subyacente que había quedado oculto por la inflación de la superestructura financiera. Solo hay una manera de prevenir esto: creando nuevas cantidades incluso mayores de capital ficticio cuya acumulación se alimenta de las expectativas de ganancias en otras áreas de la economía real. Pero cuanto más dure la era del capital ficticio, más difícil será explotar nuevas áreas que brinden esperanza para la economía real. Por lo tanto, la industria financiera no puede continuar su acumulación sin fin. Tiene sus propios límites internos, que se acercan constantemente. No quiero entrar en más detalles sobre estos límites internos, sino preguntarme por las consecuencias de la acumulación ficticia de capital para el trabajo y para las personas que dependen de la venta de su propia fuerza de trabajo.

IV

En primer lugar, se deduce que, desde una perspectiva económica, el trabajo experimenta una pérdida fundamental de significado para el capital, cuando el capital ya no se aumenta significativamente mediante la utilización de fuerza de trabajo en la producción de mercancías y apropiándose de la plusvalía correspondiente, sino que se refiere directamente a sí mismo. Cuando el capital (en forma de títulos de propiedad) se vende como una mercancía y el capital original se duplica en el curso de esa venta (aunque solo sea por un tiempo limitado), entonces

el fetiche del capital ha alcanzado su forma definitiva. El movimiento D-M-D' se convierte en el movimiento abreviado D-D', en el que el capital aumenta sin su inconveniente desvío a través de la producción de mercancías. Pero esto rompe la conexión *directa* de la acumulación de capital con el mundo de los bienes y servicios materiales. Esa producción era solo un medio para el fin en sí mismo de la multiplicación del dinero, pero tenía que suceder para mantener en marcha el ciclo de valorización. Ahora ni siquiera tiene esta función instrumental. Y esto implica que la mercancía fuerza de trabajo está perdiendo su significado central para la acumulación de capital.

Durante la era del capitalismo clásico, que se basaba en la valorización del valor y llegó a su fin con la crisis del fordismo, la fuerza de trabajo era la *mercancía básica* de la acumulación de capital porque es la única mercancía cuyo valor de uso consiste en producir más valor que el costo de su propia reproducción. Para los vendedores de la mercancía fuerza de trabajo, esta posición especial significaba, por un lado, tener que ponerse diariamente al servicio del capital y someterse a las compulsiones de la producción de mercancías. Por otro lado, les dio una posición de negociación relativamente fuerte con respecto al capital, lo que les permitió establecer mejoras significativas en los salarios, las condiciones de trabajo y las protecciones sociales, al menos en los centros capitalistas. Además, las condiciones específicas de producción del trabajo masivo estandarizado, particularmente en la era fordista, facilitaron una amplia organización sindical.

Pero con el fin del capitalismo clásico, esta constelación de un equilibrio relativo de poder entre el capital y el trabajo se ha desmoronado por completo. No solo la automatización de la producción y el establecimiento de la nueva división transnacional del trabajo, conocida como globalización, provocaron un considerable debilitamiento de la posición negociadora de los vendedores de mano de obra desde los años setenta y ochenta. A ello se sumaron la desregulación y flexibilización de las condiciones de trabajo y el debilitamiento selectivo de los sindicatos por las políticas neoliberales. Pero lo decisivo para el cambio *a largo plazo y sostenido* en las relaciones de poder entre capital y trabajo fue el hecho de que el punto focal de la acumulación de capital pasó de la utilización de la fuerza de trabajo en la producción de mercancías a los mercados financieros. Como resultado, la mercancía fuerza de trabajo perdió su estatus como *mercancía básica* de la acumulación de capital y se convirtió en *variable dependiente* de la dinámica del capital ficticio.

Esto se debe a que, incluso si la acumulación de capital ficticio nunca puede disociarse por completo de la producción de bienes, su relación con este sector es, sin embargo, diferente de lo que era bajo la valorización clásica del capital. En la era del capitalismo inverso, como ya se ha dicho, la actividad en la economía real solo cumple una función para la acumulación de capital: brindar esperanza

para las expectativas futuras. El crecimiento, o la esperanza de crecimiento, en regiones o sectores particulares es un punto de partida para la creación de nuevos títulos financieros y, como tal, impulsa la acumulación de capital en los mercados financieros. Pero, al mismo tiempo, la actividad en la economía real depende fundamental y estructuralmente de una afluencia constante de capital ficticio. Esto se aplica al consumo de bienes y servicios que se pagan con los ingresos y créditos del sector financiero, pero también a las inversiones en la industria, las materias primas y, sobre todo, la industria de la construcción. Esas inversiones solo pueden suceder mientras la dinámica del mercado financiero permanece en movimiento. En todos estos casos, la fuerza de trabajo se pone en movimiento, pero es completamente dependiente de la coyuntura del capital ficticio.

Así, fundamentalmente, en la era del capitalismo inverso, la producción material (y, en consecuencia, el empleo de fuerza de trabajo) solo ocurre en la medida en que es directa o indirectamente *inducida* a través de la acumulación de capital ficticio. Los sectores económicos reales crecerán solo mientras se alimenten con dinero producido en el sector financiero, dinero que de esta manera simultáneamente crea nuevos puntos de referencia para la continuación de su propia dinámica autorreferencial. Si este círculo se rompe por una razón u otra, de inmediato conduce a un cambio brusco en la dirección del movimiento espiral de la acumulación, y a una desvalorización masiva de los títulos financieros, con repercusiones inmediatas en la actividad de la economía real. Esta relación se observa de manera muy directa en la industria de la construcción porque la especulación sobre el aumento de los precios inmobiliarios está directamente relacionada con la construcción de edificios y la expansión de la infraestructura. Además, el sector de la construcción sigue siendo relativamente intensivo en mano de obra porque no puede automatizarse en la misma medida que la producción industrial. En todas las regiones en auge se ha convertido en la principal fuente de demanda de fuerza de trabajo y en la categoría más importante en las estadísticas del PIB. Pero por la misma razón, el sector de la construcción también es particularmente vulnerable a las crisis del capital ficticio, como lo ha demostrado recientemente la crisis de 2008.

Pero también los sectores industriales y de materias primas, particularmente en los países orientados a la exportación, dependen fundamental y estructuralmente de la dinámica del capital ficticio. Esto es particularmente evidente en el caso de China, que compra enormes cantidades de títulos financieros, principalmente de los Estados Unidos, como contrapartida por la exportación de sus productos en todo el mundo. Sin ese mecanismo, nunca podría haberse industrializado tan rápidamente, porque esto implicó necesariamente acumular un excedente de exportación enorme y continuo que los países importadores tuvieron que compensar de alguna manera. Es por eso que, después del colapso de

2008, los líderes chinos decidieron compensar la falta de capital ficticio extranjero creando capital ficticio a nivel nacional, principalmente creando enormes cantidades de crédito a través de los bancos controlados por el Estado. Como consecuencia, la deuda interna de China ha alcanzado proporciones gigantescas y hoy en día representa en sí misma un enorme riesgo de crisis global.

V

Sin embargo, los vendedores de la mercancía fuerza de trabajo no solo notan la dependencia extrema del trabajo con respecto al capital ficticio durante los períodos de crisis financiera aguda, sino también durante el curso normal de la acumulación. Las enormes expectativas de rendimiento, cuyo criterio son los beneficios del sector financiero y que superan con creces lo habitual en el capitalismo clásico, ejercen una presión enorme. Para cumplirlas, las condiciones salariales y laborales deben ser empujadas continuamente hacia abajo y las horas de trabajo deben expandirse implacablemente. Ningún lugar ni ninguna empresa se libra de esta competencia mundial de *dumping*. Salir de ella se castiga con la retirada de capitales, que, al tener su punto focal está en el sector financiero, se ha vuelto casi infinitamente flexible. Incluso las compañías transnacionales más grandes y los jugadores del mercado global están sujetos a esta presión. El ejemplo anterior de Siemens es típico: muestra cómo la relación entre el trabajo y el capital se ha dado vuelta en la era del capitalismo inverso. Si una compañía global hubiera anunciado hace cuarenta años que cerraría una planta perfectamente viable y despediría a varios miles de empleados, los accionistas habrían expulsado a los gerentes por sabotear la valorización del capital de la compañía. Obviamente, se cerraban plantas y se producían despidos masivos, pero eso solo ocurría cuando una fábrica generaba pérdidas de forma permanente y ya no podía hacerse competitiva mediante la racionalización. En definitiva, se trataba de ampliar las oportunidades de inversión para el capital en la producción de mercancías para los mercados de bienes.

Esta lógica ya no se aplica en la era del capital ficticio porque la creación de nuevas oportunidades de acumulación para el capital ya no requiere la expansión de la producción. En cambio, lo importante es la reproducción continua de títulos financieros, que representan reivindicaciones de valor futuro. La rentabilidad actual de un centro de producción determinado es solo un punto de referencia externo. Desde esa perspectiva, una rentabilidad media, como la que presentan algunos de los centros de Siemens ahora amenazados, simplemente no parece ser suficiente, porque no puede competir con los beneficios que se pueden obtener en los mercados financieros y porque no genera “fantasías” de aumentos

de ganancias futuras. Es por eso que su cierre empuja hacia arriba a las acciones de la empresa afectada, a pesar de que implique destrucción de capital. El hecho de que la base productiva de la empresa se haya reducido es irrelevante porque las consecuencias reales en la economía real son secundarias para la acumulación de capital ficticio. El punto crucial es la creación de *expectativas* de *ganancias futuras* lo más altas posibles que se puedan realizar ya *hoy*.

Sin embargo, si no se cumplen estas expectativas, las acciones o participaciones se pueden vender en segundos y reemplazar con otros títulos financieros. Es por eso que fragmentar las empresas en varios componentes que luego se cotizan por separado en bolsa es tan popular, una disciplina que, dicho sea de paso, el CEO de Siemens, Josef Kaeser, maneja bastante bien. El criterio para ese tipo de fragmentación no es, por tanto, si tiene sentido o no para la empresa desde el punto de vista técnico y organizativo. Lo que importa es, una vez más, que se creen nuevos puntos de referencia para la acumulación de capital ficticio con cada unidad de negocio que se envía a la bolsa (de ser posible con un nombre imaginativo). La misma lógica ha sido y continúa siendo empleada en la amplia venta de infraestructura y servicios públicos. Es bien sabido que la privatización no hace de ninguna manera los servicios “más eficientes”, a pesar de lo que afirman los ideólogos neoliberales. De hecho, generalmente los empeoran y encarecen. Pero aquí también se crean nuevos puntos de conexión para la acumulación de capital ficticio.

VI

El hecho de que el trabajo se haya convertido en un mero apéndice del capital ficticio en la era del capitalismo inverso no ha dañado en lo más mínimo su estatus moral en la sociedad. Por el contrario, precisamente porque el trabajo está bajo una presión creciente y ha perdido importancia económica, así como poder de negociación social y política, ha recuperado una gran relevancia en los últimos treinta años para la construcción de la identidad individual y colectiva. En los años 70 y 80, la ética del trabajo capitalista y la identificación con el trabajo como un propósito en la vida fueron criticados bajo la influencia de la “crisis del trabajo”, ampliamente debatida en ese momento, y de la revolución cultural de 1968. Pero con el giro político hacia el neoliberalismo, que inició la era del capitalismo inverso, tuvo lugar un cambio ideológico. Inicialmente, fueron las élites neoliberales y los socialdemócratas orientados al neoliberalismo quienes predicaron un retorno a la ética del trabajo y del desempeño y, en consecuencia, legitimaron sobre todo la flexibilización y la desregulación de las relaciones laborales, así como el desmantelamiento del Estado de bienestar. Pero después de que

los devastadores efectos sociales de estas políticas se volvieron inconfundibles, hubo un nuevo giro ideológico. La identificación con el trabajo se convirtió en un punto de referencia amplio para una crítica regresiva y nacionalista del neoliberalismo y de la financierización del capitalismo. Los populistas de derecha e izquierda ahora evocan el constructo de “gente buena y trabajadora” y prometen devolverlos al centro de la sociedad. Aparentemente, esto se lograría por medio de un retorno a la “economía de mercado” basada en el trabajo masivo, regulada por un Estado nacional reforzado en aras del bien común.

Pero lo que parece ser una crítica radical es, de hecho, no menos que una peligrosa regresión política. Básicamente, la apelación al trabajo es idéntica a una afirmación del núcleo de la sociedad capitalista. La especificidad histórica de la sociedad capitalista está constituida precisamente por el hecho de que coloca al trabajo en el centro, a diferencia de todas las demás sociedades previamente existentes. La producción general de mercancías significa siempre que las relaciones sociales están mediadas por el trabajo. Pero esta forma de mediación tiene un carácter necesariamente reificado y de dominación. Se presenta a espaldas de las personas, que no interactúan entre sí directamente sino a través de los productos de su trabajo (es decir, mercancías) y la venta de su fuerza de trabajo. Por lo tanto, las relaciones sociales se transforman en las relaciones entre las cosas. De este modo, los productos del trabajo adquieren poder sobre sus productores y ejercen sus compulsiones reificadas sobre ellos. Marx llamó a eso de fetichismo de la sociedad productora de mercancías. Estas compulsiones fetichistas no solo tienen un impacto externo en los individuos, sino que también los conforman y marcan de una manera fundamental. Para decirlo sin rodeos, podemos decir que los individuos bajo el capitalismo se convierten en sujetos a través del trabajo, al tratar a todos los demás miembros de la sociedad y la sociedad como un todo, como objetos. El trabajo, por lo tanto, está íntimamente asociado con la constitución moderna del sujeto. Esa es la razón por la que la identificación con el trabajo parece tan natural e indiscutible.

Los individuos modernos obviamente no son conscientes de esta constitución *fetichista*. Para ellos, el trabajo parece ser una constante transhistórica que constituye la esencia de la “humanidad”. Desde esa perspectiva, no sorprende que las críticas al capitalismo casi siempre vayan acompañadas de referencias positivas al trabajo. El ser humano se convierte en ser humano a través del trabajo: ese es el credo no solo del liberalismo sino también del marxismo tradicional, cuya relación con el trabajo tomó un matiz casi religioso. Consideraba a la clase obrera como el verdadero sujeto de la historia y, por lo tanto, el portador predestinado de la emancipación social. De acuerdo con esta visión marxista tradicional, la emancipación esencialmente significaba establecer una sociedad basada en el tra-

bajo universal, pero en la que ya no existía el capital. En otras palabras, se trataba de liberar el trabajo *del capital* y no a los seres humanos *del trabajo*.

Pero esta concepción es una contradicción en términos. Una sociedad en la que las relaciones sociales se centran en el trabajo es, por definición, una sociedad de productores de mercancías. Y la producción general de mercancías, además del trabajo como mediación social, siempre presupone el capital y el Estado. El llamado “socialismo realmente existente” no fue más que una variante del capitalismo en la que el Estado, más mal que bien, asumió la función de un capitalista general. El capital no es una fuerza externa que somete al trabajo “en sí mismo” positivo, sino que el capital y el trabajo pertenecen por igual a la esencia de la sociedad basada en la producción de mercancías.

Desde esa perspectiva, el buen viejo movimiento obrero no fue un movimiento *contra el capitalismo* sino más bien un movimiento *para el trabajo dentro del capitalismo*. Como tal, en su momento, esencialmente ayudó a hacer que la vida dentro del orden existente fuera mucho más llevadera y a obtener libertades dentro de ese orden. Asimismo, sus luchas ayudaron a mantener viva la idea de la emancipación social, a la que hoy solo podemos referirnos en forma de crítica. Por el contrario, la glorificación del trabajo en el nuevo populismo tiene un carácter completamente diferente. En el viejo movimiento obrero, la identificación con el trabajo fue un punto de referencia para las luchas prácticas por el reconocimiento social, la mejora de las condiciones de trabajo y de vida y la participación política durante la era de la valorización del capital basado en el trabajo masivo. El nuevo populismo, por el contrario, representa una reacción a la desvalorización fundamental del trabajo por la dinámica de la crisis capitalista y está impulsado por el deseo nostálgico de regresar a una era del capitalismo desaparecida.

En ese sentido, el populismo del trabajo actual —tanto sus variantes de derecha como de izquierda— es, en el sentido estricto de la palabra, regresivo. El hecho de que la vuelta a una etapa anterior del capitalismo sea imposible no lo hace menos peligroso; que no hay vuelta atrás es precisamente lo que hace que la política populista se vuelva cada vez más agresiva de una manera impredecible (basta pensar en Trump). La tendencia hacia la división nacionalista se está intensificando en todo el mundo al mismo tiempo que avanza el autoritarismo en su interior. Dondequiera que los nuevos populistas llegan al poder, desmantelan sistemáticamente el Estado constitucional democrático liberal al abolir la división clásica de poderes y los controles y equilibrios tradicionales. Lo hacen todo, por supuesto, “en nombre del pueblo” y para “restaurar la democracia”.

La lucha contra esta regresión política es hoy la tarea prioritaria de todos aquellos que aún creen en la posibilidad de una sociedad liberada. Pero esa lucha solo se puede ganar con una crítica intensificada del capitalismo. Porque el populismo autoritario, tanto de derecha como de izquierda, tiene tanto éxito porque

se nutre de un malestar generalizado hacia el capitalismo. Pero incluso si este malestar apunta hacia una vaga conciencia de que la sociedad capitalista ha llegado a su límite, se canaliza principalmente en el deseo desesperado de preservar el orden social existente contra la dinámica de su propia crisis. La apelación al trabajo como un pilar de la identidad es un motivo central en esto. Pero dado que el “honor del trabajo” en el sentido tradicional ya no se puede mantener, lo que queda de esa identidad es solo su contribución a la exclusión social y racista y la división nacionalista.

Una crítica bien fundada del trabajo como principio central de la sociedad capitalista no es, por lo tanto, un mero ejercicio intelectual, sino que reviste una importancia fundamental para abrir una nueva perspectiva de emancipación social. La abolición del trabajo de ninguna manera es una idea utópica. Al fin y al cabo, el capitalismo ha estado aboliendo el trabajo *en un sentido negativo* durante mucho tiempo. Por un lado, lo ha hecho superfluo a través del poder productivo del conocimiento y, por otro, lo ha degradado a un mero apéndice de la acumulación de capital ficticio. Solo sería posible retroceder a un punto detrás de esta etapa en forma de catástrofe social. Por el contrario, es necesario utilizar el enorme potencial productivo que el capitalismo ha creado para permitir una buena vida para todo el mundo. Pero eso no puede suceder sin una transformación social fundamental.

Las condiciones para la liberación con respecto al trabajo y para la creación de una sociedad en la que cada uno actúe de acuerdo con sus necesidades y capacidades existen desde hace mucho tiempo. Pero esa posibilidad debe ser realizada.

CUANDO LA RIQUEZA DESTRUYE RIQUEZA

EL CAPITALISMO INVERSO Y SUS LÍMITES

Ernst Lohoff

Traducción de Javier Blank

En el debate de las ciencias sociales, se ha establecido el término “capitalismo financiero” para designar la etapa actual de desarrollo de nuestro sistema económico. Mientras que hasta los años 70, la acumulación de capital significaba principalmente el aumento del capital invertido en la producción de bienes, hoy implica sobre todo el amontonamiento acelerado de títulos financieros. Karl Marx ya distinguía entre el capital ficticio, que aumenta nuestra riqueza financiera de forma abstracta, y el capital funcionante, que aumenta nuestra riqueza material-sensible de forma concreta. Con la marcha triunfal del capital ficticio, es previsible la extinción de la riqueza material-sensible y, con ella, de los fundamentos de nuestra existencia.

Un análisis del capitalismo en su forma actual debe tener en cuenta el ascenso de la industria financiera como real motor económico. Pero, ¿cuál es la función y el carácter de las mercancías del mercado de capitales, y por qué los mercados de dinero y capitales han llegado a convertirse en el verdadero motor de la economía?

En la búsqueda de una respuesta a estas preguntas, es probable que casi nadie piense en la teoría de Marx. Según la concepción común, la crítica de la economía política atribuye toda la formación de capital a la utilización de trabajo vivo y considera los mercados financieros como un juego de suma cero en el que

solo se redistribuye la riqueza existente. Sin embargo, esta visión dista mucho de las ideas que Marx desarrolló realmente en su principal obra teórica. En *El capital*, no se asume en absoluto que la formación de capital deba remontar siempre a producción de valor previa. Dado que Marx distingue sistemáticamente entre la riqueza material-sensible, por un lado, y la riqueza abstracta, por otro, es capaz de diferenciar conceptualmente dos tipos básicos de capital de orígenes muy distintos: en el caso del “capital funcionante” (capital industrial y comercial), su nueva formación presupone de hecho una producción real de valor mediante el gasto de fuerza de trabajo en la producción de bienes y servicios. En la forma del “capital ficticio”, que consiste en títulos del mercado financiero, es decir, títulos de propiedad negociables, la perspectiva de un valor aún por producir, de un valor futuro que quizá nunca se produzca, se transforma anticipadamente en capital.

El capital ficticio

La aparición del capital ficticio y la correspondiente inversión en la secuencia temporal de la formación de valor y capital solo pueden entenderse si echamos un vistazo a la relación especial que establecen entre sí compradores y vendedores en los mercados de capitales. Esto difiere fundamentalmente de las relaciones en los mercados de bienes sobre todo en los siguientes aspectos: los vendedores de autos o lápices entregan sus mercancías de una vez por todas y ceden la utilización de su valor de uso exclusivamente a los compradores. Los compradores ahora conducen el auto o mastican el lápiz, mientras que los vendedores pueden disponer del dinero que han recibido a cambio. Cuando se vende un título de propiedad ocurre algo completamente distinto. Aunque el comprador cede su dinero al vendedor, no por eso pierde su derecho sobre él. Se da un doble uso de la misma suma de dinero.

Marx explicó este mecanismo utilizando el ejemplo del crédito: el prestatario adquiere una determinada suma de dinero comprometiéndose con el prestamista a devolverla en una fecha posterior y a pagar intereses por el plazo del préstamo. Con este crédito, el prestatario puede ahora realizar inversiones, adquirir bienes, etc. Sin embargo, el prestamista no renuncia en modo alguno al valor de uso de su dinero. Al contrario, al permitir que otro lo utilice, también lo está utilizando él mismo. Más precisamente, utiliza su valor de uso como capital potencial, porque solo cede su dinero para recibirlo de vuelta incrementado. Según Marx, esto convierte “la misma suma de dinero (...) en capital para dos personas”. Gracias a la doble utilización del valor de uso de esta suma de dinero, su valor de cambio también existe dos veces. Una vez, como la suma de dinero

inicial transferida al prestatario, otra, como la reivindicación del prestamista al reembolso y a los intereses, como anticipación de valor aún no creado.

Ahora bien, desde el momento en las propias reivindicaciones monetarias adoptan la forma de mercancías (acciones, títulos de deuda, derivados, etc.) y son transferibles a voluntad, la creación de capital ficticio adquiere una nueva cualidad. En este caso, el reflejo del capital original participa en la circulación de mercancías y capital del mismo modo que la suma de dinero original: por ejemplo, una acción en tanto que capital ficticio representa capital real no solo para el propietario actual, sino también desde la perspectiva del proceso económico global. La duplicación del capital original se ha convertido en una realidad social.

Durante su tiempo de vida, el capital ficticio no es ni un ápice menos realidad social que el capital funcionante. Merece el atributo de ficticio por otra razón: a diferencia del capital funcionante, su existencia es fugaz, fantasmal. También el capital funcionante puede desaparecer de escena, por ejemplo, cuando las empresas quiebran. Sin embargo, mientras el capital funcionante sea utilizado, es imperecedero: su respectiva forma concreta sigue, entonces, *el camino de toda carne*: el dinero se invierte, las máquinas y las materias primas se consumen, las mercancías producidas se venden. Sin embargo, el valor representado pervive en este constante cambio de forma. El capital ficticio, en cambio, es un capital con fecha de caducidad definida. Desaparecer en el aire forma parte de su modo de existencia. Una vez reembolsado un crédito, el prestamista ha recibido de vuelta el dinero que prestó junto con los intereses; con eso, el reflejo y, por tanto, el capital social adicional, se extinguen. La realización del capital ficticio significa siempre su fin definitivo.

Más rápido hacia la crisis

Capital es solo otra palabra para la transformación de dinero en más dinero. El capital que no crece no es capital y pierde su derecho a existir. Esto se aplica tanto a cada capital individual como al capital global del sistema. En cuanto el capital global interrumpe temporalmente su crecimiento, la economía mundial entra en crisis.

El aumento del capital global, indispensable para el modo de producción capitalista, puede producirse de dos maneras: mediante un aumento de la producción real de valor o mediante un aumento de la anticipación de valor. Desde los inicios del desarrollo capitalista hasta la década de 1970, el aumento del capital funcionante basado en la utilización de trabajo humano fue el principal soporte de la acumulación global. La expulsión del trabajo vivo en todos los sec-

tores del proceso de producción, a raíz de la tercera revolución industrial, supuso el bloqueo definitivo de esta vía. Fue preciso una nueva base para la acumulación de capital, y ésta fue encontrada en la creación acelerada de capital ficticio. Desde la década de 1980, la producción en la industria financiera (la creación de cada vez más títulos de propiedad), es decir, paradójicamente la superestructura financiera, ha asumido el papel de la “industria básica”.

Con la transición al capitalismo inverso, se ha abierto un nuevo margen de desarrollo para el sistema económico dominante. Sin embargo, el capitalismo basado en la precapitalización de la producción futura de valor alcanza sus límites internos mucho más rápidamente que el capitalismo clásico, basado en la utilización masiva de trabajo. Su esperanza de vida se limita a unas pocas décadas por una razón en particular: en comparación con las industrias clave del capitalismo clásico, la producción de la industria financiera está sujeta a un imperativo de crecimiento potencializado, debido al carácter fugaz de la formación de capital ficticio. Mientras el capital funcionante mantenía en marcha la máquina capitalista, las industrias de crecimiento tenían que garantizar un aumento de la producción de valor solo en comparación con el periodo anterior. Sin embargo, para que el capital ficticio mantenga en marcha todo el proceso de acumulación, la nueva emisión de títulos de propiedad debe garantizar también la renovación de los *stocks* de capital global: por un lado, deben ser reemplazados los títulos de propiedad que caducan; por otro, una proporción considerable del capital generado por la industria financiera que fluyó hacia la economía real se ha gastado en consumo; esto se aplica, entre otras cosas, al gasto público financiado con créditos y al crédito privado al consumo. El capital dinerario consumido de este modo debe reponerse una y otra vez anticipando nuevamente valor futuro. Cuanto más tiempo prosiga el capitalismo de este modo, más rápido crecen las masas de producción de valor anticipado y ya quemado, que deben ser arrastradas como lastre.

Pero hay algo más: si con la producción de capital ficticio la formación de capital se emancipa de la producción anterior de valor, esto no corta toda referencia con la economía real. La anticipación sistemática de riqueza futura solo puede mantenerse si existen (o si se construyen) determinados portadores de esperanza fuera de la esfera financiera, a los que puedan apuntar las expectativas monetarias de futuro de forma medianamente creíble. Por ejemplo, el auge de las acciones de la década de 1990 se vio alimentado por la idea de que tarde o temprano podrían obtenerse enormes lucros en el recién surgido sector de las TI⁶³, y el *boom* de las hipotecas *subprime* de la década de los 2000 se basó en la ilusión de precios inmobiliarios en aumento constante. Esta dependencia en relación a portadores de esperanza en la economía real es el talón de Aquiles del capitalismo

⁶³ [Nota del editor:] Tecnologías de la Información.

inverso. La oferta de puntos de referencia de la economía real a los que se pueden vincular las esperanzas de rentabilidad no crece ilimitadamente.

Tras el *crash* de 2008, la dinámica de creación de capital ficticio volvió a repuntar y actualmente (en la primavera de 2015) funciona a toda velocidad. En abril de 2015, el DAX⁶⁴ alcanzó un nuevo récord, seguido un mes después por el índice DOW Jones. Sin embargo, las condiciones de este auge registran cómo el capitalismo impulsado por los mercados financieros se acerca cada vez más a sus límites históricos. Las fases anteriores de auge —pensemos en la era de la *Nueva Economía*— seguían estando alimentadas por la producción de capital ficticio dentro del sector privado. El auge actual, en cambio, se basa en el papel muy activo de los bancos centrales en la nueva producción de capital ficticio. Al comprar a gran escala títulos públicos morosos, absorben la necesidad de desvalorización acumulada originalmente por los bancos privados; pero, sobre todo, llevan años inyectando capital ficticio fresco en los mercados de capitales con su política de tipos de interés negativos. Bajo la etiqueta de combate a la deflación, la política monetaria no tiene hoy otro propósito que crear burbujas especulativas mediante la creación de dinero, en una especie de asociación público-privada. Que éstas estallarán tarde o temprano es tan cierto como el amén en la iglesia.

Sacrificios de nuestros medios de vida

Después de cada gran *crash*, se necesitan nuevos puntos de referencia en la economía real para revitalizar la producción de capital ficticio. Cuando irrumpió la breve edad de oro del capitalismo inverso, tras el colapso del otoño de 1987, el sector de las TI, con sus productos y servicios entonces totalmente nuevos y ahora omnipresentes, ocupó un lugar central en la capitalización de las perspectivas de ganancias supuestas o reales. Ya no hay a la vista héroes radiantes comparables. De todos los procesos de la economía real, la capitalización de los recursos naturales es la que más expectativas de rendimientos despierta. Un ejemplo de ello son las patentes genéticas. La transferencia a la propiedad privada del derecho a utilizar partes del patrimonio natural común de la humanidad representa una doble ganancia para el sistema de producción de riqueza abstracta. Por un lado, convierte en capital un bien libre “sin valor”; por otro, este capital se convierte a su vez en punto de referencia para la creación de capital ficticio, en cuanto las empresas biotecnológicas emiten acciones o piden préstamos.

⁶⁴ [Nota del editor:] *Deutscher Aktienindex*, es el índice de acciones de las empresas mejor establecidas en Alemania.

Sin embargo, en lo que respecta a la riqueza material-sensible, el balance resulta devastador. La biodiversidad de plantas de cultivo y animales que se ha desarrollado a lo largo de siglos es víctima de la privatización de la reserva genética. Esto hace que los productores agrícolas estén sujetos a tributo. Allí donde el capitalismo inverso redescubre para sí algún recurso natural y extrae de él su (última) miel, surge el mismo panorama. La salvación temporal del sistema de producción de riqueza abstracta va acompañada de la destrucción de la riqueza material-sensible y de los fundamentos de la vida humana. Esta lógica disparatada llega al extremo en fenómenos como la especulación con las materias primas y el acaparamiento de tierras (*Landgrabbing*). La inminente escasez de recursos clave está transformando la tierra, antes casi sin valor, en codiciado capital futuro. Y como es previsible que la furia homicida contra los fundamentos naturales de la vida hará disparar los precios de lo que reste, quienes se aseguran por adelantado el poder de su disposición generan riqueza capitalista.

A esto se añade la generación de riqueza capitalista adicional mediante métodos recién introducidos de destrucción de la naturaleza. Al menos en lo que respecta a EEUU, éste fue un factor clave en la recuperación económica tras el *crash* de 2008. El auge que han experimentado los mercados bursátiles estadounidenses en los últimos años merece el nombre de *fracking boom*⁶⁵. El repentino ascenso de EEUU como exportador de petróleo y las enormes inversiones en esta tecnología de tipo “después de nosotros, el diluvio”, han creado las perspectivas de beneficios necesarias para convertir la avalancha de dinero de los Bancos Centrales estadounidenses en capital ficticio. Capital ficticio que, a su vez, devolvió a la economía estadounidense a la senda del crecimiento.

En Alemania, hay un área en particular en la que la capitalización intensificada de los recursos naturales está teniendo un impacto directo en las condiciones de vida de la población en general. En vista de la política de tipos de interés bajos y en busca de oportunidades de inversión para el capital generado por la industria financiera, desde el *crash* de 2008 enormes sumas de dinero han fluido hacia el sector inmobiliario. Sin embargo, dado que este sector depende del recurso natural no renovable de la tierra, esto se refleja en un fuerte aumento de los precios inmobiliarios, sobre todo en las grandes ciudades. Esta evolución representa naturalmente una ganancia para el sistema de riqueza abstracta. La riqueza representada por el parque inmobiliario ha crecido a pasos agigantados. Para las personas que buscan un techo, la situación es diferente. El desarrollo alemán sigue siendo moderado en comparación con otros países como Turquía o Brasil. La explosión de los precios de la propiedad inmobiliaria desempeña un papel mucho

⁶⁵ [Nota del traductor:] El *fracking* es una técnica de fracturación hidráulica que posibilita aumentar la extracción de gas y petróleo del subsuelo.

más importante en sus economías, por lo que las encendidas protestas contra esta apropiación de tierras están siendo reprimidas con toda fuerza. Como una lupa, esto muestra que desde el punto de vista de la riqueza material-sensible y de las necesidades existenciales de las personas, no solo el colapso del capitalismo inverso representa una catástrofe, sino que su propia continuidad ya es desastrosa.

Capitalismo inverso

El término “capitalismo inverso” (derivado del latín *inversio*, que significa inversión, conversión) caracteriza al capitalismo contemporáneo determinado por la dinámica de los mercados financieros. A diferencia del término común y descriptivo “capitalismo dominado por el mercado financiero”, este neologismo se refiere a una teoría específica de la acumulación de capital. En el “capitalismo inverso”, la relación entre la superestructura financiera y la economía real se ha invertido en comparación con el capitalismo clásico. El aumento del capital social global ya no se basa principalmente en la producción de bienes de mercado, sino sobre todo en la formación de capital ficticio por parte de la industria financiera.

Valor de uso y valor de cambio

La concepción común equipara el valor de uso con la utilidad material concreta de un bien. Por el contrario, la crítica de la economía política reserva la categoría de valor de uso para el mundo de las mercancías y la utiliza de forma puramente analítica y no afirmativa. Toda mercancía tiene un doble carácter. Como valor de uso debe ser capaz de satisfacer alguna necesidad de los compradores potenciales, como portadora de valor de cambio representa la riqueza social abstracta.

En el caso de las mercancías de los mercados de bienes, el punto de vista de Marx coincide parcialmente con el concepto común de valor de uso como el uso concreto-material de una cosa. Sin embargo, Marx también utiliza el término para aquellas mercancías cuyo valor de uso tiene un carácter suprasensible porque consiste en el aumento de la riqueza social abstracta. Así, la mercancía fuerza de trabajo tiene el valor de uso especial de generar plusvalor. Y, en la medida en que el dinero se negocia como mercancía en los mercados financieros, su valor de uso consiste en servir de capital potencial.

EL TRABAJO EN LA ERA DEL CAPITAL FICTICIO

Norbert Trenkle

Traducción de Ezequiel Martínez Llorente

La función central del trabajo en el capitalismo

Es una noción general que la producción de riquezas en la sociedad capitalista toma la forma de la producción de mercancías. Por ese motivo, Marx observaba atinadamente que la mercancía era la «forma elemental» de la riqueza capitalista, y a causa de eso la eligió como punto de partida analítico para su crítica de la economía política (MEW 23: 49). No obstante, la teoría económica anda totalmente perdida a la hora de aprovechar este enfoque teórico. Y más bien asume que la gente mediatiza su sociabilidad a través de la producción y el intercambio de mercancías casi como un dogma antropológico. En principio se considera al ser humano como un productor privado, que manufactura cosas a fin de intercambiarlas con otros productores privados, atendiendo a sus intereses particulares. Por tanto, se entiende que la diferencia entre la producción de riqueza en la sociedad capitalista moderna y en las comunidades tradicionales es una de grado, apuntándose que la división social del trabajo está mucho más desarrollada en el capitalismo moderno, debido a los avances tecnológicos y al avance intelectual de la gente para ser más productiva y estar a su vez más especializada.

Este punto de vista es una simple proyección que legitima intrínsecamente las relaciones capitalistas como transhistóricas. Pero si bien las mercancías y el dinero existían en muchas sociedades precapitalistas, su significado social era to-

talmente otro que el que ostentan en el marco del capitalismo. Las interacciones con mercancías y dinero se insertaban en otras formas de dominación y en otras configuraciones sociales existentes entonces (dependencia feudal, normas tradicionales, estructuras patriarcales, sistemas de creencia religiosa...), como mostró Karl Polanyi (Polanyi, 2001). Frente a eso, en la sociedad capitalista, las mercancías y el dinero representan la forma universal de riqueza, y a la par desempeñan el rol de mediador social. Esto equivale a afirmar que los individuos establecen sus relaciones con el otro y con la riqueza que producen a través de las mercancías y del dinero (Trenkle, 2014).

Cuando las cosas se producen como mercancías, las actividades productivas correspondientes toman una forma muy específica. Se llevan a cabo en una esfera deslindada de las otras diversas actividades sociales, y están sujetas a una lógica instrumental, a una racionalidad y a una disciplina temporal específicas. Esta forma común nada tiene que ver con el contenido particular de esas variadas actividades. Solo se atribuye al hecho de que se efectúan con el propósito de la producción de mercancías. Apoyadas en esa estructura social, todas estas actividades se incluyen bajo un mismo epígrafe: trabajo (Trenkle, 2014).

Como las mercancías, el trabajo posee un carácter dual. Se divide en una parte concreta, que produce valor de uso, y en una parte abstracta, que produce valor. La parte concreta interesa al productor de mercancías en cuanto que él o ella solo pueden vender la mercancía producida si posee alguna utilidad para el comprador. Para el productor, el valor de uso es únicamente un medio para un fin extrínseco: la transformación del trabajo abstracto, encarnado en la mercancía, en dinero. Esto se debe a que el dinero es la *mercancía universal*, como la denominó Marx, la reina de las mercancías o la mercancía que todas las otras mercancías toman como referencia. Dicho de otro modo, el dinero representa la *riqueza abstracta* de la sociedad capitalista o su riqueza universalmente reconocida (MEW 42: 156; Lohoff, 2014, p. 24-29).

A este respecto, solo la parte abstracta del trabajo es aceptada socialmente de una forma universal, debido a que es la única que entra en circulación social como valor (representado por el dinero) y permanece como tal (Postone 1996: 148). La parte concreta del trabajo, en cambio, se diluye con cada venta porque el valor de uso desaparece entonces de la circulación social: la utilidad de un objeto se convierte en un asunto privado del comprador. La *riqueza material* que adopta la forma del valor de uso bajo las condiciones de la producción de mercancías es, por tanto, siempre un asunto particular.

Así que podemos afirmar que el trabajo no solo es una forma de actividad en la que la riqueza capitalista se manifiesta en su forma dual específica, sino que, es más, el trabajo ejerce la función de mediación social. O, para ser más precisos, es el lado abstracto del trabajo el que ejerce esta función, con el lado concreto

siempre subordinado. Esto señala una contradicción fundamental, específica para la sociedad capitalista: todo el mundo produce como *productor privado*, de acuerdo con sus intereses particulares, y es activo *socialmente* precisamente en esa forma. La naturaleza de esta estructura es tal que esta mediación no puede ser consciente, sino asume inevitablemente una forma objetivada de dominación. Como Marx escribió en un famoso pasaje de su capítulo sobre el fetichismo de la mercancía:

“Si los objetos para el uso se convierten en mercancías, ello se debe únicamente a que son *productos de trabajos privados ejercidos independientemente los unos de los otros*. El complejo de estos trabajos privados es lo que constituye el trabajo social global. Como los productores no entran en contacto social hasta que intercambian los productos de su trabajo, los atributos específicamente sociales de esos trabajos privados no se manifiestan sino en el marco de dicho intercambio. O, en otras palabras: de hecho, los trabajos privados no alcanzan realidad como partes del trabajo social en su conjunto, sino por medio de las relaciones que el intercambio establece entre los productos del trabajo y, a través de los mismos, entre los productores. A éstos, por ende, las relaciones sociales entre sus trabajos privados se les *ponen de manifiesto* como lo que son, vale decir, no como relaciones directamente sociales trabadas entre las personas mismas, en sus trabajos, sino por el contrario como relaciones propias de cosas entre las personas y *relaciones sociales entre las cosas*” (Marx, 1999, p. 89).

La mención a productores privados no debe entenderse como referida a negocios pequeños y a personas individuales que producen productos variados a fin de canjearlos por otros productos en el mercado. La mayoría de los productores de mercancías bajo el capitalismo son por supuesto empresas que observan la valorización del capital como el objetivo de la producción. Las mercancías que producen constituyen solo un medio para ese fin.

Estas empresas se enfrentan a una gran masa de personas que solo poseen una mercancía, que deben vender continuamente para sobrevivir: su fuerza de trabajo. Sin embargo, también ellos son productores privados, en el sentido de que poseen una mercancía específica que tratan de vender según sus fines particulares y obtener por ella el precio más alto posible imponiéndose en la competición sobre otros vendedores de fuerza de trabajo. En este acto de venta se ve claramente, cómo el trabajo ejerce su función de mediación social para los individuos. Sin embargo, desde la perspectiva del vendedor de fuerza de trabajo la mediación por el trabajo no presenta las mismas características que desde la perspectiva del comprador, la empresa capitalista, o para ser más preciso: el capital individual. Aunque también para el propietario de la fuerza trabajo la venta de su mercancía

es tan solo un medio para alcanzar un fin externo, este fin no consiste aquí en valorizar una cantidad particular de capital, sino en asegurarse la subsistencia.

La mediación social por el trabajo, así pues, presenta una apariencia diferente desde cada una de esas perspectivas. Mientras que para el capital adquiere directamente la forma del movimiento autorreferencial, que Marx resume en su conocida fórmula D-M-D'⁶⁶, desde la perspectiva del vendedor de fuerza de trabajo, esta mediación sigue el movimiento de intercambio M-D-M (MEW 23: 161-170). La mercancía fuerza de trabajo es un objeto de cambio que la persona pone en el mercado para obtener en su lugar otras mercancías. En ese proceso, el dinero es solo un medio para tal fin, mientras que en el caso anterior (D-M-D') es un fin en sí mismo (Postone, 1996, p. 167-272). A primera vista, la segunda dinámica corresponde a lo que Marx describía como un simple intercambio de mercancías, y no obstante existe una diferencia importante. Incluso si el vendedor de fuerza de trabajo individual solo utiliza su mercancía con el propósito de intercambiarla por artículos de consumo, este acto de intercambio es no obstante un componente integral de la dinámica general de la valorización de capital, que siempre comienza y termina en valor en su forma tangible: dinero. Solo mientras la dinámica autorreferencial de la valorización del valor perdura, existe una demanda de fuerza de trabajo, que es la única mercancía que puede crear más valor del que necesita para su propia (re)producción.

El cambio en la relación entre trabajo y capital en la era posfordista

Esta posición diferencial dentro del proceso de mediación social por el trabajo establece el conflicto de interés entre el capital y aquellos que venden su fuerza de trabajo. Ese conflicto no es, como ha defendido siempre el marxismo tradicional, antagonista en el sentido de una incompatibilidad fundamental. Más bien, se trata de un conflicto inmanente entre dos posturas constituidas por la mediación social por el trabajo. No obstante, este conflicto ha sido disputado a menudo con vehemencia, porque la misma supervivencia de los poseedores de fuerza de trabajo depende de las condiciones de su venta.

Hasta la década de los setenta, este conflicto de intereses se caracterizaba por una dependencia mutua irresoluble: el capital necesitaba al trabajo a fin de conseguir valorizarse, y los vendedores de fuerza de trabajo necesitaban la valorización activa del capital para vender su mercancía. Esta relación se modificó cualitativamente con el final del boom fordista, y el inicio de la Tercera Revolución Industrial. El desplazamiento en masa del trabajo desde los sectores industriales

⁶⁶ Dinero-mercancía-más dinero.

centrales, en el transcurso de una fulgurante automatización, y la subsiguiente reorganización transnacional de los procesos de producción y de los flujos de mercancías debilitaron, fundamental e irreversiblemente, la posición negociadora de los vendedores de fuerza de trabajo (Lohoff y Trenkle, 2012, p. 75-104). Más precisamente dicho, con la implantación y la universalización de las nuevas tecnologías fundadas en la microelectrónica, la fuerza productiva principal pasó a ser la aplicación del conocimiento en la producción, dándole al capital carta blanca como nunca antes con respecto a los trabajadores asalariados. Sin embargo, volver superfluos a grandes contingentes de vendedores de fuerza de trabajo ha tenido también sus repercusiones para el capital. Dado que la valorización del capital se apoya solamente en la explotación de la fuerza de trabajo en la producción de mercancías a gran escala, el inicio de la Tercera Revolución Industrial marcó a su vez el comienzo de una crisis fundamental.

Esta crisis se distingue de todas las otras grandes crisis capitalistas porque ya no puede superarse por medio de una expansión de la base industrial. Con el nivel presente de productividad constantemente en aumento, hasta los sectores con nueva producción en marcha (como los televisores de plasma o los *smartphones*, por ejemplo) no crean una necesidad adicional de nueva fuerza de trabajo. Como mucho, pueden ralentizar la expulsión masiva de trabajo vivo de la producción.

Si a pesar de esto la dinámica capitalista ha logrado retomar impulso, este únicamente ha sido posible creando una nueva base para la acumulación de capital. La producción de valor a través de la explotación del trabajo ha sido reemplazada por la anticipación sistemática de valor futuro en la forma de capital ficticio. El capital ha experimentado otra expansión gigantesca a partir del nuevo principio básico desde los años 80. Sin embargo, esta expansión progresivamente va rozando sus límites, y sobre todo viene aparejada a unos importantes costes para la sociedad y para los vendedores de fuerza de trabajo. Para entender esta conexión, debemos mirar más detenidamente a la lógica interna del capital ficticio.

El capital ficticio reemplaza a la explotación del trabajo

Como se ha indicado antes, el capital ficticio consiste en la anticipación del valor futuro. Pero, ¿qué significa exactamente eso? ¿Y cuáles son las consecuencias para la acumulación de capital? Comencemos con la primera cuestión.

En esencia, el capital ficticio es generado siempre cuando alguien le cede dinero a otra persona a cambio de un título de propiedad (un bono, una acción de una empresa...) que garantiza un derecho sobre ese dinero y sobre su incremento (en la forma de intereses o dividendos, por ejemplo). Este proceso de compra y

venta —el dinero es vendido como capital a cambio del título de propiedad— duplica la suma original: en su existencia por duplicado, puede ser utilizada por ambas partes. El receptor puede emplear el dinero para comprar cosas, realizar inversiones o adquirir activos financieros, y, al mismo tiempo, esa suma se ha convertido en capital dinerario que rinde un beneficio regular al propietario originario (Lohoff, 2014, p. 35-39).

Por lo tanto, en el simple acto de la emisión de un título de propiedad, tuvo lugar una acumulación de capital. Una unidad monetaria se convirtió en dos. No obstante, ese capital dinerario no representa más que una anticipación de un valor futuro. Pero, de todos modos, en la actualidad ese capital es tan válido como aquel que ha sido acumulado por medio de la producción de mercancías.

La anticipación de valor futuro en la forma de capital ficticio es un rasgo común del capitalismo en todas sus épocas. Sin embargo, ha cobrado un significado completamente diferente en el curso de la crisis iniciada por la Tercera Revolución Industrial. Si la creación de capital ficticio sirvió en el pasado para flanquear y apoyar el proceso de valorización de capital (por ejemplo, a través de la financiación previa de grandes inversiones), ahora los papeles se han invertido, ya que la base de la valorización ha quedado desmontada. La acumulación de capital ya no se funda de una manera significativa en la explotación del trabajo en la producción de bienes como coches, hamburguesas y teléfonos inteligentes, sino en la emisión masiva de títulos de propiedad como acciones, bonos y derivados financieros que conceden derechos sobre un valor futuro. Como resultado de eso, el capital ficticio se ha convertido en el motor de la acumulación de capital, mientras que la producción de mercancías se ha visto reducida a la condición de variable dependiente (Lohoff y Trenkle, 2012, p. 147- 150).

No obstante, existe una distinción importante entre esta y las anteriores formas de acumulación de capital. La acumulación del capital ficticio no está basada en explotación presente de la fuerza de trabajo, sino en la anticipación de valor que (supuestamente) se generará en el futuro. Por lo tanto, se trata de un proceso de acumulación de capital sin valorización del capital. Pero debido a que la mayor parte del valor futuro, anticipado, nunca será producida, porque el desarrollo de la productividad hace superflua la fuerza de trabajo, surge la necesidad de crear constantemente nuevos títulos de propiedad para no interrumpir el proceso de acumulación. Con ello la anticipación del valor futuro va posponiéndose más y más allá en el futuro y la creación de los títulos de propiedad está sometido al imperativo de un crecimiento exponencial. Por ese motivo, el valor del capital correspondiente a activos financieros ha sobrepasado en mucho desde hace tiempo a aquel proveniente de la producción de mercancías materiales. En vista a eso la opinión pública acusa a los “mercados financieros descontrolados” como los presuntos responsables de la crisis, pero en realidad, ante el hecho de

que el fundamento de la valorización de capital fue socavado por el avance de las fuerzas productivas, la acumulación del capital ficticio es la única vía por la que la acumulación de capital podía proseguir.

No obstante, el imperativo del crecimiento exponencial señala el límite lógico para la acumulación de capital ficticio: las actividades económicas a las que remiten las expectativas de ganancias futuras no pueden multiplicarse arbitrariamente cuando una tras otra han demostrado ser una quimera (la nueva economía, el boom inmobiliario...). Este límite puede aplazarse de modo considerable, algo que queda demostrado al echar un vistazo a la era del capital ficticio que abarca los últimos 35 años, pero, no obstante, con esa prórroga vienen aparejados unos costes sociales crecientes que cada vez se vuelven más insostenibles. Los beneficios y las ganancias se concentran cada vez más en menos manos, y el trabajo y las condiciones de vida progresivamente acusan una mayor precariedad en todo el mundo, mientras que los recursos naturales se dilapidan de forma inmisericorde, solo para mantener la acumulación de capital en movimiento (Lohoff y Trenkle, 2012, p. 256-283; Lohoff, 2016).

La pérdida de poder de negociación de los trabajadores

A primera vista, esto no parecería presentar ninguna novedad para el capitalismo. De hecho, la actitud de desconsideración hacia las condiciones de vida materiales y el mundo físico es una característica esencial de un modo de producción orientado a valorizar el valor, que es lo mismo que decir a incrementar la riqueza abstracta. Pero la transición hasta la era del capital ficticio supone un salto cualitativo (en el sentido negativo) a este respecto también.

Para una mejor comprensión de esto, debemos dirigir la atención primero a las consecuencias del desplazamiento de la acumulación de capital, hasta la esfera del capital ficticio, para la mediación social por el trabajo. En relación con esto, debemos preguntarnos cómo se ha modificado la relación entre las dos formas de la riqueza capitalista —riqueza abstracta y riqueza material— a lo largo del mismo proceso.

He explicado más arriba que la mediación social por el trabajo se caracterizaba por una dependencia mutua del capital y el trabajo, que duró hasta la década de los setenta. Esto se dio porque la valorización del capital se basaba en el trabajo vivo, mientras que los propietarios de la fuerza de trabajo dependían de la venta exitosa de esa mercancía para su supervivencia. Sin embargo, esa relación ha cambiado drásticamente en la era del capital ficticio. La Tercera Revolución Industrial no solo ha vuelto el trabajo vivo superfluo a escala masiva, sino que, aún más importante que eso, ha dejado de poner el énfasis de la acumulación de capital

en la explotación del trabajo en el proceso de producción de mercancías, para trasladarlo a la anticipación de valor futuro. Consecuentemente, el movimiento de capital como un fin en sí mismo ha adquirido una nueva calidad autorreferencial. Es cierto; que la anticipación del valor futuro, capitalizado y acumulado en el presente, se sigue realizando por medio de la venta de mercancías: títulos de propiedad, que representan la reivindicación hacia una suma específica de dinero y hacia su incremento. Sin embargo, los vendedores de estas mercancías no son los trabajadores, sino los operadores del mismo capital (primeramente, bancos y otras instituciones financieras). Ellos son los que se venden entre ellos estas reivindicaciones garantizadas sobre un valor futuro, y a partir de ahí generan y acumulan capital ficticio. A este respecto, por tanto, el capital ha devenido algo absolutamente autorreferencial; la mercancía que tiene la cualidad mágica de aumentar el capital procede de la misma esfera del capital (Lohoff, 2014, p. 39-44).

A la inversa, no obstante, esto significa que los vendedores de fuerza de trabajo pierden en gran medida su poder de negociación. Enfrentados a los avances en la productividad y la globalización, son reemplazados en cualquier momento por máquinas o por competidores más baratos de cualquier parte del mundo; y, además, con consecuencias mucho más graves, la mercancía que poseían ha dejado de ser la mercancía básica para la acumulación de capital. Esto nos deja con un desequilibrio estructural. Para la gran mayoría de la población mundial, la mediación social por el trabajo permanece como el eje, en tanto que sigue debiendo vender su fuerza de trabajo o los productos de su trabajo para poder participar en la riqueza de la sociedad —que es lo mismo que decir para comprar los artículos de consumo que necesita—. El capital sigue fundado en una mediación social por el trabajo, porque de ninguna manera ha abandonado el mundo de la producción de mercancías. Sin embargo, en la medida en que el capital se acumula a través de la anticipación de la producción de valor futuro (que equivale a decir que usa por adelantado los resultados de un trabajo futuro potencial), se libera de su dependencia de la explotación del trabajo actual, así como de los vendedores de fuerza de trabajo.

Por supuesto, eso no significa que el capital haya dejado de adquirir valor en el proceso de la producción de mercancías. Asumir algo así sería erróneo, sobre todo a la luz del gigantesco volumen de productos que rebosan los supermercados y los grandes almacenes. Sin embargo, la relación entre el sector de la producción de mercancías y el proceso general de la acumulación de capital se ha alterado. Si antes la producción de artículos materiales en la forma de mercancías era el medio determinante para aumentar el capital, en la actualidad ha pasado a convertirse en una variable dependiente dentro de la dinámica del capital ficticio. Es dependiente puesto que el sector de la producción de bienes materiales a causa de la altísima productividad ya no puede ser base de una dinámica autosostenible

de la valorización del capital. Más bien solo sigue en funcionamiento mientras que el capital acumule en la esfera del capital ficticio y proporcione los flujos monetarios necesarios para “alimentar” la producción material. Este mecanismo es la base para todo el boom industrial de China y otros países “en desarrollo”, así como para el negocio exportador de Alemania. Podríamos denominar esto como “producción de valor inducido”. Por el otro lado esta producción de valor inducido no solo es variable dependiente del capital ficticio, sino que cumple también una importante función sistémica. Pero esa función no consiste en valorizar el capital, sino en suministrar el material imaginario que apuntala las expectativas futuras de los mercados financieros (Lohoff y Trenkle, 2012, p. 56 y 235-246). Porque a pesar de que la anticipación del valor futuro no se basa en la explotación del trabajo en el presente, no obstante, depende de expectativas de ganancias en la producción material futura. Para sustentar estas expectativas, actividades económicas prometedoras actuales resultan indispensables. Sin ellas las promesas de una ganancia futura serían inverosímiles, y la venta de títulos de propiedad se colapsaría.

Dicho sea de paso, resulta irrelevante si la actividad inducida en la economía real produce o no valor en sentido estricto; o, en otras palabras, si la aplicación de la fuerza de trabajo ha creado o no plusvalor (como en la producción industrial, por ejemplo), o si el valor que ya se había producido simplemente es reubicado o reciclado (como en gran parte del sector servicios). Lo único que cuenta, es que las promesas de beneficios subsiguientes, representadas por los títulos de propiedad, tengan algún punto de referencia en la economía real. Esto explica cómo ha sido posible que el sector servicios haya crecido de manera gigantesca en todo el mundo, a pesar de que mayormente no genera ningún plusvalor. Sin embargo, para la producción de ilusiones sobre ganancias futuras esto no tiene importancia. Desde esta perspectiva los beneficios crecientes de Google y Facebook valen tanto o más que la producción de coches eléctricos o de turbinas eólicas. Igualmente, la capitalización de la tierra a una escala masiva, solo es posible debido a la constante afluencia de capital ficticio; y, simultáneamente, representa un punto de referencia central para la anticipación de unos beneficios perpetuamente efervescentes.

En cualquier caso, a los capitales individuales les da igual el modo de “hacer dinero”. Es por eso que siempre hay inversores suficientes que dirigirán su dinero a la economía real, si allí prevén una remuneración provechosa. Sin embargo, una inversión solo es considerada provechosa si rinde aproximadamente una ganancia equiparable a la inversión correspondiente en los mercados financieros. Por lo tanto, las inversiones en la economía real no solo dependen de la acumulación del capital ficticio, sino también deben medirse en las normas de rentabilidad dictadas por éste. La presión resultante es enorme y se ejerce sustancialmente hacia

abajo, afectando, por encima de todo, a aquellos que venden su fuerza de trabajo, y a los muchos pequeños contratistas independientes que se ven obligados a trabajar bajo condiciones cada vez peores.

Nos encontramos ahora en una mejor posición para entender por qué las condiciones laborales y de vida en la era del capital ficticio están tomando un nuevo cariz tan implacablemente negativo. Si bien la producción de riqueza material hasta el final del fordismo no era más que un medio extrínseco para aumentar la riqueza abstracta, eso al menos implicaba una relación directa (aunque instrumental) con la riqueza material. La producción de bienes era imprescindible para generar valor y plusvalor. Pero cuando la función sistémica de la riqueza material se reduce a suministrar material imaginario para la anticipación de un valor futuro, la indiferencia hacia el contenido, las condiciones y las consecuencias de esa producción se intensifica hasta el extremo. La acumulación de riqueza abstracta se desvincula de su parte material en toda la medida de lo posible.

La destrucción continuada de la base natural de la vida y de las condiciones sociales y culturales de existencia humana no es ya una suerte de mero daño colateral, en el movimiento autorreferencial de la acumulación del capital, sino que se ha convertido en su propio contenido. La más notoria plasmación de esta dinámica son países en crisis como Grecia, España y Portugal, forzados a cercenar amplios segmentos de sus sistemas sociales y de salud, junto a otros servicios públicos, en el nombre de la (claramente ilusoria) expectativa de que el Estado será capaz en algún punto de pagar sus deudas. En estos casos, la destrucción de riqueza material deviene el punto de referencia para una mayor acumulación de capital ficticio. De manera similar, el presente *boom* con las materias primas se sostiene básicamente en el pronóstico de una escasez futura. Esta expectativa, al aumentar los precios, permite que cantidades gigantescas de capital ficticio desemboquen en ese sector, haciendo incluso que tecnologías muy costosas (y extremadamente peligrosas), como el *fracking*, sean rentables a corto plazo (Lohoff y Trenkle, 2012, p. 105-108).

La distribución de ganancias y riqueza está polarizándose de una forma creciente a escala global, por las mismas razones estructurales. Debido a que la fuerza de trabajo ha perdido su importancia como mercancía fundamental para el fin en sí mismo de la acumulación de capital, las condiciones de su venta se deterioran progresivamente. Mientras tanto, el capital se encuentra en una posición cómoda dado que es capaz de “producir” autónomamente la mercancía necesaria para la acumulación de capital en la forma de títulos de propiedad sobre un valor futuro. Y por supuesto en este proceso, puede confiar en el apoyo activo de los gobiernos y los bancos centrales.

Caminos a seguir para la izquierda en la era del capitalismo ficticio

A causa de las consecuencias cada vez más insoportables de la crisis capitalista la crítica del capitalismo ha resurgido últimamente. Pero una gran parte de esa crítica confunde el problema y se limita a denunciar la dominación de los mercados financieros como defecto principal. Por consecuencia emerge la exigencia de que el dinero debería servir “de nuevo” a la gente como un simple medio de intercambio, y no como un fin en sí mismo. Desde esa perspectiva, el movimiento autorreferencial de la acumulación de capital se presenta como una peculiaridad de los mercados financieros y no como una característica esencial del modo de producción capitalista en sí. Por lo tanto, el capital financiero aparenta ser una especie de fuerza ajena que ha tomado control de la sociedad y que por lo tanto debe ser abolida.

Esta “crítica” se basa en una percepción totalmente equivocada del modo de producción capitalista, como ya he mencionado al comienzo. Afirma que el sistema de la producción de mercancías en esencia tiene el fin de proporcionar bienes para la humanidad y que el dinero es tan solo un instrumento astuto para facilitar un sinnúmero de intercambios. Esta noción es un lugar común de la ideología predominante sobre el carácter de la sociedad capitalista. No solo se encuentra en casi cualquiera de los manuales de economía que siempre describen la economía moderna como un sistema basado en el intercambio de productos para el bien de la humanidad, como si el capitalismo fuera una variante globalizada de una comunidad rural idealizada en la que carniceros, panaderos y sastres intercambian sus productos entre ellos. Este pensamiento también forma parte de la ideología antisemita que habla de un capital capcioso y avaricioso (Postone, 2001). Y supone el *leitmotiv* de una “crítica del capitalismo” putativa que sueña con un regreso al capitalismo post-bélico regulado, el cual es idealizado en la retrospectiva. Esto no solo pasa por alto deliberadamente el hecho de que tal regreso es del todo imposible, ya que los cimientos estructurales para la valorización de capital han dejado de existir. Además, quiere creer que el capitalismo fordista no se fundaba en el principio de la valorización del capital, sino representaba un sistema de “economía de mercado” cuyo fin era tan solo proveer a la sociedad de productos útiles (Trenkle, 2017).

Un motivo por el que esta pseudocrítica ha alcanzado una gran resonancia en la actualidad es que la mediación social por el trabajo se ha extendido por todo el planeta, y, como ya se ha explicado, desde la perspectiva de los vendedores de la fuerza de trabajo, puede parecer que esta mediación solo consiste en una relación de intercambio, en la que se entrega un bien a fin de procurarse otro. Así se encubre, de que este supuesto intercambio forma parte del movimiento autorreferencial del capital que tiene como único fin la acumulación de valor. En

forma muy semejante ya la izquierda tradicional en su gran mayoría ha idealizado el trabajo y, en vez de aspirar a la superación de una sociedad basada en el trabajo y mediada por el trabajo, tan solo pregonó la liberación del trabajo de la dominación por parte del capital. Sin embargo, la identificación con el trabajo en el movimiento obrero formaba parte de las luchas por condiciones de vida y de trabajo mejores en la época del “capitalismo clásico” basado en la valorización del capital. En cambio, hoy día la utopía ilusoria de una sociedad basada en el trabajo y el intercambio mutuo universal sin el lastre capital, refleja tan solo de modo ideológico el hecho, de que el capital se ha desvinculado en gran medida de los vendedores de fuerza de trabajo y de la producción material de riqueza.

En cierto modo la dinámica capitalista ya ha superado el trabajo —aunque de manera negativa. Así que, en lugar de idealizar la mediación social existente, esta debería ser puesta en tela de juicio de forma categórica. Mientras los seres humanos se relacionen entre ellos en forma cosificada a través de las mercancías y del trabajo abstracto, serán dominados por estas mismas relaciones que imponen a la sociedad sus imperativos objetivados. Esto en principio no es nada nuevo, pero en el marco de la crisis fundamental del capitalismo, implica que el mundo acabará siendo un desierto en un futuro cercano.

La única perspectiva para la emancipación social es, por tanto, la superación (*Aufhebung*) de esta forma cosificada de mediación social. Los primeros pasos hasta esa meta pueden y deben darse hoy. No solo es cuestión de luchar por preservar las conquistas sociales históricas (servicios sociales y de sanidad etc.), sino también por liberar la producción de riqueza material de su dependencia negativa del capital. La meta debe ser, construir un amplio nuevo sector de autoorganización social transnacional, a base de las fuerzas productivas disponibles, para desarrollar nuevas formas de mediación social, en las que los individuos asociados puedan gestionar libremente sus condiciones de vida.

BIBLIOGRAFÍA

- Lohoff, Ernst. (2016). *Die letzten Tage des Weltkapitals. Kapitalakkumulation und Politik im Zeitalter des fiktiven Kapitals*. En *Krisis-Beitrag* 5/ 2016, <http://www.krisis.org/2016/die-letzten-tage-des-weltkapitals/> (consultado el 12-4-2018).
- Lohoff, Ernst. (2014). *Kapitalakkumulation ohne Wertakkumulation. Der Fetischcharakter der Kapitalmarktwaren und sein Geheimnis*. En *Krisis-Beitrag* 1 www.krisis.org/2014/kapitalakkumulation-ohne-wertakkumulation/ (consultado el 12-4-2018).

- Lohoff, Ernst y Trenkle, Norbert. (2012). *Die große Entwertung. Warum Spekulation und Staatsverschuldung nicht die Ursache der Krise sind*. Münster: Unrast.
- Marx, K. (1999). *El capital. Crítica de la economía política. Libro primero: el proceso de producción del capital, vol. 1*. Madrid: Siglo XXI.
- MEW 23 = Marx, Karl. (1983a). *Das Kapital*, Band 1, *Marx-Engels-Werke* Bd. 23, Berlin, 1983.
- MEW 42 = Marx, Karl. (1983b). *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*, in: *Marx-Engels-Werke* Bd. 42, Berlin, 1983.
- Polanyi, Karl. (2001). *The Great Transformation: The political and economic origins of our time*. Boston: Beacon [*La gran transformación: crítica del liberalismo económico*. Madrid: La Piqueta, 1997].
- Postone, Moishe. (2001). *Anti-semitism and National Socialism*. *Socialist Review* [versión esp. incluida en Postone, M. y otros: *La crisis del estado-nación: antisemitismo, racismo, xenofobia*. Barcelona: Alikornio, 2001].
- Postone, Moishe. (1996). *Time, Labour and Social Domination*. Cambridge (EE. UU.): Cambridge University Press 1996 [*Tiempo, trabajo y dominación social: una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*. Madrid: Marcial Pons, 2006].
- Trenkle, Norbert. (2008). *Tremors on the Global Market. On the underlying causes of the current financial crisis*. www.krisis.org/2009/tremors-on-the-global-market/ (consultado el 2-1-2018).
- Trenkle, Norbert. (2014). *Value and Crisis: Basic Questions*. En Larsen y otros (eds.): *Marxism and the Critique of Value*. Chicago: MCM', pp. 1-15. <http://www.mcmprime.com/files/Marxism-and-the-Critique-of-Value.pdf> (consultado el 24-4-2018).
- Trenkle, Norbert. (2017). *Aus der Krise in die Regression. Zur Kritik der linken Nationalismus*. En Wolf, Merlin (ed.) *Irrewege der Kapitalismuskritik*. Aschaffenburg: Alibri Verlag.

CAPÍTULO III

La lucha de clases

Lucha sin clases: ¿por qué el proletariado no resurge en el proceso de crisis capitalista? **Norbert Trenkle.**

El otro Marx. Por qué no se da una nueva lucha de clases... y, no obstante, la teoría de Marx continúa muy actual. **Norbert Trenkle.**

LUCHA SIN CLASES: ¿POR QUÉ EL PROLETARIADO NO
RESURGE EN EL PROCESO DE CRISIS CAPITALISTA?⁶⁷

Norbert Trenkle

Traducción de Marino Campos,
Facundo Martín, Dora de la Vega y Norbert Trenkle

De la lucha de clases al desclasamiento

I

Mientras avanza la precarización de la vida junto con las condiciones de trabajo y son perjudicados sectores cada vez mayores de la población, retorna con fuerza el discurso sobre la lucha de clases, el que en las últimas dos décadas casi había desaparecido. En un primer momento esto puede parecer plausible, dada la creciente polarización social. Sin embargo, como suele suceder cuando se recurre a modelos interpretativos y explicativos del pasado, éstos no sirven para esclarecer el presente.

⁶⁷ El presente trabajo es la traducción de un artículo publicado en el número 30 de la revista *Krisis* en el año 2006. Para esta traducción destinada a la revista *Herramienta*, el artículo ha sido repasado y modificado parcialmente por el autor. Es de recalcar, que el texto se refiere al discurso marxista en Alemania y en Europa, donde el concepto de la lucha de clases había perdido importancia por casi 20 años, para luego resurgir parcialmente en la primera década del nuevo siglo. El texto se enfrenta a esta tendencia y aboga por una redefinición de la crítica anticapitalista más allá de aquel enfoque tradicional.

Al contrario de lo que parecería a primera vista, las categorías del antagonismo de clase no explican adecuadamente la creciente desigualdad social. Tampoco los conflictos de intereses resultantes de esa desigualdad coinciden con lo que, históricamente, se designó como lucha de clases.

II

El gran conflicto social que moldeó la sociedad capitalista de manera decisiva durante todo el período histórico de su conformación y establecimiento fue, como se sabe, el conflicto entre capital y trabajo. En este conflicto se expresa la oposición de intereses entre dos categorías inmanentes a la sociedad productora de mercancías: entre los representantes del capital que comandan y organizan el proceso de producción con el objeto de lograr la valorización del capital y los asalariados que con su trabajo “generan” el plusvalor necesario para eso. Como tal, se trata de un conflicto interno al sistema capitalista en torno a las condiciones de cómo el valor es producido (condiciones de trabajo, horas de trabajo, etc.) y el modo de su distribución (salarios, ganancias, prestaciones sociales, etc.). Este conflicto de intereses se expresó históricamente como lucha de clases debido a que, en base a determinadas condiciones históricas, los asalariados se constituyeron como un sujeto colectivo. En la defensa de sus intereses desarrollaron una identidad y subjetividad colectiva de “clase obrera” y, como tal, lograron ser reconocidos como ciudadanos y sujetos de mercado, a saber: como propietarios y vendedores de una mercancía muy específica, la mercancía fuerza de trabajo.

III

Ahora bien, si en la segunda mitad del siglo XX la lucha de clases fue perdiendo cada vez más su dinámica, esto no fue, obviamente, porque la sociedad capitalista prescindiera de la producción de plusvalor. La contradicción objetiva entre las categorías funcionales de capital y trabajo sigue vigente, aun cuando haya cambiado su fisonomía concreta en el curso del desarrollo capitalista. Sin embargo, los asalariados perdieron su carácter de clase, en la medida en que fueron integrados al universo de la sociedad capitalista como ciudadanos y sujetos de mercado. Es decir: a medida que la existencia social basada en el trabajo abstracto se generalizaba y prácticamente todos los miembros de la sociedad se convirtieron en propietarios y vendedores de fuerza de trabajo, se diluyó la idea de que los asalariados representaran un sujeto revolucionario.

IV

Esta transformación del conflicto entre capital y trabajo, que alguna vez pareció ser un antagonismo irreductible, se refleja en el hecho, de que hoy en día los conflictos laborales mayormente ya no se llevan a cabo bajo la premisa de una confrontación fundamental, de una incompatibilidad objetiva entre los intereses del vendedor de la fuerza de trabajo con los del capital. Más bien se enfatiza, en general, la base común de intereses opuestos tales como el reforzar la demanda interna en el mercado nacional o elevar la productividad empresarial por medio de mejores condiciones de trabajo. No se critica el lucro como tal, sino más bien las “ganancias exorbitantes”, la “innecesaria relocalización fabril” o lo que se designa como “los buitres del capital financiero”. Esto no es de sorprender, porque los sujetos modernos saben que su bienestar en la sociedad productora de mercancías, aunque sea precario, depende de que sigan en marcha los procesos de valorizar el capital, incrementar la productividad y crecimiento forzado.

V

Esta percepción se debe por cierto al hecho de que la sociedad productora de mercancías se ha impuesto de una forma casi total, ganando la apariencia de una ley natural irrevocable. A la vez, las modificaciones en la relación capital-trabajo introducidas en la época posfordista contribuyeron a establecer una extrema polarización social, que sin embargo no forma la base para una nueva constitución de clases sino más bien para un proceso general de “desclasamiento” que se expresa por lo menos en cuatro tendencias.

VI

En primer lugar, ya en la fase final del fordismo, el trabajo directo sobre el producto cedió lugar a las funciones de supervisión y control, así como a las tareas de la pre y la postproducción. Esto implicó no solo que la mano de obra industrial productora de valor, que siempre se había considerado como el núcleo de la clase obrera, perdiera en importancia frente a las otras categorías de asalariados, como los trabajadores ocupados en la circulación, en el aparato estatal y en los diversos “sectores de servicios”. A la vez, una parte significativa de las funciones directivas y de control a bajo y mediano nivel fueron integradas en las actividades laborales; de este modo la contradicción entre trabajo y capital fue transferida directamente al interior de los individuos (que eufemísticamente se designó como “responsabi-

lidad personal”, “enriquecimiento del trabajo”, “horizontalidad jerárquica”, etc.). Esta tendencia se vio agravada por la presión creciente de la competencia y por la precarización generalizada de las condiciones de trabajo. El caso más obvio es el de los “cuentapropistas”, que están obligados a realizar el mismo trabajo que un empleado a cuenta y riesgo propio. Pero incluso dentro de las empresas mismas se agudiza la tendencia de organizar las tareas de tal manera que los empleados sean “gestores” de sí mismos y de su área de trabajo (por ejemplo, con la instalación de los llamados “centros de utilidades”). Y, por último, la administración estatal del desempleo elogia a la “autogestión” y a la “responsabilidad personal” tanto más que queda en evidencia la incapacidad del mercado de trabajo para reabsorber a todos los expulsados.

VII

En segundo lugar, se suma la flexibilización forzada en el mercado de trabajo. Como es bien sabido, hoy día el peor pecado contra la ley capitalista es seguir adherido a una determinada función o actividad laboral. Para sobrevivir uno debe estar dispuesto a alterar constantemente entre diferentes actividades y categorías de trabajo asalariado y autónomo (e incluso formas de trabajo no remuneradas como las pasantías o el “trabajo a prueba”) sin identificarse con ninguna de ellas, según el vaivén de oferta y demanda. Esto claramente fomenta una competitividad generalizada y socava las bases para una solidaridad laboral.

VIII

Tercero, las nuevas jerarquías y divisiones sociales no son marcadas por las delimitaciones entre las categorías capital y trabajo, sino que se superponen con ellas. Dicho más específicamente: entre los mismos asalariados las diferencias sociales son tan abismales como en el conjunto de la sociedad. Esto ya se puede observar al interior de las propias empresas, donde el personal de planta estable (en disminución), incluso asegurado por convenio colectivo de trabajo, realiza las mismas tareas junto a un creciente número de trabajadores contratados, temporales y cuentapropistas en condiciones laborales precarizadas. Aún mayores son las diferencias entre los distintos rubros industriales, segmentos de producción y sedes regionales. Y por último las discrepancias en términos de ingresos y condiciones de trabajo entre los diferentes países y regiones que compiten en el mercado global, son enormes.

IX

En cuarto y último lugar, el desclasamiento significa que a nivel mundial un número creciente de personas son excluidas en el sentido de que no hay más lugar para ellas en el sistema productor de mercancías que cada vez tiene menos capacidad para integrar fuerza de trabajo productiva. Deben confrontarse con la situación de ser no solo sustituibles en cualquier momento, sino también “superfluos” en grado creciente en el capitalismo. Los “privilegiados” hoy en día son aquellos que aún son requeridos para cumplir alguna función sistémica. Pero desde que estas mismas funciones se han tornado precarias, mantenerse incluido es un equilibrio sobre la cuerda floja y cada vez más difícil. A medida que las estructuras funcionales se desintegran, también se incrementa el número de individuos excluidos. La cantidad de ellos difiere según el lugar que ocupa un país o una región en la escala de la competencia global, pero, sobre todos cierne la amenaza de caer en la nada social. La tendencia es clara e inequívoca: a nivel mundial se ha ido conformando un segmento creciente de nuevas clases bajas sin tener algo en común con el viejo proletariado, porque ni objetivamente (por su función o posición en el proceso de producción) ni en lo subjetivo (por su conciencia) forman un nuevo sujeto social. En relación a la valorización del capital este segmento social es netamente negativo, porque como fuerza de trabajo es superflua. Esto impone reformular la cuestión de un posible movimiento emancipatorio de manera totalmente nueva.

Las tentativas de rescatar el sujeto muerto

X

El discurso resucitado sobre la lucha de clases poco aporta al esclarecimiento de esta cuestión. A pesar de que este discurso, de algún modo, tiene en cuenta las transformaciones sociales que tuvieron lugar, finalmente no consigue romper con los patrones metafísicos del concepto de lucha de clases del marxismo tradicional. Estos patrones se reproducen constantemente a pesar de que el sujeto evocado ya no existe. En otro texto traté de demostrar, que tanto Hardt y Negri como John Holloway reproducen aquellos patrones metafísicos en sus teorías. Aquí quiero dirigir la mirada hacia otros enfoques cuya inclinación metafísica no es tan obvia ya que argumentan de modo más sociológico y empírico. Quiero demostrar que son precisamente los resultados empíricos de sus investigaciones los que desmienten el paradigma de lucha de clases. En el intento de preservar este paradigma mediante todo tipo de agregados, los autores a discutir se enredan

en contradicciones insolubles que evidencian el fracaso de esta operación de rescate. Por lo tanto, solo una demolición del edificio tradicional-marxista de pensamiento puede abrir paso a una renovada perspectiva del accionar emancipatorio.

XI

Para comenzar, escuchemos al teórico gramsciano Frank Deppe: “La clase obrera”, escribe en la revista *Fantômas*⁶⁸, “de ningún modo desapareció, el capitalismo se basa todavía en la explotación del trabajo asalariado, los recursos naturales y las condiciones, sociales y políticas de producción y apropiación de plusvalor. El número de trabajadores en relación de dependencia laboral casi se ha duplicado entre 1970 y 2000 y comprende cerca de la mitad de la población mundial. Esto se debe principalmente al desarrollo en China y otras partes de Asia, donde a resultas de la industrialización grandes partes de la población rural ingresaron al mercado laboral. En los países capitalistas desarrollados, la proporción de trabajadores asalariados es ahora del 90 % y más” (Deppe, 2003, p. 11). Lo que a primera vista llama la atención en este argumento es que opera al menos entre dos significados fluctuantes del concepto de clase trabajadora. Primero Deppe parece identificar a la clase trabajadora, de modo bastante tradicional, con los trabajadores asalariados que, en sentido estricto producen plusvalor y de cuyo plustrabajo se extrae directamente para la valorización del capital. Sin embargo, este concepto de clase desemboca en otro mucho más amplio, el de todos los “trabajadores en relación de dependencia laboral”, con lo que así abarca la “mitad de la población mundial” y en las metrópolis capitalistas incluso casi la totalidad de la población (es decir, más del 90%).

XII

En esta oscilación argumentativa se expresa ya el dilema de los teóricos de las clases. Si la categoría de clase trabajadora es interpretada en el primer significado (conforme a la teoría marxista tal como lo señala explícitamente Deppe), entonces hay que reconocer que se trata de una minoría global que pierde cada vez más importancia a medida que, en los sectores de producción de valor avanzan los procesos de racionalización y hacen superfluo el trabajo en la producción inmediata. En el segundo significado aludido, cabe decir que la ampliación de

⁶⁸ [Nota del editor:] *Fantômas* fue una revista teórica de izquierda, en parte con tendencia postoperaísta, que se publicó entre 2002 y 2008 en Hamburgo, Alemania.

la categoría de clase obrera a todos los “trabajadores en relación de dependencia” se convierte en un no-concepto pues carece en absoluto de poder de discriminación. Es simplemente otra palabra para el modo de existencia generalizado en la sociedad capitalista, donde las condiciones de vida están mediadas por el trabajo y la producción de mercancías. Para la gran mayoría de la población esto significa estar obligada a vender su fuerza de trabajo para poder sobrevivir. Sin duda, esto representa un aspecto clave de la sociedad capitalista, pero justamente por eso, no proporciona la base conceptual para determinar una división de clases; porque el hecho de poseer solamente una mercancía que ofrecer en el mercado, la mercancía fuerza de trabajo, no es el rasgo distintivo de una parte determinada de la población (la “clase trabajadora”), sino una compulsión generalizada, a la que básicamente todas las personas se encuentran sometidas, independientemente de su lugar social como también de sus circunstancias concretas de vida.

XIII

Las aporías de la teoría de clases también son evidentes en el caso del historiador Marcel van der Linden, cuyo concepto de clase es aún más amplio que el de Deppe. Según van der Linden: “pertenecce a la clase de trabajadores subalternos todo/a portador/a de fuerza de trabajo cuya fuerza está siendo vendida o alquilada a otra persona bajo presión económica o no. Es irrelevante si esta fuerza es ofrecida por el portador o la portadora mismos o si los medios de producción les pertenecen” (van der Linden, 2003, p. 34). Con esta definición, van der Linden quiere dar cuenta del hecho de que en la sociedad productora de mercancías globalizada ha surgido una enorme variedad de situaciones laborales diferenciadas y jerarquizadas que no encajan (más) en el clásico esquema de trabajo asalariado, tal como las formas de trabajo esclavo y semiesclavo, el trabajo autónomo y subcontratado extremadamente precario, pero también el trabajo de subsistencia y reproductivo no remunerado de las mujeres. En consecuencia, van der Linden no habla ya de la clase de “trabajadores asalariados libres”, sino que opta por el concepto más amplio de “trabajadores subalternos” (cf. van der Linden, 2003, p. 31-33). Sin embargo, esto no resuelve el problema; antes bien lo lleva más lejos que Deppe elevando el concepto de clase a una metacategoría que, en principio abarca casi la totalidad de las personas que viven en la sociedad capitalista y esto es: a casi toda la humanidad.

XIV

Es lógico que un concepto de clase como tal metacategoría generalizada pierde todo poder de determinación. Representa la paradoja de un concepto de la totalidad capitalista que no logra captar esta totalidad adecuadamente, puesto que, por un lado, refleja indirectamente el hecho de que el trabajo representa el principio universal de mediación social en el capitalismo; por el otro lado, van der Linden no llega a analizar este principio en lo que es, porque lo identifica desde ya con una categoría social particular, la categoría de clase.

El marxismo tradicional ha considerado siempre la mediación social a través del trabajo como una constante transhistórica de todas las sociedades, mientras que veía la característica específica del capitalismo en el dominio de clase, basado en la extracción del plusvalor y la propiedad privada de los medios de producción. Si reconocemos, sin embargo, que el capitalismo en esencia es una sociedad productora de mercancías y, por lo tanto, una sociedad en la cual los seres humanos establecen sus relaciones sociales a través de la forma-mercancía y la forma-dinero, su característica histórica-específica que lo diferencia de todas las otras formaciones sociales previas, consiste en el hecho de que el trabajo (abstracto), es decir la actividad que produce las mercancías y el valor de cambio, constituye y confiere la síntesis de la sociedad.

Desde este punto de vista, el conflicto entre capital y trabajo no representa un antagonismo fundamental, sino un conflicto inmanente entre diferentes categorías sociales correspondientes al sistema de la producción generalizada de mercancías. Y cuantas más formas diferenciadas de vender su fuerza de trabajo se establecen, tanto menos se puede hablar de un conflicto, sino que este se diluye en una multiplicidad de conflictos cuyo único denominador común es el de estar localizados dentro de una totalidad social constituida por el principio universalista del trabajo abstracto.

XV

La idea, sin embargo, de que el antagonismo de clase es la esencia del capitalismo, está tan arraigada que, incluso se sostiene allí donde demuestra ser completamente inadecuada para el análisis. Esto queda en evidencia justamente en los intentos de recuperar el concepto de la lucha de clases frente a la situación global actual. Un ejemplo de esto lo proporciona el mismo van der Linden cuando trata de delimitar y precisar su concepto de clase, que obviamente a él mismo le parece insuficiente, y se plantea el interrogante: “¿Qué tienen realmente en común toda la diversidad de subalternos?” (van der Linden, 2003, p. 33) y responde

“que todos los trabajadores subalternos viven enajenados”, es decir en un “estado de heteronomía institucionalizada” (*ibíd.*). Para explicar este concepto se refiere a Cornelius Castoriadis: “heteronomía institucionalizada significa una división antagónica de la sociedad, es decir, la dominación de una determinada categoría social sobre el conjunto, (...) por lo tanto, la economía capitalista nos aliena porque coincide con la división de clase entre proletarios y capitalistas” (*ibíd.*).

XVI

Llama la atención enseguida que Castoriadis deriva la “heteronomía institucionalizada” inmediatamente de la relación de clases. Esta definición, tan simplificante como es, tenía un cierto sentido en el contexto de la teoría de las clases del marxismo tradicional, con su consabida fijación en el proletariado. Pero pierde toda fuerza explicativa si, como lo hace van der Linden, se extiende el concepto de clase hasta el infinito y termina subsumiendo en él a toda la humanidad en mayor o menor medida. Implícitamente, van der Linden no dice, sino que la alienación es un rasgo básico universal de la sociedad capitalista. Pero no llega a analizar esta característica en forma coherente porque no se desprende del paradigma del marxismo tradicional. Una vez más, el intento de salvar este paradigma mediante su ampliación revela sus contradicciones y limitaciones. Ya Marx demostró que la alienación y el fetichismo de la mercancía no se pueden deducir de la dominación de clase, sino que constituyen los rasgos esenciales de una sociedad basada en la producción de mercancías y el trabajo abstracto. Para el movimiento obrero tradicional, en su lucha por conseguir el reconocimiento dentro de la sociedad capitalista, esto puede haber aparecido como un problema secundario. Hoy en día, sin embargo, éste tiene que ser el enfoque principal de una crítica del capitalismo a la altura del tiempo; es la adhesión anacrónica al paradigma de la lucha de clase, que obstaculiza comprender esto.

La “clase” como totalidad positiva

XVII

Como ya he tratado de demostrar, los mismos defensores de aquel paradigma tienen que conceder implícitamente, que el concepto de clase está vaciado. Sin embargo, esto no los induce a cambiar de perspectiva, sino a efectuar todo tipo de evasivas y a borrar sus propias huellas. Como consecuencia se abre un abismo insalvable entre el enfoque teórico y el análisis empírico. Por un lado, mantienen

el concepto de clase, ampliándolo hasta ser una metacategoría abstracta vacía de contenido que, precisamente por esto, queda inmunizada contra toda crítica. Por otro lado, eliminan furtivamente este mismo concepto porque ya no desempeña ningún rol real en los análisis empíricos, salvo como una difusa instancia de evocación que impregna la perspectiva de investigación y tiñe los resultados de determinada manera.

XVIII

Suena un tanto a una ironía inconsciente cuando van der Linden concluye su ensayo con el comentario “cabe advertir sobre toda gran teoría empíricamente vacía” (*ibíd.*, p. 34), porque esto es exactamente lo que caracteriza su enfoque y el de todos los nuevos protagonistas del discurso de clases: empíricamente su teoría yace vacía cuando al mismo tiempo su análisis empírico no tiene sustento teórico; se aferra al mito de la lucha de clases pese a que en la realidad social no encuentra ni sujeto ni movimiento para vindicar esto, sin hacer grandes acrobacias argumentativas. Autores como Deppe y van der Linden describen de manera empíricamente correcta las jerarquías y desigualdades sociales que se conforman y agudizan en el contexto del capitalismo global en crisis; pero resumir estos resultados bajo el título “fragmentación de la clase trabajadora” implica una perspectiva forzada, totalmente extrínseca a su análisis. Es asumida aquí una unidad fundamental, presupuesta previa a todas esas “fragmentaciones”, incluso cuando no es posible explicar en qué consiste ella. Porque el hecho de que todos los grupos y todas las personas a las que se refiere el análisis de alguna forma estén obligados a vender su fuerza de trabajo no constituye ninguna base común más allá de que todos participan en la competencia del mercado laboral. Deppe y van der Linden, sin embargo, implícitamente presuponen un sujeto colectivo, que posteriormente ha sido “fragmentado”; es decir, según ellos existe algo así como una unidad substancial de clase, esencialmente anticapitalista, que, aunque actualmente no aparece a nivel empírico, puede y debe ser reconstituida.

XIX

Deppe incluso extiende este constructo esencialista, cuando, en referencia a Gramsci, habla de un “nuevo bloque de subalternos”, que junto con la “clase trabajadora”, incluye a todos los movimientos sociales de los últimos años (“las protestas de campesinos sin tierra en Brasil, el levantamiento en Chiapas, las manifestaciones masivas que a nivel mundial se pronunciaron contra la guerra

o su amenaza”). Este bloque sin embargo no se halla articulado “todavía políticamente, por ausencia de un programa y un accionar apropiado para enfrentar al neoliberalismo de manera tal, que pudiese hacer confluir a las diferentes fracciones (pág. 11). Es decir, este bloque ya existe “en sí” pero aún no se expresa políticamente como tal.

No es casual que esto evoque a la forzada construcción de la “conciencia de clase atribuida”, inventada por el filósofo leninista Georg Lukács en los años 1920 para explicar por qué la mayoría de los obreros europeos no disponía de una conciencia revolucionaria, en contraste con lo que la teoría marxista predicaba. De ahí surgió la idea metafísica de una “clase en sí” que debe ser concientizada para llegar a ser “clase para sí”, lo que a la vez justificaba todas las medidas “educativas” por parte de los partidos comunistas definidos como representantes de una “conciencia avanzada de clase” y por lo tanto como “vanguardia del proletariado”. Deppe no se eleva a las alturas de tales especulaciones metafísicas (y a la vez autoritarias), pero no por haberlas superado, sino por arrastrarlas implícitamente sin ponerlas en discusión. Solo por eso puede reducir el problema de cómo superar la “fragmentación” a la pregunta superficial por un “programa alternativo, que podría soldar las diferentes “fracciones” de aquel “bloque” presupuesto ya esencialmente.

XX

De tal modo, Deppe a la vez, sin reflexionar sobre ello, reproduce otra de las figuras argumentativas clásicas del marxismo tradicional. De acuerdo a ella, la clase trabajadora representaba, en esencia, la universalidad social, la cual, según el marxismo tradicional, era constituida por el trabajo. Por lo tanto, la clase trabajadora había heredado el legado de la burguesía, la que en sus tiempos revolucionarios reclamaba representar la sociedad entera, para luego traicionar este punto de vista ante sus intereses particulares de clase. En consecuencia, el objetivo revolucionario de la clase trabajadora debía consistir en realizar finalmente aquella meta de la revolución francesa y generar una totalidad social, mediada de modo “consciente” por el trabajo. Como Moishe Postone lo ha demostrado exhaustivamente en su libro *Tiempo, trabajo y dominación social*, esta idea equivale en un doble sentido a una proyección deformada de las relaciones capitalistas. En primer lugar, es una contradicción en sí misma, querer configurar como “consciente” la mediación a través del trabajo, porque ésta de por sí es idéntica a la mediación a través de la producción de mercancías, la cual obedece a sus propias leyes cosificadas, que se imponen a la sociedad tal como si fueran leyes naturales; todo intento de “manejar” esta dinámica cosificada en forma consciente está con-

denada al fracaso. Más bien se deben crear nuevas formas de mediación directa más allá de la forma mercancía-dinero.

En segundo lugar, la constitución del conjunto social como totalidad es también una característica histórica muy específica de la sociedad capitalista, que, a diferencia de cualquier otra configuración social que jamás existió, es mediada por un principio único. Por esto la emancipación social no puede consistir en realizar la totalidad social (supuestamente mediada de modo consciente) sino en superarla, para abrir paso a una sociedad de individuos libremente asociados. Moishe Postone ha explicado muy claramente, porqué y en qué manera la sociedad capitalista puede ser considerada como totalidad en un sentido histórico-específico:

“La formación social capitalista, de acuerdo a Marx, es única en tanto es constituida por una ‘sustancia’ social cualitativamente homogénea, por lo tanto, existe como totalidad social. Otras formaciones sociales no son totalizadas de tal forma, sus relaciones sociales fundamentales no son cualitativamente homogéneas. No pueden ser concebidas según el concepto de ‘substancia’ ni desarrollarse a partir de un único principio estructurante. Tampoco presentan una lógica histórica inmanente y necesaria que le sea propia” (Postone 2003, p. 133 [trad. cast., p. 132-133]).

La consecuencia lógica de esta determinación es “que la negación histórica del capitalismo no implicaría la realización, sino la abolición de la totalidad” (*ibíd.* [trad. cast., p. 133]; cf. también p. 156-157 [trad. cast., p. 157]).

XXI

Aunque el nuevo discurso clasista pretende criticar a su vez las unificaciones falsas por parte del marxismo tradicional, sin embargo, se contradice debido a la persistente fijación a la categoría de “la clase”. Es más: la tendencia a sobredimensionar esta categoría particular hasta hacer de ella una metacategoría de la sociedad como un todo, exagera la afirmación de la totalidad hasta un punto tal, que ya cae en el absurdo. Porque si una mayoría casi absoluta de la humanidad perteneciera a “la clase” (o al “bloque de subalternos”), la totalidad social que el marxismo tradicional dibujaba en el horizonte del futuro, estaría ya potencialmente realizada. Pero así, se pierde la base para una crítica adecuada del capitalismo. La totalidad constituida por medio de la mercancía y el trabajo abstracto no tendría que ser superada, sino que debería tan solo tomar conciencia de sí misma. Solo unos pocos dicen esto tan explícitamente como Hardt y Negri, que ya ven al comunismo asomándose por todas partes bajo la fina manta del capitalismo, pero

esto no es de ningún modo un capricho individual, sino una consecuencia lógica del enfoque teórico, que ellos comparten en lo fundamental con todo el nuevo discurso sobre las clases.

XXII

Este discurso pretende estar más allá del marxismo tradicional, porque rompe con la idea de unidad del sujeto y en su lugar evoca permanentemente la heterogeneidad de la supuesta clase trabajadora. Pero efectivamente con esto solo se refiere el desgarramiento interno de la sociedad productora de mercancías, que, por causa de sus contradicciones internas, se desintegra, en innumerables sujetos particulares, que compiten entre sí. Si esta totalidad fragmentada se identifica con “la clase trabajadora” definida como sujeto colectivo esencialmente anticapitalista, resulta casi imposible criticar las dinámicas regresivas y destructivas desencadenadas por la competencia generalizada y los efectos de la crisis global, se manifieste esto en las formas de violencia racista y sexista, en los delirios antisemitas, en los etnicismos agresivos o los fundamentalismos religiosos. Desde la perspectiva de clase estas dinámicas no pueden ser descifradas como un accionar inherente a la subjetividad moderna, es decir, la forma de subjetividad propia de todos los individuos miembros de la sociedad capitalista, sea cual fuera su posición social. Como esa crítica no concordaría con la referencia positiva al supuesto sujeto de clase, todo aquello que perturba esta perspectiva, es tratado como una suerte de factor externo que de alguna forma u otra puede fraccionar aquel sujeto, pero nada tiene que ver con lo que encubiertamente es supuesto como “ser esencial de clase”.

Por lo tanto, en última instancia quedaría como una cuestión más o menos de gusto personal, si movimientos etnicistas como el separatismo catalán u organizaciones fundamentalistas como Hamas se incluyen o no en el gran consenso de la lucha anticapitalista.

No more Making of the Working Class

XXIII

En contraste con los intentos de salvar a la clase trabajadora mediante la extensión excesiva de sus determinaciones objetivas, están aquellos que argumentan fundamentalmente desde el lado subjetivo. De acuerdo con estos planteamientos, la clase no se define por su lugar en el proceso de producción y valorización, sino

que se constituye constantemente de nuevo y atraviesa permanentes cambios, que están sujetos, esencialmente, a la dinámica de la lucha de clases. Esta perspectiva es mucho más abierta, porque enfoca en primer lugar los conflictos, su carácter de proceso y las posibilidades de desarrollo subjetivo contenidas en ellos. Sin embargo, aun así, se basa en un axioma apriorístico, que precede todos los análisis específicos y restringe su perspectiva: como algo autoevidente, la lucha de clases es presupuesta como un principio transhistórico válido, del que a su vez puede derivarse la clase. “Siempre ya presente en todas las relaciones sociales, la lucha de clases precede a las clases históricas”, escribe la redacción de la revista *Fantômas* en la editorial de una edición ya citada varias veces aquí (Nº4, 2003, p. 4). Sin embargo, este argumento se vuelve circular. Tanto el concepto de clase como el de lucha de clases son definidos de manera arbitraria. Según este enfoque, todos los conflictos sociales serían susceptibles, en principio, de ser declarados como lucha de clases, y todos los que luchan de alguna forma como sujetos de clase, sin haber aclarado, cuáles son los criterios para diferenciar entre los diferentes tipos de luchas y de subjetividades.

De esta manera, el paradigma subjetivista de clase llega, en principio, a resultados iguales que su contraparte objetivista. Porque como obviamente tienen lugar luchas de todo tipo en cada momento en alguna parte del mundo, según esta perspectiva, existe una dinámica permanente de “lucha de clases” y, por lo tanto, de “formación de clase”. El concepto aplicado es tan amplio, que de alguna u otra forma siempre puede ser supuestamente verificado. Pero esta “verificación empírica” está desde siempre determinada por el axioma que lo precede. El resultado se conoce de antemano: el conjunto social no es otra cosa que una totalidad de luchas de clases. No sorprende entonces que los antiguos contrincantes teóricos, “objetivistas” y “subjetivistas”, vayan reconciliándose cada vez más y coexistan en paz (como, por ejemplo, en la edición de *Fantômas*). Pues cuando se pierde toda precisión conceptual y la “clase” puede ser esto o aquello y desde luego está en todas partes, las antiguas diferencias teóricas ya no desempeñan un papel significativo.

XXIV

Básicamente el problema consiste en que el concepto de lucha de clases aquí es desprendido de su contexto histórico específico, donde tenía sentido: las luchas del movimiento obrero en los siglos XIX y XX. Con esta descontextualización se pierde no solo el vigor conceptual sino con él la capacidad de diferenciar entre luchas anticapitalistas o emancipatorias en un sentido más amplio, por un lado, y enfrentamientos que más bien corresponden con lo que Hobbes llamó la “guerra

de todos contra todos”. Esto es, una vez más, especialmente evidente en Hardt y Negri, que glorifican la lucha diaria por la existencia individual como una forma de expresión de la lucha de clases y carecen de cualquier criterio para diferenciar la violencia puramente regresiva, la competencia generalizada o los movimientos fundamentalistas. El concepto de la “lucha de clases” se torna así una fórmula abstracta y, en última instancia afirmativa, que abarca tanto el estado de guerra permanente de la sociedad capitalista y su desintegración provocada por la crisis global, como los esfuerzos para oponérsele.

Desde luego, muchos representantes de la perspectiva subjetivista de clase tratan de distinguir entre diferentes tipos de lucha en sus análisis empíricos; sin embargo, estos esfuerzos flotan en el aire porque no coinciden con la propia base teórica. El paradigma de la lucha de clases descontextualizado no proporciona ningún instrumento conceptual para realizar estas distinciones. Por eso para rescatar aquel paradigma deben recurrir a toda clase de argumentos adicionales, provenientes de otros contextos teóricos, como por ejemplo teorías posmodernistas. Esto explica el carácter totalmente ecléctico de los conceptos postoperaístas⁶⁹ en especial, pero a la vez demuestra que ellos poco pueden contribuir para esclarecer las dinámicas sociales desencadenadas por la crisis global del sistema productor de mercancías.

XXV

Uno de los testimonios clave de la teoría de clases subjetivista es el historiador social inglés E. P. Thompson, que siempre enfatizó el aspecto activo en el origen de la clase obrera. En el prólogo a su estudio histórico más importante, que en el original tiene el título programático de *The Making of the English Working Class* (*La formación de la clase obrera en Inglaterra*), escribe: “Formación porque es el estudio de un proceso activo, que debe tanto a la acción como al condicionamiento. La clase obrera no surgió como el sol, a una hora determinada. Estuvo presente en su propia formación” (Thompson, 1989, p. 13). Pero desde luego los análisis de Thompson se refieren a procesos enmarcados en una situación histórica muy específica: el desarrollo de la sociedad capitalista entre el último tercio del siglo XVIII y el primer tercio del siglo XIX en Inglaterra. Es obvio que aquella situación difiere de manera fundamental de la situación actual. Estaba caracterizada por una dinámica de marginación y destrucción de condiciones de

⁶⁹ [Nota del editor:] El operaísmo fue un movimiento político dentro del campo del marxismo heterodoxo al que pertenecieron Hardt y Negri. El postoperismo hace referencia a una etapa posterior.

vida y trabajo relativamente heterogéneas pre y protocapitalistas. Esto se dio bajo la presión unificadora cada vez mayor de las formas de producción y vida capitalista; lo que implicó la generación masiva de “trabajadores doblemente libres”, obligados a vender su fuerza de trabajo si querían sobrevivir. En sus investigaciones, Thompson se concentró en las revueltas y luchas defensivas, provocadas por este proceso, y mostró cómo, a partir de ellas (y también por la experiencia de las derrotas) pudo empezar a conformarse algo así como una conciencia de clase.

XXVI

Fue, sin duda alguna, un aporte muy importante hacer hincapié en estos procesos subjetivos descuidados por el marxismo ortodoxo. Tanto más hay que evitar el extraer los conocimientos adquiridos por Thompson de su contexto histórico, porque lo único que se obtiene de esta manera son abstracciones ahistóricas que no hacen ningún sentido. Si bien la constitución de una conciencia de clase no surgió de modo automático del proceso de valorización del capital que logró imponerse, no obstante, este proceso marca el contexto objetivo para esta constitución. Fue la subordinación de todas las relaciones sociales bajo el principio universalista del trabajo abstracto y la producción de mercancías, que provocó aquellas luchas sociales, las cuales contribuyeron a la formación de la clase obrera como sujeto colectivo, en defensa de sus intereses, por un período histórico de más o menos 150 años. Los momentos objetivos y subjetivos de esta constitución de clase se entrelazan estrechamente con efectos recíprocos. Thompson mismo señala:

“La experiencia de clase está determinada en gran medida por las relaciones de producción en las que uno nace o en las que ingresa en contra de su voluntad. La conciencia de clase es la forma como esta experiencia es interpretada y mediaticada culturalmente: encarnada en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. En contraste con la conciencia de clase, la experiencia de clase está determinada” (1989, p. 8).

XXVII

Si aplicamos esta afirmación a la situación actual, lo primero que llama la atención, es que el marco objetivo dentro del cual las experiencias y los conflictos sociales tienen lugar es fundamentalmente diferente al contexto histórico analizado por Thompson. Hoy no nos encontramos en una situación donde el modo

de producción y de vida capitalista recién comienza a imponerse violentamente en la sociedad, destruyendo todo un tejido heterogéneo de formas de vida tradicionales, regidas por normas totalmente diferentes (Thompson habla de la “economía moral”). Más bien: el sistema productor de mercancías se ha generalizado en el mundo y subsumido a todas las relaciones sociales bajo sus principios universalistas; pero a la vez entró en un proceso de crisis global, una crisis, que no solamente es de carácter económico, sino que socava los fundamentos de la sociedad basada en la valorización del capital y pone en marcha una enorme dinámica de desintegración social.

Esta tendencia es exactamente opuesta a los procesos en el siglo XIX que desembocarían en la formación de la sociedad capitalista. La creciente precarización de las condiciones de trabajo y de vida no indica la existencia de un ejército industrial de reserva que más adelante será integrado en la producción masiva en función de la acumulación de capital; al contrario, en ella se refleja el hecho de que cada vez más personas a lo largo del mundo se vuelven superfluas para la producción de valor y por lo tanto son excluidas en sentido económico, social y político. Por lo tanto, no presenciamos la reconstitución de una nueva clase trabajadora global, sino la creciente descomposición de una sociedad basada en el trabajo abstracto. No se está imponiendo una forma social universalista frente a una pluralidad de modos de vida precapitalistas; más bien esta forma universalista se desintegra por medio de una multiplicidad de conflictos y enfrentamientos muchas veces violentos y hace que los individuos atomizados pierdan toda base sólida bajo los pies. Esta tendencia es universal solo en el sentido de que equivale a un desclasamiento general; pero esto, de por sí es un proceso meramente negativo que no genera una nueva síntesis social de luchas solidarias.

XXVIII

Los movimientos sociales en la primera mitad del siglo XIX en Inglaterra analizados por Thompson surgieron a partir de la experiencia de verse confrontados con la marginación de las condiciones de vida no capitalistas y protocapitalistas, incompatibles con el modo de producción del capitalismo industrial. Frente a esta experiencia colectiva y ante la tremenda imposición del trabajo en las fábricas, se desarrollaron formas de solidaridad práctica y patrones culturales comunes, y al mismo tiempo se constituyó una identidad colectiva de clase trabajadora. Sin embargo, un proceso tal ya no puede tener lugar, porque falta el centro de gravitación para focalizar y unificar las luchas heterogéneas. Pero esta descentralización del campo social no solo abrió paso para una pluralidad de movimientos emancipatorios más allá del tema del trabajo, como movimientos feministas y

ecologistas, sino también fomentó la masiva proliferación de corrientes sectarias, fundamentalistas y reaccionarias de todo tipo. Son justamente estas corrientes las que, a nivel global, han ganado una atracción enorme, porque ofrecen no solo apoyo material para su clientela sino sobre todo un sustento subjetivo para los individuos expuestos a la competencia total o, marginados como superfluos para el capitalismo.

Pero este sustento no es para nada emancipatorio. Más bien reproduce y refuerza los momentos más regresivos y represivos de la subjetividad moderna en vez de superarlos. Aquí no surge una nueva *Working Class*, sino que se forman colectivos sociales que ofrecen un marco dentro del cual los individuos son formateados, según las condiciones de la sociedad capitalista, para que puedan seguir funcionando a nivel precario, sin autorreflexión crítica alguna.

XXIX

Sin embargo, la fragmentación social causada por la crisis capitalista no solo desencadena los momentos regresivos de la subjetividad moderna, sino activa también una multiplicidad de impulsos y aspiraciones emancipatorios. Pero como éstos han perdido su centro de gravedad, históricamente constituido por la lucha de clases, se ven continuamente expuestos al peligro de reproducir por sí mismos las tendencias centrífugas del proceso de crisis capitalista. Por lo tanto, se da el desafío de reformular una perspectiva de lucha anticapitalista global, que sea capaz de vincular todas las diferentes luchas de carácter emancipatorio sin falsas unificaciones ni jerarquizaciones. Un punto de enfoque común sin duda tiene que ser el enfrentar las tendencias de desintegración social a causa de la crisis y a los movimientos y las corrientes regresivas, que se generan a partir de estos procesos. Pero esta vinculación no se deduce a partir de presupuestas determinaciones objetivas o subjetivas (como el punto de vista de clase o la lucha de clases). Solo puede emerger de la cooperación consciente de movimientos sociales que aspiran a la abolición de la dominación en todas sus manifestaciones, y no solo como una meta abstracta y distante, sino también dentro de sus propias estructuras y relaciones internas.

XL

Lo que puede contribuir a la teoría crítica y el análisis de la crisis global es nombrar posibles puntos de partida para realizar estas vinculaciones. Si algo podemos aprender de las investigaciones de Thompson, es la importancia de la experiencia

práctica-concreta para la constitución de los movimientos sociales. Por eso son de especial importancia aquellos procesos en los cuales tiene lugar la resistencia a las imposiciones del capitalismo, sustrayéndose a los intentos jerárquicos, populistas y autoritarios de integración, así como las luchas reivindicativas que aspiran a generar estructuras autoorganizadas. Tales movimientos (como los zapatistas, la corriente autónoma de los piqueteros y otros movimientos de base) obviamente son minoritarios a nivel mundial y constantemente están amenazados por la marginación y la cooptación. Sin embargo, aunque sean contradictorios en muchos aspectos, en ellos se encuentran los momentos embrionarios que apuntan a la perspectiva de una liberación de la totalidad capitalista. El futuro no pertenece a la lucha de clases, sino a una lucha emancipatoria sin clases.

BIBLIOGRAFÍA

- Deppe, Frank. (2003). *Der postmoderne Fürst. Arbeiterklasse und Arbeiterbewegung im 21. Jahrhundert*. En *Fantômas*, N° 4, 2003, pp. 7-12.
- Lohoff, Ernst. (2005). *Die Verzauberung der Welt*. En *Krisis*, N° 29, 2005, pp. 13-60. www.krisis.org/2005/die-verzauberung-der-welt.
- Postone, Moishe. (2003). *Zeit, Arbeit und gesellschaftliche Herrschaft*. Friburgo: ça-ira-Verlag, 2003. Edición en castellano *Tiempo, trabajo y dominación social*. Madrid: Marcial Pons, 2006.
- Schandl, Franz. (2002). *Kommunismus oder Klassenkampf*. En *Streifzüge*, N° 3, 2002, pp. 5-11. www.krisis.org/1997/kommunismus-oder-klassenkampf.
- Thompson, Edward P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica, 1989.
- Trenkle, Norbert. (2005). *Die metaphysischen Mucken des Klassenkampfs*. En *Krisis*, N° 29, 2005, pp. 143-159. www.krisis.org/2005/die-metaphysischen-mucken-des-klassenkampfs.
- Trenkle, Norbert. (2007). *La crisis del trabajo abstracto es la crisis del capitalismo*. Ponencia para el coloquio "La crisis del trabajo abstracto", Buenos Aires, del 5 al 7 de noviembre 2007 www.krisis.org/2007/la-crisis-del-trabajo-abstracto-es-la-crisis-del-capitalismo.
- van der Linden, Marcel. (2003). *Das vielköpfige Ungeheuer. Zum Begriff der WeltarbeiterInnenklasse*. En *Fantômas*, N° 4, 2003, pp. 30-34.

EL OTRO MARX

POR QUÉ NO SE DA UNA NUEVA LUCHA DE CLASES... Y, NO
OBSTANTE, LA TEORÍA DE MARX CONTINÚA MUY ACTUAL

Norbert Trenkle

Traducido por *Cigarras solidarias*

En vista de la tremenda desigualdad en la distribución de la riqueza social, se está reiterando el discurso de un “retorno de la sociedad de clases”, tanto en las ciencias sociales como en los medios de comunicación y el debate político. En las ciencias sociales, este concepto alude sobre todo a una intensificación de confrontaciones en el campo de la división social y sus causas, que se abordan desde diversas perspectivas teóricas y empíricas⁷⁰.

En el sector mediático y político también se observa un renacimiento del concepto marxista tradicional de clases⁷¹. En 2006, el inversor y multimillonario Warren Buffet proclamó cínicamente “hay una guerra de clases, sí, pero es mi

⁷⁰ A más tardar, a partir de la gran crisis financiera y económica ha aparecido un número casi inmanejable de publicaciones sobre esta cuestión. Los siguientes son solo algunos ejemplos: Thomas Piketty, *El capital en el siglo XXI* (2013); Didier Eribon, *Regreso a Reims* (2009); Oliver Nachtwey, *La sociedad del descenso* (2017); Heinz Bude y Philipp Staab (editores), *Kapitalismus und Ungleichheit. Die neuen Verwerfungen* [*Capitalismo y desigualdad. Las nuevas fallas*] (2016).

⁷¹ Por ejemplo: Slavoj Žižek, *The New Class Struggle* [*La nueva lucha de clases*] (2015); Sebastian Friedrich y Redaktion Analyse & Kritik (editores.), *Neue Klassenpolitik* [*Nueva política de clases*] (2018).

clase, la clase de los ricos, la que está haciendo la guerra y, estamos ganando”⁷², pero en los últimos años, políticos de izquierda como Bernie Sanders o Jeremy Corbyn han intentado movilizar de nuevo a la “clase trabajadora” contra el “capital”.

A primera vista, esta referencia al concepto marxista de clase y al paradigma de la lucha de clases puede parecer plausible, pero se desvanece al examinarlo más de cerca, debido a que las líneas sociales de división de hoy poco tienen en común con la contradicción de clase postulada por Marx y Engels en el Manifiesto del Partido Comunista, por ejemplo, y, por lo tanto, ya no pueden ser conceptualizadas adecuadamente con las categorías de la teoría de clase marxista. De todos modos, la teoría de clases fue siempre solo un aspecto de la teoría marxista, y si continúa modelando la percepción general hasta el día de hoy, se debe principalmente a la gran influencia política alcanzada en los siglos XIX y XX. Pero existe otro aspecto de la teoría que Marx desarrolló, especialmente en su gran obra *El capital* y sus trabajos preliminares (*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, *Contribución a la crítica de la economía política*, etc.). El énfasis aquí no está en la crítica del capitalismo como sociedad de clases, sino más bien como un sistema social basado en la producción de mercancías que se independizan de las personas y las enfrentan en forma reificada como “segunda naturaleza”.

Es este aspecto de la teoría de Marx, el que es notablemente actual hasta el día de hoy —o más bien solo ahora— porque no solo puede explicar de manera clara la crisis de la sociedad capitalista, sino también sus conexas divisiones sociales, políticas y económicas. El otro aspecto, en cambio, el que está centrado en el paradigma de la lucha de clases, hace tiempo que se ha vuelto obsoleto, y, si hoy en día está experimentando un renacimiento se debe más a una necesidad nostálgica de la izquierda que a su potencial analítico.

Dos lados de la teoría

Para fundamentar esta tesis, primero debemos reconsiderar el núcleo de la teoría de clases de Marx. Según esta teoría, la oposición entre el capital y el trabajo es una contradicción antagónica, es decir, la oposición irreconciliable de dos principios sociales contradictorios, resultante del hecho de que la acumulación de capital se basa en la explotación del trabajo. Pero como el capital está sujeto a la

⁷² Warren Buffet en entrevista con Ben Stein, en el diario *The New York Times*, del día 26 noviembre de 2006. www.nytimes.com/2006/11/26/business/yourmoney/26every.html?_r=0.

compulsión de multiplicarse de manera imparable, la gran masa de involucrados en la producción va transformándose en trabajadores asalariados, y así el capital genera la propia fuerza social que terminará por abolir el sistema capitalista (Marx lo llamó el sepulturero del capitalismo).

Sin embargo, desde esta perspectiva, el trabajo no solo es un contrapeso sistémico interno al capital, sino que en un sentido histórico-filosófico se elevaría a un poder suprahistórico generador de todos los valores, resultando entonces en convertirse en la “esencia” de la historia humana; es decir, ocuparía el lugar reservado al “espíritu” en la teoría de Hegel. En consecuencia, la emancipación social estaría concebida como la liberación del trabajo y la realización de una sociedad basada en el trabajo general como una suerte de haber llegado a un nivel de conciencia del para sí de este supuesto ser. Desde este punto de vista, el trabajo es, por lo tanto, idéntico al punto de vista de la emancipación, y, la clase obrera “en sí” ya representaría el más allá del capitalismo en el propio capitalismo⁷³.

En el siglo XIX, esta tesis si bien podía aún parecer plausible, ya entonces era básicamente un equívoco, como lo muestra una mirada histórica retrospectiva. Puesto que, en primer término, la contradicción de capital-trabajo nunca fue una contradicción antagónica de dos principios irreconciliables, sino que más bien siempre hubo una contraposición de intereses intrínseca pero enmarcado en un sistema social referencial, regulable además hasta un cierto grado como se vio en la era del *boom* fordista, sobre todo, del que hablaremos más adelante.

Y, en segundo término, adjudicar al trabajo un valor central en la sociedad como si fuese “el creador de todos los valores” sería considerarlo un principio social suprahistórico *per se* y no una característica histórica específica del modo de producción capitalista⁷⁴.

Lo que fundamentalmente diferencia a este modo de producción de todos los anteriores es, en primer término, la fragmentación de la sociedad en individuos aislados entre sí, que solo externamente se relacionan a través de la producción de mercancías⁷⁵. Dicho de otro modo: las personas establecen su nexo social produciendo objetos de modo privado para otros seres anónimos. Así su trabajo privado adquiere un significado muy especial: para los individuos aislados, es el medio de socializarse de una manera específica. Lo que les interesa en su trabajo no es principalmente su aspecto concreto material, es decir, la producción de un determinado valor de uso, sino el lado abstracto, el que representa la generalidad

⁷³ Esta tesis fue elaborada filosóficamente y se hizo famosa por Georg Lukács en su ensayo de 1923 *La cosificación y la conciencia del proletariado*. Moishe Postone critica esa tesis profundamente en su libro *Tiempo, trabajo y dominación social*.

⁷⁴ Moishe Postone, *Tiempo, Trabajo y Dominación Social*.

⁷⁵ Norbert Trenkle, *Ungesellschaftliche Gesellschaftlichkeit*. Revisar en: www.krisis.org/2019/ungesellschaftliche-gesellschaftlichkeit/.

abstracta del trabajo como mediación social y reflejado en el valor de cambio de las mercancías. En este contexto, es básicamente secundario si ellos producen estas mercancías o si venden su fuerza de trabajo como mercancías y reciben su valor en la forma de salario.

Es esencial el hecho de que la producción de riqueza en el capitalismo adquiere una forma históricamente específica. Así como los individuos solo están interesados en el aspecto social abstracto de su trabajo, de igual modo la totalidad de la producción social está orientada exclusivamente hacia esta abstracción: la obtención de valor. En otras palabras, se trata de la producción de “riqueza abstracta”, de riqueza que se abstrae completamente tanto de todas las propiedades materiales y concretas de las cosas producidas como de las condiciones de producción asociadas. Si bien los individuos utilizan su trabajo como medio para adquirir otras mercancías, a nivel de la sociedad en su conjunto rige una lógica diferente. El propósito de la producción es directamente la obtención del valor *per se*. La producción se hace en función de convertir una cierta cantidad de valor en más valor o, en otras palabras, con el objeto de acumular capital; porque el capital no es más que valor en relación a sí mismo, valor que solo se mantiene si se continúa multiplicándolo, es decir, devolviéndolo repetidamente al ciclo económico. De este modo, el valor representado en las mercancías se independiza de sus productores y adquiere un enorme poder sobre ellos y sobre todo el contexto social. Esto es lo que Marx llama el fetichismo de la producción de mercancías.

El trabajo es, por lo tanto, una categoría esencial de la sociedad capitalista. No se contrapone de manera exógena a la categoría de capital, sino que constituye su basamento e incluso es idéntica a ella en un nivel fundamental. Porque el valor no es otra cosa que la forma cosificada del trabajo abstracto del pasado. Esto no pretende negar la oposición de intereses entre el capital y el trabajo, pero es importante subrayar que se sitúa encuadrada dentro de una relación social común; no es, por lo tanto, antagónica en el sentido del marxismo tradicional.

El fin de la conciliación de intereses

El hecho de que este conflicto de intereses haya sido a menudo dirimido con dureza se debe a la lógica del proceso en sí. Como el capital está bajo su compulsión de valorización, depende de la mercancía fuerza de trabajo por lo tanto le interesa reducir, en lo posible, su valor (expresado en la forma de salario). Por el contrario, los trabajadores asalariados quieren naturalmente vender su mercancía, es decir su fuerza de trabajo, lo más caro posible. Porque solo con un salario suficiente pueden acceder a la riqueza de la sociedad, es decir, pueden comprar los bienes de consumo que necesitan para vivir. Por lo tanto, en última instancia, se trata de un

conflicto de distribución, una disputa sobre cómo se divide el valor representado en las dos partes involucradas, el capital y el trabajo.

Pero, como este conflicto se desarrolla en un marco social común, ambas partes tienen, pese a todos sus conflictos, también un interés común en la existencia de la producción de riqueza abstracta. Por lo tanto, generalmente respetan las reglas del juego dictadas por esta forma de riqueza. En primer lugar, esto significa que la acumulación de capital debe continuar de manera constante. De lo contrario, el capital no podrá cumplir su fin en sí mismo de convertir el dinero en más dinero, ni los vendedores de fuerza de trabajo tendrán el dinero que necesitan como su sostén de vida. Este aspecto nodal que, como marco referencial ambas partes tienen en común, es la razón por la cual la oposición entre el capital y el trabajo no ha hecho estallar en absoluto el capitalismo, sino que en el curso del siglo XX se encontraron las vías para mediar entre los diversos intereses y regular políticamente su relación.

Históricamente, el máximo equilibrio en la regulación de intereses entre el capital y el trabajo tuvo lugar en la era del fordismo. Lo cual no fue casual, ya que fue durante ese período, el capital se expandió a un ritmo sin precedentes históricos y, por lo tanto, necesitaba constantemente nueva fuerza de trabajo. Esto permitió a la otra parte, es decir, a los vendedores de fuerza de trabajo poder negociar condiciones relativamente buenas para la venta de su mercancía y participar así de la riqueza de los mismos en un grado inimaginable hasta entonces. La ruptura de esta constelación histórica no solo se produjo con el colapso del llamado socialismo real, como suele afirmarse hoy en día. Más bien, puede ser fechado una buena década y media antes, al ser desencadenada por el fin del *boom* fordista y el comienzo de la Tercera Revolución Industrial, que supuso un salto cualitativo en el desarrollo de las fuerzas productivas. Como ya lo había predicho Marx en los *Grundrisse*, el foco se desplazó del acento sobre la fuerza productiva del trabajo a la fuerza productiva del conocimiento, lo que dio lugar a una expulsión masiva de fuerza de trabajo en la producción (1983, p. 599ss). Aunque esto mejoró la posición de poder del capital en lo que respecta a deprimir salarios y empeorar las condiciones de trabajo, no obstante, y, al mismo tiempo, con la disminución del trabajo masivo en la producción, el capital perdió la base de su propia valorización. La consecuencia de esto fue una profunda crisis en la valorización del capital, que duró hasta bien entrado el decenio de 1980 (Lohoff y Trenkle, 2012, p. 75ss).

A pesar de todas las brutales medidas neoliberales para debilitar el poder sindical y desregular las condiciones de trabajo, la salida de esta crisis no podía estar en renovar la base productiva de la valorización del capital. Esto no fue posible porque una vez alcanzado un nivel de desarrollo de la potencia productiva, no se puede revertirlo. Por lo tanto, no puede haber un retorno a una constelación

en la que el capital es valorizado a base del trabajo masivo en la producción. En cambio, la desregulación neoliberal y la transnacionalización de los mercados financieros abrieron la puerta a una nueva era de acumulación de capital que ya no se basaba principalmente en la explotación de la fuerza de trabajo. La explotación de la fuerza de trabajo fue sustituida ahora por la acumulación de capital ficticio⁷⁶.

La era del capital ficticio

El capital ficticio no es otra cosa que la anticipación de valor futuro, es decir, valor que aún no se ha producido pero que ya se hace efectivo en el aquí y ahora. Los medios técnicos para ello son los títulos financieros contenidos en títulos (acciones, bonos, futuros, etc.), cuya obtención, certificada por los mismos, permite reclamar el monto de una determinada cantidad de dinero y su incremento mediante intereses o dividendos. La “producción” en masa de esos títulos financieros y, su comercialización en los mercados financieros, ha permitido que el capital siga multiplicándose durante casi cuatro decenios, aunque hace tiempo que dejó de existir la base para una producción amplia de plusvalor. A este respecto, la crisis fundamental de la valorización del capital, que se originó en el decenio de 1970, nunca se ha resuelto. Más bien, fue y está siendo enmascarada y suprimida por la acumulación masiva de capital ficticio en los mercados financieros, por una “acumulación de capital sin valorización del valor”⁷⁷. Esta anticipación de valor futuro no puede continuar indefinidamente, porque la enorme acumulación de promesas no cubiertas para el futuro conduce a crisis financieras cada vez más violentas con efectos devastadores en los ciclos de la “economía real” y los servicios públicos. No obstante, ha sido el motor de una tremenda dinámica capitalista expansiva que llevó a la imposición definitiva del modo de producción y vida capitalista en todo el planeta.

Sin embargo, al mismo tiempo, en esta era del capital ficticio, la relación entre el capital y el trabajo ha cambiado tan fundamentalmente que incluso el inmanente conflicto de intereses entre las dos categorías ha perdido su posición social central. A primera vista, esta afirmación puede parecer sorprendente, ya que es obvio que la gran mayoría de la población mundial depende más que nunca del trabajo asalariado y la producción de mercancías. Sin embargo, para-

⁷⁶ Lohoff y Trenkle, *Die große Entwertung*; Ernst Lohoff, *Die letzten Tage des Weltkapitals*, publicado en *Krisis* (2016). Revisar en: www.krisis.org/2016/die-letzten-tage-des-weltkapitals/.

⁷⁷ Ernst Lohoff, *Kapitalakkumulation ohne Wertakkumulation*, publicado en *Krisis* (2014), 1. Revisar en: www.krisis.org/2014/kapitalakkumulation-ohne-wertakkumulation/.

dójica y simultáneamente, el capital se ha independizado en gran medida de la explotación de la mercancía fuerza de trabajo, porque precisamente el centro de la acumulación se ha desplazado a la esfera del capital ficticio. Por supuesto, esto no quiere decir que ya no haya explotación de la fuerza de trabajo. Eso sería absolutamente contrafáctico. Pero la producción de plusvalor ha dejado hace tiempo de ser el motor de la acumulación de capital y se ha convertido en sí misma en una variable dependiente de la dinámica del capital ficticio en los mercados financieros⁷⁸. En ningún sector es tan notorio como en el sector de la construcción, el rubro de la “economía real” más dinámico de la actualidad. Las inversiones solo se realizan aquí mientras continúe activa la especulación inmobiliaria, que es un punto de referencia central para la acumulación de capital ficticio. Solo entonces la gente tendrá la oportunidad de vender allí su fuerza de trabajo. La otra cara de la moneda es que, en muchas regiones, especialmente en las grandes ciudades y aglomeraciones urbanas, ya no pueden permitirse vivir allí por el enorme incremento de los precios de los bienes raíces.

Sin embargo, las actividades económicas reales y, por ende, el consumo de fuerza de trabajo, dependen de la dinámica de los mercados financieros, lo cual es un fenómeno universal en la era del capital ficticio. Esta dependencia concierne tanto a la producción industrial como al sector terciario que, actualmente solo puede proporcionar la mayor parte de los puestos de trabajo en cualquier parte del mundo porque se alimenta de los ingresos y beneficios generados predominantemente por el capital ficticio mediante la anticipación de valor futuro. El precio que el trabajo tiene que pagar por esta dependencia es, por supuesto, alto. Dado que el capital, en su movimiento de acumulación, ya no depende principalmente de la fuerza de trabajo, puede dictar en gran medida bajo qué condiciones la compra. Esa es la razón por lo que estas nuevas condiciones conforman la base determinante de la precarización y concentración de la fuerza de trabajo, que va acompañada de una pérdida de poder de gran alcance de los sindicatos y los partidos de los trabajadores⁷⁹. Al mismo tiempo, existe una enorme concentración de riqueza en cada vez menos manos, porque el capital ficticio puede multiplicarse en los mercados financieros en referencia directa a sí mismo, sin tener que dar el fastidioso desvío de la explotación del trabajo en la producción de mercancías.

Pese a este desplazamiento de la dinámica de la acumulación a los mercados financieros, avanza a un ritmo acelerado la explotación despiadada de los recursos naturales. Por un lado, esto se debe simplemente a la globalización y a

⁷⁸ Norbert Trenkle, *Die Arbeit hängt am Tropf des fiktiven Kapitals*, publicado en *Krisis* (2016), 1. Revisar en: www.krisis.org/2016/die-arbeit-haengt-am-tropf-des-fiktiven-kapitals/.

⁷⁹ Norbert Trenkle, *La crisis del trabajo y los límites de la sociedad capitalista*. Revisar en: <https://www.krisis.org/2019/la-crisis-del-trabajo-y-los-limites-de-la-sociedad-capitalista/>.

la imposición generalizada del modo de producción y de vida del sistema capitalista, incluso en aquellas regiones que hasta hace tres o cuatro décadas todavía pertenecían a la periferia capitalista (Brand y Wissen, 2017). Por otra parte, es precisamente el enorme aumento de la productividad tras la tercera revolución industrial lo que está impulsando la explotación de los recursos naturales. Esto no se debe a las nuevas tecnologías como tales, sino al desplazamiento masivo de mano de obra desde los sectores centrales de la producción industrial, lo que entra en contradicción con los imperativos de la producción abstracta de riqueza. La reducción masiva del tiempo de trabajo socialmente necesario para producir una mercancía conduce a una reducción de la parte del valor representado en cada producto, como puede verse, por ejemplo, en la caída de los precios de muchos productos que solían ser exclusivos. Sin embargo, los montos de los insumos para la producción de estas mercancías no se ven afectados por ellos y tienden a permanecer iguales o incluso a aumentar. Sin embargo, como el valor, es decir, la riqueza abstracta, es el único objetivo de la producción capitalista, las empresas intentan compensar estas repercusiones negativas relativas, aumentando la producción de mercancías en términos absolutos, y para ello tienen que gastar cantidades cada vez mayores de recursos. Por lo tanto, necesitan un rápido incremento de materiales para incluso mantener el nivel actual de producción de riqueza abstracta. Los potenciales de productividad que podrían utilizarse para reducir masivamente las horas de trabajo y organizar la producción según las necesidades, pero bajo otras circunstancias sociales, se transforman en un peligro para la humanidad bajo las actuales condiciones de producción de riqueza abstracta. Porque mientras por un lado aceleran la destrucción ecológica, por el otro hacen que cada vez más gente sea “superflua” (Bauman, 2004), les imposibilita vender su fuerza de trabajo y así los hunde en la miseria. Los grandes movimientos migratorios del presente son solo una expresión de estos desarrollos.

Crítica y emancipación

Así como el conflicto entre trabajo y capital ha perdido su posición central en la sociedad, los conceptos tradicionales de emancipación, basados en el punto de vista del trabajo, también están en crisis. Hasta principios del siglo XX, las luchas sociales podían centrarse en la categoría trabajo. Ésta constituía el punto de referencia para los vendedores de la fuerza de trabajo para ser reconocidos en la sociedad capitalista con todos sus derechos. Aunque aquí cabe hacer una observación: su centralidad era esencial para la lucha por el reconocimiento de los vendedores de fuerza de trabajo como sujetos de mercancía dentro de la sociedad capitalista y no como afirmaban los teóricos del marxismo tradicional, para quienes esta

lucha apuntaba más allá del capitalismo. Sin embargo, con la generalización de la producción de mercancías, la venta de la mercancía trabajo se ha convertido en la norma social y, el mercado laboral es el principal marco de referencia dentro del cual opera la competencia general. Si bien el conflicto de intereses entre el capital y el trabajo no ha desaparecido, en gran medida ha sido subsumido por la competencia entre los vendedores de la mercancía fuerza de trabajo, que rivalizan entre sí por su parte de la riqueza representada en las mercancías. Peor aún, se ha agudizado la lucha por quedar dentro de este marco de referencia absoluto, es decir, para que se les permita vender su propia fuerza de trabajo para no ser considerados y consideradas completamente “superfluos”. Como resultado de eso, el trabajo está perdiendo cada vez más su posición central como categoría de integración y normalización social forzada y se está convirtiendo en un motor de la desintegración social. En vista de esto, la invocación enfática del “punto de vista del trabajo” y de la “clase obrera” pierde completamente la base que alguna vez tuvo en la realidad social.

La crisis resultante de la crítica tradicional del capitalismo ha dejado un vacío que aún no ha sido llenado por una nueva perspectiva de emancipación social. Pero esta circunstancia no debería tentarnos a reflatar la teoría de clases, sacándola del desván. Con razón terminó allí porque ya no tenía respuestas adecuadas para las contradicciones y crisis sociales actuales. Tampoco ayuda inflar el concepto de lucha de clases hasta tal punto que tiende a abarcar todos los conflictos y movimientos sociales actualmente cada vez más relevantes, desde la resistencia a la apropiación de tierras en América Latina hasta las protestas de los inquilinos o arrendatarios y las luchas feministas, *queer*, etc., en los centros capitalistas, pasando por el movimiento climático global. Porque de esta manera el concepto de clase se estira hasta hacerlo irreconocible, con lo cual pierde toda la agudeza analítica. Sin embargo, es cierto que hay un punto en común entre todas las luchas y conflictos con ejes temáticos muy diferentes. Pero no consiste en un interés común superior (y ciertamente no en un “interés de clase”), sino que solo es posible determinar lo que les es común de manera negativa, mediante la crítica.

Las protestas y los movimientos sociales surgen de diferentes maneras a lo largo de las líneas de conflicto trazadas por la dinámica imperial de la riqueza abstracta. Esta conexión permanece invisible, sin una conceptualización crítica de esta forma históricamente específica de la producción de riqueza. Esto se debe a que, empíricamente hablando, sus efectos y repercusiones son muy diferentes en las diversas esferas y dimensiones sociales.

En la actualidad, cuatro líneas de conflicto, en particular, son virulentas en los centros capitalistas: el encarecimiento (en gran parte) especulativo de la vivienda, el cambio climático, la precarización de las condiciones de trabajo y la

inmigración. Todos ellos son el resultado directo de la dinámica de la producción de riqueza abstracta en la era del capital ficticio y, del intento de postergar una vez más por algún tiempo los límites que el modo de producción capitalista debe alcanzar. Por otra parte, cualquiera que intente reducir todos estos conflictos al común denominador de un interés general debe fracasar, porque simplemente no existe. Al contrario: los intereses en los distintos conflictos son incluso diametralmente opuestos en muchos casos. Por ejemplo, cuando los precarizados en los centros capitalistas temen un empeoramiento de las condiciones de trabajo o, un incremento de los precios de la vivienda, como consecuencia de la inmigración. O cuando las medidas de política climática, como el impuesto sobre las emisiones de dióxido de carbono, amenazan los puestos de trabajo y elevan tanto los costos de combustible para el transporte y la calefacción como los de la electricidad. Las críticas y resistencia a estas situaciones, no se unen, sino que incluso entran en conflicto entre sí.

Por lo tanto, una tarea importante de la teoría social crítica de hoy es mostrar cómo las diversas líneas de conflicto y contradicciones resultan de la dinámica desatada de la producción de riqueza abstracta, lo que conforman su denominador común negativo. Si esto tiene éxito, dará lugar a puntos de orientación para una práctica emancipadora que puede reunir las líneas aparentemente dispares de conflicto e iniciar un proceso de transformación fundamental, en el curso del cual la sociedad se reinventa a sí misma. La perspectiva general y unificadora aquí sería la consistente supresión de la producción de mercancías y la apropiación de los potenciales sociales más allá de la lógica del mercado y del Estado. Para la solución de la “cuestión de la vivienda” esto significaría, por ejemplo, cuestionar la propiedad privada de los bienes raíces y, al mismo tiempo, desarrollar nuevas formas de organización cooperativa de la vivienda y el entorno social. Una transformación consistente del sector energético requeriría su transformación en estructuras municipales y comunitarias. Y una reducción radical de las horas de trabajo, que desde hace mucho tiempo está a la orden del día por la altísima productividad alcanzada, en última instancia solo será posible si un buen nivel de vida ya no dependa de los ingresos

Mientras que el discurso de clase siempre pregunta principalmente sobre el “quién”, es decir, quiere identificar al presunto actor de la emancipación, la negación de la producción abstracta de riqueza da cuenta sobre el “qué”, es decir, sobre el contenido del proceso de emancipación social. La cuestión de los actores de este proceso adquiere entonces un carácter derivado. Como no existen a priori, solo pueden formarse en el marco de los diversos conflictos. Solo pueden remitirse al *Manifiesto del Partido Comunista* en términos de su gran ímpetu revolucionario. Pero, respecto a una discusión sustantiva sobre la emancipación y sus

obstáculos, es necesario remitirse al “otro Marx”, a esa parte de la teoría de Marx que el marxismo tradicional todavía ignora en gran medida.

BIBLIOGRAFÍA

- Bauman, Z. (2004). *Wasted Lives: Modernity and Its Outcasts*. Cambridge.
- Brand, U. y Wissen, M. (2017). *Imperiale Lebensweise*. München.
- Lohoff, E. y Trenkle, N. (2012). *Die große Entwertung*. Münster.
- Marx, K. (1983). *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*. En Marx-Engels Werke Bd. 42. Berlín.

CAPÍTULO IV

Subjetividad e ideología en el capitalismo

Narcisismo como norma. La deformación psíquica en la sociedad capitalista tardía. **Peter Samol.**

Ascenso y caída del hombre trabajador. Para una crítica de la masculinidad moderna. **Norbert Trenkle.**

La jerga de la decolonialidad. **Neil Larsen.**

Avance hacia la regresión. Para una crítica del nacionalismo de izquierda. **Norbert Trenkle.**

NARCISISMO COMO NORMA

LA DEFORMACIÓN PSÍQUICA EN LA SOCIEDAD CAPITALISTA TARDÍA

PETER SAMOL

Traducción de *Antiforma*

Toda sociedad reproduce sus condiciones de existencia en los individuos que pertenecen a ella, mientras que éstos a su vez reproducen la estructura social a través de sus acciones. Si la sociedad entra en crisis, esto se refleja en la existencia de los individuos. Cada vez menos personas trabajan en las condiciones laborales llamadas normales, en tanto que son cada vez más las que viven en una pobreza relativa o se hallan al borde de la pobreza. Según un estudio referido a Alemania, país exportador, las personas con empleo precario conforman entre el 25 y el 40 % de la población activa; mientras que nueve de cada diez alemanes dicen tener miedo de bajar en la escala social y caer en la miseria. Esta amenaza y los temores asociados a ella producen una respuesta específica que pone en peligro la cohesión social: el narcisismo como modo de ser, promovido y exigido masivamente por la forma social capitalista.

El creciente aislamiento del individuo burgués

El credo neoliberal, que impone las directrices en la política y la economía, reza así: “Una buena sociedad es una sociedad de individuos fuertes” (Bude, 2019, p. 32). A estos individuos se les dice constantemente que deben competir por los puestos de trabajo, por los cupos en el sistema de enseñanza y en general por el éxito y el prestigio. Al hacerlo, deben demostrar voluntad de cambio, un alto grado de flexibilidad personal y un constante esfuerzo por mejorar. En el capitalismo las personas son convocadas principalmente como productores privados aislados, que solo se vinculan entre sí a través del dinero y las mercancías. Todas las demás formas de relacionarse se consideran inferiores y tienden a ser suprimidas; o bien, si son indispensables —como sucede con la crianza de los niños—, se encuentran restringidas y puestas al servicio del proceso general de la valorización. Esta tendencia se ha intensificado en las últimas décadas y ha incrementado de forma extraordinaria el aislamiento de los individuos burgueses. En este contexto, el concepto de narcisismo acuñado por Sigmund Freud ha ido adquiriendo una gran relevancia en los últimos años. Dan fe de ello los muchos libros de venta masiva cuyos títulos se refieren a esta evolución. Así, por ejemplo, el libro *La sociedad narcisista* del psicoanalista Hans-Joachim Maaz (2012), *La generación sin parejas* (2016) del periodista Michael Nast o *¡Yo primero! La sociedad egolátrica* (2018), de la politóloga Heike Leitschuh. Por otra parte, el tema adquiere cada vez más importancia en la prensa; especialmente desde la elección del narcisista emblemático Donald Trump como presidente de los EE.UU.

El rasgo distintivo del narcisismo es la tendencia desenfrenada al auto-centrismo (Mühl, 2015, p. 4), que se manifiesta en un exagerado sentido de la importancia propia, en fantasías de éxito y poder ilimitados, y en un deseo de admiración excesiva. Bajo esta superficie hay, sin embargo, una autoestima extremadamente baja. Los narcisistas padecen un hambre insaciable de reconocimiento y validación desde el exterior, lo que les hace también muy vulnerables a las demandas neoliberales de flexibilidad adaptativa. En este contexto, muchos narcisistas son auténticos maestros de la auto-expresión y el automercadeo.

El narcisismo en el posfordismo

Sigmund Freud (1914) fue el primero en ocuparse de este fenómeno. Según Freud, para llegar a ser individuos maduros y seguros de sí mismos en la sociedad burguesa, todos los niños de entre tres y cinco años deben atravesar y superar lo que él llamó complejo de Edipo, proceso que acontece al interior de la familia nuclear burguesa. Tal es el paso decisivo para que se forme nuestra personalidad

burguesa y seamos capaces de participar en la reproducción material y simbólica de esta sociedad. El resultado es, entre otras cosas, una orientación general hacia el progreso, tal como se cultiva y se transmite en las típicas familias burguesas. En épocas anteriores, los esfuerzos de adaptación asociados a la experiencia edípica —sobre todo la voluntad de trabajar, la diligencia y la autodisciplina— se veían recompensados por el hecho de que eso le conducía a uno por un camino predeterminado en la vida, en el que hallaba estructuras claras y un futuro laboral seguro.

Pero eso no es lo único que sucede mientras se transita por la fase edípica. Cuando el niño empieza a socializarse como sujeto burgués, aparece también la amenaza del fracaso social. El niño reacciona ante este peligro imaginando un estado de completa autonomía, en el que ha desaparecido todo rastro de dependencia hacia los demás. Si por un lado la parte edípica del sujeto, el hombre consolidado, no solo se somete sin quejas a las condiciones externas, sino que contribuirá activamente a su mantenimiento y reproducción; por otro la parte narcisista se defiende de la realidad externa limitante y amenazante, refugiándose en una interioridad en la que él mismo gobierna de forma absoluta y omnipotente.

Es esta segunda tendencia psíquica la que ha sido promovida enormemente en el posfordismo, es decir, desde los años 70, y ha terminado relegando a un segundo plano la configuración edípica. Hoy en día, la seguridad laboral se ha convertido en un lujo, y esto implica que el comportamiento edípico “correcto” encuentra cada vez menos recompensas. Ya nadie escapa a los arbitrios del “libre mercado”; hoy casi ningún trabajo es seguro, pues está sujeto a la subcontratación, la reestructuración o simplemente puede desaparecer en cualquier momento (Twenge y Campbell, 2009, p. 52). Actualmente, cualquiera puede volverse inútil de un instante a otro debido a desarrollos impredecibles, tales como un cambio repentino en el gusto de las mayorías o un nuevo método de producción introducido sin que nadie pudiese preverlo. En un mundo cada vez menos fiable y que amenaza la existencia, los individuos se ven completamente arrojados hacia sí mismos. La parte edípica de la personalidad encuentra cada vez menos puntos de referencia para orientarse, con lo cual crece la sensación de estar indefensos y a merced de los demás. Los individuos responden tratando a toda costa de suprimir o desplazar este sentimiento, que experimentan como una sentencia de muerte.

Al exigirle a las personas una adaptabilidad cada vez más incondicional y al mismo tiempo una mayor capacidad para publicitarse a sí mismas, esta sociedad hace crecer desmesuradamente la parte narcisista de la personalidad. Por otro lado, la venta de la propia fuerza de trabajo se está convirtiendo cada vez más en la venta de la propia personalidad como si fuera una mercancía (Distelhorst,

2014, p. 67): cada cual debe poder ofrecer a cada instante su propia versión de lo que el mundo del trabajo demanda. Acuciado por la pregunta que se agita en el fondo de su mente acerca de cómo aumentar el propio valor de mercado —o al menos de cómo evitar que decaiga—, cada cual va cediendo gradualmente todo lo que ha conformado su personalidad hasta ahora, en un continuo ejercicio de abnegación que se hace tanto más fácil cuanto más haya cedido de sí mismo previamente. Esta forma de vida genera intensos sentimientos de vacío y falta de autenticidad (Lasch, 1980, p. 70). ¿Quién puede decir qué tipo de persona es y qué tipo de persona no es, dada la constante disposición a adaptarse a nuevas situaciones de trabajo y después de muchos cambios de pareja? Es precisamente este proceso el que conduce a una personalidad narcisista, que puede ser cualquier cosa porque detrás de ella hay una gran nada (*ibid.*, p. 120).

Inscripción de las mujeres en el desarrollo general

Durante mucho tiempo el condicionamiento económico general de la infancia se aplicó casi exclusivamente a los jóvenes varones. Hasta la década de 1970 más o menos las adolescentes mujeres experimentaron un desarrollo diferente. Hasta entonces “la niña entra en el complejo de Edipo como en un puerto” (Freud, citado en Wissen, 2017, p. 9), en el que se prepara no para el papel de competidora sino para el de mujer cuidadora como futura esposa y madre. Dominaba una división sexual del trabajo ligada a la formación de una esfera pública de competencia generalizada, ocupada principalmente por hombres, por un lado; y una esfera privada, doméstica y familiar ocupada principalmente por mujeres, por otro (Bösch, 2000, p. 115). En este último ámbito la mujer era, entre otras cosas, la responsable del cuidado y educación de los niños. En las últimas cinco décadas se ha producido, sin embargo, una relativa equiparación de los sexos; pese a lo cual sigue prevaleciendo una imagen de masculinidad basada en el éxito laboral y la capacidad para proveer la mayor parte del ingreso familiar. Las mujeres son casi siempre las primeras en ceder cuando se trata de hacer tiempo para la familia. Aunque los hombres han hecho algunas concesiones en cuanto a las tareas domésticas, las mujeres siguen dedicando a las tareas domésticas cerca de una hora y media diaria más que ellos (Leclerc, 2019, p. 25). Además, debido al empleo forzoso de ambos miembros de la pareja, muchas familias no tienen más remedio que entregar lo antes posible sus hijos a instituciones educativas, esto es, guarderías y jardines infantiles. Allí los niños son sometidos cada vez más a medidas con las que se busca prepararlos para el sistema de enseñanza y, por lo tanto, para la actividad laboral, aunque todavía esté lejana. Por otra parte, los padres dedican cada vez más el tiempo y la energía que les queda a preparar a sus hijos lo antes

posible para que ingresen en la competición generalizada. Muchos proporcionan a sus hijos juguetes educativos, vídeos de “*baby Einstein*”, etc., poco después de nacer o incluso estimulan al feto con música clásica supuestamente beneficiosa (véase Twenge y Campbell, 2009, p. 40). Cada vez más niños viven en hogares orientados al rendimiento. El resultado es una experiencia de profunda soledad, intensificada ya en la primera infancia (véase Leitschuh, 2018, p. 143). Debido a la incertidumbre general de la vida en el posfordismo, las coerciones sociales se manifiestan cada vez más temprano y de forma más abrupta, mientras que al mismo tiempo se dejan de lado las experiencias de apego y afecto personal.

Capitalismo y estado mental

El núcleo de las sociedades constituidas capitalistamente es el valor que se auto-valoriza, es decir, el dinero como capital, cuyo único propósito es transformarse en más dinero mediante el desvío por la producción de una mercancía (o servicio prestado) y su venta: “el capital se utiliza para producir capital, para producir más capital, para seguir produciendo más capital” (Distelhorst, 2014, p. 105), en un círculo interminable y completamente sin sentido que absorbe todo lo que le rodea. En el centro de este movimiento no hay más que el vacío de la auto-proliferación sin fin, una nada sin contenido que paso a paso va socavando cualquier otra relación significativa, arrastrándolo todo hacia su vacua tautología (*ibid.*, 2014, p. 113).

En la modernidad tardía las personas compiten entre sí más que nunca antes. Como describimos anteriormente, el mundo laboral de hoy ya no parece ser esa estructura fiable, aunque exigente, en la que las personas solo debían estar dispuestas a encajar para llevar una vida segura y agradable. En cambio, la amenaza de cambios radicales se ha vuelto constante y omnipresente. Esto se hace patente, entre otras cosas, en la expansión de las relaciones laborales precarias, en el creciente debilitamiento del Estado de bienestar y en el retorno de la pobreza. En el capitalismo el miedo al fracaso es generalizado. También las relaciones personales son sacrificadas cada vez más en nombre de la flexibilidad general y degeneran en asociaciones temporales o en “redes”, utilizadas sobre todo para mantenerse en el juego y aumentar las oportunidades laborales gracias al mayor número posible de “contactos” (Samol, 2016, p. 42). En un entorno así, la empatía hacia los demás es un lujo cada vez más escaso (Leitschuh, 2018, p. 117).

La deseabilidad general del comportamiento narcisista

Hoy en casi todas partes el comportamiento narcisista se considera algo deseable y causa de éxito: en el mundo del trabajo, en los medios de comunicación, en la política y en muchos otros ámbitos es recompensado con reconocimiento, admiración y promoción. En vista de estas circunstancias, los expertos discuten seriamente sobre si el narcisismo debería dejar de considerarse un trastorno de la personalidad en las normas de diagnóstico psiquiátrico. Actualmente no solo las propias habilidades, sino también los sentimientos, rasgos de personalidad y relaciones se han convertido en subproductos del marketing general. El narcisismo, liberado ya de las viejas restricciones y siempre listo para reinventarse, base de la meritocracia totalmente flexible e insegura del nuevo milenio, es la forma subjetiva inherente al capitalismo en crisis.

Este ambiente produce y fomenta la autopromoción más despiadada y más carente de lazos (ya sea con otras personas, o con la empresa o profesión). Lo que las personas oponen a este vacío y a esta falta de vínculos es la convicción de ser alguien especial. Cultivan así su propia grandeza, fuerza y brillantez imaginarias. Incluso si solo tienen una simple pasantía o un trabajo mal pagado con pésimas condiciones contractuales y sin perspectivas de futuro, exageran la verdad para verse y sentirse mejor. Mientras se hallan constantemente al borde de la nada, se engañan a sí mismos diciéndose que en realidad pueden lograr cualquier cosa. Internamente, esto da lugar a un contraste entre sus fantasías de omnipotencia, es decir, su ilusión de libertad e independencia individual absoluta, por un lado, y el sentimiento de impotencia ante la creciente inseguridad y heteronomía de su propia existencia, por el otro (Lewed, 2005, p. 131). Tal contradicción no es fruto únicamente del ambiente familiar, sino que hunde sus raíces en la sociedad burguesa. Así como el dinero que se ha convertido en capital, después de multiplicarse exitosamente debe comenzar inmediatamente a buscar la siguiente oportunidad de inversión... asimismo el individuo debe recomenzar una y otra vez, lo más rápido posible, la búsqueda del éxito para que el vacío interior y los miedos no se apoderen de él. Tanto el capital como la personalidad narcisista se desenvuelven así en un dinamismo interminable, vacío y tautológico; y es por eso que se complementan y refuerzan tan bien.

Pronóstico

En la forma subjetiva del narcisista, que se alaba constantemente a sí mismo, se sobreestima de forma desmesurada y es incapaz de comprometerse, y que debe venderse a diario como trabajador altamente adaptable, el productor privado ais-

lado que requiere la relación capitalista alcanza su forma perfecta. Vacío en su interior, luchando sin descanso por la confirmación externa y el reconocimiento superficial de su personalidad, constituye el contenido más apropiado para el movimiento vacío, infinito y en última instancia sin sentido, de la valorización capitalista. Esto tiene un lado oscuro y terrible. Si el narcisista no logra satisfacer las exigencias de la sociedad, tiende a emprender acciones sustitutivas que le permitan desplegar la energía que propulsa su autorreferencialidad. La forma más destructiva de esta deriva es sin duda el ataque asesino indiscriminado, en que la megalomanía narcisista se realiza a través de la autodestrucción y la destrucción de los demás (véase Wissen, 2017, p. 6).

Debe quedar claro que estar bien adaptado a una sociedad enferma no puede ser un signo de buena salud mental (Nast, 2016, p. 230). Sin embargo, la abolición de la forma-sujeto narcisista no es posible en las condiciones actuales. Una vida al margen de la autorregulación narcisista tendría una forma completamente diferente: sin obsesión por el trabajo, sin estrés de competición y de rendimiento, sin necesidad de ser un luchador solitario y sin la presión de autoexpresarse y auto-afirmarse continuamente. Mientras prevalezcan estas coerciones no estarán dadas las condiciones para el desarrollo de individuos sociales libres más allá de la subjetividad mercantil. La esperanza reside en reconocer que nosotros, como seres humanos, somos seres genéricos que requieren vínculos diversos, y no simples relaciones unidimensionales. Los requisitos materiales para ello están presentes desde hace mucho tiempo en nuestro mundo, que se caracteriza por la sobreproducción; sin embargo, para llegar a ello no podemos dejar que la socialización transcurra dentro de un proceso inconsciente valorización del valor, proceso al que nos enfrentamos como una fatalidad y que, por nuestra parte, ejecutamos y reproducimos a diario (véase Bösch, 2000, p. 120). Este proceso se está volviendo cada vez más disfuncional, pero esto por desgracia no significa que nos estemos dirigiendo automáticamente hacia una sociedad liberada. No tenemos ninguna garantía de que sea posible revertir el proceso social destructivo y reemplazarlo por una socialización humana; sin embargo, la crítica radical de forma-sujeto en el capitalismo, de su lógica y su dinámica psicosocial interna, es un primer paso necesario en esa dirección.

BIBLIOGRAFÍA

- Bösch, Robert. (2000). *Zwischen Allmacht und Ohnmacht. Zur Psychopathologie des bürgerlichen (d.h. männlichen) Subjekts*. En *Krisis* Nro. 23, 99-120.
- Bude, Heinz. (2019). *Solidarität ist keine Hängematte*. (Interview). En *Frankfurter Rundschau*.

- Distelhorst, Lars. (2014). *Leistung. Das Endstadium der Ideologie*. Bielefeld.
- Freud, Sigmund. (1914). *Zur Einführung des Narzissmus*. En Jahrbuch der Psychoanalyse: Neue Folge des Jahrbuchs für psychoanalytische und psychopathologische Forschung, Nro. 1.
- Kohut, Heinz. (1973). *Narzissmus. Eine Theorie der psychoanalytischen Behandlung narzisstischer Persönlichkeitsstörungen*. Frankfurt am Main.
- Lasch, Christopher. (1980). *Das Zeitalter des Narzissmus*. Steinhausen/München.
- Leclerc, Florian. (2019). *Aufstehen gegen Rassismus*. En Frankfurter Rundschau.
- Leitschuh, Heike. (2018). *Ich zuerst! Eine Gesellschaft auf dem EGO-Trip*. Frankfurt am Main.
- Lewed, Karl-Heinz. (2005). *Schopenhauer on the Rocks. Über die Perspektiven postmoderner Männlichkeit*. En *Krisis*, Nro. 29.
- Maaz, Hans-Joachim. (2012). *Die narzisstische Gesellschaft. Ein Psychogramm*. München.
- Mühl, Melanie. (2015). *Narzissmus. Ich kam, ich sah, ich wirkte*. En Frankfurter Allgemeine Zeitung. Revisar: <http://www.faz.net/aktuell/feuilleton/debatten/narzissmus-ist-das-krankheitsbild-unserer-zeit-13443497.html>.
- Nast, Michael. (2016). *Generation Beziehungsunfähig*. Hamburg.
- Samol, Peter. (2016). *All the Lonely People. Narzissmus als adäquate Subjektform des Kapitalismus*. En *Krisis*, Nro. 4. <http://www.krisis.org/2016/all-the-lonely-people-krisis-42016/>.
- Schindler, Jörg. (2016). *Die steile Karriere des Wörtchens "selbst"*. En *Frankfurter Rundschau*, 22-23.
- Twenge, Jean M. y Campbell, W. Keith. (2009). *The Narcissism Epidemic. Living in the Age of Entitlement*. New York.
- Wissen, Leni (2019). *Die sozialpsychische Matrix des bürgerlichen Subjekts in der Krise*. En *Exit*, Nro. 14. <https://exit-online.org/textanz1.php?tabelle=autoren&index=20&posnr=561>.

ASCENSO Y CAÍDA DEL HOMBRE TRABAJADOR

PARA UNA CRÍTICA DE LA MASCULINIDAD MODERNA

Norbert Trenkle

Traducción de Silvia Said Algaba

La crisis del trabajo es también una crisis de la masculinidad moderna, puesto que la identidad del hombre moderno-burgués está constituida y estructurada fundamentalmente como hombre trabajador. Como alguien emprendedor, creativo, decidido, racional, eficiente y objetivo y que siempre quiere ver un resultado medible. Eso no siempre debe suceder “con el sudor de su frente”. En relación a esto la identidad masculina moderna es absolutamente flexible, el hombre trajeado en la junta directiva, en la gestión empresarial o en el gobierno se comprende como hombre de acción tanto o más que los trabajadores de la construcción, en la cadena de montaje o al volante de un camión. Los últimos, pasados de moda como ideales de orientación profesional masculina, quedan reservados para quienes no pudieron superar los obstáculos sociales en su camino a los puestos altos. Sin embargo, a nivel simbólico sirven como representación de la verdadera masculinidad. Hombres musculosos, semidesnudos, con grandes llaves de tuercas o martillos en las manos, embadurnados con aceite, pero por lo demás realmente asépticos *clean* ante la estetizante escenografía del taller mecánico o los hornos incineradores, son los íconos de la masculinidad moderna.

Cuando con estas imágenes de hombre se hace publicidad para los trajes de diseño y perfumes masculinos, el objetivo es despertar las fantasías y deseos de identificación que están firmemente anclados en las capas profundas de la

construcción de identidad masculina. Por eso pueden, tanto el empleado de una aseguradora flaco y pálido o el gordo y jadeante jefe de ventas de una firma de gaseosas, identificarse con el hombre musculoso. Aquellos cuerpos son imágenes oníricas inalcanzables, a las que nunca se aproximarán. Pero lo decisivo es que, en términos psíquicos, la musculatura y el cuerpo formado y moldeado de manera escultural representan para ellos lo anhelado: el ejercer poder. Poder sobre los otros, sobre el mundo, sobre ellos mismos. Claro que por lo general en la realidad se trata de un poder miserable, como ejercer el mando sobre algunos pocos empleados, o imponerse con una nueva marca de gaseosas en el mercado o el alzar las ganancias en relación al año anterior. Además, este poder es extremadamente precario ya que está constantemente amenazado y demandado, porque depende no solo del poder imponerse en la competencia, lo que siempre puede fracasar, sino al mismo tiempo de la coyuntura del mercado que no influye individualmente. Pero es justamente, a causa de esta inseguridad constante, que el hombre necesita de la constante y agresiva autoafirmación de su identidad.

No es la musculosa corporalidad como tal la que hace del hombre un hombre moderno. Más bien, ella simboliza una dureza ante todo el dominio interior y del (auto) adiestramiento psíquico. Un “verdadero hombre” tiene que ser fuerte, ante sí mismo y ante los otros. Unos bíceps fuertes son el símbolo de autocontrol, disciplina y denegación y simbolizan el poder de la voluntad sobre el propio cuerpo. El espíritu está bien dispuesto, pero la carne es débil —y por eso, primero debe dominarla (o domesticarla), si el hombre quiere mantener todo bajo su dominio. En esto yace la diferencia con la idea de la antigüedad, según la cual en un cuerpo sano vive una mente sana. Aunque allí se anunciaba ya la separación enajenada entre cuerpo y mente, se trataba de una relación de equilibrio. Por el contrario, en la modernidad tienen prioridad el autocontrol y sumisión del cuerpo bajo la mente. La “voluntad libre” que se supone independiente de toda sensualidad y que, justamente por negarla, tiene que combatirla permanentemente, viviendo un miedo espantoso por perder esta batalla, representa el núcleo socio-psíquico del hombre burgués.

El trabajo de la desensualización

Precisamente de esta manera la identidad masculina moderna concuerda con los requerimientos del trabajo en la sociedad capitalista basada en la producción de mercancías. Pues el trabajo en el capitalismo es en esencia una actividad desensualizada y desensualizante, en más de un sentido. Primero, su objetivo no es la producción concreta de objetos de uso, sino la producción de mercancías como medio para la valorización del capital. Por consiguiente, la producción de objetos

no cuenta como tal, como producción de cosas en su calidad material-sensible, sino solo en tanto representan valor y de ese modo contribuyen a hacer más dinero del dinero. El aspecto material de una mercancía es, desde esta perspectiva, un mal necesario del que lamentablemente no puede liberarse, ya que no encontraría comprador. Esto va acompañado, en un segundo sentido, por una indiferencia fundamental para con los medios de subsistencia naturales, que solo son considerados como material para la valorización y que son consumidos desconsideradamente, cuando bien conocido es que esto causa catástrofes monstruosas, que amenazan la existencia de varios millares de personas. Tercero, el trabajo es actividad desensualizada en tanto tiene lugar en una esfera separada de las demás esferas de la vida, donde rige tan sólo el dictado de la eficiencia empresarial y de la rentabilidad y no deja lugar para necesidades y sentimientos ajenos a dicho dictado.

En cuarto y último sentido, el trabajo en esta forma representa, sin embargo, no solo un modo de producción histórico específico, sino que también determina todo el contexto social de manera fundamental. No solo transforma cuantitativamente todos los ámbitos de la vida en esferas para la producción de mercancías y la inversión de capital. Sino que, también, el trabajo en la sociedad capitalista representa el principio central de mediación de las relaciones sociales, una mediación objetivada y alienada. Porque las personas no se relacionan de manera directa comunicándose entre sí, sino de manera no consciente a través de los productos del trabajo o vendiéndose a sí mismas como fuerza de trabajo. La mediación a través del trabajo significa, por lo tanto, la sumisión de las personas bajo las leyes implícitas de la valorización, las cuales obedecen a una automatizada dinámica propia y aparentan ser leyes naturales inviolables —a pesar de que se trata de su propia forma de relación social.

El mundo, un objeto ajeno

La amplia imposición de esta forma de actividad y relación social, única históricamente, no hubiera sido posible sin la creación de un determinado tipo de persona, que se corresponda con ella y garantice que ella funcione adecuadamente. Porque, aun siendo una forma de relación objetivada, ésta no existe independientemente de los individuos sociales, sino que ella debe atravesarlos y ser reproducida activamente una y otra vez. Este tipo de persona es el sujeto-trabajo y sujeto-mercancía masculino, cuya característica central es que concibe al mundo como un objeto completamente exterior y ajeno. Su relación con su contexto social y natural, con los otros seres humanos e incluso con su propio cuerpo y su propia sensualidad es una relación cosificada, una relación con cosas que deben

ser elaboradas, organizadas y tratadas objetivamente según su voluntad. El sujeto moderno quiere gestionar hasta sus sentimientos y regularlos de acuerdo a requerimientos funcionales —exigencia que no abandona, aunque fracase periódicamente a pesar de una impensable cantidad de libros de autoayuda.

Esa forma moderna de referenciarse al mundo y a uno mismo se vuelve totalmente evidente, cuando uno se vende como fuerza de trabajo y con ello renuncia a su poder de disponer sobre sí mismo y se somete directamente al dictado de la lógica de la valorización. Sin embargo, incluso quien trabaja a cuenta propia de ningún modo escapa a esta lógica, sino que se somete igualmente a la coacción para abstraerse de sus necesidades sensuales como también del carácter material-concreto de sus productos, que son para él medios indiferentes e intercambiables para ganarse la vida: cosas-valor. Lo decisivo es que no se trata de un acto de sumisión pasiva bajo una coacción meramente externa, sino que la subjetividad moderna está estructurada de acuerdo a dicha coacción. Solo de esta manera puede cumplirse la obligación de funcionamiento continuo, de objetivación y auto-objetivación a lo largo de todo el proceso de trabajo sin que un traficante de esclavos blanda el látigo. La coacción externa se corresponde con una interna. Exactamente por eso el patrón de conducta y acción objetivante no permanecen de ningún modo restringidos solo a la esfera del trabajo y la economía, sino que tiñen todo un entramado de relaciones sociales. Esto, a la larga, se vuelve insoportable, porque requiere sostenidos esfuerzos y el confrontarse a la amenaza permanente del fracaso. El moderno sujeto-trabajo y sujeto-mercancía odia profundamente a todos aquellos que salen perdiendo o simplemente se rehúsan a aceptar aquellas coacciones.

El hombre hace a la mujer

La ética protestante del trabajo elevó por primera vez a ideal este tipo de persona que se abstrae de su sensualidad y se vuelve a sí mismo instrumento para alcanzar un éxito objetivado. A nivel ideológico, esta ética anticipa, en un momento en el que el modo de producción capitalista recién comienza a imponerse en pocas islas en el mar de la sociedad feudal, el perfil de exigencia válido para la relación social mediada por el trabajo y la forma mercancía. Al mismo tiempo contribuyó considerablemente a imponer este perfil en la sociedad entera. En la historia real pasaron siglos hasta que el tipo de persona que respondía a estas demandas tomó forma y se convirtió en la norma. Toda la historia del capitalismo naciente y de su consolidación es una historia del violento disciplinamiento y autodisciplinamiento de las personas como sujetos-trabajo y sujetos-mercancía. Por cierto,

que a la vez es la historia de una tenaz resistencia a esta violencia, resistencia que finalmente fue suprimida y derrotada.

Que la subjetividad moderna a lo largo de este proceso haya sido determinada en términos de género, de modo que ella se correspondiera con el tipo de identidad masculina moderna, se explica históricamente primero por el antecedente de dominación patriarcal, sobre la cual se funda la sociedad capitalista, perpetuando y transformando aquella dominación. Sobre todo, la identificación del hombre con la razón abstracta y de la mujer con la sensualidad, que en ella será al mismo tiempo despreciada, anhelada y combatida, sigue una larga tradición, que viene desde la Antigüedad griega y que el cristianismo reinterpretó y desenvolvió de acuerdo a sus necesidades. Mas en la sociedad capitalista, esta construcción ganó una importancia nueva y central, a medida que la relación abstracta y objetivada con el mundo se convertía en el modo general de socialización. Por eso se conecta de una manera muy fundamental con la base de la estructura social. El adiestramiento de los hombres como actores objetivantes retoma distintos elementos de la masculinidad patriarcal de la construcción previa; además de la identificación con la razón, se trata sobre todo de la identificación con los guerreros, los violentos conquistadores. Sin embargo, en vistas de la cosificación de todas las relaciones sociales estos elementos son reordenados hasta constituir una identidad “del hombre” coherente y cerrada en sí misma.

Esto no hubiera podido lograrse, sin la creación de una contra identidad femenina, que reúna en sí todos esos rasgos que el sujeto moderno no puede tolerar en él, porque no caben en el sistema de coordenadas de la construcción identitaria masculina y que éste debe, por lo tanto, escindir de sí, proyectándolos. Sobre esto se basa la construcción de un “otro” femenino, la mujer sensible, emocional e instintiva, la que no piensa lógicamente y no puede poner un clavo en la pared y por esto tiene que preocuparse de los chicos, las tareas domésticas y del bienestar de su marido. Con la invención de ese “otro” el sujeto masculino no solo estabiliza su identidad. También instala y legitima con ella una división sexual del trabajo, que es sumamente funcional a las tareas capitalistas, ya que le quita un peso de encima al hombre trabajador, quien separado de la vida cotidiana agota sus fuerzas en la esfera del trabajo y la producción de mercancías.

El hombre trabajador en la crisis

Aunque esta construcción de la femineidad ha sido puesta en duda, por un lado, mediante la amplia inclusión de las mujeres en el proceso de trabajo capitalista y, por otro lado, por el movimiento feminista, se sostiene en su esencia con sorprendente tenacidad. Las mujeres consiguieron obtener las posiciones sociales ante-

riormente reservadas para los hombres solo al precio de adaptarse a las normas de trabajo inscriptas como “masculinas”, competencia y rendimiento. Considerando la totalidad social, al mismo tiempo permanece como su responsabilidad principal el atender la casa e hijos y está omnipresente la objetivación de los cuerpos femeninos para las fantasías sexuales masculinas, como demuestra una mirada en la vitrina de cualquier puesto de diarios o en la publicidad.

Esta perseverancia de las identidades de género capitalistas polares puede sorprender a primera vista. Pero, mientras el contexto social se constituya en forma cosificada por medio de la mercancía, el dinero y el trabajo, sobrevivirá también la correspondiente forma-sujeto inscripto masculinamente. También el proceso de crisis actual que expulsa a los seres humanos del proceso de trabajo o los fuerza a aceptar condiciones de trabajo precarias, en ningún caso invalida las identidades de género capitalistas polares. Aunque poniendo en duda al trabajo como uno de los pilares esenciales de la identidad masculina, la crisis al mismo tiempo agudiza la competencia en todos los planos de la vida cotidiana. Bajo estas condiciones, sin embargo, aparecen más demandadas que nunca las clásicas características de la masculinidad moderna como dureza, capacidad de imponerse y desconsideración. Por lo tanto, no puede sorprender que el culto a la masculinidad esté nuevamente en esplendor —incluso asociado a la violencia sexista y racista. Por lo tanto, especialmente bajo el proceso de crisis, la crítica de la subjetividad moderna estructurada masculinamente es esencial para abrir una nueva perspectiva de emancipación social.

LA JERGA DE LA DECOLONIALIDAD

Neil Larsen

Traducción de Javier Blank

Los llamamientos a “descolonizar” la producción académica pueden invocar el antieurocentrismo progresista, pero la teoría de la decolonialidad identificada con las obras de Walter Dignolo solo se mueve en el terreno de los aspectos más censurables de la política identitaria. Envuelta en una jerga impenetrable, la decolonialidad deshistoriza y culturaliza el colonialismo, fomentando en el camino algunas autocracias detestables.

I

Hace ya varios años que el término “decolonial,” junto con su inflexión verbal más transitiva, “descolonizar”, se han familiarizado a través de la cultura popular y mediática, sobre todo en relación con las políticas de identidad. Otra variante, “decolonialidad” (“*decoloniality*” en inglés) se une a éstas, a pesar de estar mayormente restringida a un léxico académico más estrecho y arcano. Esta ha sido seguida, no inesperadamente y situada en un punto medio de inserción discursiva, por la “descolonización.” Aquellos con suficiente conciencia, si no una memoria residual de su contexto histórico, reconocerán en “descolonización”, sin embargo, un término más antiguo con una resonancia política bastante distintiva, capaz de remontarse hasta los años 1940, 1950 y 1960 si no antes, al Alzamiento de Pascua de 1916 en Irlanda y a la masacre de Amritsar de 1919 en la India de la

época colonial británica. A la altura de la histórica Conferencia de Bandung, a la que asistieron en 1955 varias antiguas colonias europeas de Asia y África ya relativamente independientes y desde entonces (durante un tiempo) no alineadas, un término como “decolonial” habría estado indisolublemente ligado a los movimientos de liberación nacional *anticoloniales* entonces en curso y al proceso histórico de descolonización real y efectivo que entonces estaba más o menos en su apogeo, sobre todo en lo que quedaba del colonialismo europeo formal en muchas partes de Asia y gran parte de África. No por casualidad fue también una época muy anterior a aquella en la cual el precursor más inmediato de lo decolonial en la jerga académica actual, lo “poscolonial”, empezara a rondar. Esto se remonta a la década de 1980, gracias en parte a la aparición y repercusión anteriores del hito que fue el *Orientalismo* de Edward Said⁸⁰. El ascenso intelectual del posestructuralismo y el posmodernismo había dejado claramente su impronta en esta terminología. Lo poscolonial, que comprende tanto la teoría, los estudios como la literatura poscoloniales, parece haberse resistido hasta ahora al desplazamiento por lo decolonial. Esto se debe probablemente a las ventajas retóricas de la resonancia más estrechamente descriptiva y menos militante del poscolonialismo cuando se trata, por ejemplo, de cosas como la contratación académica y los planes oficiales de estudio.

Sin embargo, una clara ventaja de lo “decolonial” sobre lo “poscolonial” es lo fácilmente que puede transformarse en el verbo imperativo o exhortativo, más convenientemente transitivo, “descolonizar”. Libremente interpretado, esto significaría algo como “eliminar el racismo” o “exponer el sesgo eurocéntrico” de algo en relación a lo cual se consideren necesarias tales denuncias o críticas. Junto con cada vez más publicaciones en las que aparece el término “descolonizar” (por ejemplo, libros como *Descolonizando el mapa*, *Descolonizando la universidad* y *Descolonizando los datos*), véase la nueva serie *¡Descolonízalo!* [*Decolonize That!*] que publica OR Books, con títulos en 2022 como *Descoloniza los museos*, *Descoloniza a los hipsters*, *Descoloniza el autocuidado* y, de entonces próxima aparición, *Descoloniza el multiculturalismo*. Está claro que lo poscolonial no se presta tanto a la formulación de este tipo de eslóganes. Y esto sin duda le da cierta ventaja a lo decolonial en la medida en que sirva de desafío, proveniente de su flanco izquierdo, al nicho del poscolonialismo como la jerga ahora más convencional del *status quo*.

⁸⁰ Edward Said, *Orientalism* (1978).

II

Sin embargo, los eslóganes contruidos en torno a los términos “decolonial” y “descolonizar” también pueden, en ciertos casos, remontarse a “*decoloniality*”, a pesar de ser este el término del arte más estrechamente académico, e incluso a un término fraguado originalmente en español, la “decolonialidad”. No es posible estar totalmente seguro de ello, pero es probable que debamos ese eventual cruce, tanto terminológico como ideológico, en gran medida al crítico y académico Walter D. Mignolo, quien ocupa una cátedra en la Universidad de Duke. Mignolo es sin duda la autoridad más citada en la actual explosión de estudios académicos que proclaman su adhesión política y teórica a la decolonialidad.⁸¹ Nacido en Argentina y formado inicialmente como estudioso de la semiótica y la literatura latinoamericana del periodo colonial, Mignolo atribuye al fallecido sociólogo peruano Aníbal Quijano la introducción del concepto de decolonialidad - aquí en su relación a la teoría de Quijano de “la colonialidad del poder”, supuestamente articulada por primera vez en su artículo de 1991, “Colonialidad y modernidad / racionalidad.”⁸² En los numerosos escritos de Mignolo, remontrándose inicialmente a *The Darker Side of the Renaissance: Literacy, Territoriality and Colonization*, de 1995, y a su monografía de 2000, *Local Histories/Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges and Border Thinking*, la decolonialidad aún no ha hecho su aparición literal ni asumido su posición discursiva actualmente dominante.⁸³ Hasta su libro de 2011, *The Darker Side of Western Modernity*, Mignolo seguía dando preferencia a acuñaciones anteriores, como la antigua favorita, “posoccidentalismo”, y el entonces (y todavía) omnipresente “pensamiento fronterizo”⁸⁴.

⁸¹ Una encuesta informal realizada a docenas de artículos que incluían los términos “decolonial” y “decolonialidad” archivados en el conocido sitio web Academia.edu reveló una adhesión casi universal, o al menos una aprobación general, a dicha autoridad.

⁸² Aníbal Quijano, *Colonialidad y modernidad/racionalidad* (1991). Inicialmente publicado en inglés como *Coloniality and Modernity/Rationality*, en Göran Therborn, ed., *Globalizations and Modernities: Experiences and Perspectives of Europe and Latin America* (Stockholm: FRN, 1999).

⁸³ Walter D. Mignolo, *The Darker Side of the Renaissance: Literacy, Territoriality, and Colonization* (Ann Arbor, MI: University of Michigan Press, 2003 [1995]); Walter D. Mignolo, *Local Histories / Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2012 [2000]).

⁸⁴ Walter D. Mignolo, *The Darker Side of Western Modernity: Global Futures, Decolonial Options* (Durham, NC: Duke University Press, 2011). Difícilmente pasa desapercibida la manera, tal vez no tan irónica, en que el subtítulo de este libro —colocando “futuros” al lado de “opciones”— evoca el mundo de Wall Street y del Chicago Mercantile Exchange (CME). Ya es de notar, además, cómo, a estas alturas (2011), la jerga de lo “decolonial” ha llegado a la portada del libro —aunque todavía en lugar secundario

Sin embargo, en todas las iteraciones de la teorización promovida por Mignolo, todas de gran visibilidad, el impulso supuestamente subversivo y desocidentalizador de lo que ahora es una decolonialidad oficialmente registrada se remonta aparentemente a un punto muy anterior al inicio casi contemporáneo de su jerga: a los inicios de la penetración, conquista y colonización europeas de América, África y Asia meridional y oriental a finales del siglo XV y principios del XVI. Así pues, se dice que el poder subversivo de la decolonialidad contemporánea reside ya en una resistencia decolonial indígena no europea —una resistencia sin duda provocada por las primeras explotaciones coloniales europeas⁸⁵. Sea cual fuere la verdad de estas luchas históricas y la terminología actualmente asignada y proyectada retrospectivamente a ellas, su legado social y político y su importancia para las luchas contemporáneas son a menudo ignorados o menospreciados. Pero en lugar de su análisis histórico más profundo, lo que prevalece en la obra de Mignolo es lo que denominaré una mera *jerga de la decolonialidad*, jerga que a menudo se reduce a una grandilocuencia tan pomposa como vaciada de significado sustantivo⁸⁶.

después de los dos puntos acostumbrados en los títulos de publicaciones académicas y compartiendo la segunda fila con el término “global”, entonces todavía muy de moda.

⁸⁵ Situar los supuestos orígenes de la teoría —si ya no literalmente los de la jerga misma— en un pasado muy anterior a la aparición de la propia terminología era una movida ya consabida dentro de las filas del poscolonialismo. Ver, por ejemplo, *Postcolonialism: An Historical Introduction* de Robert J. C. Young (Oxford: Wiley-Blackwell, 2016 [2003]). Aquí, personajes históricos preposcoloniales, anticoloniales y hasta revolucionarios como son Mohandas Gandhi, Frantz Fanon y Ernesto “Che” Guevara están explícitamente señalados como los fundadores virtuales de la teoría poscolonial, prestando, según la reconstrucción anacrónica de Young, algo de sus credenciales revolucionarias y anticoloniales, al posestructuralismo de Jacques Derrida y Michel Foucault. Para una crítica del libro de Young véase también *Postcolonial Pedigrees* de Sarika Chandra y Neil Larsen, en *Cultural Critique* 62 (2006).

⁸⁶ En verdad, puede decirse más o menos lo mismo, aunque con respecto a diversos grados de palabreo y opacidad, de una serie de otros defensores contemporáneos de la “teoría” decolonial, entre los que el propio Mignolo ha seguido destacándose como el principal portavoz. Entre ellos se encuentran, Ramón Grosfoguel, Nelson Maldonado-Torres, Santiago Castro-Gómez y la coautora ocasional de Mignolo, Catherine E. Walsh. Aunque encuentro mucho que criticar en su obra posterior, tendiendo como tiende a convertirse en una jerga esencialmente hueca a lo Mignolo, dudo en incluir aquí al recién fallecido y todavía justamente renombrado erudito, filósofo y teólogo de la liberación argentino-mexicano Enrique Dussel, cuyo historial de auténtica integridad intelectual viene avalado, entre otras obras anteriores, por su importante contribución de 1988 al estudio de Marx, *Hacia un Marx desconocido: un comentario de los manuscritos del 61-63*. El propio Quijano, a pesar de su larga, eminente y a menudo brillante carrera como uno de los representantes clave de la gran tradición de la historiografía y de las ciencias sociales marxianas en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima en el siglo pasado durante las décadas de los 60, 70 y 80. También hay que reconocer lo que fueron durante muchos años las contribuciones importantes de Quijano al círculo de

Esto es sin duda el caso de uno de los libros más recientes de Mignolo, *The Politics of Decolonial Investigations* [*La Política de las Investigaciones Decoloniales*] (en adelante PDCI). Se trata de una colección de catorce ensayos y artículos anteriormente publicados y a menudo revisados, que, con una nueva introducción, suman más de quinientas páginas⁸⁷. Dotado de uniformidad, consistencia y monotonía casi absolutas, PDCI se lee como un circuito robotizado de términos y frases ritualizados, autorrepetitivos y pseudoencantatorios que, formando un eje vertiginoso y al mismo tiempo predecible, parodian un auténtico sistema teórico. A Quijano, celebrado aquí como una especie de oráculo —procedente, como se nos recuerda repetidamente, de los “Andes de Sudamérica” (subrayado mío)—, Mignolo le atribuye la exposición de una “matriz colonial de poder” (CMP, en inglés) omnipresente, occidentalizada y eurocéntrica⁸⁸. A esto, se opone una “opción decolonial” para aquellos de nosotros preparados —o sea, cultural o étnicamente predispuestos— a “desvincularnos”, es decir, a practicar la “desobediencia epistémica”. En respuesta a cualquiera lo bastante grosero y maleducado como para señalar las vertientes y limitaciones *exclusivamente* intracadémicas de lo decolonial, la jerga de la decolonialidad se vuelve particularmente densa, casuística e imperiosa. Mignolo invoca “el conocimiento propio de la vida cotidiana en comunidades para las que el conocimiento académico, erudito y científico es perfectamente irrelevante”, dejándole al lector con la pregunta, mientras tanto, de ¿cuánta “teoría decolonial” leerán (o formularán) estas “comunidades”?⁸⁹. Pero Mignolo se cuida de precisar que “desvincularse de la epistemología y la estética

Immanuel Wallerstein en el Centro Fernand Braudel de la SUNY Binghamton en el estado de Nueva York. Desgraciadamente, a mi modo de ver, Quijano sucumbe finalmente a la jerga de la decolonialidad, contribuyendo a la preparación de una de las principales trampas conceptuales del decolonialismo con la formulación de la teoría de la “colonialidad del poder”. Aquí la inversión, cuasifoucaultiana, es estratégica: ¿por qué no el más inequívocamente historizable “poder de la colonialidad”, o incluso simplemente el “poder del colonialismo”? Veo en esta inversión engañosamente simple, pero deshistorizante lo que es el error categórico constitutivo en el pensamiento de Quijano, por tardío y lamentable que sea. La relación supuestamente fundadora de Quijano con respecto a la “decolonialidad” quizá pueda compararse con la relación de Edward Said con respecto al poscolonialismo: puede decirse que Said hasta cierto punto comparte la responsabilidad para las evidentes debilidades teórica del poscolonialismo, aunque, políticamente, las intervenciones de Said son mucho más defendibles que las de muchos de los que posteriormente se proclamaban sus acólitos.

⁸⁷ Walter D. Mignolo, *The Politics of Decolonial Investigations* (Durham, NC: Duke University Press, 2021).

⁸⁸ “Andes de Sudamérica”. La redundancia es sintomática de la jerga. ¿Existe en algún lugar una cordillera andina *norteamericana* o europea desde la cual se haya desarraigado de forma tortuosa el mítico y puro lugar original del Tahuantinsuyo inca? Incluso la geografía física parece estar en peligro de ser “reoccidentalizada”.

⁸⁹ Mignolo, *The Politics of Decolonial Investigations* (p. 12, 2021).

occidentales no equivale a desvincularse de las instituciones”. A estas últimas la decolonialidad debe ser “introducida” (¿y no, al final, simplemente *re-vinculada* a ellas?) pero “con cuidado para evitar mancharla de academicismo”. Aunque admite que “la decolonialidad podría llegar a ser consumida meramente como una moda”, el PDCI, semejante al legendario rey Cnut de la antigua Gran Bretaña, pero sin la ironía ni la humildad de este último, ordena a las mareas que retrocedan: “las tareas políticas del trabajo decolonial *no han de distraerse* con su consumo de moda”⁹⁰.

Al ejercer la “opción decolonial”, además, el PDCI suelta toda una gama ofusadora de auténticos neologismos decoloniales, demasiado redundantes, idiosincrásicos y adormecedoramente barrocos para ser catalogados aquí en su amplitud. Pero el patrón que siguen, tan consistente como chillón se caracteriza por unas correspondencias puramente terminológicas, variaciones redundantes y sustituciones pro forma que deberían resultar familiares a cualquiera expuesto a regañadientes a muchas jergas intelectuales y académicas modernas. Véase, por ejemplo, la “occidentalización” que se supone antitética a la decolonialidad y que resulta no solo en una “desoccidentalización” correspondiente, sino incluso en un peligro posterior, explícitamente contrarreformista, de “reoccidentalización”. Aún más: efectivamente sinónimo de decolonialidad y desoccidentalización es algo que Mignolo apoda, en tonos casi místicos, “el Tercer Nomos de la Tierra” —un irónico y revelador *spin-off* de Carl Schmitt⁹¹.

Mientras tanto, el PDCI ve en el ascenso de lo que Mignolo denomina los “Estados-Civilización” (distintos de los Estados-nación occidentalizados) de Rusia, China, India e Irán contemporáneos —a los que a veces se añade Turquía— una señal de que se ha iniciado ya una era radicalmente nueva de desoccidentalización. En una reveladora indicación de cómo incluso las oscilaciones políticas y los cambios de gobierno relativamente coyunturales, volátiles y reversibles pueden determinar evidentemente la diferencia entre “Occidente” y su otro antitético, según el PDCI, tan solo la caída de Lula y Dilma Rousseff y el declive

⁹⁰ Mignolo, *The Politics of Decolonial Investigations*, (p. 76, 2021). Énfasis agregado.

⁹¹ Véase Carl Schmitt, *The Nomos of the Earth in the International Law of the Jus Publicum Europaeum*, traducción de G. L. Ulmen (New York: Telos Press, 2006). Publicado originalmente en 1950, *Der Nomos der Erde* denomina el nuevo sistema mundial inaugurado por el descubrimiento y la colonización europea de América, que condujo en última instancia (y, para Schmitt, providencialmente) a la hegemonía global de los Estados Unidos, el “Segundo Nomos” de la Tierra. Mignolo tiene una curiosa inclinación por los intelectuales alemanes conservadores y plenamente de derecha, entre ellos Oswald Spengler, autor de *Der Untergang des Abendlandes* (*La decadencia de Occidente*) por razones que se adivinan, y Edmund Husserl, por analogía con cuya obra *Logische Untersuchungen* (*Investigaciones lógicas*) Mignolo afirma haber concebido su propia variedad de investigaciones “descoloniales”. (Véase PDCI, xviii, p. 6-7).

del propio Partido de los Trabajadores (PT) brasileño, dando paso a la elección de Jair Bolsonaro a finales de 2018, bastaron para resituarse a Brasil en el campo de la reoccidentalización. Mignolo crea aquí la impresión de que Bolsonaro sacó de hecho a Brasil de la cumbre de los BRICS, pero esto es falso⁹². El propio Brasil, representado por un Bolsonaro recién elegido y plenamente comprometido y aliado, organizó la 11ª cumbre de los BRICS en 2019. Siguió participando en los cónclaves 12 y 13 de 2020 y 2021, eventos en los que el jefe de Estado brasileño compartió el podio con “desoccidentalizadores” como Vladimir Putin, Xi Jinping y Narendra Modi. En cuanto al “Estado-Civilización” que es la India de Modi y el BJP, no es sorprendente que Mignolo guarde silencio, al igual que sobre la Turquía de Recep Tayyip Erdoğan y el Irán de Khamenei y de los mulás. Cuando se menciona a estos últimos de pasada, la jerga de la decolonialidad *après* Mignolo se demuestra curiosamente equívoca y adquiere una ambigüedad reveladora:

“Las tendencias actuales en China, Rusia, India y Turquía de transformar el Estado-nación en Estado-Civilización revelan signos de restitución de lo que ha sido destituido. *No estoy diciendo que los Estados-Civilización vayan a ser “mejores” que los Estados-nación. Sólo digo que lo más probable es que lo sean*⁹³”.

El BRICS, para Mignolo, se convierte en el IRC (China, Rusia e Irán): los “tres pilares” de la desoccidentalización. Siglas como CRI y la omnipresente CMP, grandiosos marcadores de época como el “Tercer Nomos de la Tierra” y la propia decolonialidad, y sobre todo los prefijos adquieren un estatus particularmente significativo y exaltado en la jerga de la decolonialidad:

“El cambio de época [de la ‘occidentalización’ a la ‘desoccidentalización’ o ‘decolonialidad’] ya no puede captarse añadiendo el prefijo ‘pos’. El prefijo ‘pos’ es válido dentro de la reoccidentalización, la contrarreforma que pretende mantener los privilegios contruidos a lo largo de quinientos años de occidentalización, pero carece de sentido para la desoccidentalización y la decolonialidad. El prefijo ‘de’ entra en campo, descomponiendo la universalidad y la totalidad occidentales en múltiples temporalidades, saberes y praxis de vida. El prefijo ‘de’ significa que desobedeces y te desligas de la creencia en la universalidad y la unipolaridad; tomas lo que necesitas para restituir lo que ha sido destituido y que es relevante para el surgimiento de la multipolaridad en las relaciones interestatales y la *pluriversalidad*⁹⁴”.

⁹² Mignolo, *The Politics of Decolonial Investigations* (p. 294-295, 2021).

⁹³ Mignolo, *The Politics of Decolonial Investigations* (xi-xii, 2021). Énfasis agregado.

⁹⁴ Mignolo, *The Politics of Decolonial Investigations* (xi, 2021).

¡Olvídese ya de lo *poscolonial*! El “de” de lo decolonial, tan celoso como el dios del Antiguo Testamento, no tendrá ningún otro prefijo delante de sí. “Multipolaridad” y “pluriversalidad” también son fijaciones léxicas continuamente evocadas en la jerga de la decolonialidad con estampa de Mignolo. Entre otras se incluyen la “destitución”, la “restitución”, lo “gnoseológico” (evidentemente sustituyendo y reemplazando a un “epistemológico” sospechado de un grado insuficiente de decolonialidad), y el “estesis” o lo “estésico”, conjurando aquí una estética descolonizada.

Pero el rasgo más revelador de la jerga de la decolonialidad tiene que ser la manera pretenciosa y pontificante del PDCI de sermonear al lector sobre el significado genuino y pleno —epocal, escatológico y rayando en lo cósmico— de nada más que un cambio de prefijos. Tales extremos de fanfarronería y exhibición retóricas trae a la memoria *La jerga de la autenticidad*, la mordaz y aún oportuna exposición crítica de Theodor W. Adorno sobre la degeneración del lenguaje en la filosofía existencialista alemana de Martin Heidegger y Karl Jaspers, descrita por Adorno en un momento dado como una jerga en que “las palabras individuales se cargan a expensas de la frase, del juicio, del pensamiento”⁹⁵. Dejando a un lado la cuestión de si, a nivel de la frase o la proposición, en la PDCI y en la jerga mignoliana de la decolonialidad como tal aún queda mucho (si es que queda algo) de un supuesto “pensamiento” aún disponible para ser sacrificado al culto gravitacional de las palabras individuales, Mignolo hace balancear aquí el futuro mismo de la humanidad sobre unas variables al nivel lingüísticamente subatómico: en la diferencia entre el “de” y el “pos”.

III

Tras un contacto más prolongado con la jerga de la decolonialidad, el “de” de lo “decolonial” empieza, irónicamente, a parecer más apropiado: en vez de significar, como evidentemente pretende, el eliminar o el hacer retroceder al colonialismo como hecho en sí, lo que logra a fin de cuentas es el borrar del propio concepto del colonialismo cualquier referente histórico. Después de todo, ¿por qué hay tan poco en PDCI —y en general en todos los mamotretos decoloniales de Mignolo— sobre los propios hechos particulares del colonialismo, sobre su base y sus condiciones materiales, para no mencionar los prácticamente inagotables detalles actuales de su historiografía, de la cual los movimientos anticoloniales no son una

⁹⁵En el alemán original: “ob die einzelnen Worte aufgeladen werden auf Kosten von Satz, Urteil, Gedachtem. [Nota del editor:] Traducción hecha por el autor, Neil Larsen.

excepción?⁹⁶ Sean cuales fueren las razones más profundas, este déficit empírico es un factor clave, tanto para la crítica como para el desciframiento de la jerga de la decolonialidad, casi como si sus extravagancias y redundancias terminológicas y su arrogancia retórica fueran una compensación irónica de un vacío histórico subyacen.

Este vacío histórico también reflejará, sin duda, el ámbito típicamente contemporáneo y cosmopolita de los llamamientos cotidianos y más inmediatos a la “descolonización”. Aunque, como eslogan, este último no ignora necesariamente el impacto histórico del colonialismo en las cuestiones de la injusticia racial actual ni en el luchar contra las barreras establecidas por el privilegio nacional-imperial, incluso las demandas más prácticas y comprometidas para la descolonización no suelen ir más allá de los límites de la política de identidad y de su telón de fondo intelectual convencional, el culturalismo.

El culturalismo consiste, en pocas palabras, en la teoría de que son las identidades y diferencias culturales y étnicas que en última instancia explican el mundo. En consecuencia, la causa de la emancipación social pasa a estar definida y determinada por —si no reducida a— la lucha contra los mitos de inferioridad y superioridad etnocultural que subyacen a un *status quo* opresivo. Mignolo y la jerga de la decolonialidad no son excepciones con respecto a esto: es el culturalismo, así entendido, lo que constituye el horizonte omnipresente que delimita lo que puede y no puede decirse y pensarse en obras como PDCI y en los voluminosos escritos de Mignolo que la precedieron, remontándose al menos hasta *Local Histories/Global Designs*, de 2000. Así, aunque superficialmente pueda parecer que una obra como PDCI se ocupa de la historia en su realidad y complejidad objetivas, su alcance y su compromiso práctico históricos son, de hecho, muy limitados y superficiales. Aunque hace repetidas invocaciones generales y amplias de la época, a partir de finales del siglo XV, de la conquista y colonización europea y occidental del mundo, esta única referencia histórica muy general (con excepciones menores e incidentales) es el único indicio del interés o compromiso de Mignolo por historizar la decolonialidad. No tiene mucho sentido explorar la base material-histórica más profunda del colonialismo si, como afirma Mignolo, lo “real” en sí mismo no es más que “una proyección epistémica” o si “la gobernanza y la economía” no son más que “fabricaciones epistémicas”⁹⁷. El PDCI siempre se apresura a proclamar el amanecer histórico, por más asediado que esté, de una nueva era desoccidentalizada o de un “Tercer Nomos de la Tierra”, pero

⁹⁶ Hay poco que decir sobre el precursor inmediato de PDCI, *On Decoloniality*, publicado en 2018. Aparte de estar coescrito por Mignolo y su colaboradora ocasional, Catherine E. Walsh, y de su título tipo manifiesto, bien podría haber sido incluido como uno o dos capítulos adicionales en la colección más extensa que le siguió en 2021.

⁹⁷ Mignolo, *The Politics of Decolonial Investigations* (xvii, p. 49, 2021).

categorías claves como la matriz colonial del poder (CMP) y la propia decolonialidad quedan como absolutos suprahistóricos dotados de orígenes casi míticos y más allá de la historización. Suscribirse a la teoría decolonial según Mignolo es renunciar a cualquier noción de que los factores materiales y sociales que condicionan la formación tanto como la incidencia histórica de absolutos como “Occidente”, “desoccidentalización” y “decolonialidad” puedan ser investigados y especificados en su determinación histórica.

Tal *status quo* resulta bastante sorprendente y escandaloso al tratarse de una obra, cualquiera que sea, que pretenda dedicarse a fenómenos tan quintaesencialmente históricos como son el colonialismo, el anticolonialismo y la descolonización. Esto plantea, entre otras, la cuestión —que se abordará en la cuarta y última sección de esta reseña— de cómo es posible que una “teoría” relativa al colonialismo, pero prácticamente desprovista de referencias históricas detalladas y de cualquier compromiso intelectual con las luchas contemporáneas contra el neocolonialismo y el imperialismo, pueda atraer a tantos conversos “decoloniales” como evidentemente lo ha hecho. Pero se desprende, lógica e inevitablemente, del fundamental y desastroso error categorial al que los culturalismos como el de Mignolo están irremediabilmente condenados en cuanto se aventuran en un terreno que invita o requiere una explicación histórica. La cultura y la etnicidad son, necesaria y categóricamente, *explanandum* —lo que debe ser explicado— antes de poder convertirse en *explanans*, es decir, categorías capaces de explicar cualquier otra cosa. Y, en última instancia, solo la historia —un universal que se resiste y rehúsa a la culturalización— condiciona y hace posible esta función localmente explicativa. El culturalismo de Mignolo reduce inevitablemente la categoría de lo universal en sí (de ahí también la historia) a la condición de artefacto, si no artificio, de una cultura particular, la de Europa y Occidente. Pero si, en virtud de su pretendido origen cultural, hubiera que eliminar realmente todos los universales, el resultado sería la parálisis cognitiva. No se puede pensar, teorizar o criticar sin la categoría de lo universal, como tampoco se puede sin la de lo particular. Una universalidad proscrita simplemente vuelve a entrar en la jerga de la decolonialidad por la puerta de atrás como, por ejemplo, desoccidentalización, decolonialidad propiamente dicha o la “pluriversalidad”. ¿Por qué no tomar el paso siguiente y exigir la “pluriuniversalidad”?

De tal falacia se derivan implicaciones aún más siniestras. Al rechazar por eurocéntricas y occidentalizadas todas las pretensiones de universalidad, Mignolo despeja en PDCI el camino para el reingreso subrepticio de otros universales, apenas disfrazados, mucho más insidiosos que autoparodias tales como la pluriversalidad, siempre que tengan la coartada de ser antioccidentales. De hecho, la defensa explícita que hace Mignolo de los “Estados-Civilización” antioccidentales de China, Rusia e Irán pone al descubierto un flagrante coqueteo decolonial con

la autocracia y los chovinismos de gran nación. Esto queda más claro en el apoyo abierto, explícito y frecuentemente reiterado del PDCI a la China de Xi Jinping y al supuesto desafío prestado por ella a la reoccidentalización. Porque, aunque “la decolonialidad no es”, y “no puede ser”, “una tarea dirigida por el Estado”, “la desoccidentalización... solo puede ser impulsada por un Estado fuerte que sea económica y financieramente sólido. Por eso China lidera esta trayectoria”⁹⁸. Tras un inusitado guiño condescendiente y desdeñoso a Mao Zedong (una presencia claramente incómoda y efectivamente prescindible dentro del escenario decolonial), Mignolo le atribuye a Deng Xiaoping el haber desvinculado a China de los dictámenes occidentales, y lo celebra por supuestamente haber desacoplado el capitalismo chino del liberalismo y del neoliberalismo⁹⁹. “Capitalismo con características chinas”, observa Mignolo, “así era el comentario sarcástico en los medios de comunicación occidentales. Y de hecho lo era y lo es. Y cabría preguntarse: ¿qué hay de malo en ello?”¹⁰⁰. A riesgo de pecar contra la decolonialidad, a uno tal vez se le ocurrirá preguntar, junto con el número evidentemente creciente de jóvenes trabajadores chinos que se adhieren a la filosofía del “tang ping” y optan por “estar tirados” en lugar de trabajar interminables horas solo para, en el mejor de los casos, permanecer en su sitio, si lo que hay de malo en ello no es, precisamente, el capitalismo como tal.¹⁰¹ Pero las simpatías y la admiración de Mignolo por Deng Xiaoping, Xi Jinping y las altas esferas del Estado-Civilización chino no parecen extenderse a los propios trabajadores chinos de base. La clara tendencia de Mignolo a subordinar la contradicción de clase a cuestiones de jerarquía y diferencia cultural y étnica —cuando no a ignorar la clase por completo— no puede ocultar un respaldo decolonial de facto a las actuales políticas de la clase capitalista dominante, siempre que puedan identificarse como “desoccidentalizadoras”.

Mientras tanto, Mignolo descarta sin más a la antigua Unión Soviética y, con ella, a toda una época de la historia del anticolonialismo y el antiimperialismo de enorme y prácticamente incalculable importancia. En el PDCI no hay ni una palabra sobre la contribución soviética hasta al menos la década de 1970 —contribución ciertamente ambigua y sobredeterminada por la Guerra Fría— al avance de unas luchas anticoloniales y antiimperialistas sin precedentes, incluidas las de la propia República Popular de China, junto con las de Cuba, Vietnam y Angola, entre otras. La URSS fue, según el PDCI:

⁹⁸ Mignolo, *The Politics of Decolonial Investigations* (xi, 2021).

⁹⁹ Mignolo, *The Politics of Decolonial Investigations* (p. 19, 2021).

¹⁰⁰ Mignolo, *The Politics of Decolonial Investigations* (p. 19, 2021). La tendencia a balbucear incongruencias tipo *non sequitur* es plenamente característica de la jerga decolonial.

¹⁰¹ Véase Meagan Day, *China's Downwardly Mobile Millennials Are Throwing in the Towel*, en la revista *Jacobin*, 25 de junio, 2021.

“una forma fallida de hacer frente a la diferencia imperial, porque actuaba sobre la base de un sistema de ideas occidental que no se correspondía con la historia local rusa ni surgía de ella. Lo que era local era la rabia y la ira contra el zarismo ruso. Pero el instrumento, en este caso el comunismo, era prestado”¹⁰².

Ningún paneslavista, incluido el propio Putin, lo habría expresado de otro modo. Que el liberalismo y el marxismo, los “herederos de la Ilustración”, no pudieran asumir ni asumieran una forma local rusa debe resultar chocante para cualquier historiador serio y acreditado de la Rusia de los siglos XVIII, XIX y principios del XX. Aplicando los criterios de una ideología tan descaradamente culturalista —de hecho, orientalista— uno se pregunta cómo clasificaría Mignolo a figuras históricas y culturales rusas presoviéticas como los zares Pedro o Catalina la Grande, Alejandro Pushkin, Iván Turguéniev o Nikolái Chernyshevski. ¿Eran aquellos rusos occidentales o eran rusos locales? ¿Y qué hay de los millones de súbditos imperiales de la Rusia presoviética zarista que no eran rusos étnicos ni hablaban exclusiva o principalmente ruso? ¿Están, por tanto, fuera de la historia rusa? Es posible, claro, que Putin y sus seguidores (¿algunos de ellos “decoloniales”?) prefieran ver las cosas de este modo¹⁰³.

IV

Estudiantes de historia instruidos por la obra de Karl Marx, así como por el vasto acervo de historiografía, ciencias sociales y filosofía que Marx ha contribuido a generar y dar forma, habrán aprendido hace tiempo a contrarrestar las falacias del antiuniversalismo culturalista. Pero para destacar aquí, resumidamente, las ideas básicas: el capitalismo como modo de producción encontró en Europa la cuna de un nacimiento *histórico*, no el locus de una mítica partenogénesis etnocultural. La formación social capitalista, conocida alguna vez popularmente como sociedad burguesa, intenta, al principio con relativo éxito, proyectar los intereses de la

¹⁰² Mignolo, *The Politics of Decolonial Investigations* (p. 49, 2021).

¹⁰³ Para una refutación cuidadosa y contundente de la falsa oposición entre lo local y lo universal, véase, en particular *The World in a Grain of Sand: Postcolonial Literature and Radical Universalism*, de Nivedita Majumdar. (p. 19, 2021): “Los conceptos erróneos de la teoría poscolonial derivan de un repertorio conceptual y normativo empobrecido, en el que el localismo y el universalismo no son meramente las únicas alternativas, sino que también son mutuamente excluyentes. Esto nos deja con un localismo exótico y esencializado y un universalismo eurocéntrico como únicas opciones. Sostengo que el rechazo de las teorías eurocéntricas puede complementarse con la adopción de otra forma de universalismo más rica y no provinciana”. Lo mismo ocurre con la decolonialidad. [Nota del editor:] La traducción es del autor, Neil Larsen.

clase dominante como universales, como idénticos a los intereses de la sociedad en su conjunto. Sin embargo, no pasa mucho tiempo antes de que esta pretensión de universalidad sea contestada desde las filas de la masa de la humanidad oprimida y explotada por el capitalismo, incluidas las víctimas de sus intervenciones coloniales e imperiales y de sus violentas confiscaciones e invasiones territoriales. Y frente a la universalidad de la burguesía —cada vez menos creíble a medida que el capitalismo y sus intereses de clase se vuelven más abiertamente represivos— surge la reivindicación opuesta de una universalidad propugnada por el socialismo y el comunismo revolucionarios, la universalidad internacional y social de una anhelada sociedad sin clases.

A la jerga ortodoxa de la decolonialidad, esto tal vez no le parezca más que una “restitución” eurocéntrica del privilegio occidental y de la mentada matriz colonial de poder. Sin embargo, no habrá nada exageradamente “colonizador” en ello. Y cuesta creer que una voluntad más amplia a favor de “descolonizar” las instituciones cosmopolitas contemporáneas o incluso el apoyo a una decolonialidad más genérica, inspirados en las ideas de Mignolo, opte por trazar precisamente aquí sus líneas de batalla anti-universalistas. A pesar de su culturalismo de piloto automático y del pregón de la “pluriversalidad”, la teoría decolonial de Mignolo, por regla general, parece vacilar a la hora de representar un capitalismo evidentemente global en términos estrictamente culturales o de declararlo una mera “proyección epistémica”. Exceptuando los casos menos manifiestos en los que su impronta ideológica afirmativa puede infiltrarse disfrazada de la “desoccidentalización” o de unos “Estados-Civilización” (véase de nuevo el apoyo indirecto de Mignolo al “capitalismo con características chinas”), el capitalismo como tal queda, en última instancia y de forma efectiva, fuera de la visión general implícita en la *PDCI* y la jerga de la decolonialidad¹⁰⁴. En la medida en que el capitalismo

¹⁰⁴ Mignolo dedica algo de espacio a lo que denomina “capitalismo” en la extensa introducción a *PDCI*. Este último (caracterizado, no sin razón, como “vivir para trabajar”) figura aquí como uno de los cuatro “dominios” —los otros son “conocimiento/compreensión”, “humano/humanidad” y “gobernanza”— en un diagrama que representa el CMP (p. 40). En el centro se encuentra “enunciación/epistemología/constitución” lo que vuelve a atestiguar la reducción que hace Mignolo de todos estos compartimentos de la realidad al estatus de “proyecciones epistémicas”. Así, se nos dice que “la economía (entendida aquí como *colonialidad económica o capitalismo*) no puede cambiar si los actores que dirigen las instituciones no cambian sus supuestos, convicciones y creencias en cuanto a la orientación de sus deseos hacia el bienestar de la humanidad en general y en armonía con la Tierra viva” (p. 41, énfasis agregado). Uno podría sentirse tentado a descartar estas ideas como ilusiones ingenuas, hasta que queda claro que el *PDCI* efectivamente atribuye esa “reorientación” al capitalismo “desoccidentalizador” promulgado, según Mignolo, por personajes como Lee Kuan Yew, de Singapur, y Deng Xiaoping, de China. Este último “desvinculó el capitalismo del liberalismo y el neoliberalismo y lo usurpó para promover la liberación desoccidentalizada” (p. 19). Redefinido como

se acerca al punto de desaparición dentro de la visión del mundo de la decolonialidad, también tiende a desaparecer, en consecuencia, el marxismo, entendido aquí como la teoría y la crítica más sistemática y radical del capitalismo. Y a medida que este último, como algo más que una caricatura hiperabstracta, se pierde de vista, se borra con él cualquier concepción rigurosa del anticapitalismo o de una sociedad poscapitalista liberada en tanto que principios universales plenamente históricos y concretos.

Un factor menos obvio pero no menos crucial que hay que recordar aquí, sin embargo, es que la forma de sociedad a la que da lugar el capitalismo moderno, una formación social mediada y “sintetizada” (para utilizar el término de Alfred Sohn-Rethel) por las relaciones inscritas en la abstracción real de la mercancía o forma-valor, aparece necesariamente para los individuos que la componen como algo abstracto en sí misma y, en consecuencia, universal en contraste con todas las formas anteriores de sociedad. Ésta es una de las ramificaciones del fenómeno bien conocido, pero a menudo mal comprendido, del fetichismo (la “objetividad fantasmal”) de las mercancías, descubierto por primera vez por Marx y sistemáticamente teorizado en *El capital*. Una sociedad “sintetizada” por la producción y el intercambio de mercancías —por las relaciones sociales inscritas en el valor— adopta una forma a la vez abstracta y enajenada, que parece existir solo (según la expresión de Marx) “a espaldas” de quienes la componen. Europa, inicialmente en su zona occidental y septentrional, resulta ser de nuevo el lugar donde esta forma de sociedad emerge plenamente por primera vez. Pero a diferencia de una universalidad que puede atribuirse y reducirse a la inmediatez sociológica de la ideología burguesa y, por tanto, desenmascararse con relativa facilidad, la universalidad ajena y de nivel estructural profundo de la sociedad mediada por la mercancía no puede ser ni puesta al descubierto ni desmentida tan fácilmente. De hecho, no es, en un plano ideológico más inmediato, un falso universal, sino más bien una forma de falsa conciencia socialmente necesaria¹⁰⁵. Para que la falsedad de lo que aparenta ser su universalidad quede a la vista, las propias relaciones

“colonialidad económica”, el capitalismo ya está, en efecto, culturalizado. Y una vez culturalizado, solo hay un pequeño paso para su “usurpación” por parte de la política identitaria, ya sea, como en el PDCI, en una variante “desoccidentalizada”, o, siguiendo la misma lógica, en variantes más explícitas y notoriamente siniestras. La jerga de la descolonialidad puede quedarse muy lejos de tales extremos, pero no se puede evitar pensar aquí, por ejemplo, en la política identitaria del nacionalsocialismo alemán, con su mitología de un capital nacional-industrial “bueno” y “ario” frente a un capital financiero internacional “malo” y “judío”.

¹⁰⁵ También tomo el concepto de falsa conciencia necesaria de Sohn-Rethel. Véase *Necessary False Consciousness*, de Alfred Sohn-Rethel en *Intellectual and Manual Labour: A Critique of Epistemology* (p. 160-163, 2020).

sociales de la producción de mercancías deberán entrar en crisis y luego elevarse al nivel de la conciencia teórica y social.

Entonces, ¿no valdría la pena considerar si la prohibición de lo universal junto con su reducción dogmática a un “eurocentrismo” pseudo o ahistórico, ambas exigidas por la decolonialidad, no serían en sí mismas sintomáticas de lo que necesariamente parece ser la persistente opacidad teórica e intelectual de la falsa universalidad social del capitalismo en el mencionado plano estructural profundo? Esto podría al menos ayudar a explicar, aunque sea hipotéticamente, el atractivo nada desdeñable de Mignolo y de la jerga de la decolonialidad entre intelectuales y académicos, muchos de ellos evidentemente relativamente jóvenes, de tendencia progresista y oriundos de (a la vez que identificados con) regiones del Sur Global poscolonial. A falta de aportaciones estadísticas y empíricas fuera del alcance de esta reseña y tal vez imposibles de obtener, no podemos estar seguros de ello. Pero ninguna crítica de Mignolo y de la decolonialidad, sobre todo teniendo en cuenta la completa banalidad de su jerga, podría considerarse completa en última instancia sin algún intento de dar cuenta, como mínimo, del desconcertante hecho de su relativa popularidad.

Consideremos, además, que en la coyuntura que se remonta al cambio de milenio - la misma que ha visto la publicación de las principales obras de Mignolo y su ascenso a prominencia intelectual -, los universalismos vulgares y abiertamente ideológicos que reivindican el manto de la civilización burguesa “occidental” se exponen cada vez más fácilmente como los particularismos chovinistas que son y, por tanto, a pesar de sus crecientes bases “populistas” de apoyo, se desacreditan intelectualmente con mayor facilidad. Piénsese, por ejemplo, en los manifiestos al estilo de Samuel Huntington que proclaman el “choque de civilizaciones” o, de forma aún más descarada y actual, en los idilios distópicos, supremacistas blancos y a menudo nacionalistas cristianos de los “populismos” de extrema derecha actuales de Donald Trump, Viktor Orbán, Jair Bolsonaro, Marine Le Pen y Javier Milei. Su capacidad para ganar un número de adeptos aparentemente mayor que desde hace 30, 20 o incluso 10 años se produce a costa de una creciente polarización social que también aumenta el número de sus antagonistas. Pero esto ocurre incluso mientras la verdad social e histórica de la “real” abstracción capitalista de la mercancía y la correspondiente forma de universalidad, ideológicamente más hermética, sigue siendo comparativamente más resistente al desenmascaramiento consciente y secular. Es decir, las reivindicaciones étnicas y culturales de universalidad se exponen más fácilmente como falsas y perniciosas, pero su fuente subyacente —la universalidad sociohistórica, estructural a la vez que alienada que es propia del capitalismo— vuela por debajo del radar del culturalismo, por así decirlo. El efecto se hace cada vez más transparente, mientras que la causa,

culturalmente invisible pero históricamente contingente y, por tanto, no menos ideológica, a fin de cuentas, permanece oscura.

Pero detrás de la popularidad evidente, y posiblemente aún creciente, de Mignolo y de la decolonialidad está sin duda la realidad concreta del desarrollo desigual y combinado tal y como se experimenta en el Sur Global contemporáneo y su diáspora metropolitana. Como no dejaron de observar en su momento el recién fallecido Aijaz Ahmad y otros críticos marxistas que desde el principio se opusieron a sus tendencias posestructuralistas, centradas en el discurso y deshistorizantes, el auge de la teoría poscolonial, al menos en una primera iteración consagrada en las obras de Said, Gayatri Spivak y Homi K. Bhabha, fue claramente paralelo a la crisis y el colapso efectivo de lo que aún quedaba de los movimientos anticoloniales de liberación nacional que se habían catalizado al final de la Segunda Guerra Mundial¹⁰⁶. Se trataba de un punto de inflexión que Ahmad denominó memorablemente “el final de la era de Bandung”, un punto final histórico que relacionó perspicazmente con el triunfo de la facción islamista antisecular y antimarxista en la revolución iraní de 1979. El colapso del bloque socialista del Este y de la propia URSS un poco más de una década después —y la crisis y el eventual debilitamiento de las insurgencias y revoluciones antiimperialistas centroamericanas en El Salvador y Nicaragua durante la misma década posterior— no hicieron sino reforzar las tendencias culturalistas y antiuniversalistas del poscolonialismo, sobre todo en el impacto de este último en el latinoamericanismo y en la crítica y teoría literaria y cultural latinoamericanas.

En las aproximadamente tres décadas transcurridas desde entonces, puede decirse que la resistencia a la dominación imperial y neocolonial en el Sur Global ha tenido altibajos. Así lo atestiguaba la llamada “marea rosa” en muchas partes de América Latina, desde el ascenso del Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil, especialmente después de 2002, y algunas tendencias electorales más recientes, aunque volátiles y también rápidamente reversibles, favorables a la izquierda parlamentaria y socialdemócrata en Bolivia, Honduras, Perú, Chile y Colombia¹⁰⁷. Pero todo indica que el final de la era de Bandung y sus efectos colaterales siguen produciéndose en todo el Sur Global de forma implacable y

¹⁰⁶ Véase especialmente la obra fundamental de Ahmad, *In Theory: Nations, Classes, Literatures* (Londres: Verso, 1992). Véase también, entre otros, mi propia crítica de la teoría poscolonial, en gran parte inspirada en la obra de Ahmad, en *Determinations: Essays on Theory, Narrative and Nation in the Americas* (Londres: Verso, 2001).

¹⁰⁷ El ascenso del PT fue seguido, por supuesto, por un declive no menos precipitado con la destitución de Dilma Rousseff en 2016, el encarcelamiento temporal de Lula en 2018 y la elección de Bolsonaro más tarde ese mismo año. La posibilidad real, en el momento de redactar este artículo de que Lula vuelva al poder con las elecciones nacionales de octubre de 2022 (hecho consumado) no supondrá, según asimismo parece (y de hecho se ha mostrado como) seguro, el retorno de las reformas socialdemócratas

agonizante. Tampoco puede decirse precisamente que haya prosperado el imperialismo (por lo menos si se considera sinónimo de la superpotencia estadounidense) o el propio capitalismo global. Aunque salpicada por actos manifiestos de violenta agresión de la superpotencia imperial, entre los que destacan la desastrosa invasión estadounidense de Irak y el abyecto fracaso de su guerra de veinte años en Afganistán, la prolongada crisis del antiimperialismo del Tercer Mundo de los últimos treinta años, a pesar de una breve oleada de triunfalismo occidental del “fin de la Guerra Fría” tras la desaparición del socialismo de Estado soviético y del bloque soviético, no se ha traducido en un repunte correspondiente de las fortunas imperiales de los antiguos colonialistas y neocolonialistas del mundo. Si, a finales del decenio 1979-89/91, el colapso de la fase heroica del liberacionismo nacional del Tercer Mundo ya era un hecho que había empezado a resonar en la forma de un culturalismo influenciado por la alta teoría del poscolonialismo, algo de memoria histórica y conciencia de, digamos, la fase de exitosa resistencia antiimperial de la Cuba revolucionaria que comenzó a principios de la década de 1960 o la victoria final del Vietnam insurgente frente a la maquinaria bélica estadounidense en 1975 persistían claramente, incluso entre los menos escépticos de la subversión “epistémica” del poscolonialismo. Y Centroamérica, mientras tanto, pareció durante un tiempo, a finales de los años 1970 y en los 1980, preparada para ampliar esas victorias, aportando, como mínimo, una multitud de testigos y mártires a la causa del antiimperialismo revolucionario, desde Óscar Romero a Rigoberta Menchú.

Pero, aparte de las referencias al zapatismo, dispersas y en gran medida motivadas por razones étnicas, es en vano buscar en las páginas de PDCI o en las muchas otras obras de Mignolo alguna indicación de que esta historia existió o que sigue importando, aunque solo sea para diagnosticar las razones de su decadencia, y mucho menos para especular sobre las perspectivas de su redención en un futuro que todavía solo es perceptible de forma tenue o parcial. El propio Mignolo ha vivido lo suficiente como para saber lo que ha quedado oculto aquí, pero para muchos de sus seguidores, esto parece mucho menos probable. ¿Qué puede significar siquiera el final de Bandung para esos descolonizadores, para quienes el hecho de que alguna vez *comenzara* sigue siendo nebuloso en el mejor de los casos?

Puede que el apoyo generalizado al antirracismo y a la eliminación del supremacismo blanco y del sesgo eurocéntrico de las instituciones sociales y culturales contemporáneas, expresado en los eslóganes y reivindicaciones del decolonialismo, opere dentro de las limitaciones de esta misma conciencia histórica severamente mermada. Esto, *per se*, no le quita nada a lo que es a menudo la

aplicadas por el Partido de los Trabajadores antes del colapso del auge de las exportaciones de materias primas de Brasil en 2014.

justicia y la urgencia de muchos de esos eslóganes y campañas. Incluso si, por ejemplo, los llamamientos a descolonizar las galerías de arte o el hipsterismo no pueden o no quieren conectar esos objetivos (*circa* 2021) con los recientes bombardeos asesinos saudíes, respaldados y armados por Estados Unidos, contra miles de civiles yemeníes —para no hablar del genocidio atroz del pueblo palestino de Gaza, *circa* 2023-2025, a manos del gobierno israelí de Netanyahu— o, más ampliamente, con la pobreza masiva y catastrófica y las amenazas a la propia supervivencia humana en todo el Sur Global, impuestas por la división internacional del trabajo del capitalismo, eso al menos no se traduce automática o necesariamente en el apoyo explícito de Mignolo a la autocracia antioccidental. Cuanto más limitadas y localizadas sean esas campañas y reivindicaciones —es decir, cuanto menos universales—, menor será el riesgo de que se transformen en la decolonialidad avalada por Mignolo.

Pero una vez que la voluntad o incluso la mera tentación de teorizar entra en la pelea, la categoría de lo universal entra también. Lo hace por necesidad, aunque parezca desacreditada y desfavorecida por la realidad coyuntural imperante. Como hemos visto en el caso de Mignolo y la jerga de la decolonialidad, la prohibición de los universales, por fidelidad dogmática a cualquier condición imaginada de santidad o alteridad cultural o étnica, conduce, en el mejor de los casos, a las autoparodias y lo grotesco del “de”, vencedor del “pos” y *rex regum* entre los prefijos. Como demuestra el PDCI, la prohibición culturalista de los universales por ser alegadamente eurocentristas *a priori* se transforma fácilmente en el culto represivo y subrepticamente universalizador de las autocracias desoccidentalizantes. Estas últimas terminan siendo preferibles para Mignolo como los únicos aliados posibles o coherentes de una decolonialidad que ha abjurado no solo del liberalismo y el marxismo como “herederos de la Ilustración”, sino evidentemente de la propia democracia. Pero, ¿cuán lejos está finalmente una decolonialidad obsesionada con una hostilidad maniquea hacia Occidente de los populismos autoritarios y de derecha que actualmente ascienden por toda Europa, por no decir Norteamérica? A pesar de la característicamente pomposa afirmación de Mignolo, a menudo e irreflexivamente repetida en sus escritos y en numerosas entrevistas, de que Occidente termina al Este de Jerusalén, se trata de un término notoriamente relativo y elástico, tan fácil y prontamente denunciado en un momento como invocado en otro. El húngaro Orbán, el eslovaco Fico, el holandés Wilders o la alemana neonazi Weidel podrían muy bien expresar su lealtad a los valores occidentales-cristianos supuestamente amenazados por la inmigración no europea (no blanca) y, al momento siguiente, denunciar la política occidental-liberal de la Unión Europea, ostensiblemente más tolerante con la inmigración. “Occidente” está al Oeste de cualquier “Oriente” etnoculturalista y criptouniversal proclamado y necesitado por el dogma decolonial. Y,

mutatis mutandis, lo mismo se aplica al Este, ¿o deberíamos decir al “des-Oeste”? Uno se pregunta, dados los recientes acontecimientos en la guerra entre Rusia y Ucrania, dónde situaría Mignolo a esta última en el mapamundi ¿Este/Oeste de la decolonialidad?

Parece razonable concluir que algunos, quizá muchos, entre los entusiastas de Mignolo y la decolonialidad, no permitirán, al final, que su entusiasmo les lleve a los extremos perversos y francamente reaccionarios abiertamente exhibidos en PDCI. Eso por lo menos sirve de consuelo. Pero, mientras no se cuestione y derribe la prohibición culturalista pronunciada contra los universales por la teoría decolonial, las raíces materiales del colonialismo y del imperialismo no podrán remontarse histórica y socialmente hasta su última y única fuente: el capitalismo. Y mientras la precondition para derrocar y trascender el colonialismo y el imperialismo y para la eventual liberación de sus víctimas —para *nuestra* liberación— no se entienda conscientemente como el universal social de una sociedad poscapitalista y sin clases que haya trascendido la dominación de la forma-mercancía —el universal del *comunismo*, precisamente en este sentido—, la “decolonialidad” sigue siendo, en el mejor de los casos, un ejercicio fútil, una desviación y un callejón sin salida.

Desgraciadamente, poco o nada de esto parece penetrar en el pensamiento de los que terminan seducidos y atrapados por la jerga de la decolonialidad. Sería difícil imaginar un aparato lingüístico y cognitivo mejor diseñado para cegar al lector ante este plano de la realidad social e histórica que el que se exhibe en el PDCI, aunque parece poseer poca conciencia de lo que oscurece.

Como escribió Adorno en una nota del autor de 1967, agregada a *La jerga de la autenticidad* (1964), aquí con un optimismo tal vez poco característico:

“Por muy irresistible que parezca la jerga en la Alemania actual, es tan endeble y frágil que, en cuanto se reconoce, se convierte en ideología.[...] Si la jerga es una forma contemporánea de la no-verdad [*Unwahrheit*] en la Alemania contemporánea, entonces en su negación determinada podría encontrarse una verdad que se resiste a su formulación positiva¹⁰⁸”.

¹⁰⁸ T. W. Adorno, *Jargon der Eigentlichkeit: zur Deutsche Ideologie*, (Frankfurt: Suhrkamp, p. 127, 1997). En alemán: “So unwiderstehlich der Jargon im gegenwärtigen Deutschland scheint, so dünn und anfällig ist er; daß er sich selbst zur Ideologie wurde, sprengt sie, sobald es erkannt wird. [...] Ist der Jargon eine zeitgemäße Gestalt der Unwahrheit im jüngsten Deutschland, dann könnte an seiner bestimmten Negation eine Wahrheit erfahren werden, die gegen ihre positive Formulierung sich sträubt”. [Nota del editor:] Traducción realizada por Niel Larsen.

Uno vacila frente a la idea de concederle a la jerga de la decolonialidad algo como la “forma contemporánea de la no-verdad” en la Norteamérica actual, y mucho menos en Latinoamérica; aunque, como variante o subconjunto del antiuniversalismo culturalista, la decolonialidad, entre muchas formas de no-verdad, bien puede ser una de ellas. Pero quizá su completa opacidad en relación con cualquier cosa que se parezca a la realidad social o histórica pueda ser la gracia redentora negativa de la jerga de la decolonialidad: lo más parecido que hay a su negación determinada. Eso y, para intentar ser optimistas al respecto, el hecho de que la jerga en obras como PDCI llegue a ser tan flagrante y transparentemente vacía que, a pesar de su dimensión más siniestra y abiertamente reaccionaria, invite fácilmente a la parodia y a la risa.

AVANCE HACIA LA REGRESIÓN

PARA UNA CRÍTICA DEL NACIONALISMO DE IZQUIERDA¹⁰⁹

Norbert Trenkle

Traducción de Javier Blank

I

La crítica habitual al capitalismo culpa a la especulación en los mercados financieros por las crisis económicas de las últimas décadas y, especialmente, por la gran crisis financiera y económica de 2008 y sus catastróficas consecuencias sociales. Sin embargo, ese punto de vista está profundamente equivocado. No solo no reconoce las verdaderas causas de la crisis, sino que también es peligroso por sus consecuencias políticas. Se basa en la idea de que una economía que funciona bien en sí misma estaría siendo destruida por las acciones despiadadas de una pequeña oligarquía financiera mundial. Así, si esta camarilla fuera puesta en su lugar, preferentemente por un “hombre fuerte” que tomara medidas duras, el mundo volvería a estar en orden.

¹⁰⁹ Este texto fue publicado en 2017 y revisado para una traducción al español en julio de 2021. Desde entonces, Wagenknecht ha publicado un nuevo libro (Wagenknecht, 2021) en el que agudiza aún más sus posiciones de 2016. Por ejemplo, plantea un argumento clásico de la derecha y culpa a los inmigrantes de las precarias condiciones laborales en Alemania. Para una crítica de este nuevo libro, que no se analiza aquí, véase el texto de Julian Bierwirth, titulado *Lob der Normalität* (*Elogio de la normalidad*, 2021).

Este tipo de “crítica al capitalismo” puede encontrarse en todo el espectro político, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, y las consecuencias políticas que se extraen de ella son también en principio muy similares. Los críticos y críticas fantasean con la vuelta a una sociedad basada en el “trabajo honesto” y en la producción real de bienes, en la que se acaba con el poder de los bancos y el dinero vuelve a estar al servicio “de la economía real”. Esto va siempre asociado a la invocación al “pueblo”, imaginado como el colectivo de los defraudados y explotados. Las diversas variantes de este populismo se diferencian en el modo en que se interprete la comunidad imaginada del pueblo, en cómo se establece quién pertenece o no a ella, y en el modo en que se la invoca. Inmediatamente después del *crash* de 2008, diferentes variantes del populismo de izquierda cobraron cierta hegemonía en el discurso público. El más llamativo fue sin duda el eslogan del 99%, con el que el movimiento *Occupy*¹¹⁰ construyó un virtual enfrentamiento entre la gran masa de la población mundial y un pequeño grupo de élites globales de poder.

Hay que reconocer a *Occupy* por mantener este concepto de pueblo tan amplio y heterogéneo que en realidad se niega a sí mismo. Básicamente, solo sirvió como un gran Yo imaginario para una pequeña minoría de activistas metropolitanos que pretendía dotar erradamente a su crítica de las condiciones vigentes de una dimensión transnacional. Pero como, más allá del eslogan mediático del 99%, el movimiento *Occupy* no estaba en condiciones de ofrecer perspectivas políticas de largo alcance ni análisis teóricos, estaba llamado a desaparecer. Y, dado que no rompió con la referencia positiva al “pueblo” y su “crítica al capitalismo” nunca fue ni un milímetro más allá de la habitual personificación en los banqueros y especuladores, tampoco tenía nada sustancial con lo que hacer frente a los populistas de derecha, que desde entonces han ocupado cada vez más posiciones. La receta para el éxito de los populistas de derecha consiste en gran medida en que su concepto de pueblo se define de forma bastante clásica en términos de pertenencia a una nación concreta y, por lo tanto, está vinculado de forma bastante explícita con la exclusión racista. Su mensaje surte efecto porque, en la sociedad capitalista, la nación se presenta como una segunda naturaleza, así como el hecho de que las personas se relacionen entre sí a través de las mercancías, el dinero y el trabajo; la identificación con un “pueblo nacional” promete seguridad, especialmente en tiempos de crisis.

Lo peor es que una parte de la izquierda tradicional ha redescubierto ahora el nacionalismo y trata de combatir al populismo de derecha en su propio te-

¹¹⁰ [Nota del editor:] El movimiento *Occupy* realizó su primera aparición el año 2011, aunque sus orígenes se remontan a los años 2009 y 2010. Sus acciones consistían en ocupar espacios o instituciones públicas y privadas a lo largo de diversos países.

reno. Esto no es solo cálculo táctico, sino que remite, ante todo, a una comprensión reducida de la crítica del capitalismo en gran parte del marxismo tradicional; en segundo lugar, la referencia al “pueblo” siempre ha sido problemática en la izquierda, porque éste ha sido inadmisiblemente idealizado (algo que, como se sabe, se remonta a Rousseau). Esto da lugar a algunas similitudes fundamentales con la derecha nacionalista y populista que, sin embargo, tiende a dejarse fácilmente de lado.

El objetivo de este texto es rastrear estos puntos en común y arrojar luz sobre sus presupuestos teóricos. Lo haré utilizando el ejemplo de Sarah Wagenknecht, una de las figuras más influyentes del partido Die Linke en Alemania. Desde hace algunos años Wagenknecht sigue una línea abiertamente nacionalista de izquierda con la que, afortunadamente, aún no ha podido imponerse en todo el partido. Sin embargo, ejemplifica una fuerte tendencia en la izquierda tradicional, que encuentra su equivalente en muchos otros países europeos (Jeremy Corbyn, Jean-Luc Mélenchon, etc.).

Inicialmente seguiré la pista de los patrones ideológicos básicos de Wagenknecht a partir del libro *Riqueza sin codicia* (2016). A continuación, intentaré explicar por qué esta posición, que ya no tiene mucho que ver con una crítica radical del capitalismo y con la emancipación social, tiene sin embargo tanta popularidad en el discurso social actual¹¹¹.

II

Uno de los elementos centrales del nacionalismo de izquierda es la idea de una conspiración de las élites transnacionales contra la democracia y el Estado de bienestar, de la que a su vez se deriva la justificación de la defensa del Estado nación. Este es también el caso de Sarah Wagenknecht:

“La democracia y el Estado de bienestar fueron conquistados en el marco de los Estados nacionales y están desapareciendo con la pérdida de poder de sus par- la- mentos y gobiernos. No es casualidad que las instituciones de Bruselas hayan dege-

¹¹¹ Este texto fue publicado en alemán en 2017 y revisado para su publicación en *Constelaciones* en 2021. Sarah Wagenknecht era entonces la líder del grupo parlamentario del partido Die Linke y tenía gran influencia en el partido. Perdió este cargo en 2019 porque no pudo imponerse con sus posiciones. Sin embargo, permaneció en el partido y en el Bundestag y actualmente (2021) se presenta de nuevo como candidata principal en Renania del Norte-Westfalia, el Estado federado con más habitantes. Este año también ha publicado un nuevo libro (Wagenknecht, 2021) en el que ha agudizado aún más sus posiciones de 2016; por ejemplo, con un argumento clásico de la derecha culpa a los inmigrantes por la precariedad de las condiciones laborales en Alemania.

nerado en una ciénaga tecnocrática, opaca y más controlada que cualquier gobierno estatal por lobbies empresariales, en la que la inmensa mayoría de los europeos ha perdido toda confianza. [...] Por lo tanto, para el futuro cercano, existe sobre todo una instancia en la que puede vivir la verdadera democracia [...]: es el Estado históricamente constituido” (Wagenknecht, 2016a, p. 23 ss.).

Así, Wagenknecht legitima su proyecto de división nacionalista de Europa con una invocación a la democracia, que debe rescatarse de los estrategias neoliberales de la UE¹¹². Esta peligrosa nostalgia del Estado nación va acompañada de una glorificación de la “economía de mercado”, a la que se quiere liberar de los grilletes del “capitalismo”. Según su concepción, la economía de mercado es un orden social muy racional en el que las personas producen mercancías para intercambiarlas entre sí; hay una competencia leal, cada uno se mide por su desempeño, y de eso supuestamente resultaría lo mejor para la sociedad. Sin embargo, este orden está amenazado por el “capitalismo”, que se caracterizaría por la búsqueda despiadada de lucro y la pura codicia económica de una pequeña élite transnacional. Según Wagenknecht, en las últimas décadas esta élite habría conseguido imponer el “orden capitalista” a la gran mayoría de la población mundial y destruir, junto con la democracia, la “economía de mercado”. Por lo tanto, quien quiera salvar esta última debe fortalecer el Estado nación, porque solo él está en condiciones de poner en su sitio a este pequeño grupo de poderosos y de devolver sus derechos al pueblo “que trabaja honestamente”:

“Tanto en el discurso de izquierda como en el conservador el capitalismo suele equipararse a la economía de mercado. Eso es un error. La esencia del capitalismo no es que el intercambio esté mediado a través de los mercados, sino que las empresas sean meros objetos de inversión para valorizar el capital y generar beneficios. Más bien, el funcionamiento de los mercados y la auténtica competencia interfieren en la maximización de los beneficios, y por eso la tendencia es que unas pocas grandes empresas detenten un creciente dominio del mercado. Sin rodeos se podría decir: tenemos que salvar del capitalismo no sólo la democracia, sino también básicamente la economía de mercado” (Wagenknecht, 2016c).

¹¹² “Que tratados e instituciones europeas puedan ser un instrumento factible para comprometer la política de cada país, independientemente de sus resultados electorales, con una agenda procorporativa, era algo de lo que ya estaba convencido el neoliberal acérrimo Friedrich August von Hayek. Por esta razón defendió enfáticamente la idea de un Estado federal europeo que fuera superior a los Estados europeos individuales, no para conquistar la capacidad de elaborar políticas, sino para *impedir* la elaboración de políticas y, por lo tanto, la democracia” (Wagenknecht, 2016a, p. 25; en cursiva en el original).

Esta contraposición es totalmente ajena a una crítica de la economía política en la senda de Marx. Pues el mercado y el capital no son opuestos, sino que están necesariamente vinculados. El capital persigue el fin en sí mismo de la valorización del valor (por lo tanto, de la acumulación de capital) y para ello debe producir mercancías y lanzarlas al mercado para realizar el valor que se representa en ellas. Wagenknecht ignora estas ideas básicas de la teoría de Marx (a la que sin embargo se refiere de vez en cuando) y convierte el vínculo entre el mercado y el capital en dos polos opuestos identificados con el bien y el mal. Al mismo tiempo, personifica los imperativos objetivados de la valorización del capital y los atribuye a la existencia de un grupo particular de personas: los capitalistas. Entonces los contrasta con la figura del empresario, que aparentemente no está sujeto a los imperativos capitalistas y al que Wagenknecht describe de forma extremadamente positiva:

“Para un capitalista, una empresa no es más que un medio para valorizar el capital y obtener rédito. Al igual que la antigua aristocracia vive de la servidumbre de sus vasallos, el capitalista vive de las ganancias de su patrimonio, que en muchos casos simplemente ha heredado. Un empresario es alguien que construye y dirige una empresa, con sus propias ideas, potencia y creatividad. Toda economía racional necesita buenos empresarios, pero no necesita capitalistas” (Wagenknecht, 2016c).

Esta construcción de falsos pares de opuestos entre mercado y capital, o empresario y capitalista, no es un mero error teórico. Lamentablemente presenta una preocupante afinidad ideológica con la clásica oposición entre “capital de rapiña” y “capital productivo”, uno de los patrones básicos del antisemitismo. Como ha demostrado Moishe Postone (2001) en su clásico ensayo sobre la lógica del antisemitismo, la ideología antisemita es tan efectiva porque representa una forma particular, *regresiva* y conformista de “anticapitalismo”. En ella, “los judíos” son identificados con todos los fenómenos que son percibidos como negativos y amenazantes en la sociedad capitalista, especialmente con su lado abstracto; esto se refiere no solo al trabajo abstracto, al valor de cambio, al dinero y al pensamiento racional, sino sobre todo al capital financiero. Por el contrario, el lado concreto de la relación capitalista, especialmente en la forma de trabajo concreto y de producción de valores de uso, se naturaliza y se declara como suprahistóricamente válido y “orgánico”. Esto da lugar a la falsa oposición entre “capital productivo” y “capital de rapiña”. El primero tiene una connotación positiva y se imagina como una unidad casi natural de trabajadores y vigorosas empresas que producen conjuntamente cosas útiles para la sociedad; el segundo, en cambio, se identifica con el capital dinerario y financiero “judío” y no es más que un parásito que vive de la explotación de los trabajadores productivos.

Sarah Wagenknecht no dice otra cosa cuando glorifica al “empresario” y declara prescindible al “capitalista”. Aunque no es una antisemita, reproduce el patrón ideológico básico del antisemitismo. Separa distintos momentos de una relación social intrínsecamente contradictoria y los declara como los extremos opuestos del bien y del mal. Con esto, logra la paradójica hazaña de criticar enérgicamente la sociedad basada en la producción general de mercancías, solo para afirmarla vehementemente en el mismo instante. Pues, de esa manera, las coerciones, amenazas y peligros inherentes al modo de producción y de vida capitalista pueden definirse como externos a él y atribuirse a un grupo de personas “codiciosas”.

Esta separación dicotómica encuentra eco en muchas personas que —por un lado— ya no pueden imaginar una vida más allá de la sociedad capitalista, pero que —por otro lado— se sienten diariamente a merced de una dinámica autónoma sobre la cual no tienen ninguna influencia. Sin duda resulta difícil de soportar verse permanentemente confrontado a coerciones anónimas de las que, en última instancia, nadie es realmente responsable. Al atribuir estas coerciones a un grupo de personas que mueven los hilos entre bastidores, se puede desterrar esa sensación de indefensión e impotencia. Así se invierten ideológicamente las relaciones sociales. Pues no se critica la objetivación de las relaciones sociales y la consiguiente incapacitación de las personas en la sociedad productora de mercancías; más bien, eso se declara mera apariencia tras la cual se ocultan estrategias y técnicas de dominación deliberadas y planificadas por una camarilla o élite poderosa. Precisamente por eso, las ideologías conspirativas son tan populares y proliferan sin control en tiempos de crisis. Permiten restablecer la ilusión de la capacidad de agencia, ya que la frustración y la rabia por la propia impotencia se disipan mediante el odio y la agresión contra los supuestos culpables, en casos extremos llegando hasta la aniquilación física.

La imagen que presenta Wagenknecht es una sociedad capitalista con todo lo que la caracteriza: las personas establecen sus relaciones sociales a través de la producción de mercancías y el trabajo, venden su fuerza de trabajo a las empresas y se aplica el principio general de la competencia y el desempeño. Wagenknecht considera que se trata de un orden económico y social racional y casi natural, que en principio beneficia a todas las partes. En su opinión, incluso el dinero es un instrumento sensato, pero desgraciadamente los bancos que actúan globalmente —a los que Wagenknecht gusta de llamar casas de juego— lo utilizan de manera inadecuada para acumular beneficios sin límite. Por eso propone una reforma del sistema bancario basada en la ya conocida división entre el bien y el mal:

“El dinero es un bien público. Por eso, el suministro de dinero en la economía no debe estar en manos de casas de juego irresponsables, sino de instituciones que yo

llamo bancos de bien común y que trabajan con una misión de interés público y se ven a sí mismos como servidores de la economía real” (Wagenknecht, 2016c).

La idea de que el dinero no sería sino un medio para facilitar el intercambio general se encuentra en casi todos los manuales de economía. Allí se afirma regularmente que, en la economía de mercado, la finalidad de la producción es abastecer a la sociedad de bienes útiles y que el intercambio en el mercado solo sirve para la asignación “eficiente” de los recursos. La producción de mercancías y el dinero son, pues, instrumentos neutros para coordinar una sociedad compleja basada en la división del trabajo. Visto así, Wagenknecht no propaga otra cosa que la ideología habitual, que niega que la producción capitalista se mueve solo para el fin en sí mismo de la multiplicación del dinero, y que las mercancías sean meros medios para ese fin. Pero hay una diferencia. En la ciencia económica actual esta ideología es utilizada para legitimar las condiciones imperantes, pero no desempeña ningún papel en las investigaciones y recomendaciones prácticas; aquí, por supuesto, el foco está siempre puesto en cómo se puede invertir y multiplicar el capital de forma rentable. Wagenknecht, en cambio, toma la ideología al pie de la letra y quiere aplicarla a la realidad.

Por lo tanto, en términos prácticos no puede más que fracasar, pero política e ideológicamente encuentra mucha aprobación. Pues la frase de que el dinero debe ser “devuelto” a una “función de servicio” se ha convertido en un lugar común en la discusión mediática y se considera una forma consistente de crítica al capitalismo. En el caso de Wagenknecht, esto se combina con la idea de un Estado fuerte que controle los bancos y los comprometa con el “bien común”; en otros contextos, ronda la idea de un dinero sin intereses o de dinero regional (Paech, 2012, p. 117 y ss.; Kennedy, 2011), o se fantasea con una economía del bien común, como hace Christian Felber¹¹³. A pesar de las diferencias, el patrón básico común es siempre muy similar: la idealización de una sociedad organizada sobre la base de una economía de mercado se presenta en contraposición a su supuesta realidad pervertida. En este sentido, Wagenknecht se mueve ciertamente en un campo discursivo que le garantiza un apoyo bastante amplio. Pero, ¿de dónde resulta este amplio consenso básico en el que ella puede confiar? A continuación, se intentará esbozar una respuesta a esta pregunta.

¹¹³ Cf. Felber (2015). De ahí surge también la idea de los llamados bancos de bien común, que tanto entusiasma a Wagenknecht (Wagenknecht, 2016, p. 223 ss.).

III

La autoevidencia por la que la mayoría de las personas solo puede actualmente imaginar la sociedad organizada en una economía de mercado —ya sea en su forma dada, ya sea como una idealización— se debe, en primer lugar, al hecho de que el modo de producción y de vida capitalista se ha impuesto universalmente y se ha convertido en “segunda naturaleza”. Por esto es difícil pensar en una sociedad en la que las personas no se relacionen entre sí a través de las mercancías y el dinero. Pues, aunque la gran mayoría de las personas solo dispongan de una mercancía para vender y vivir de ella (su fuerza de trabajo), son evidentemente propietarios de mercancías. Como tales, persiguen sus fines particulares que consisten, en primer lugar, en vender su propia mercancía lo más cara posible y prevalecer en la competencia en relación a otros vendedores de fuerza de trabajo. Es precisamente este punto de vista del vendedor de fuerza de trabajo el que promueve la percepción invertida del contexto capitalista de la sociedad, según la cual la producción general de mercancías es “natural” y el dinero es solo el “servidor” de esta forma social de intercambio.

La posición central del dinero en el sistema moderno de producción de mercancías se basa en que éste no es un medio sino el fin de la producción. Más precisamente, el fin de la producción es la multiplicación del valor (representado en el dinero), o sea, la acumulación de capital. Desde el punto de vista de una empresa, esto es evidente. Es claro que la empresa no produce mercancías como bienes de cambio para recibir otros productos, sino siempre como etapa transitoria necesaria para la multiplicación de una determinada suma de capital. La mercancía es, por lo tanto, el medio para alcanzar un fin previamente asumido: el dinero debe convertirse en más dinero, de lo contrario la producción no tiene sentido desde este punto de vista. Esto se aplica, por supuesto, a todas las empresas y no solo a los agentes de la esfera financiera y a las corporaciones que operan a nivel global, para quienes Wagenknecht quiere reservar el término de “capitalistas”. ¿Cuál de sus fabulosos empresarios en ese maravilloso mundo de la economía de mercado invertiría voluntariamente millones de euros en una fábrica si al final no obtuviera beneficios de ella, o al menos pudiera esperar hacerlo? La obtención de beneficios es el motor de la sociedad capitalista, aunque se la llame “economía de mercado” y el beneficio se ennoblezca ideológicamente como “salario empresarial”, como es habitual en el lenguaje ideológico de la ciencia económica.

Los vendedores de fuerza de trabajo, por su parte, están incondicionalmente sometidos a este proceso y lo mantienen en marcha mediante su trabajo, pero, desde su punto de vista, el movimiento global representa algo diferente. Para ellos, su mercancía no es más que algo intercambiable, que lanzan al mercado para adquirir a cambio otras mercancías; en este sentido, también es solo el medio para

un fin externo, pero este fin no consiste en la multiplicación de una determinada suma de dinero, sino en el aseguramiento de su propia subsistencia. El dinero, desde este punto de vista, se interpone simplemente entre el acto de vender y el acto de comprar, y por lo tanto el movimiento que se realiza aquí parece corresponder a primera vista a lo que Marx describe como intercambio simple de mercancías: el intercambio de una mercancía por dinero y de dinero por otra mercancía (M-D-M)¹¹⁴. Sin embargo, hay aquí una diferencia significativa. Pues, aunque el vendedor individual de fuerza de trabajo solo utilice su mercancía para intercambiarla (a través del desvío del dinero) por medios de consumo, este acto de intercambio es al mismo tiempo parte integrante del movimiento general de valorización del capital, cuyo punto de partida y de llegada es siempre el dinero, representante del valor.

Si se deja de lado esta conexión y se toma el punto de vista particular como el todo, puede parecer muy “natural” que todo ser humano tenga que vivir de la venta de su fuerza de trabajo o de sus productos del trabajo y que una sociedad basada en la división del trabajo no pueda funcionar de otra manera que en el modo de producción de mercancías. El valor que se valoriza a sí mismo, es decir el capital, no aparece entonces como la esencia y el centro dinámico de esta sociedad o como su “sujeto automático” (Marx, 1983, p. 189), sino como un mero poder externo que, a través de sus intereses particulares, trastorna o incluso destruye el orden económico “natural”. Se trata de una forma clásica de conciencia fetichista de la mercancía. Las personas perciben las relaciones sociales de manera invertida porque toman sus formas invertidas de manifestación como la realidad.

Por supuesto, esto no significa que la conciencia de las personas formadas en el capitalismo esté totalmente determinada. Sin embargo, las formas invertidas en que la sociedad capitalista se presenta son extremadamente poderosas, porque parecen ser completamente evidentes y obvias, razón por la cual el sentido común se resiste fuertemente a cuestionarlas. Por eso la crítica social radical siempre lo tiene mucho más difícil que la agitación populista al estilo Wagenknecht, pues esta última consiste fundamentalmente en ratificar la falsa apariencia que se impone de todos modos, en lugar de esclarecerla. El hecho de que el populismo se presente bajo la apariencia de una crítica de las condiciones imperantes no es una contradicción, sino que forma parte de su naturaleza. Pero lo que se hace pasar por crítica es exactamente su contrario: el populismo tiene éxito porque sirve al patrón clásico de una rebelión conformista y afirma las condiciones imperantes en el modo de su aparente superación.

¹¹⁴ [Nota del editor:] Quiere decir Mercancía-Dinero-Mercancía.

IV

La apariencia fetichista de las relaciones sociales también explica el rechazo generalizado y particularmente pronunciado del capital que se acumula en los mercados financieros y sus actores, los bancos y los inversores financieros. Porque aquí la autorreferencialidad del movimiento del capital se presenta en su forma más pura. Si el capital se destina a la llamada economía real, debe dar el desvío por la producción de bienes para cumplir el fin en sí mismo de la multiplicación del dinero. El ciclo de la acumulación solo se completa cuando el capital ha vendido las mercancías producidas y ha realizado el plusvalor representado en ellas. El movimiento del capital sigue, pues, el esquema D-M-D' (dinero - mercancía - más dinero), donde el valor adicional se origina mediante el gasto de fuerza de trabajo en la producción. En los mercados financieros, en cambio, se omite este paso intermedio. Aquí el dinero se refiere inmediatamente a sí mismo y realiza el movimiento D-D', generando así la apariencia de que puede crear valor adicional directamente de sí mismo. Marx habla a este respecto de "capital ficticio". Esto no debe llevar a suponer que este capital es de alguna manera "irreal". Es tan real como cualquier otro capital, salvo que, a diferencia del "capital funcionante" (Marx), no acumula valor ya creado mediante el gasto de fuerza de trabajo en la producción de mercancías, sino que anticipa un valor que aún ha de producirse¹¹⁵.

Esta anticipación del valor a ser producido en el futuro fue siempre un momento necesario en el ciclo general de la producción capitalista. Sin embargo, desde el final del boom fordista de acumulación y el comienzo de la Tercera Revolución Industrial en los años 1970 y 1980, ha adquirido un significado totalmente nuevo. La eliminación en masa de fuerza de trabajo de la producción, que tuvo lugar desde entonces, redujo la base de valorización del capital y éste se dirigió cada vez más hacia los mercados financieros. Como resultado, el capital ficticio se convirtió en el motor de la acumulación mundial de capital; mantiene en marcha la economía mundial, imponiéndole un ritmo cada vez más acelerado e intensificando enormemente la competencia globalizada; al mismo tiempo, se ha acumulado un potencial de crisis que debe descargarse una y otra vez, como en el gran *crash* financiero de 2008. Esto no solo refuerza la apariencia de que el capital financiero es la fuente de todos los males del capitalismo, sino que al mismo

¹¹⁵ En la práctica, esto tiene lugar mediante la venta de dinero como capital-dinero en la forma de títulos de propiedad negociables que certifican la reivindicación a una determinada suma de dinero más su multiplicación. Ernst Lohoff acuñó para esto el concepto de mercancías de segundo orden (Lohoff, 2014, p. 38 y ss.; Lohoff y Trenkle, 2012, p. 124 y ss.).

tiempo alimenta una profunda inseguridad en toda la sociedad que proporciona un terreno fértil para la agitación populista.

En estas circunstancias, la promesa de un restablecimiento de la “economía social de mercado” en un marco nacional sirve, evidentemente, al deseo generalizado de seguridad y de una política que sea nuevamente capaz de actuar. El hecho de que esta promesa no pueda cumplirse por no tener ningún fundamento en la realidad no tiene importancia inicialmente, pues la voluntad de creer en ella es fuerte. En tiempos de crisis, se necesitan ilusiones. Y al igual que en las décadas de 1920 y 1930 se romantizaron retroactivamente las condiciones precapitalistas, sirviendo de trasfondo a la ideología nazi de la “comunidad nacional” [*Volksgemeinschaft*], hoy la llamada edad de oro del capitalismo, es decir, la inmediata posguerra, se convierte en el punto de fuga idealizado de los enfoques políticos regresivos.

Sin embargo, las condiciones estructurales de esa época fordista del capitalismo, basada en el trabajo industrial de masas, en la que la producción seguía estando organizada en el marco de un Estado nación, han sido definitivamente destruidas; ningún acto de voluntad política puede restaurarlas. Pues la Tercera Revolución Industrial iniciada en los años 1970 no solo eliminó en masa fuerza de trabajo de los sectores productivos centrales de la producción de mercancías, poniendo en marcha una crisis fundamental de valorización del capital, sino que impulsó la globalización y, por lo tanto, hizo estallar el Estado nación como marco de referencia del capital. Esto se aplica, por un lado, a las estructuras de producción y a los mercados de venta de mercancías que, en el nivel dado de desarrollo de la fuerza productiva, solo pueden organizarse transnacionalmente. Por otra parte, la “financiarización” del capital no tiene vuelta atrás, pues representa ya una reacción a la automatización exhaustiva de la producción de mercancías, que establece límites cada vez más estrechos a la valorización del capital por medio de la utilización de fuerza de trabajo. Pero como el capital tiene que multiplicarse permanentemente para no sucumbir a la desvalorización, se desvió a los mercados financieros globales donde, en la forma de capital ficticio, pudo en un primer momento continuar su movimiento del fin en sí mismo de la multiplicación de dinero (Lohoff y Trenkle, 2012, p. 209 y ss.).

El capital ficticio, como ya se ha dicho, no constituye otra cosa que anticipación de valor a ser producido en el futuro, representado por títulos de propiedad como acciones, bonos y todo tipo de títulos financieros. Esta anticipación permite, por así decirlo, bombear valor del futuro al presente. Pero aquí no solo se acumula asegurando al capital una multiplicación rentable; las reivindicaciones en relación al futuro se dirigen también al consumo o a la inversión, induciendo así la actividad económica real. Este mecanismo es el que ha mantenido la economía mundial en marcha desde los años 1980 y ha proporcionado al modo de

producción capitalista un nuevo margen histórico de desarrollo que simplemente ya no existía sobre la base de la valorización del capital en la producción industrial de mercancías. El impulso general de la modernización industrial en China y en otros Estados anteriormente periféricos está basado en esto (Lohoff y Trenkle, 2012, p. 98 y ss.; Trenkle, 2016, p. 17 y ss.).

Desde luego, esta base es extremadamente precaria, pues la masiva anticipación durante casi cuatro décadas de valor a ser producido en el futuro nunca puede ser compensada por una creación de valor correspondiente, y el *boom* solo puede continuar mientras se acumulen siempre nuevas reivindicaciones en relación al futuro; por lo tanto, han de crearse nuevos puntos de referencia para tales expectativas, de modo que el gigantesco potencial de crisis acumulado no se descargue de golpe y arrastre a la economía mundial al abismo, como casi sucedió en 2008.

Sin dudas el neoliberalismo ha contribuido de manera bastante significativa, a través de sus políticas, a permitir la evasión hacia la esfera del capital ficticio y a posponer así el proceso de crisis. Sin embargo, esta reorientación no siguió ningún plan consciente de los estrategias de la política neoliberal, como les gusta afirmar a sus críticos, sino que incluso resultó ser contraria a sus intenciones declaradas (Lohoff, 2016, p. 19 y ss.; Lohoff y Trenkle, 2012, p. 216 y ss.). En los años 80, el neoliberalismo se propuso volver a hacer lucrativa a la economía real. Inhibida, en su opinión, por regulaciones demasiado rígidas, la *economía* debía ser desregulada. Sin embargo, esta política condujo a una destrucción generalizada de las estructuras industriales en la mayoría de los Estados capitalistas centrales, mientras la dinámica de la acumulación de capital se trasladaba a los mercados financieros; ello fue así a pesar de que para la ideología neoliberal el dinero sería apenas un “velo” que oculta la producción de bienes y, por lo tanto, la política monetaria no debería desempeñar un papel activo. Paradójicamente, fue precisamente esta ceguera en relación a sus propias acciones lo que las hizo más eficaces en el aplazamiento de la crisis. Pues, aunque los estrategias neoliberales no fueran en absoluto conscientes de ello, la crisis solo podía superarse temporalmente colocando la acumulación de capital sobre una nueva base: la utilización de fuerza de trabajo en la producción de mercancías, es decir, la acumulación de valor en forma de “trabajo muerto” (Marx) *pasado*, debía sustituirse por la anticipación de valor a ser producido en el futuro.

Sin embargo, la ideología neoliberal del “velo del dinero” quedó finalmente desacreditada con el *crash* de 2008, cuando el *boom* del capital ficticio llegó a su límite y la política no tuvo más remedio que salvar al sistema financiero y bancario del colapso mediante gigantescos programas de apoyo para evitar una crisis incontrolable de la economía mundial. Desde entonces, la acumulación de capital ficticio funciona solo porque cuenta con el apoyo masivo de los gobiernos y,

sobre todo, de los bancos centrales, que bombean enormes cantidades de dinero gratis (ahora incluso con tipo de interés negativo) a los mercados financieros. El hecho de que lo hagan bajo una premisa completamente diferente, a saber, luchar contra una supuesta deflación inminente, solo muestra una vez más la ceguera de los actores capitalistas ante sus propias acciones, las cuales por eso mismo resultan paradójicamente funcionales al sistema.

Sin embargo, sería ingenuo pensar que la ciencia económica actual llega a comprender el contexto subyacente, dadas las permanentes contradicciones entre la intención proclamada y la práctica implementada. Si bien la ideología neoliberal ha perdido su hegemonía, en su lugar se ha impuesto un keynesianismo reformulado que a menudo se mezcla con elementos populistas de izquierda y que no hace más que reproducir de manera invertida los errores de la ideología neoliberal. La enorme influencia que ejerce la política en la acumulación de capital ficticio confirma, en su opinión, que los procesos económicos pueden controlarse políticamente de forma más o menos arbitraria, siempre que haya voluntad de hacerlo y ésta se pueda implementar socialmente. Dado que, según esta visión del mundo, la financiarización y la globalización del capital han sido impuestas conscientemente por las fuerzas neoliberales y las élites transnacionales, este desarrollo también puede invertirse. Modificando la correlación de fuerzas sociales en ese sentido, debería ser posible volver a poner la “economía real” en el foco y dimensionar los mercados financieros nuevamente en su “función de servicio”.

Desde este punto de vista, el populismo neokeynésiano de izquierda no se deja perturbar por el hecho de que los gobiernos y los bancos centrales no hayan reducido en absoluto el poder de los mercados financieros tras el *crash* financiero de 2008, aunque esto haya sido exigido hasta en la declaración final de la *Cumbre sobre la crisis del G-20*, en febrero de 2009¹¹⁶. Como toda ideología, el populismo de izquierda siempre se ve ratificado por los desarrollos de la realidad social, porque percibe todos los procesos de manera tal que encajen en su visión de mundo. La gestión de la crisis de 2008 no es vista como un indicio de que la base material de un capitalismo basado en la utilización masiva de fuerza de trabajo ya hace mucho tiempo dejó de existir, sino como prueba de la exitosa influencia de los grupos de presión del capital bancario y financiero. El aparente fracaso de la política se personaliza así igual que antes de la crisis, al apuntar su causa en la excesiva codicia de los especuladores. Desde este punto de vista, la gestión de la crisis solo demuestra una vez más que el *establishment* político es manejado a

¹¹⁶ “La cumbre del G-20 en Pittsburgh [en septiembre de 2009] fue un hito decisivo, dijo Merkel. Debe ser posible poner en práctica los acuerdos alcanzados en las cumbres anteriores desde un mayor control de los mercados financieros. Hubo que aprender las lecciones de la crisis financiera y asegurarse de que no volviera a ocurrir nada parecido”. (Spiegel Online, 24-9-2009).

su antojo por las élites globalizadas y el capital financiero para sus intereses particulares. El populismo de izquierda refleja de esa manera fielmente la opinión pública predominante y es, en este punto, prácticamente indistinguible de su hermano populista de derecha.

V

Por supuesto, el populismo no tendría tanto éxito si no apuntara —aunque sea de forma ideológicamente retorcida— a algo correcto. Si la política proclama constantemente desde 2008 que tiene que actuar como lo hace, esto es de hecho una declaración de bancarrota. Lo que afirma, básicamente, es que el ideal de la democracia ha sido derogado. Es cierto que el margen de acción política siempre estuvo muy limitado por las coerciones objetivadas de la producción general de mercancías y la acumulación de capital. Sin embargo, en las condiciones actuales de crisis fundamental este margen se ha reducido aún más. La famosa frase según la cual “no hay alternativa” se refiere precisamente a esto, aunque de forma ideológica; porque aquí el modo de producción y de vida capitalista se presupone siempre como un marco de referencia autoevidente que no puede ser transgredido y, así, las coerciones establecidas por esta forma de socialización son definidas prácticamente como leyes naturales a las que toda persona razonable debe someterse. A la inversa, no es menos ideológico negar estas coerciones objetivadas y sugerir que todo es una cuestión de voluntad política y que las infames “restricciones” son una invención de las élites para ocultar sus intereses.

Sin embargo, es cierto que en el desarrollo histórico de la sociedad capitalista el margen de acción política fue por momentos considerablemente mayor que en la actualidad. Esto vale sobre todo para la época del *boom* fordista, que por ello se ha convertido en punto de referencia para fantasías políticas escapistas. Dado que la producción industrial en masa aún dependía en gran medida del marco del Estado nación, la política poseía un poder relativamente grande. A través de la política fiscal y social podía ejercer su influencia sobre las empresas localizadas en su territorio y, a cambio, protegerlas de la competencia extranjera mediante barreras comerciales. En cambio, en la era del capital ficticio, en la que la dinámica de la acumulación se ha trasladado a los mercados financieros, la política se ha convertido en una variable dependiente. El capital ficticio invertido en la esfera financiera puede desplazarse de un extremo a otro del planeta en cuestión de segundos, los emplazamientos industriales pueden transferirse en poco tiempo debido a estructuras transnacionales de producción y a redes de suministro flexibilizadas, y partes considerables del sector de servicios se organizan a escala mundial sobre la base de tecnologías de comunicación y de información. En

resumen: mientras que el mercado mundial se ha convertido desde hace tiempo en el marco de referencia inmediato de la acumulación de capital, la política sigue limitada en gran medida al Estado nación y, por lo tanto, se encuentra en una posición de dependencia estructuralmente condicionada.

Sin embargo, incluso en estas condiciones, la política no está de ninguna manera determinada en todas sus decisiones; tiene ciertamente un margen de maniobra mientras el capital ficticio se siga acumulando, tanto mayor cuanto más se beneficia un determinado país de esta acumulación (Lohoff, 2016). Pero cuando la acumulación de capital como tal se ve amenazada, como en la crisis de 2008, los gobiernos no tienen otra alternativa que volver a ponerla en marcha por todos los medios posibles, apoyando masivamente el sistema financiero. Por lo tanto, la noción de un renacimiento del Estado de bienestar y regulador keynesiano, según el modelo de la inmediata posguerra, carece de todo fundamento. Y el programa político del populismo de izquierda, que a primera vista podría parecer un retorno del viejo reformismo, no es más que su triste caricatura (Bierwirth, 2017). El reformismo del siglo XX tenía una perspectiva histórica real. Su programa político pudo aplicarse, al menos en cierta medida, porque existían las condiciones económicas y políticas para ello¹¹⁷. Esta perspectiva histórica ya no existe actualmente. Aunque en los países que aún se cuentan entre los ganadores de la crisis se pueden implementar mejoras sociales, estas son solo de carácter puntual; la base para un programa reformista integral ya no existe más. Y como las causas de esto se encuentran en la dinámica histórica y la lógica de crisis del propio capitalismo, esta base no puede renovarse reforzando la soberanía nacional. Los que piensan así confunden causa y efecto. El éxito del reformismo no se debió a que los Estados nación hayan sido relativamente soberanos; más bien, éstos eran relativamente soberanos debido a la acumulación basada en el trabajo industrial de masas y el consumo de masas, lo que abrió un gran margen para la política reformista.

Por consiguiente, no se puede volver a esa época; un retroceso en el grado de interconexión transnacional que se ha alcanzado sería cualquier cosa menos deseable. Pues, aunque el debilitamiento de la soberanía estatal en el curso de la financiarización y la globalización del capital no fue, naturalmente, un acto de superación emancipadora del Estado, el hecho de que la dinámica capitalista haya roto los límites de la estrechez del Estado nación es fundamentalmente un avance. Cualquier política que se coloque por debajo de este nivel es regresiva.

¹¹⁷ Esto no quiere decir que estas conquistas, sin duda considerables, le hayan caído al reformismo del cielo. Evidentemente, hubo que luchar por ellas. Pero las condiciones estructurales para ello eran muy favorables. En particular, el fortalecimiento del poder adquisitivo de las masas fue necesario para vender la enorme masa de mercancías industriales en cuya producción, a su vez, se basaba la acumulación de capital.

Una perspectiva de emancipación social y de apropiación de la riqueza social más allá de la mercancía y del dinero debe tener, hoy más que nunca, un carácter transnacional. Esto se vuelve aún más importante en la medida en que no se puede descartar una desintegración violenta del sistema capitalista mundial junto con conflictos de intereses con carga nacionalista y políticas identitarias como reacción al proceso de crisis (Lohoff, 2016).

Las fantasías de restauración de una supuesta edad de oro del capitalismo centrado en el Estado nación son uno de los motores ideológicos de este desarrollo que marca la entrada en una fase cualitativamente nueva del proceso de crisis. La renacionalización no trae de nuevo el capitalismo social y económicamente regulado con su relativa prosperidad; más bien, significa la instauración de administraciones autoritarias-nacionalistas de la crisis que, precisamente porque no pueden cumplir sus promesas económicas y de política social, se centrarán aún más en la determinación agresiva del enemigo tanto a nivel interno como externo. Las políticas de los gobiernos de Rusia, Hungría y Polonia, así como de la administración de Donald Trump hasta el 2020, presagian hacia dónde nos dirigimos. Que la izquierda piense que puede contrarrestar esta formación de derecha ocupando a su manera el tema de la soberanía nacional, no solo es regresivo, sino que está condenado al fracaso. Pues el populismo de derecha juega mucho más desinhibido y con más éxito en el terreno de la identidad nacionalista, la demarcación racista y el resentimiento. En eso se basa su éxito. En el fondo, los votantes de la derecha sospechan que sus promesas de política económica y social, muy similares a las del populismo de izquierda, son inalcanzables. Pero se aferran a la sensación de seguridad que ofrecen las identidades colectivas nacionalistas y las construcciones de “enemigos del pueblo” que los amenazan. Una izquierda que se suma a esta tendencia, incluso moderadamente, ya ha renunciado a cualquier pretensión de emancipación.

BIBLIOGRAFÍA

- Felber, Christian. (2015). *La economía del Bien Común*. Barcelona: Deusto.
- Kennedy, Magrit. (2011). *Occupy Money: Damit wir zukünftig ALLE die Gewinner sind*. Bielefeld: Kamphausen, 2011.
- Lohoff, Ernst. (2016). *Die letzten Tage des Weltkapitals. Kapitalakkumulation und Politik im Zeitalter des fiktiven Kapitals*. En *Krisis*, Nro. 5. www.krisis.org/2016/die-letzten-tage-des-weltkapitals/.
- Lohoff, Ernst. (2014). *Kapitalakkumulation ohne Wertakkumulation. Der Fetischcharakter der Kapitalmarktwaren und sein*. En *Krisis*. www.krisis.org/2014/kapitalakkumulation-ohne-wertakkumulation/.

- Lohoff, Ernst y Trenkle, Norbert. (2012). *Die große Entwertung*. Münster: Unrast.
- Marx, Karl. (1983). *Das Kapital*. Band 1, Marx-Engels-Werke, vol. 23, Berlín: Dietz.
- Paech, Niko. (2012). *Befreiung vom Überfluss*. München: Oekom.
- Postone, Moishe. (2001). [1982]: “La lógica del antisemitismo”. En M. Postone, J. Wajnsztein, B. Schulze, *La crisis del Estado-Nación. Antisemitismo-Racismo-Xenofobia*. Barcelona: Alikornio. <https://www.krisis.org/2019/la-logica-del-antisemitismo/>.
- Trenkle, Norbert. (2016). *Die Arbeit hängt am Tropf des fiktiven Kapitals*. En *Krisis*. /www.krisis.org/2016/die-arbeit-haengt-am-tropf-des-fiktiven-kapitals/.
- Wagenknecht, Sahra. (2016a). *Reichtum ohne Gier. Wie wir uns vor dem Kapitalismus retten*. Fráncfort: Campus.
- Wagenknecht, Sahra. (2016b). *Entrevista con Albrecht Müller*. Nachdenkseiten, 29. www.nachdenkseiten.de/?p=32548.
- Wagenknecht, Sahra. (2016c). *Warum sollen wir uns mit so einer wirtschaftlichen Ordnung abfinden?* Entrevista con Paul Schreyer. Telepolis. www.heise.de/tp/artikel/48/48034/1.html.
- Wagenknecht, Sahra. (2021). *Die Selbstgerechten. Mein Gegenprogramm für Gemeinsinn und Zusammenhalt*. Fráncfort/New York: Campus.

CAPÍTULO V

Los límites ecológicos del capitalismo

Como arena en el mar. Pequeña economía política del imperativo del crecimiento. **Ernst Lohoff.**

Costos desplazados. La lógica de externalización de la producción capitalista de riqueza y su abolición. **Norbert Trenkle.**

COMO ARENA EN EL MAR

PEQUEÑA ECONOMÍA POLÍTICA DEL IMPERATIVO DEL CRECIMIENTO

Ernst Lohoff

Traducción de Javier Blank

1.

El campo semántico de los términos “crecer” y “crecimiento” denota originalmente procesos del mundo de lo orgánico. Según el diccionario *Duden*¹¹⁸, crecimiento en este contexto significa que “un organismo vivo o una parte de tal organismo aumenta de tamaño, longitud o extensión”. La hierba crece, pero también las uñas de los pies. Como muchas otras palabras, crecimiento también se utiliza en sentido figurado y, por tanto, también describe un “aumento de extensión, tamaño, cantidad, intensidad” fuera del mundo vivo. Con cada nuevo libro adquirido, el tamaño de una biblioteca “crece”; una ciudad “crece” con la construcción de casas adicionales.

Ya en el siglo XVIII, los economistas trasladaron el concepto de crecimiento de la biología a las ciencias económicas. Como palabra invasora, se ha extendido tanto que nuestro vocabulario ni siquiera tiene un término alternativo establecido para este fenómeno. Como resultado, ambas partes utilizan el mismo término cuando discuten si el “crecimiento económico” es una maldición que

¹¹⁸ [Nota del editor:] Es un diccionario alemán publicado por primera vez a finales del siglo XIX. Se actualizada regularmente.

destruye los fundamentos naturales o una bendición social. Esto es notable en la medida en que el término “crecimiento económico” es un concepto profundamente ideológico que oscurece grotescamente el fenómeno que describe; da lugar a falsas asociaciones que minimizan absurdamente el verdadero problema y legitiman unilateralmente la posición de los apologistas del crecimiento. Salvo la proliferación de células cancerosas, el crecimiento biológico es un proceso autolimitado. Un elefante puede, a lo largo de su vida, multiplicar por setenta su peso; pero incluso el elefante macho más imponente completa en algún momento su estirón. Por impresionante que sea la diferencia de tamaño entre un pequeño retoño y un árbol centenario, ningún árbol crece realmente hasta el cielo. Incluso una secuoya alcanza su cima en poco más de cien metros. Ninguna planta, ningún animal, crecen sin límites.

Es precisamente lo desconocido en la flora y la fauna lo que constituye el núcleo del crecimiento económico. La ciencia económica no lo oculta: “Con crecimiento económico se entiende un aumento continuo de los *outputs* económicos reales. Se trata de crecimiento ilimitado” (Helmstädter, 1980, p. 476). Y, en efecto, el modo de producción capitalista solo puede existir mientras se expanda permanentemente y produzca cada vez más riqueza capitalista. Si este proceso de expansión se interrumpe temporalmente, la economía capitalista entra en crisis. Si el capitalismo hubiera terminado de crecer, estaría en el fin. Así, la característica básica de los procesos de crecimiento biológico se invierte en el crecimiento económico. Un elefante modificado genéticamente para el tipo de “crecimiento” del que depende la economía capitalista “crecería”, al menos, hacia una triple muerte: se desplomaría por su propio peso, moriría de sobrecalentamiento y de hambre.

Desde el comienzo de la Primera Revolución Industrial hasta la década de 1960, el impulso inherente al capitalismo de amontonar montañas cada vez más altas de mercancías no se veía como algo problemático; incluso se consideraba la mayor virtud de este modo de producción. Desde Adam Smith (*La riqueza de las naciones*) hasta Ludwig Erhard (*Bienestar para todos*), los apologistas del capitalismo celebraron la “economía de mercado” por haber aumentado y seguir aumentando inmensamente la producción de mercancías; y la mayoría de los críticos del capitalismo argumentaron desde una perspectiva productivista¹¹⁹.

Este entusiasmo por el crecimiento solo se desmoronó cuando la cuestión ecológica entró en la agenda con fuerza creciente. Desde la década de 1970 se viene debatiendo sobre los “límites del crecimiento”, así como sobre una posible “conciliación entre economía y ecología”. Este debate, que ha alcanzado

¹¹⁹ Esto se aplica especialmente al movimiento obrero.

un nuevo clímax con la discusión actual sobre el clima, se ha dividido desde sus inicios en dos vertientes.

La corriente principal postula el carácter indispensable del crecimiento económico y quiere disociarlo del aumento del consumo de recursos. La minoría considera imprescindible romper con el paradigma del crecimiento y exige una transición hacia una forma de actividad económica que no implique crecimiento. La corriente dominante apuesta unánimemente por la economía de mercado y sueña con un “capitalismo verde”. Los críticos del crecimiento presentan un panorama algo distinto. Muchos de ellos se consideran anticapitalistas. Sin embargo, su “anticapitalismo” suele consistir en una crítica unilateral del consumo y de la tecnología¹²⁰.

Esta inclinación no es casual. Solo la crítica de la economía política de Marx es adecuada como marco teórico de referencia para una comprensión más profunda del modo de producción capitalista y sus peculiaridades. Sin embargo, este enfoque ha quedado completamente marginado en las últimas décadas. La crítica del crecimiento se ocupa, en cierto modo, de dar un giro crítico a la comprensión común y corriente de la economía capitalista. Sin embargo, desde esta perspectiva, la lógica básica de esa economía es siempre presupuesta y mistificada como una constante suprahistórica. Así, el ser humano sería siempre un ser de intercambio y sus relaciones con otras personas asumirían siempre, por tanto, la forma de mercancías. Quienes, en lugar de criticarlos, adoptan tácitamente estos falsos supuestos no pueden problematizar la forma dominante de socialización. Por este motivo, las transformaciones sociales se atribuyen a causas técnicas o se explican por cambios de comportamiento de los sujetos supuestamente soberanos del mercado (especialmente en lo que respecta al consumo).

Quienes insisten en la necesidad del “crecimiento económico” y solo promueven su reorientación en un sentido ecológicamente sostenible no pueden evitar comparar diferentes formas de crecimiento. El término “crecimiento cuantitativo” se ha establecido para el tipo “malo”; la variante “buena”, supuestamente ahorradora de recursos, se denomina crecimiento “cualitativo”¹²¹. Los críticos del crecimiento consideran, con razón, que este último es una quimera. Al carecer de la distancia crítica fundamental respecto a la concepción dominante de economía, sus representantes no pueden, desde luego, fundamentar esta opinión de forma coherente, sino que solo pueden apoyarla con argumentos empíricos. Se suelen citar sobre todo tres factores que harían imposible inyectar una “lógica ecológica” al crecimiento económico. En primer lugar, el ahorro en el consumo de energía o de recursos, conseguido gracias a la innovación técnica, se ve compensado, o

¹²⁰ Por ejemplo, Bruno Kern (2019).

¹²¹ Por ejemplo, Kern (2019), Welzer (2014) y Muraca (2014).

más bien sobrecompensado, por el aumento de la masa de bienes consumidos (el llamado efecto rebote). En segundo lugar, mientras el crecimiento siga siendo el objetivo, el paso a tecnologías supuestamente verdes solo provocará un desplazamiento en el consumo de recursos; la sobreexplotación de un recurso solo se reducirá para acelerar la explotación de otros. En tercer lugar, la esperanza de que la transición a una sociedad de servicios o del conocimiento conduzca a una disminución de la demanda de recursos naturales está construida sobre arena; el uso de estos servicios y bienes “inmateriales” requiere una infraestructura tan intensiva en recursos y energía que toda “sostenibilidad” resulta una farsa.

Aun cuando estas objeciones son indudablemente ciertas, la crítica del crecimiento sigue siendo insatisfactoria, porque el debate sobre el “crecimiento cualitativo” se disuelve así en una disputa sobre hechos aparentemente aislados. Para evitarlo, y hacer más reconocible la conexión interna entre estos fenómenos, este texto procede de otra manera. En primer lugar, aborda la cuestión fundamental de qué es lo que realmente crece cuando “la economía” crece y, a continuación, explica que la idea de un crecimiento económico desvinculado del consumo de recursos se basa en falsos supuestos sobre el carácter del modo de producción capitalista. La principal ventaja de este enfoque es que proporciona un punto de partida para desentrañar sistemáticamente cómo la evolución histórica del sistema de riqueza capitalista afecta a la demanda de recursos naturales. Pero el enfoque también es útil para la crítica de la ideología. Explica por qué el concepto totalmente infundado de “crecimiento cualitativo” resulta ser tan tenaz. Solo parece plausible porque se apoya en ilusiones sobre la esencia de la economía capitalista que están profundamente arraigadas en el pensamiento dominante.

2.

Lo primero que llama la atención en la oposición entre crecimiento “cuantitativo” y “cualitativo” es que se compone de dos términos semánticamente carentes de sentido. Ya sea en su sentido biológico original o en el figurado, la palabra “crecimiento” se refiere siempre a un aspecto puramente cuantitativo del desarrollo. Sea niño o viejo, mientras alguien tenga pelo en la cabeza, éste crecerá. Esto significa que cada pelo aumenta de longitud cada día, y nada más que eso. El cabello experimenta otros cambios a lo largo de la vida. Sin embargo, el lenguaje tiene otros términos para su descripción. Por ejemplo, el cabello de una persona suele perder con la edad su color original. Nadie llama a este proceso “crecimiento cualitativo”. Hablar de “crecimiento cualitativo” es hablar de “hierro de madera”. Y la expresión “crecimiento cuantitativo” podría proceder de un torturador de lingüistas. Como hierba verde o nieve blanca, es un pleonismo impecable.

A primera vista, que una aberración semántica esté en el centro del debate sobre la “conciliación de la economía y la ecología” puede parecer una nota marginal. Sin embargo, la aberración lingüística tiene su origen en la confusión intelectual que subyace a la comprensión predominante de “nuestra” vida económica. Esa cháchara de “crecimiento cualitativo” solo pudo difundirse porque la economía burguesa siempre ha invertido la relación entre valor de uso y valor de cambio, y el modo de producción capitalista se mistifica como un modo de economía determinado por las necesidades humanas.

Incluso el padre fundador de la economía política clásica, Adam Smith, consideraba que la economía consistía en producir los diversos bienes de consumo que las personas necesitan para vivir¹²². Esta afirmación se ha repetido obstinadamente durante 250 años: “En la existencia humana, la economía sirve a la conservación material y a la salvaguardia de la vida del individuo o de un grupo de personas. Su tarea y objetivo es la satisfacción permanente de las necesidades humanas de bienes y servicios”¹²³. En la realidad capitalista, sin embargo, las cosas son diferentes. Por supuesto, toda sociedad debe garantizar de algún modo que la gente tenga algo que comer o un techo bajo el que cobijarse. En el capitalismo también se producen bienes, por supuesto, y no pocos. Sin embargo, la producción de bienes de consumo no es el fin de la actividad económica, sino que solo sirve como medio para alcanzar un objetivo completamente distinto, a saber, la producción de lucro. Este fin en sí mismo, la transformación de dinero en más dinero, es el verdadero contenido de toda la actividad económica. Y es precisamente esto lo que da lugar a lo que se suele denominar el “imperativo del crecimiento”.

Desde una perspectiva histórica, el imperativo del crecimiento es un fenómeno bastante reciente. Por supuesto, en el antiguo Egipto o en la Edad Media europea hubo fases de expansión de las zonas de cultivo y de los volúmenes de

¹²² Escribe: “La consumibilidad de bienes, si podemos usar la palabra, es la gran causa de la industria humana” (Smith 1763, p. 199). Desde este punto de vista, lo esencial parece ser el valor de uso de la mercancía, no su valor de cambio. Marx ya veía en esto el defecto fundamental de la economía clásica: “Una de las fallas fundamentales de la economía política clásica es que nunca logró desentrañar, partiendo del análisis de la mercancía y más específicamente del valor de la misma, la forma del valor, la forma misma que hace de él un valor de cambio. Precisamente en el caso de sus mejores expositores, como Adam Smith y Ricardo, trata la forma del valor como cosa completamente indiferente, o incluso exterior a la naturaleza de la mercancía. [...] Obedece a una razón más profunda. La forma de valor asumida por el producto del trabajo es la forma más abstracta, pero también la más general, del modo de producción burgués, que de tal manera queda caracterizado como tipo particular de producción social y con esto, a la vez, como algo histórico” (MEW 23, p. 95) [Español: Ed. Siglo XXI, Libro I, p. 98-99].

¹²³ Brockhaus-Enzyklopädie, Stichwort 'Wirtschaft', <https://brockhaus.de/ecs/enzy/article/wirtschaft>.

producción. Naturalmente, siempre ha habido innovaciones tecnológicas que han aumentado la productividad. En la Edad Media, por ejemplo, la transición del yugo a la collera mejoró notablemente la fuerza de tiro de bueyes y caballos y, en combinación con la introducción de la rotación trienal de cultivos, hizo posible un aumento considerable del rendimiento agrícola. Sin embargo, no existía un imperativo inherente a la actividad económica de producir cada vez más de un periodo a otro, ni de revolucionar permanentemente la producción material y situarla sobre una nueva base tecnológica. La economía desarrolló estas peculiaridades solo con el modo de producción capitalista.

Esto es mucho más que una coincidencia histórica. El imperativo del crecimiento se debe más bien al contenido muy peculiar que ha adquirido la economía con la transición a la moderna sociedad de la mercancía. Al transformarse en producción de mercancías, la producción de bienes adquiere como verdadero significado y objetivo la producción de valor de cambio. El imperativo al crecimiento proviene directamente de este dominio del valor de cambio.

Cómo aparece en la superficie social el dominio del valor de cambio y la transformación de la producción de bienes en un medio para producirlo no es ningún secreto. Sean manzanas, pantalones o ametralladoras, la producción o no de estos bienes de consumo se decide únicamente por un criterio: ¿se puede ganar dinero con ello? Sin embargo, para comprender el alcance de la subordinación de la producción de bienes a la producción de valor de cambio, debemos profundizar y examinar la “forma elemental” de la riqueza capitalista, la mercancía. Como señaló un tal Karl Marx, a través de su transformación en mercancías, los bienes desarrollan un curioso “doble carácter”. Por un lado, se caracterizan por ser un valor de uso particular: una manzana se puede comer, un pantalón se puede vestir, con una ametralladora se puede matar gente. Por otro lado, manzanas, pantalones y ametralladoras tienen todas, la misma propiedad suprasensible, puramente social, de ser portadores de valor. En esta propiedad encarnan riqueza abstracta, riqueza que se abstrae de todas las diferencias cualitativas de las mercancías y, por tanto, es indiferente al lado material-sensible de la producción de riqueza. Esta segunda dimensión, sin embargo, constituye el verdadero significado económico de todas las mercancías. La producción de valor de uso está subordinada a la producción de valor de cambio y solo tiene derecho a existir como medio para este fin.

Bajo el dominio del valor de cambio, éste y su forma de representación, el dinero, constituyen el punto de partida y el punto de llegada de toda actividad económica. Al igual que su forma de manifestación monetaria, el valor de cambio es un fenómeno puramente social, desprovisto de cualquier cualidad material-sensible. Si toda la actividad económica gira en torno a magnitudes sin cualidad, su fuerza motriz solo puede consistir en su aumento cuantitativo. El dominio del valor de cambio se expresa así en el imperativo de aumentar el valor

de cambio. En lo que respecta al capital individual, esto es evidente. Una empresa que invierte dinero para producir mercancías y solo obtiene de su venta la suma inicial o incluso menos, ha producido en vano. El capital que no crece ha fracasado en su misión. Pero esta lógica del fin en sí mismo del aumento del valor de cambio, la transformación del dinero en más dinero, también se aplica a la sociedad de la mercancía como un todo.

El imperativo del crecimiento concierne, ante todo, a la riqueza abstracta suprasensible, a la masa social de valor de cambio. Pero el valor de cambio solo existe en las mercancías, y las mercancías siempre tienen algún tipo de valor de uso. El valor de cambio suprasensible de un auto no existe sin el auto como objeto sensible, el valor de cambio de la carpeta no existe sin la carpeta. Por lo tanto, el capital funcionante solo puede alcanzar su objetivo de aumentar el valor de cambio a través del desvío por la producción y venta con éxito de mercancías en los mercados de bienes. Debido a esta conexión, derivada del “doble carácter de la mercancía”, el sistemático imperativo del crecimiento tiene también, inevitablemente, un efecto sobre el mundo material-sensible con sus recursos limitados. La masa de valor de cambio no puede aumentar sin que aumenten al mismo tiempo la masa de bienes y el consumo de recursos. Quienes propagan una “economía de mercado sostenible” que “concilie” economía y ecología pueden soñar también con asesinos profesionales que se atengan estrictamente al espíritu y la letra del quinto mandamiento¹²⁴.

3.

Como sabemos, la corriente dominante del debate actual ve las cosas de forma muy diferentes y ha hecho de la cuadratura del círculo su programa. El capitalismo debe volverse ecológicamente inofensivo pasando al “crecimiento cualitativo”¹²⁵. Los defensores de este concepto afirman que la economía solo debe, mediante “innovaciones”, mejorar la calidad de los productos y servicios y confían en que con “equipos e instalaciones duraderos, bien mantenidos y que ahorren energía” se podría conseguir más “valor añadido” con menos consumo de materias primas y menos emisiones.

Desde el punto de vista de la crítica de la economía política, la debilidad analítica decisiva de este argumento es evidente. Vincular las mejoras cualitativas de los bienes de consumo a un aumento del “valor añadido” es mezclar irremediablemente valor de cambio y valor de uso. Sin embargo, esta debilidad

¹²⁴ [Nota del editor:] No matarás.

¹²⁵ Revisar: <https://deacademic.com/dic.nsf/dewiki/1145807>.

teórica fundamental también explica por qué este argumento es tan influyente y tan plausible para tantos. Desde los días de Adam Smith, la economía burguesa ha afirmado que el objetivo de la producción capitalista es la producción más eficiente de bienes útiles, e interpreta el valor de cambio y el dinero como cantidades accidentales. En todo el edificio teórico de la ciencia económica, el valor de cambio y el valor de uso están extremadamente confundidos. La absurda idea del “crecimiento cualitativo” es atractiva entre otras cosas porque rescata este patrón de interpretación profundamente arraigado en el pensamiento dominante.

La sociedad de la mercancía se encamina directamente hacia el desastre ecológico. Los partidarios del “crecimiento cualitativo” quieren evitarlo a su manera, simplemente utilizando las tecnologías “adecuadas”. Este reduccionismo técnico es infundado. Las medidas técnicas no pueden resolver un problema derivado de la subordinación de la riqueza a la forma-mercancía. Sin embargo, el término innovación hace referencia a una cuestión crucial para entender el imperativo del crecimiento. Éste concierne, en primer lugar, al valor de cambio de las mercancías. Sin embargo, se traslada inevitablemente al mundo material-sensible, porque el valor de cambio debe representarse en productos reales. Este traslado, y la devastación ecológica que lo acompaña, es lo que está en juego en el debate sobre el imperativo del crecimiento. El desarrollo de las fuerzas productivas desempeña un papel absolutamente central en el mecanismo de transferencia. Sin embargo, su efecto es muy distinto del que sugiere el concepto de crecimiento cualitativo.

Si no hubiera desarrollo de las fuerzas productivas, si se produjeran siempre las mismas mercancías utilizando métodos invariables, el vínculo entre el crecimiento de la producción de valor de cambio, por un lado, y el consumo de recursos naturales, por otro, sería muy sencillo. En una sociedad de la mercancía en la que los mismos valores de uso se produjeran siempre de la misma manera, el crecimiento de la producción de valor de cambio tendría que reflejarse con la misma proporción en el aumento del consumo de recursos y de la carga ecológica. Si la masa de valor de cambio producido aumentara un 2% al año, esto también se aplicaría al uso de recursos en toda la gama de materias primas utilizadas; y las emisiones contaminantes o el uso de la tierra también aumentarían un 2% si la tecnología permaneciera inalterada.

Sin embargo, como sabemos, la competencia y la búsqueda de lucros extra obligan al capital a revolucionar constantemente las fuerzas productivas. Esto altera decisivamente la relación entre la acumulación de capital y el consumo de recursos naturales. El desarrollo de las fuerzas productivas combina dos aspectos: la introducción de nuevos artículos (innovación de productos) y la revolución de los procesos de fabricación (innovación de procesos). Aunque estos dos momentos de la realidad capitalista están generalmente interconectados,

deben distinguirse estrictamente en términos analíticos y considerarse por separado. Tienen un impacto muy diferente en el sistema de riqueza capitalista y, por tanto, también en el problema del imperativo del crecimiento. El efecto de la innovación de productos es cualitativo. Al afectar a la composición del cosmos de valores de uso, determina qué partes del patrimonio natural se convierten en recursos capitalistas. Modifica el objeto sometido al imperativo del crecimiento en función de las materias primas y los recursos naturales necesarios para los nuevos productos. En cambio, la innovación de procesos tiene un efecto puramente cuantitativo. Por regla general, conduce a un aumento de la producción de productos por unidad de tiempo y, al mismo tiempo, a una reducción de la fuerza de trabajo mediante el uso de máquinas y tecnología de automatización. El ritmo al que disminuye el gasto de trabajo necesario por producto individual determina en última instancia la fuerza del imperativo del crecimiento.

Quedémonos por ahora con este segundo aspecto. En una sociedad libre habría muchas razones para rediseñar los procesos de producción. El bienestar de los productores, un tratamiento más cuidadoso de la naturaleza, la conquista de tiempo disponible serían razones importantes, pero de ningún modo las únicas. Por el contrario, en la sociedad de la mercancía prevalece una lógica estrictamente monocausal. La revolución de los métodos de producción solo sirve para minimizar los costos de las empresas individuales. En la lucha constante por conseguir un plusvalor extra, cada capital individual intenta llevar el “valor individual” (Marx) de las mercancías que produce por debajo de su valor social actualmente válido, produciéndolas cada vez con menos gasto de trabajo. La generalización de los métodos más eficientes, sin embargo, significa que el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de mercancías individuales disminuye sucesivamente y, con él, su valor¹²⁶. Una tonelada de acero, un alfiler o una pila de papel representaban menos valor en 1990 que en 1970, y menos en 2010 que en 1990¹²⁷. Suponiendo una composición invariable del cosmos de mercancías, reducir a la mitad el gasto de trabajo significaría que habría que producir el doble de productos para, desde un punto de vista capitalista global, mantener constante la producción de valor de cambio. Para duplicar el valor de cambio, la producción debería cuadruplicarse en función de la masa de valores de uso y

¹²⁶ Para ilustrar esta tendencia con un ejemplo arbitrario: el tiempo de trabajo necesario para producir una tonelada de acero en la industria siderúrgica del Sarre era de 8,2 horas en 1974. En 2007, era de solo 2,8 horas, es decir, algo más de un tercio (*Die regionalwirtschaftliche Bedeutung der Stahlindustrie für das Saarland*, 2012, p. 38). http://www.montan-stiftung-saar.de/mss/dokumente/Stahlstudie_2012.pdf. Sobre la evolución de la productividad, ver también Lohoff y Trenkle (2012, p. 75 y ss.).

¹²⁷ Véase también Postone (2003, p. 293-300 y 432-439) y Lohoff y Trenkle (2012, p. 82-84).

también, por supuesto, de la utilización de los recursos. Debido al desarrollo de la productividad, el imperativo del crecimiento se potencia así en el traslado del mundo del valor de cambio al mundo material-sensible. Cuanto más rápido aumenta la productividad del trabajo, más rápido superará la demanda de recursos el crecimiento del valor de cambio.

Veamos ahora el aspecto de la innovación de los productos. La naturaleza no es un recurso único que el capital pueda absorber en bloque. El patrimonio natural de la humanidad está formado por componentes orgánicos e inorgánicos cualitativamente diferentes, que el capital pone sucesivamente a su servicio con la introducción de productos hasta entonces desconocidos. El objeto al que se refiere el imperativo del crecimiento está, por tanto, sujeto a un cambio histórico. Este cambio histórico concierne, ante todo, a la cuestión de qué, en la naturaleza, pertenece al círculo de los recursos y qué (todavía) no. El fosfato, por ejemplo, solo adquirió importancia económica con la introducción de los fertilizantes artificiales en el siglo XIX y entró en el reino de lo útil desde el punto de vista capitalista. El europio, descubierto en 1901, solo tuvo un uso industrial desde el desarrollo de la televisión. Sin embargo, con la introducción de los LED, las lámparas fluorescentes y los televisores de plasma, la demanda de esta materia prima disparó. Apenas unas décadas después de que esta sustancia se incorporara al mundo de los recursos, ya es, al igual que otras tierras raras, uno de los bienes amenazados por la escasez.

Esta captura de recursos naturales antes no utilizados por el capital continúa hasta nuestros días. En estos momentos, especialmente en el campo de la biotecnología y la ingeniería genética, se respira un ambiente de fiebre del oro. No es casualidad que la nueva dimensión del sometimiento de la naturaleza a los imperativos de la lógica del lucro empresarial afecte a los elementos más pequeños, como ya ha ocurrido con la revolución microelectrónica. En el nivel macro de los materiales básicos disponibles, se trata esencialmente de recombinar la demanda de materiales y fuentes de energía ya conocidos, pero no de descubrimientos completamente nuevos. Cervantes ya conocía el uso de la energía eólica; quienes cuenten con la ampliación de la tabla periódica con nuevos elementos útiles probablemente se sentirán decepcionados.

Mientras la valorización del valor sea el contenido de la actividad económica, esta sociedad avanzará inevitablemente hacia la barrera natural. El curso tecnológico de los acontecimientos solo determina la forma de la colisión. Muchas de las tecnologías que hoy se venden como “verdes” están condenadas a contrarrestar la escasez de una materia prima acelerando la escasez de *otros* bienes naturales. El intento de dar una nueva base técnica al transporte individual ofrece ejemplos ridículos. Basta pensar en la absurda idea de sustituir la gasolina por biocombustibles. Una reconversión de gran alcance frenaría el consumo de pe-

tróleo, pero las consecuencias serían aún más fatales. Al fin y al cabo, la biomasa para el sustituto no cae del cielo, sino que hay que cultivar “plantas energéticas”, y eso significa talar los últimos bosques vírgenes o reorientar zonas antes reservadas a la producción de alimentos. En países como Indonesia, se han talado grandes extensiones de selva tropical para dar paso a plantaciones de aceite de palma. En cuanto a las emisiones de CO₂, la producción de biocombustibles es, en el mejor de los casos, un juego de suma cero. Con la reorientación de las tierras agrícolas existentes, el tanque lleno en los países importadores de biocombustibles se basa en el plato vacío en los países exportadores. En los inicios mismos del desarrollo capitalista, en su libro *Utopía*, publicado en 1516, Tomás Moro se quejaba de cuánta miseria y hambre traía la orientación de la agricultura hacia la producción de lana para la emergente industria textil. Escribió:

“Las ovejas, antaño tan mansas y frugales, se han vuelto feroces y voraces que incluso devoran a la gente, devastando y despoblando campos, granjas y aldeas. De hecho, en las partes del reino que producen la lana más fina, los nobles y abades ya no se contentan con los beneficios anuales que sus fincas reportaban a sus predecesores. La lana les reporta beneficios mucho mayores que el grano. No dejan nada al arado, sino que lo cercan todo para pasto” (Moro, 1516, p. 28).

500 años más tarde, las cajas metálicas motorizadas pasaron a devorar personas a gran escala.

Como se sabe, el sueño del auto eléctrico no es para nada mejor. El balance energético de esta “tecnología del futuro” es ya devastador¹²⁸. Por un lado, a menos que el capital consiga reformar las leyes de la naturaleza, el paso del motor de combustión interna a la nueva tecnología de propulsión conduce inevitablemente a un aumento explosivo del consumo de energía primaria. Aunque el motor eléctrico es más eficiente que el motor de combustión interna, es inferior en términos de producción energética. Además, la producción de autos eléctricos consume mucha más energía que la de los vehículos convencionales, por causa de la fabricación de baterías. Y el balance de materias primas también va en contra del tan cacareado principio de “sostenibilidad” debido a las tierras raras, esenciales para la producción de baterías. No solo su extracción está asociada a un daño extremo al medio ambiente, sino que es un misterio de dónde saldrían estas materias primas clave en cantidad suficiente, en caso de un auge masivo de la electromovilidad.

Tal como ya se ha mencionado, la idea de “crecimiento cualitativo” se basa en mezclar el lado del valor de uso de la producción de mercancías con el lado del

¹²⁸ Véase en detalle el estudio de Winfried Wolf (2019).

valor de cambio. El análisis de los dos momentos principales del desarrollo de las fuerzas productivas hace más precisa y concreta esta afirmación general. Quienes, basándose en la introducción de nuevos productos supuestamente inocuos desde el punto de vista ecológico, pretenden disociar el crecimiento del valor añadido del consumo creciente de recursos, confunden el desplazamiento del imperativo del crecimiento de un recurso a otro con su supresión. En condiciones capitalistas, las opciones tecnológicas solo influyen en los recursos sobre los que se manifiesta el imperativo del crecimiento, pero no pueden anular la compulsión general a aumentar el uso de los recursos naturales.

Se pueden descartar por abstractas estas consideraciones fundamentales y especular con que las estrategias inteligentes de sustitución pueden seguir proporcionando al sistema de valorización del valor un amplio margen de maniobra. En realidad, sin embargo, el sistema económico dominante ya ha ido aterradoramente lejos en su viaje infernal hacia la barrera natural. Una señal de alarma de ello podría ser el desarrollo de una materia prima tan banal como omnipresente, de la que la industria de la construcción en particular consume grandes cantidades, pero que también desempeña un papel en muchos otros sectores de producción, desde la pasta de dientes hasta los *smartphones*. Como señala el dicho “como arena en el mar”, estos versátiles granos de cuarzo se consideraban el epítome de una mercancía inagotable. Sin embargo, esto ya no es así. En los últimos 20 años, su consumo se ha triplicado en todo el mundo y, con 50.000 millones de toneladas anuales, ha alcanzado un nivel que supera con creces la regeneración natural por erosión. Como la arena del desierto no es apta para la mayoría de las aplicaciones, los yacimientos restantes están siendo sobreexplotados, sobre todo en los países del tercer mundo, con consecuencias ecológicas devastadoras, por ejemplo en la protección de las costas¹²⁹.

Aún más drástico es lo que ya se ha insinuado anteriormente en relación con la idea de que el capitalismo pase a utilizar recursos regenerativos. Incluso con el más común de todos los recursos, la tierra utilizable, la barrera natural se hace cada vez más evidente. En todo lo que hace la economía capitalista, pone la tierra a su servicio, y esta utilización significa que esta tierra ya no está disponible para otros usos capitalistas o no capitalistas.

¹²⁹ Revisar en <https://www.zeit.de/wirtschaft/2019-05/rohstoffmangel-sand-bauwirtschaft-umweltverschmutzung-uneq>.

4.

Las ilusiones suelen tener un punto de partida real. La ilusión de reconciliación entre la actividad económica productora de mercancías y la ecología se refiere al hecho de que las mejoras técnicas suelen reducir la demanda de recursos naturales por unidad producida. Sin embargo, la idea de un capitalismo “sostenible” es totalmente ideológica y fuera de la realidad. Ignora sistemáticamente el hecho de que, en una economía condenada al crecimiento, esta ganancia ecológica relativa se anula inevitablemente porque el volumen absoluto de producción debe aumentar permanentemente para mantener el movimiento del fin en sí del valor. En principio, esto puede hacerse de dos maneras: o bien la producción en el sector en cuestión se expande de tal manera que el insumo material total aumenta a pesar de la mejora en la eficiencia de los recursos, o bien el movimiento de acumulación se desplaza a otras áreas de la producción de mercancías, aumentando allí el consumo de recursos.

El hecho de que el uso de “tecnologías verdes” no implica una reducción absoluta del uso de recursos no ha pasado desapercibido. Especialmente en lo que respecta al consumo de energía, esto se tematiza con el término “efecto rebote”. También la diferenciación que acabamos de mencionar entre las dos formas básicas en que irrumpe materialmente el imperativo del crecimiento aparece en este debate. Se habla de efecto rebote directo cuando el propio desarrollo del sector de producción de materias primas afectado por la mejora de la eficiencia de los recursos anula parcial o totalmente el ahorro de recursos. Cuando son otros sectores los que llevan a cabo esta anulación, se habla de efecto rebote indirecto. La historia más reciente de la televisión se utiliza a menudo para ilustrar el efecto rebote directo. En 2000, los nuevos aparatos aún necesitaban entre 25 y 45 mW de electricidad por centímetro cuadrado de superficie de pantalla; en 2014, solo 17 mW. Sin embargo, el consumo de energía de la nueva generación de dispositivos fue superior al de la generación anterior. Esto porque el tamaño medio de las pantallas aumentó mucho más rápido durante este periodo que la disminución relativa de la demanda de energía. Por otra parte, se habla de un efecto rebote indirecto cuando el dinero ahorrado gracias a una mayor eficiencia de los recursos (por ejemplo, un menor consumo de gasolina con un auto) se gasta inmediatamente en otros bienes de consumo (por ejemplo, un segundo televisor o un viaje en avión) y, por tanto, estimula adicionalmente la producción de mercancías.

Por supuesto, en vista del sueño del “crecimiento cualitativo”, vale la pena prestar atención a estas conexiones empíricamente palpables. Sin embargo, el debate sobre el efecto rebote tiene una debilidad decisiva: el problema central en términos de teoría de la acumulación se ignora por completo. En su lugar, la cuestión lógicamente subordinada del consumo ocupa el centro de la escena

y es ésta la que debería servir de explicación¹³⁰. El efecto rebote se entiende generalmente como el resultado de las “repercusiones” del “ahorro de costos” en el “comportamiento de compra y en el uso de los productos”. Según la definición de Wikipedia, el efecto rebote directo es “un aumento de la demanda del mismo bien. Un rendimiento energético más eficiente termina resultando más barato. Lo que es más barato tiene más demanda”. En cuanto al efecto rebote indirecto: “Quien gracias al aumento de la eficiencia ahorra energía, y por tanto dinero, gasta el dinero en otras cosas que también consumen energía. Esto aumenta la demanda de productos adicionales que también requieren energía para su producción, funcionamiento y desecho”.

En esta interpretación, la conexión real se invierte, porque la dinámica del movimiento capitalista como fin en sí mismo no se basa en el consumo, sino en la producción, que está sujeta al dictamen de la acumulación infinita de capital. Lo que se trata como efecto rebote directo es ante todo una estrategia empresarial. Cuando las mercancías se abaratan, suele deberse a un aumento de la productividad, que reduce el gasto de trabajo necesario por mercancía individual y, por tanto, también la parte de valor representada en ella. Sin embargo, como este efecto choca con el imperativo de *aumentar* constantemente la masa de valor, cada empresa se esfuerza por compensarlo. Esto puede ocurrir de dos maneras: o bien las empresas intentan compensar la disminución del valor de la mercancía individual aumentando el número de unidades vendidas, o bien los productos se diseñan de forma más sofisticada (sean televisores más grandes o la competencia desenfrenada en la fabricación de autos). Naturalmente, estos productos también deben venderse para que pueda realizarse el valor que representan. En este sentido, el comportamiento del consumo no es irrelevante. Sin embargo, no es la causa del crecimiento permanente, sino que surge del imperativo general social de la acumulación.

Este estatus subordinado puede observarse ya en el hecho de que las empresas consiguen hacer funcionar el “efecto rebote directo” incluso sin la cooperación de los consumidores. Basta pensar en el fenómeno tan debatido de la “obsolescencia programada”. Ya se trate de una impresora, un lavarropas o un televisor, los fabricantes acortan deliberadamente la vida útil de muchos productos mediante artimañas técnicas¹³¹. La necesidad de sustitución prematura incrementa tanto las ventas del sector respectivo como sus necesidades de re-

¹³⁰ Revisar: www.umweltbundesamt.de/themen/abfall-ressourcen/oekonomische-rechtliche-aspekte-der/rebound-effekte.

¹³¹ Un pionero de esta práctica fue el Cartel Phoebus. Esta asociación internacional de los principales fabricantes de lámparas acordó, a principios de la década de 1920, limitar la vida útil de las lámparas a 1.000 horas.

cursos, sin que el “cliente-rey” tenga que verse seducido por ningún valor de uso adicional imaginario o real.

También el “efecto rebote indirecto” puede descifrarse sin problemas en términos de la teoría de la acumulación. El “efecto rebote directo” esconde estrategias empresariales con las que los sectores afectados por el aumento de la productividad compensan ellos mismos la disminución de la masa de valor. El “efecto rebote indirecto” describe lo que debe ocurrir en la economía capitalista, caracterizada por el imperativo de la acumulación, cuando esta compensación no funciona. Entonces, la acumulación adicional en otros sectores debe sustituir a la disminución de la producción de valor en los sectores afectados por el aumento de la productividad.

Que se ignore precisamente la fuerza motriz decisiva de la producción de riqueza capitalista y, en su lugar, se considere la demanda y el consumo individuales como el campo problemático crucial no es casualidad. En el debate ecológico, la crítica de la economía política no desempeña ningún papel. En la medida en que éste se hace alguna idea sobre el contenido de “nuestra economía”, la obtiene del pensamiento de la economía burguesa y de su heredera, la ciencia económica. Su base es el “individualismo metodológico”, es decir, la derivación de los acontecimientos sociales a partir de las acciones de los individuos aislados y su fijación en la esfera del mercado. La crítica actual del crecimiento sigue totalmente anclada en esta perspectiva cuando se trata del problema del creciente consumo de recursos. Esto es especialmente evidente en el debate sobre el efecto rebote. Lo nuevo ahí es simplemente el nombre y la connotación ecológica. El propio patrón de interpretación tiene más de 150 años. Corresponde perfectamente con la paradoja de Jevons, que desempeñó un papel clave en la primera formulación de la teoría de la utilidad marginal, aún popular en la ciencia económica.

5.

En su libro *La cuestión del carbón*, publicado en 1865, el padre de la teoría de la utilidad marginal, William Stanley Jevons, formuló la paradoja que lleva su nombre para explicar por qué el consumo de carbón aumentó bruscamente tras la introducción de la máquina de vapor de Watt, a pesar de que este tipo de máquina era mucho más eficiente que sus predecesoras. Como sabemos, en los siglos XVIII y XIX las máquinas de vapor se utilizaban casi exclusivamente para la producción, no para el consumo privado.¹³² Así pues, la demanda a la que se refiere

¹³² En los hogares, la máquina de vapor solo apareció después de haber cerrado su ciclo en las fábricas. A principios del siglo XX, se introdujo en las habitaciones infantiles en

La cuestión del carbón surgió directamente de la acumulación de capital funcio-nante. El legado teórico de Jevons consistió en aplanar conceptualmente la dife-rencia fundamental entre el “consumo productivo” (Marx) del capital, momento integrante del movimiento de valorización, y el consumo final, situado fuera del ciclo de valorización capitalista. De este modo, pudo mistificar el movimiento del fin en sí de la valorización del valor en función de la simple satisfacción de las necesidades. El debate actual sobre el efecto rebote se mantiene fiel a esta herencia intelectual, en la medida en que intenta resolver el problema del imperativo del crecimiento automáticamente desde el lado del consumo, en lugar de explicarlo desde la compulsión a acumular y, por tanto, desde la lógica de la multiplicación de la riqueza abstracta.

Desde la perspectiva de la crítica de la ideología, la fijación en el consumo individual demuestra sobre todo hasta qué punto se ha naturalizado para noso-tros, los modernos, nuestra propia forma absurda de existencia como individuos aislados. La leyenda de que “el cliente-rey” es el soberano modelador de la vida económica, como resultado del poder del mercado, no solo está muy extendida en la literatura teológica del mercado, sino que también está profundamente arraigada en el sentido común. Justo cuando la conciencia dominante se da cuenta de su propia práctica destructiva, no se le ocurre otra cosa que exigir que cada uno empiece por sí mismo. El resultado de la praxis de la sociedad de la mercancía, la triste figura de un individuo aislado que solo entra en relación con su propio contexto social a través de la compraventa, es llamado a poner fin a la devastación capitalista mediante “decisiones de compra correctas y conscientes”.

La crítica social debe insistir en el hecho de que esta idea consiste en la fic-ción pseudocrítica, inspirada en los manuales de economía, de un consumidor omnisciente. Frente a la profundidad de los cambios sociales necesarios, pone el carro delante de los bueyes. La economía capitalista es ante todo un modo de producción y no un modo de consumo. Por esta razón, una salida de la misma está ligada a una ruptura con la forma de la riqueza capitalista. La raíz de la com-pulsión a crecer y de todos los demás males capitalistas es la transformación de la producción social de riqueza en producción de mercancías, de ninguna manera solo el uso “equivocado” del poder adquisitivo individual del consumidor final.

El debate sobre el efecto rebote sigue los pasos de la teoría de la utilidad marginal en la medida en que sitúa al consumidor en el centro de las relaciones económicas. Sin embargo, difiere de la visión del mundo de Jevons al restringir esencialmente la figura del consumidor al consumidor final. Esta reorientación es significativa en la medida en que se refiere a cambios reales en la composición del cosmos de las mercancías.

miniatura y quedó reducida a un juguete.

En cuanto a la necesidad de recursos, los bienes que entran en el consumo final pueden distinguirse entre: los que requieren recursos naturales exclusivamente en su producción y los que también los consumen en su uso. La primera categoría incluye ropa, libros y alimentos. La segunda categoría incluye los sistemas de calefacción de todo tipo, pero también los televisores y los autos. Aunque unos pantalones, unos lentes o un libro hayan necesitado muchos recursos en su producción, su uso no requiere ningún otro recurso natural. En cambio, difícilmente una cocina de carbón puede funcionar sin suministro de combustible, y la calefacción de gas solo funciona cuando se dispone de gas natural, dirigida al lugar de consumo por una compleja infraestructura. Un teléfono no sirve de nada sin una red, y conducir un Mercedes requiere no solo cargar combustible con regularidad, sino también una red de rutas que hay que renovar permanentemente. Esto no es tan trivial como podría parecer a primera vista. Existe una clara tendencia histórica en el desarrollo del capitalismo. Con el despliegue de las fuerzas productivas y la socialización creciente, el peso relativo del segundo tipo de mercancías ha aumentado cada vez más. En tiempos de Jevons, cuando la industria textil desempeñaba el papel clave en términos de consumo final, el consumo de recursos seguía concentrándose en el capital funcionante y la producción de mercancías. Esto cambió a más tardar con la transición al fordismo. Ya se trate de autos, electrodomésticos o aparatos electrónicos, las principales innovaciones de productos de la era fordista no son utilizables sin una infraestructura compleja. Lo mismo ocurre, e incluso más, con las innovaciones de productos de la Tercera Revolución Industrial. El uso de recursos naturales en el desarrollo y distribución de *software* puede ser modesto. Pero el *software* solo se vuelve utilizable cuando se añaden dos componentes materiales tangibles: el *hardware* individual del usuario y una infraestructura sofisticada (por ejemplo, un servidor); y ambos consumen recursos masivos.

Este punto de vista es ante todo importante para la crítica de la ideología. La idea de que puede haber un “crecimiento económico” desvinculado del creciente consumo de recursos se basa a menudo en la suposición de que la marcha triunfal de las tecnologías digitales conduce a una creciente “desmaterialización” de la “creación de valor” y, por tanto, puede salvar al modo de producción capitalista del desastre ecológico¹³³. No se trata solo de una quimera; más bien, la suposición de que la producción de bienes de información como el *software*

¹³³ Por supuesto, esto no significa que la tecnología digital no pueda utilizarse también para reducir radicalmente el volumen de material. Sin embargo, este potencial debe buscarse y movilizarse conscientemente, lo que presupone una ruptura con el dominio demencial de la lógica del beneficio y del valor de cambio. Una sociedad liberada de la coacción del valor, que organiza la producción de riqueza según criterios puramente materiales, dispondría de un excelente instrumento para alcanzar este objetivo.

significa “creación de valor” es insostenible para la mayoría de estos productos¹³⁴; el espejismo de una “desmaterialización” del cosmos de los valores de uso solo surge mientras se sigan ignorando sistemáticamente los requisitos previos y los efectos de los bienes de información en el mundo analógico. Los propios bienes de información son “inmateriales”, pero no el *hardware* en el que se instalan, y ambos solo funcionan con una amplia infraestructura que absorbe mucha energía y materias primas¹³⁵. No todas las aplicaciones tienen un balance ecológico tan devastador como las criptomonedas, el medio de pago más consumidor de recursos de todos los tiempos; pero fenómenos como la creciente sustitución de las ventas en tiendas físicas por ventas virtuales también aumentan la demanda de recursos al provocar un súbito incremento del transporte.

Por supuesto, las necesidades adicionales de recursos asociadas a la utilización de los valores de uso deben tenerse en cuenta no solo por razones de crítica ideológica. También es indispensable para el análisis del problema de la infraestructura. Hasta aquí, nuestra investigación del imperativo del crecimiento se ha centrado exclusivamente en el proceso de valorización. Se ha demostrado por qué su avance, con vistas al desarrollo de la fuerza productiva, va siempre acompañado de un aumento exponencial del consumo de recursos naturales. Sin embargo, la producción de valor y plusvalor no es el único sector que demanda recursos naturales. A eso hay que agregar las necesidades de las diversas infraestructuras, desde las redes de transporte y telecomunicaciones hasta el sistema educativo y sanitario. Este sector, indispensable para el sistema de valorización y que por sí mismo no participa o solo participa parcialmente en la producción de valor, no

¹³⁴ Este importante punto no puede tratarse aquí con mayor profundidad. Sin embargo, en otro lugar he presentado detalladamente la posición de los bienes de información en el sistema de generación de valor de cambio (ver *El valor del conocimiento*, en *Krisis* n.31 [<https://www.krisis.org/2007/der-wert-des-wissens/>]). En el debate actual se asume casi universalmente que empresas como Microsoft contribuyen a la producción de valor. Es obvio por qué la ciencia económica lo ve así. La teoría económica dominante no distingue entre valor y precio. Se puede ganar dinero con el *software*, y todo lo que sirve para ganar dinero también crea valor, incluidos todos los bienes de información. Un análisis más detallado, que tenga en cuenta el carácter específico de este tipo de mercancía, conduce a un resultado diferente. El trabajo invertido en empresas como Microsoft les permite embolsarse una renta informacional, pero no contribuyen a la producción social de valor.

¹³⁵ En términos de Bitcoin, su buque insignia: “En mayo de 2018, una sola transacción requiere al menos 300 kWh de electricidad” (<http://bund-rvso.de/bitcoin-strom-energie-verbrauch-umwelt-gier.html>). Esto equivale aproximadamente al consumo anual de una heladera de eficiencia energética de clase A. Y según un estudio de la Universidad Técnica de Múnich, el consumo anual de energía de todo el sistema Bitcoin fue de aproximadamente 46 teravatios hora en noviembre de 2018. “Para cubrir esta demanda, más de cinco grandes centrales eléctricas deberían funcionar a plena carga durante todo el año” (<https://www.scinexx.de/news/energie/wie-gross-ist-der-co2-fussabdruck-des-bitcoin/>).

solo es cada vez más importante con el desarrollo de las fuerzas productivas, sino también más extenso y, por tanto, más intensivo en recursos. Esto es aún más válido cuando las empresas de infraestructuras no están organizadas como empresas estatales monopolísticas, sino que varios proveedores privados mantienen sus propias infraestructuras codo con codo, como ocurre, por ejemplo, con las redes de telefonía móvil en Alemania. Pero las infraestructuras públicas también son responsables de una parte considerable del consumo de recursos. Basta pensar en la red de rutas, en constante expansión, indispensable para la sociedad del automóvil y responsable de una parte considerable de la ocupación cada vez mayor de la superficie terrestre. Las rutas representan el 5% de la superficie total de Alemania. En cualquier caso, el imperativo del crecimiento tiene una segunda fuente, además de los flujos materiales que se derivan directamente del movimiento de valorización: la proliferación de las infraestructuras que hacen posible el uso de las mercancías.

En sí mismo, el desarrollo de las fuerzas productivas también crea el potencial para un uso cuidadoso y sostenible de los recursos naturales. En condiciones capitalistas, sin embargo, se convierte en muchos aspectos en una fuerza motriz adicional para el despilfarro de recursos. Esto demuestra una vez más que el imperativo del crecimiento es una compulsión sistémica fundamental. Independientemente de cómo intervenga la política en la situación de competencia y de qué decisiones tecnológicas concretas se tomen, esta compulsión no puede eliminarse sobre la base de una sociedad basada en la producción de mercancías y la acumulación de valor. Para conciliar verdaderamente economía y ecología, habría que dar un nuevo contenido a la actividad económica y acabar con el dominio del valor de cambio.

El debate que critica el crecimiento es, en su mayor parte, ciego a esta conexión. A pesar de todas sus justificadas problematizaciones, ésta es su gran debilidad. En su fijación en las premisas básicas de la ciencia económica burguesa, siempre acaba en la responsabilidad individual, especialmente la de los consumidores. Sin embargo, desde esta perspectiva el contexto sistémico se disuelve en una multiplicidad de acciones medidas por normas morales o éticas. Por este motivo, determinadas estrategias empresariales, como la obsolescencia programada, suelen escandalizar y situarse en el centro de la atención pública. Sin embargo, ellas solo representan un problema derivado cuyas causas son más profundas. El verdadero escándalo y la verdadera raíz del imperativo al crecimiento reside más bien en la estructura básica aceptada sin cuestionamientos del “sistema económico” dominante. En una economía cuyo único contenido es el movimiento de valorización del valor como fin en sí mismo, toda razón ecológica es repelida como aceite en una sartén de teflón. La economía y la ecología solo pueden

reconciliarse dotando a la economía de un contenido completamente nuevo y liberando la riqueza social de la forma-mercancía.

BIBLIOGRAFÍA

- Helmstädter, Ernst. (1980). *Wachstumstheorie I: Überblick*. En: Albers, W. et al. (Hrsg.): Handwörterbuch der Wirtschaftswissenschaft, Bd. 8, Stuttgart: Gustav Fischer, S. 475-492.
- Kern, Bruno. (2019). *Das Märchen vom grünen Wachstum*. Zürich: Rotpunktverlag
- Lohoff, Ernst y Trenkle, Norbert. (2012). *Die große Entwertung. Warum Spekulation und Staatsverschuldung nicht die Ursache der Krise sind*. Münster: Unrast.
- Lohoff, Ernst. (2014). *Kapitalakkumulation ohne Wertakkumulation*. <http://www.krisis.org/2014/kapitalakkumulation-ohne-wertakkumulation/>
- MEW 23 = Marx, Karl. (1983). *Das Kapital*, Band 1, Marx-Engels-Werke Bd. 23, Berlin.
- MEW 25 = Marx, Karl. (1986). *Das Kapital*, Band 3, Marx-Engels-Werke Bd. 25, Berlin.
- Morus, Thomas. (1516). *Utopia*. Revisar en línea: www.linke-buecher.de/texte/romane-etc/Morus--%20Utopia.pdf.
- Muraca, Barbara. (2014). *Gut leben. Eine Gesellschaft jenseits des Wachstums*. Berlin: Wagenbach.
- Postone, Moishe. (2003). *Zeit, Arbeit und gesellschaftliche Herrschaft. Eine neue Interpretation der kritischen Theorie von Marx*. Friburgo: ça ira.
- Smith, Adam. (1896). *Lectures on Justice, Police, Revenue and Arms*. Oxford. Revisar en línea: <https://oll.libertyfund.org/titles/smith-lectures-on-justice-police-revenue-and-arms-1763>.
- Welzer, Harald. (2014). *Selbstdenken. Eine Anleitung zum Widerstand*. Fráncfort del Meno: Fischer Taschenbuch
- Wolf, Winfried. (2019). *Mit dem Elektroauto in die Sackgasse: Warum E-Mobilität den Klimawandel beschleunigt*. Viena: Promedia.

COSTOS DESPLAZADOS

LA LÓGICA DE EXTERNALIZACIÓN DE LA PRODUCCIÓN CAPITALISTA DE RIQUEZA Y SU ABOLICIÓN

Norbert Trenkle

Traducido por Javier Blank

La medida de la riqueza

Uno de los mitos eternos sobre el capitalismo afirma que éste sería superior a todas las demás formas de sociedad debido a su increíble eficiencia y productividad. Sin embargo, este mito no solo niega la enorme violencia con la que se ha impuesto históricamente el modo de producción capitalista, sino que también suprime el hecho de que su supuesta eficiencia se basa principalmente en la externalización, de diversas formas, de todos los efectos negativos, ocultando así sistemáticamente los costos reales para la naturaleza y la sociedad. No se trata de una característica externa que pueda remediarse con cualquier medida técnica o política; al contrario, la lógica de la externalización forma parte de la esencia más íntima del modo de producción y de vida capitalista. Si esta lógica se percibe cada vez más y se convierte en objeto de crítica (Brand y Knowledge, 2017; Lesenich, 2018), esto se debe principalmente a que, con la imposición global del capitalismo, ella ha alcanzado sus límites. Ya no existe un supuesto “exterior” al que trasladar los costos. Por el contrario, lo que fue desplazado vuelve con toda su fuerza e, incluso en las regiones victoriosas del mercado mundial, pone en

cuestión no solo los fundamentos del modo de producción y de vida capitalista, sino también los fundamentos de la vida humana en su conjunto.

Para comprender en qué consiste esta lógica de la externalización y la violencia destructiva que le es inherente, debemos considerar en primer lugar la esencia de la forma capitalista de producción de riqueza. ¿Cómo puede, por un lado, ser absoluta y extenderse por todo el mundo y, al mismo tiempo, producir un “exterior” de sí misma para procesar sus costos? Desde los años 70, en el discurso ecológico y crítico del crecimiento se ha señalado repetidamente un aspecto que puede arrojar luz al respecto: el concepto capitalista de riqueza es extremadamente estrecho y excluyente. En la sociedad capitalista, solo se considera riqueza lo que puede expresarse en unidades monetarias y mercantiles. Paradigmática para ello es la medida económica central, el producto interno bruto (PIB), que refleja el valor monetario de todos los bienes y servicios producidos en un país, descontando los consumos intermedios (Lepenies, 2013, p. 15)¹³⁶. La crítica fundamental a esta forma de medir la riqueza es que excluye, por definición, todas las actividades y aspectos no monetarios. Esto se aplica en particular a todas las actividades no remuneradas en la esfera privada, como las tareas domésticas y todas las actividades de cuidado, que se atribuyen predominantemente a las mujeres, de acuerdo con la imperante división de género del trabajo. También quedan excluidas de la definición de riqueza todas las actividades denominadas voluntarias y benéficas en asociaciones, organizaciones culturales, sociales y políticas, así como cualquier tipo de ayuda basada en la vecindad o la amistad.

También se argumenta que la medida del PIB no tiene en cuenta todos los aspectos cualitativos y no cuantificables de la riqueza social, a pesar de que éstos desempeñan un papel central en la vida social y el bienestar individual. Por ejemplo, el PIB no proporciona ninguna información sobre la calidad de vida que ofrecen las ciudades y las zonas rurales de un país, si las personas conviven pacíficamente y tienen relaciones sociales satisfactorias, a qué presiones de rendimiento están sometidas, etc. Así, Robert Kennedy, que más tarde sería asesinado, bromeaba ya en 1968: “El PIB lo mezcla todo, excepto lo que hace que la vida valga la pena”¹³⁷. Además, se produce el efecto particularmente absurdo de que cuando la riqueza se mide en términos monetarios, incluso lo que causa daño y

¹³⁶ La medida estadística del PIB es relativamente reciente; no se desarrolló hasta la década de 1930 en EE.UU. como indicador del desarrollo económico. Sin embargo, los primeros intentos de medir la riqueza social y calcular la llamada renta nacional se encuentran ya en los precursores de la teoría económica, como William Petty, que desarrolló la llamada “aritmética política” para ayudar a los gobiernos a aumentar la prosperidad económica (cf. el ensayo pertinente de Lepenies (2013), así como, para Petty, también Stapelfeld (2006, p. 256 y ss.).

¹³⁷ Revisar en: <https://www.deutschlandfunk.de/bruttoinlandsprodukt-ein-mysterium-100.html>.

sufrimiento humano se expresa estadísticamente como un aumento de la riqueza social. Un accidente de auto en el que hay heridos aparece como un aumento del PIB, porque hay que reparar o sustituir los autos dañados y el tratamiento de los heridos genera ingresos adicionales para el hospital y las empresas farmacéuticas; un accidente químico que contamina el suelo o un río también se expresa como un aumento estadístico, porque se paga a empresas y trabajadores para reparar los daños y así se generan ingresos que de otro modo no se habrían producido.

En la mayoría de los casos, en esta crítica al PIB como medida de la riqueza social la solución sería un nuevo indicador ampliado. Por ejemplo, ya en 1989, los economistas Herman Daly y John Cobb desarrollaron el *Índice de Bienestar Económico Sostenible* (*Regional/Index of Sustainable Economic Welfare/Well-Being*, ISEW), un indicador que también tiene en cuenta aspectos sociales y ecológicos y los convierte en cantidades monetarias (Exne, Lauck y Kulterer, 2008, p. 99 y ss.; Jackson, 2012). A partir de ahí, un grupo de trabajo liderado por Hans Diefenbacher, por encargo del Ministerio de Medio Ambiente alemán, desarrolló 20 años después el llamado *Índice de Prosperidad Nacional* [*Nationalen Wohlfahrtsindex* (NWI)] (Diefenbacher/Zieschank, 2011), que sigue un patrón similar y entiende la prosperidad “como la totalidad de los componentes materiales e inmateriales del 'bienestar', que se obtienen a partir de la riqueza disponible de un país en términos de capital económico, capital natural y capital social” (*apud* Raith, 2016). Pero hay muchos otros enfoques, el más conocido de los cuales es probablemente la “felicidad nacional bruta”, introducida en 2010 como medida oficial de la riqueza social en el Reino de Bután. E incluso la OCDE, a sugerencia de una comisión internacional, introdujo el llamado *Índice para una Vida Mejor* [*Better Life Index*]¹³⁸, que pretende ofrecer una mejor medida del bienestar¹³⁹.

La forma de la producción capitalista de riqueza

Sin embargo, el problema básico de todos estos planteos es que parten precisamente del extremo equivocado. Suponen implícita o explícitamente que la reducción de la riqueza social a ingresos monetarios se debe esencialmente a un criterio estadístico erróneo que guía la política y la sociedad. Según esto, la sociedad es, por un lado, más rica de lo que reconoce ser, porque el PIB no tiene en cuenta los diferentes factores del bienestar; y, por otro, más pobre de lo que pretende ser, porque ignora los diversos perjuicios y efectos negativos del modo de pro-

¹³⁸ Revisar en: <http://www.oecdbetterlifeindex.org/>.

¹³⁹ En Diefenbacher y Zieschank (2011, p. 39-68), se ofrece una visión concisa de los distintos enfoques.

ducción moderno. El objetivo de un nuevo indicador que tenga debidamente en cuenta todos estos elementos sería entonces crear un parámetro para una política que persiga una idea ampliada del bienestar social¹⁴⁰. Sin embargo, esta crítica al PIB está al revés. Si desde el advenimiento del modo de producción capitalista solo se considera riqueza social lo que puede expresarse en términos monetarios, ello no se debe a una falsa idea de bienestar expresada en un estrecho indicador estadístico que orientaría la política, sino a la *forma* subyacente, históricamente específica, de producción de riqueza. El PIB es una medida totalmente adecuada de esta forma en tanto que refleja de alguna manera (aunque distorsionada) el carácter reduccionista de este modo de producción de riqueza. Criticar este criterio es como culpar al cartero del contenido de la carta. Lo que se necesita no es una nueva medida de la riqueza social, sino la abolición de la forma de riqueza que produjo y que se expresa en esta medida. Para corroborar esta tesis, vamos a examinar más detenidamente lo que constituye la esencia de esta forma de riqueza.

Si la riqueza se mide aquí en unidades monetarias, esto solo se refiere al hecho de que, en la sociedad capitalista, siempre se produce en forma de mercancías. Sin embargo, como Marx señaló al principio de *El Capital*, su obra magna, la mercancía es una cosa muy extraña (MEW 23, p. 87 [Español: Siglo XXI, p. 87, “un objeto endemoniado”]). Se produce privadamente, pero no para uso privado, sino como producto social, como cosa para un contexto social anónimo; su *sociabilidad* se produce así, paradójicamente, en forma de *privacidad*. Esta contradicción se expresa en el hecho de que la mercancía tiene dos lados: el valor de uso y el valor de cambio. El valor de uso se refiere a la utilidad concreta de una mercancía, por ejemplo, el hecho de que pueda desplazarme en bicicleta o que pueda vestir pantalones; el valor de cambio se abstrae de esta utilidad concreta y lleva todas las mercancías a un denominador común expresado en dinero. El valor de uso no le importa al productor (ya se trate de un individuo, una pequeña empresa o una gran corporación); o bien solo le importa en la medida en que una mercancía debe tener algún tipo de utilidad para alguien a fin de que pueda ser vendida. Al productor no tiene por qué interesarle la razón por cual alguien quiere esa mercancía ni qué utilidad le atribuye. Al igual que la producción, eso

¹⁴⁰ Sobre el vínculo entre este indicador y las decisiones políticas existen, por supuesto, ideas muy diferentes. Economistas como el premio nobel Joseph Stiglitz tienen la ilusión de que un cambio en la medición del bienestar social puede tener un impacto directo en la política dominante: “Mejores parámetros de medición serían [...] también una importante herramienta de diagnóstico para ayudar a los países a identificar los problemas antes de que las cosas salgan de control. También serían útiles para elegir los métodos adecuados para resolver los problemas” (Stiglitz, 2019). Pero también se argumenta en el debate sobre el decrecimiento que se necesitan nuevos indicadores para una transformación hacia una sociedad poscrecimiento (véase, por ejemplo, O'Neill, 2016).

pertenece al ámbito de lo privado; en este caso, son intereses y necesidades privadas que quedan totalmente a criterio del comprador; si anda en bicicleta todos los días o la cuelga como decoración en su sala de estar, si usa los pantalones dedicándose al jardín o los utiliza para ir al teatro, todo esto es indiferente para el productor. Lo único que le interesa es el valor de cambio, o más precisamente, el *valor* de la mercancía representado en el valor de cambio¹⁴¹. Una vez que ha recibido el precio de venta, el asunto para él se ha acabado. Con el dinero, ahora tiene en sus manos el representante general de la riqueza social, porque con el dinero puede comprar cualquier cosa¹⁴².

Es obvio que el carácter general del valor de cambio, o del valor, se basa precisamente en su indiferencia hacia cualquier contenido particular, es decir, en el hecho de que se abstrae de todas las propiedades concretas y cualitativas de las mercancías y las reduce a la expresión de una determinada cantidad abstracta. En otras palabras, se trata de una forma muy específica de riqueza: la riqueza *abstracta*. Pero esta forma de riqueza es el centro en torno al cual gira todo el modo de producción capitalista. Pues, al igual que el valor es la única razón por la que los productores producen mercancías de forma social privada, también es el motor que mantiene todo el ciclo de la producción social de mercancías. Lo que impulsa el modo de producción capitalista es el imperativo infinito de aumentar la riqueza abstracta, o más sencillamente, la compulsión de hacer del dinero más dinero. En este sentido, la riqueza abstracta es una forma de riqueza autorreferencial, una riqueza cuyo objetivo reside en sí misma (Postone, 2003, p. 280-286) y que, por tanto, degrada el mundo entero a material externo de su movimiento tautológico. Volveré sobre esto, pero antes me gustaría profundizar en la contradicción fundamental de esta *sociabilidad* producida de *manera privada*.

El pensamiento común no parece tener problemas con esta contradicción, o ni siquiera se da cuenta de que existe. Pues forma parte de las convicciones fundamentales del sentido común burgués que el ser humano es por naturaleza un individuo aislado que debe perseguir sus propios intereses privados y que solo hace algo por los demás si obtiene de ello una ventaja personal¹⁴³. En consecuencia, esta concepción incluye también la idea de que el “ser humano” solo actúa so-

¹⁴¹ Volveré sobre la diferencia entre valor de cambio y valor. Eso no se puede ser explicado aquí sin interrumpir el flujo del argumento.

¹⁴² Como comentaba Karl Marx, “su poder social, así como su nexo con la sociedad, [el individuo] lo lleva consigo en el bolsillo” (MEW 42, p. 90 [Siglo XXI, *Grundrisse*, vol. 1, p. 84]). Sobre el significado y la posición del dinero en la sociedad capitalista, véase también Lohoff (2018).

¹⁴³ Esta atribución de una propiedad específica de la sociedad de la mercancía a la “naturaleza humana” se encuentra ya en Immanuel Kant, quien caracterizó esta condición como la de una “insociable sociabilidad”. Con ello se refiere a la “inclinación” de las personas a “entrar en sociedad que, sin embargo, va unida a una resistencia constan-

cialmente a través del intercambio. Según esto, la sociedad habría comenzado cuando el cazador empezó a cazar más allá de sus propias necesidades para intercambiar lo obtenido por, por ejemplo, un par de zapatos; y cuando los demás miembros de la sociedad también se especializaron en determinados productos para llevarlos al mercado. Según este punto de vista, las sociedades complejas basadas en la división del trabajo no pueden organizarse de otro modo que en forma de producción general de mercancías, donde la coordinación de las actividades debe producirse “naturalmente” a través del mecanismo del mercado¹⁴⁴.

Aunque en las últimas décadas se ha criticado mucho la imagen del ser humano como *homo oeconomicus*¹⁴⁵, estas críticas suelen ser muy limitadas. Por ejemplo, se señala correctamente que incluso en condiciones capitalistas las personas no siguen un cálculo utilitarista de racionalidad económica, sino que sus acciones están determinadas por una amplia gama de necesidades y motivaciones emocionales, sensibles y sociales. Pero a menudo se pasa por alto que la figura del *homo oeconomicus* tiene un núcleo de verdad, en el sentido de que se refiere a un elemento estructural fundamental de la sociedad capitalista. Por supuesto, es un mito ridículo, ya muy refutado por la historia y los estudios culturales, que la conquista cultural fundamental haya sido la invención del intercambio y del dinero. Sabemos desde hace mucho tiempo que en las comunidades precapitalistas la gente producía principalmente de forma comunal y en una economía de subsistencia. La producción material siempre estuvo integrada en la comunidad de muchas formas diferentes y estaba regulada por todo tipo de normas culturales y religiosas, tradiciones y relaciones de dominación personal. La economía como esfera separada solo surgió con la implantación del modo de producción capita-

te que amenaza perpetuamente con disolverla” (Kant, 1784, p. 20). Véase también Trenkle (2019).

¹⁴⁴ Adam Smith presenta esta idea de manera ejemplar: “En una tribu de cazadores o pastores, por ejemplo, cierta persona fabrica arcos y flechas con más habilidad y rapidez que cualquier otra. A menudo los intercambia con sus compañeros por ganado o caza; considera que de este modo puede conseguir más ganado y caza de lo que conseguiría si fuera a buscarlos él mismo al campo. Teniendo en cuenta su propio interés, decide que fabricar arcos y flechas será su principal ocupación, convirtiéndose en una especie de armero. Otro es especialmente hábil fabricando la madera y los tejados de sus pequeñas chozas o casas desmontables. Acostumbrado a ser útil de este modo a sus vecinos, que le pagan del mismo modo, con ganado y caza, hasta que al final le parece interesante dedicarse por entero a esta ocupación, y se convierte en una especie de carpintero dedicado a la construcción de casas. Del mismo modo, un tercero se convierte en herrero o apacentador de ganado, y un cuarto en curtidor o preparador de pieles o cueros, componente principal de la vestimenta de los habitantes del bosque” (Smith, 1905 [1784], p. 21). Véase, por ejemplo, Habermann (2008) o Haller (2012), así como los debates en *Netzwerk Plurale Ökonomik*: www.plurale-oekonomik.de/netzwerk-plurale-oekonomik/.

¹⁴⁵ Véase, por ejemplo, Habermann (2008) o Haller (2012), así como los debates en *Netzwerk Plurale Ökonomik*: www.plurale-oekonomik.de/netzwerk-plurale-oekonomik/.

lista (Polanyi, 1995; Bierwirth, 2013, p. 12-14). Sin embargo, esto significa desvincular a las personas de sus comunidades tradicionales, es decir, la destrucción de esas comunidades y la liberación de las personas como individuos aislados que, a partir de entonces, son los principales responsables de su propio bienestar y progreso¹⁴⁶. Por otra parte, no es casualidad que la figura del *homo oeconomicus* haya surgido durante ese periodo de ruptura histórica, pues refleja ideológicamente este proceso de aislamiento explicándolo como “naturaleza humana”.

Marx analizó este proceso en *El capital*, en particular en la cuestión de la formación del “trabajador asalariado doblemente libre”. Por un lado, es el libre propietario de su capacidad de trabajo (a diferencia de un esclavo o un siervo) y, por otro, está obligado a vender esta capacidad de trabajo al capital porque está “libre” de los medios de producción, es decir, es incapaz de producir él mismo sus medios de subsistencia, es decir, lo que necesita para vivir (MEW 23, p. 181 y ss. [Siglo XXI, p. 203 y ss.]). Esto es indudablemente cierto. Pero la separación de las personas de sus comunidades tradicionales tiene implicaciones aún de mayor alcance. La división de la sociedad en varios individuos aislados que persiguen sus intereses particulares unos contra otros y, de esta forma paradójica y contradictoria, constituyen su nexo social, representa la matriz fundamental de la sociedad burguesa (Trenkle, 2019; Bierwirth, 2019). O, como dice Marx: “La dependencia mutua y generalizada de los individuos recíprocamente indiferentes constituye su nexo social” (MEW 42, p. 92 [Siglo XXI, *Grundrisse*, p. 84]). Sin embargo, esto no solo establece la producción de mercancías como forma de producción de riqueza, sino también la necesidad del Estado como aparato externalizado de violencia, que de alguna manera mantiene bajo control las dinámicas divergentes de los intereses particulares y les impide romper el nexo social. En otras palabras: el fraccionamiento del nexo social en individuos aislados es el punto de partida lógico e histórico desde el que se puede entender toda la estructura de la sociedad capitalista y su *forma* históricamente específica de producción de riqueza. Esta forma, sin embargo, representa una enorme reducción de lo que se reconoce como riqueza social; y esto tiene graves consecuencias para la sociedad y para la relación social con la naturaleza.

¹⁴⁶ El término en sí no apareció hasta finales del siglo XIX, pero ya estaba contenido en las ideas de los precursores de la economía política. Sobre el concepto de *homo oeconomicus*, véase Habermann (2008, p. 13-16).

La escisión de actividades no mercantiles

Si antes dijimos que los individuos se relacionan entre sí a través de las mercancías, esto inicialmente no significa otra cosa que el hecho de que no se relacionan *directamente*, sino indirectamente a través de las cosas. Pero estas cosas son sus productos del trabajo privado. Si ahora observamos esto desde el punto de vista de la acción individual, queda claro que los individuos aislados establecen su nexo social *trabajando*, o más exactamente, realizando trabajo *privado* de forma *social*. De este modo, median entre sí a través del trabajo y establecen así su nexo social (Postone, 2003, p. 229 y ss.). Para el pensamiento burgués, este hecho parece completamente indiscutible porque, según él, el ser humano siempre produce su pertenencia a la sociedad a través del trabajo. Sin embargo, esto no es más que una proyección retroactiva de las relaciones burguesas hacia el pasado. De hecho, solo el aislamiento radical obliga a los individuos a establecer su sociabilidad relacionando entre sí sus productos de trabajo privado (mercancías), es decir, mediándose a través del trabajo. En las comunidades antiguas, las actividades productivas estaban *incrustadas* en relaciones de dominación y presuponían referencias culturales; formaban parte del contexto sociocultural general y se asignaban de acuerdo con las jerarquías y tradiciones imperantes. En la sociedad burguesa, en cambio, los individuos deben reproducir cotidianamente su pertenencia social trabajando¹⁴⁷, es decir, produciendo mercancías o vendiendo su fuerza de trabajo, en otras palabras, transformando una parte de sí mismos en una cosa-mercancía. Solo en la medida en que lo hacen son reconocidos socialmente como válidos y tienen acceso a la riqueza social.

Sin embargo, esto da lugar, ya en un nivel muy fundamental, a una división y jerarquización de los marcos sociales de acciones y actividades. Todas las actividades que *no* producen mercancías son, en el mejor de los casos, socialmente secundarias, porque no producen la mediación social específica de esta sociedad entre individuos aislados. Esto se aplica no solo a todo el espectro de actividades benéficas, honoríficas y voluntarias diversas, sino especialmente a las actividades domésticas y de cuidado, que se escinden y son atribuidas estructuralmente a las mujeres (Scholz, 1992). Estas actividades son sin duda indispensables para el mantenimiento de la vida y para el funcionamiento del contexto social, y también una condición necesaria para la producción de riqueza abstracta. A pesar de ello, no se incluyen *directamente* en ella, precisamente porque no adoptan la forma de mercancías, sino que permanecen en la esfera de la privacidad separada.

¹⁴⁷ En sentido conceptual estricto, solo podemos hablar de trabajo en la sociedad burguesa, porque solo aquí las actividades más diversas, al entrar en relación a través de las mercancías, son llevadas a un denominador común abstracto.

De este modo, sin embargo, representan una especie de añadido sin costo que se presupone e incorpora como algo evidente.

Esto se aplica en particular a la cuestión tan debatida en la literatura marxista-feminista de la reproducción de la fuerza de trabajo¹⁴⁸, que de ninguna manera está garantizada únicamente por el salario, como suele suponer la teoría marxista tradicional¹⁴⁹. Es cierto que el salario paga el valor de la mercancía fuerza de trabajo, en la medida en que cubre (o al menos debería cubrir) los costos de los bienes de consumo que el trabajador necesita para garantizar su subsistencia. Pero esto solo se refiere a las mercancías, es decir, a las cosas del mundo de la riqueza abstracta. Sin embargo, siempre se asume tácitamente que en el “trasfondo” se llevan a cabo un gran número de actividades adicionales, que no adquieren el carácter de mercancías pero que son, como mínimo, igual de esenciales para la vida. No se trata solo de cuestiones prácticas en el hogar, como cocinar, limpiar, así como todo el espectro de actividades de cuidado; se trata también de satisfacer necesidades emocionales y sensibles que no tienen cabida en la esfera instrumental, funcionalista y competitiva del trabajo y que, por tanto, se externalizan en cierto modo a la esfera de la intimidad (normalmente a la familia nuclear o a la relación de pareja) (Scholz, 1992; Trenkle, 2007; Habermann, 2008).

Por lo tanto, la producción capitalista de riqueza se basa siempre en la externalización de todo un espectro de actividades vitales que no adoptan la forma de mercancías y que, por lo tanto, pueden ser apropiadas sin costo alguno. Incluso las luchas del movimiento feminista han conseguido cambiar poco esta forma fundamental de externalización. Contra la resistencia a menudo feroz de los hombres, las mujeres han luchado por acceder a la mayoría de las profesiones y ámbitos laborales y, al mismo tiempo, han sacudido las identidades de género burguesas clásicas. Por un lado, sin embargo, estas identidades resultan ser sorprendentemente estables, como resulta especialmente evidente en condiciones de crisis¹⁵⁰; por ejemplo, durante la pandemia del coronavirus, las mujeres han

¹⁴⁸ Después de que este tema desapareciera del debate, ha vuelto a cobrar relevancia, especialmente con referencia a los escritos de Silvia Federici (2012).

¹⁴⁹ Se trata aquí de una determinación conceptual que hace referencia al estatus lógico de la mercancía fuerza de trabajo. Empíricamente, dependiendo de la situación del mercado y de las relaciones sociales de poder, el salario puede estar muy por encima o muy por debajo del valor de la fuerza de trabajo.

¹⁵⁰ La razón de esta estabilidad es que las identidades de género son constitutivas de la forma-sujeto moderna, que a su vez es inherente a la matriz fundamental de la “insociable sociabilidad”. Como las personas en la sociedad burguesa producen su sociabilidad en la forma contradictoria de la privacidad, tienen de una manera muy fundamental una relación externa de distanciamiento entre sí. Se tratan unos a otros como objetos y, precisamente a través de ello, se constituyen como sujetos. Al mismo tiempo, sin embargo, esta condición de sujeto está asegurada por la demarcación de un “otro” imaginario, al que se le niega la condición de sujeto y sobre el que se proyectan todos aquellos

vuelto a soportar una gran parte de la carga, no solo porque están fuertemente representadas en las profesiones asistenciales, sino también porque siguen siendo en gran medida responsables de las actividades domésticas y de cuidados y, además, se han visto expuestas a una mayor violencia doméstica por parte de los hombres¹⁵¹. Por otra parte, un cambio en la asignación de las actividades domésticas y un aumento del empleo femenino no significan en absoluto que se haya abolido la división fundamental de la esfera social de actividades. Incluso si todos los hombres asumen una parte igual de las actividades domésticas y de cuidado, esto no altera el hecho de que estas actividades se incluyen sin costo alguno en la producción de riqueza abstracta. Pues la división de la esfera social de actividad es un principio estructural de la producción capitalista de riqueza, que solo puede ser abolido junto con ella. Mientras no sea así, la externalización adoptará siempre otras formas. Por ejemplo, la tendencia a disolver el modelo binario de género en los países capitalistas centrales se produce a menudo a expensas de la mano de obra femenina de los países más pobres que, la mayoría de las veces con salarios bajos y en condiciones precarias, se encarga de las tareas domésticas y de cuidado en las familias de capas media-alta y alta. Sin embargo, solo pueden hacerlo porque al mismo tiempo otras mujeres de la familia se ocupan de la casa, de los niños y de los parientes que necesitan ayuda. Por lo tanto, la explotación de las actividades no remuneradas y no mercantiles, al servicio de la riqueza abstracta, solo se desplaza aquí espacial y personalmente¹⁵². En este contexto, Christa Wichterich habla muy acertadamente de un modelo de extractivismo global del cuidado (Wichterich, 2013 y 2016).

Naturaleza sin valor

Como ya se ha indicado, la lógica de la externalización se basa en la desvinculación de la producción capitalista de riqueza respecto del contexto social. La externalización no significa, por tanto, la transferencia de los “costos” a un “exterior”

momentos que no son compatibles con la forma-sujeto, porque podrían cuestionar el blindaje (masculino) de la identidad. Este “otro” asume no solo la figura de la “mujer”, sino también la del no blanco, no heterosexual, discapacitado, etc. en diversas formas; al mismo tiempo, se asocia a una forma imaginada de “naturaleza” (Lohoff, 2006; Trenkle, 2019; Bierwirth, 2019; Lewed, 2005; von Braun, 1988).

¹⁵¹ Sobre el aumento de la violencia doméstica, véase <https://mosaik-blog.at/gefaengnis-haesusliche-gewalt/>.

¹⁵² Véase también el texto de Julian Bierwirth, *Vom leeren Land zum überflüssigen Menschen* [De la tierra vacía a la gente superflua], en este volumen. [Nota del traductor:] El autor se refiere al libro *Shutdown. Corona und der notwendige Ausstieg aus dem Kapitalismus* (2020), del cual este texto es parte originalmente.

preexistente, sino que este exterior se crea mediante la reducción de la categoría de riqueza social. Solo existe debido a la estrechez históricamente específica de la producción de riqueza abstracta, que se establece a sí misma como absoluta y al mismo tiempo degrada todas las demás formas de actividad social, para incorporarlas sin contemplaciones.

Esta estrechez de la forma de la riqueza abstracta explica también su relación destructiva con los fundamentos naturales de la vida. La producción social se basa siempre en condiciones naturales que encuentra y al mismo tiempo modifica. Esto también se aplica, por supuesto, a la forma capitalista de producción. La materia natural está incorporada a cada mercancía, ya sea en forma de materias primas, energía y otros recursos o simplemente en el sentido de que cada lugar de producción se encuentra en una porción del suelo y los productos preliminares, así como las mercancías, deben transportarse de alguna manera sobre la superficie de la tierra. Pero esto solo afecta al lado material-concreto de la mercancía, es decir, a su valor de uso; a su vez, el lado social-abstracto, es decir, el valor representado en el valor de cambio, permanece completamente al margen. Esto puede parecer sorprendente, pero se explica si nos fijamos en qué se basa esta extraña abstracción, el “valor”, en qué consiste su contenido.

Hasta aquí dijimos que el valor de cambio desconsidera todas las características materiales-concretas de la mercancía, es decir, que es indiferente a los distintos valores de uso y, en este sentido, es una abstracción. Pero aquí siguen faltando determinaciones. ¿Qué constituye precisamente el contenido común de todas estas mercancías cualitativamente diferentes que permite reducirlas a un denominador común? La respuesta surge cuando recordamos que la mercancía es el producto de trabajo privado aislado. Como tal, no solo es la “forma elemental de la riqueza social” en la sociedad capitalista (MEW 23, p. 49 [Siglo XXI, p. 43])¹⁵³, sino que, como ya se ha mencionado, también cumple la función de mediación social. Los individuos aislados se ven obligados a establecer su nexo social trabajando, o más exactamente, cuando relacionan sus trabajos privados, representados en los productos. El contenido común y general de todas las mercancías es, por tanto, la forma históricamente específica de relación social que ellas representan, es decir, el trabajo en su función de actividad de mediación social. Solo porque existe este contenido común las mercancías pueden reducirse a un denominador común y abstracto. El valor de las mercancías, la riqueza abstracta, no es, por tanto, más que la representación cosificada de la forma de relación social fundamental para el capitalismo; la representación de “trabajo abstracto”, de

¹⁵³ Sobre el carácter de la mercancía como producto de trabajo privado aislado, véase también Lohoff (2017).

trabajo indiferente a cualquier contenido concreto-sensible específico, reducido a su función de actividad de mediación social.

Todo esto parece una locura, y básicamente lo es. Pero la locura reside en las propias condiciones sociales, porque en la sociedad capitalista las cosas están invertidas. Las personas no controlan conscientemente sus relaciones sociales, sino que son dominadas *por* ellas. El trabajo de los productores privados aislados se autonomiza de ellos en el valor y adquiere una dinámica propia tremenda, que impone su ritmo y su lógica a la sociedad. La finalidad de la producción es directamente el propio valor. Se produce para transformar una determinada suma de valor en aún más valor o, en otras palabras, para acumular riqueza abstracta. De este modo, la riqueza abstracta se absolutiza y se convierte en el poder dominante de la sociedad. Esto es lo que Marx llama el fetichismo de la producción de mercancías (MEW 23, p. 85 y ss. [Siglo XXI, p. 87 y ss.]).

Ya hemos visto que esta reducción de la riqueza social a gasto de trabajo productor de mercancías es la razón estructural de la invisibilidad y desvalorización de las actividades de cuidados, estructuralmente atribuidas a las mujeres y, por tanto, connotadas como “femeninas”¹⁵⁴. Se consideran “sin valor” porque no representan “valor” en el sentido de la riqueza abstracta. En este contexto también se explica por qué los recursos naturales no representan ningún valor y, por tanto, ninguna riqueza abstracta, a pesar de que son a la vez un requisito previo indispensable y la base de toda producción de mercancías. Como patrimonio natural, son una parte importante de la riqueza material de la humanidad, pero no forman parte del mundo de la riqueza abstracta, pues, aunque son transformados por el trabajo, no son en sí mismos producto del trabajo. Esta afirmación debe entenderse de una manera históricamente específica. Se aplica exclusivamente a la sociedad capitalista, porque ésta es, como se ha explicado, la *única* sociedad en la que la producción de riqueza se divide en un lado material y otro abstracto, y en la que solo el trabajo abstracto que se representa en valor es válido como riqueza social.

No estoy afirmando, por tanto, que los recursos naturales estén siempre, y por principio, excluidos de la determinación de la riqueza social; al contrario, quiero demostrar que esto *solo* es así en las condiciones del modo de producción capitalista. Y esta exclusión no es una cuestión de decisiones sociales o políticas equivocadas o de indicadores estadísticos erróneos, ni mucho menos una cues-

¹⁵⁴ Pero aquí reside también el omnipresente culto al trabajo. Pues el hecho de que solo se considere riqueza lo que tiene un “valor”, es decir, lo que es producto del trabajo que produce mercancías, se acepta como “natural” en la sociedad burguesa. No se critica como una forma descabellada de mediación social y de producción de riqueza, sino que se transforma en orgullo por el trabajo, que siempre va acompañado de desprecio por los considerados “vagos” (Grupo Krisis, 1999; Trenkle, 2007).

tión de actitud personal, sino que se basa fundamentalmente en la *forma* históricamente específica de producción de riqueza. Esta es la razón más profunda por la que, bajo las condiciones de la producción capitalista de riqueza, los recursos naturales son tan implacablemente explotados y desgastados. Puesto que no pertenecen al mundo del valor, sino que son considerados como su “exterior”, aparecen como una adición sin costo a la producción social de riqueza, que puede ser utilizada mientras esté disponible. El hecho de que esto no solo socava a largo plazo los requisitos previos para la producción de mercancías, sino también la base de la vida humana como tal, no puede representarse en el universo de la producción abstracta de riqueza y, por tanto, no se tiene en cuenta.

Esto parece contradecirse por el hecho de que los recursos naturales adquieren a menudo el carácter de mercancía y que la tierra, en particular, no suele estar disponible libremente. ¿No significaría esto que representan un valor? En primer lugar, hay que decir que no todo lo que se convierte en mercancía en la sociedad capitalista es producto del trabajo abstracto. Porque, aunque la riqueza abstracta es por su propia esencia la representación en forma cosificada del trabajo privado aislado, en la medida en que se convierte en dominante, se irradia a casi todos los demás ámbitos de la sociedad y los moldea a su propia imagen. Por eso en la sociedad capitalista casi todo puede adoptar la forma de una mercancía; incluso pueden comprarse los sentimientos; o, mejor dicho, las simulaciones de sentimientos. Esto también se aplica a los recursos naturales, aunque aquí entra en juego un mecanismo específico que está estrechamente vinculado desde el principio a la implantación del modo de producción y de vida capitalista.

La tierra y los materiales naturales de todo tipo adquieren la forma de mercancías y se les asigna un precio debido a que, en el curso del desarrollo capitalista, la mayor parte de la superficie terrestre se transformó (y sigue transformándose) en propiedad privada. Esto significa que los propietarios y propietarias tienen derecho al uso exclusivo de una determinada superficie de tierra y de las materias primas o recursos naturales que ésta contenga, mientras que todos los demás quedan básicamente excluidos de ello. Sin embargo, este derecho de uso puede venderse temporal o permanentemente, junto con la tierra (mediante transferencia de propiedad) o por separado, por ejemplo, en forma de licencias y derechos de explotación. De este modo, la tierra y los recursos naturales adquieren la forma de una mercancía y se incorporan al mundo de la riqueza abstracta, aunque no sean producto del trabajo abstracto y, por tanto, no representen realmente ningún valor; esta incorporación, sin embargo, tiene graves consecuencias.

El hambre insaciable de tierras y recursos

La búsqueda insaciable de materias primas y recursos naturales y la apropiación privada de la tierra han sido, desde el inicio, un motor esencial de la dinámica de expansión capitalista, de las conquistas coloniales y de la expulsión y asesinato en masa de sus habitantes. Porque quienes disponen de materias primas y tierras tienen una fuente permanente de ingresos sin tener que hacer nada. Estos ingresos no son más que una renta que los propietarios pueden reivindicar, porque tienen una propiedad que no se puede reproducir a voluntad, precisamente porque *no* es producto de trabajo privado¹⁵⁵. Por supuesto, también hay que excavar, extraer y transformar las materias primas y cultivar las tierras agrícolas. Allí, evidentemente, se lleva a cabo trabajo —hoy en día en grandes partes del mundo por personas pagadas miserablemente y explotadas en un grado extremo. Pero este trabajo siempre presupone el suelo o la materia natural, a la que en algún momento se dio el estatus de propiedad privada y que, además de la explotación de la fuerza de trabajo, proporciona a sus propietarios y propietarias ingresos regulares.

De ese ingreso resulta que los propietarios y propietarias tengan interés en explotar al máximo los recursos naturales a los que tienen derecho. Si para ello es necesario destruir los ecosistemas circundantes, por ejemplo, mediante la excavación total o la introducción de sustancias tóxicas en el suelo y las aguas subterráneas para exprimir los últimos restos de oro, petróleo, litio u otras materias primas, eso se hace por si acaso. Porque, aunque un terreno haya sido apropiado en otro momento por robo u otro tipo de violencia, representa capital para los propietarios tanto como una fábrica para los empresarios. Y el capital debe aumentar. Por eso satisfacen alegremente la demanda de la producción de riqueza abstracta por más y más recursos naturales, una demanda que nunca se agota, porque el mencionado imperativo del crecimiento es inherente al movimiento tautológico del valor¹⁵⁶.

Esta insaciable hambre de recursos naturales y tierras no se ha visto aliviada en absoluto por el hecho de que, en las últimas cuatro décadas, a raíz de la Tercera Revolución Industrial, se haya desplazado masivamente la fuerza de trabajo de la producción industrial y, en consecuencia, el centro de la dinámica de acumulación capitalista se haya transferido a los mercados financieros (Lohoff y Trenkle, 2012; Lohoff, 2014; Trenkle, 2020). Por el contrario, este proceso ha

¹⁵⁵ Una discusión más profunda del problema de la renta de la tierra puede encontrarse en Karl Marx (MEW 25, p. 627 y ss. [Siglo XXI, Tomo III, vol. 8, p. 791 y ss.], así como, para referencias actuales en Ernst Lohoff (2020, p. 10-23).

¹⁵⁶ Para más detalles, véase el texto de Ernst Lohoff, *Como arena en el mar*, en este libro.

vuelto incluso a acelerar la destrucción ecológica. Esto se debe principalmente a dos razones.

En primer lugar, el aumento de la productividad en condiciones capitalistas siempre conduce a un aumento absoluto del volumen de producción y, por tanto, a un consumo acelerado de materiales. Esto puede resultar chocante al principio, porque una mayor productividad significa inicialmente que se puede reducir el tiempo de trabajo necesario y a menudo (aunque no siempre) incluso el consumo de materiales y energía para la producción de un determinado producto. Así, sería posible producir la misma cantidad de cosas que antes, ahorrando recursos y reduciendo el tiempo total de trabajo social. Pero esto supone una producción orientada por criterios materiales y por una vida buena para todos. Pero como la finalidad de la producción de riqueza abstracta es aumentar el valor, la situación es muy distinta. El ahorro de tiempo de trabajo conduce a una disminución del valor de las mercancías individuales, porque la dimensión cuantitativa del valor no es más que el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir una mercancía determinada. Por supuesto, el factor decisivo no es el tiempo que tardan las empresas individuales en, por ejemplo, montar una heladera. Más bien, en las condiciones de productividad válidas en un momento dado, se impone una norma social general de tiempo que define el valor de una mercancía concreta y por la que deben medirse todas las empresas (Postone, 2003, p. 293 y ss.). Los que necesitan más tiempo no reciben compensación por ello en el mercado, mientras que los que son más rápidos que la competencia pueden apropiarse de una mayor parte de la masa social de valor¹⁵⁷.

De este modo, se desencadena una corrida generalizada que obliga a todas las empresas a aumentar constantemente su productividad para adaptarse a la norma general o, si es posible, superarla. Desde un punto de vista económico, ésta es la razón de la dinámica interna y estructural de la crisis del capitalismo; la *reducción* sistemática y progresiva del valor de las mercancías está en flagrante contradicción con el fin en sí mismo de la producción de riqueza abstracta, el *aumento* permanente de la masa de valor socialmente producida. Desde un punto de vista ecológico, esta contradicción capitalista interna es fatal, porque las empresas reaccionan ante ella de la única manera que parece tener sentido bajo los dictados de la riqueza abstracta: aumentando la producción para, al aumentar la cantidad total de mercancías, compensar la disminución del valor por mercancía

¹⁵⁷ También, y sobre todo a este respecto, es evidente que el valor representa una categoría de dominación, o más exactamente, una categoría de dominación social abstracta (Postone, 2003), que es el resultado de la acción humana, pero que es autónoma de ella e impone sus normas a quienes actúan.

individual. Para producir la misma cantidad de riqueza abstracta, se consumen muchos más recursos naturales y materiales de todo tipo que antes¹⁵⁸.

Este efecto descabellado es especialmente fuerte a raíz de la tercera revolución industrial, pues ésta supuso un salto cualitativo en el desarrollo de la productividad (Lohoff y Trenkle, 2012, p. 84-105) y, por tanto, la producción aumentó enormemente para compensar, al menos en parte, la reducción del valor por unidad. El consumo material y energético resultante se incrementa aún más por el hecho de que la producción se organiza cada vez más a escala mundial, lo que aumenta desproporcionadamente el transporte.

En segundo lugar, la financierización masiva del capital no ha mitigado en absoluto el agotamiento extensivo de los recursos y el acaparamiento de tierras (*Landgrabbing*), sino que, por el contrario, los ha exacerbado. Es importante señalar que la financierización es también una consecuencia de la Tercera Revolución Industrial, en la medida en que el desplazamiento masivo de la mano de obra de los sectores centrales de producción del mercado mundial ha puesto en cuestión la base de la valorización del valor y, por tanto, de la acumulación de riqueza abstracta. Como reacción a ello, el capital se trasladó a los mercados financieros, donde se multiplica desde hace cuatro décadas, anticipando valor *futuro* (capital ficticio)¹⁵⁹. Podría parecer que esta forma de acumulación es inofensiva desde el punto de vista ecológico, ya que los títulos financieros no tienen contenido material y, por tanto, no se necesita materia para su “producción”. Pero las apariencias engañan, como siempre ocurre con las categorías capitalistas. Porque los títulos financieros representan promesas de beneficios futuros y, por tanto, siempre requieren puntos de referencia de la economía real en el aquí y ahora, que hacen que estas promesas parezcan creíbles, aunque a menudo resulten ilusorias a posteriori.

La tierra, en la forma de especulación inmobiliaria, desempeña aquí un papel central (Lohoff, 2020), así como la explotación de yacimientos de materias primas y el acceso a tierras cultivables. Esto no solo ha hecho subir terriblemente los precios de las propiedades y alquileres, especialmente en las aglomeraciones urbanas, haciendo que para millones de personas resulte extremadamente caro, si no imposible, vivir allí; también es un incentivo permanente para el acaparamiento de tierras a gran escala, especialmente en el Sur Global, lo que va acom-

¹⁵⁸La compulsión inherente al capitalismo de aumentar permanentemente la productividad conduce así a una potenciación del imperativo del crecimiento, que es a su vez inherente al movimiento del fin en sí del valor. Para más detalles, véase el texto de Ernst Lohoff, *Como arena en el mar*, en este libro.

¹⁵⁹Hemos analizado en detalle en otros lugares las consecuencias económicas y sociales de este desarrollo y sus límites internos (Lohoff y Trenkle, 2012; Lohoff, 2014; Trenkle, 2016).

pañado del desalojo sistemático de las personas que solían vivir en ellas o de ellas. Por último, la acumulación de capital ficticio es también un poderoso motor para la explotación creciente de zonas y regiones antes inaccesibles (regiones polares, océanos, Amazonia, etc.), lo que conduce a la destrucción de los últimos sumideros ecológicos y desestabiliza aún más el ecosistema global¹⁶⁰.

La destrucción de los fundamentos naturales de la vida adquiere así proporciones cada vez mayores cuanto más tiempo dura el dominio de la producción de riqueza abstracta sobre la sociedad. Esto demuestra que esta dominación es, por su propia naturaleza, histórico-dinámica; obedece a la compulsión interna de asimilar el mundo entero y convertirlo en el material de su interminable movimiento tautológico, incluso cuando los límites de esta expansión destructiva ya se hacen sentir de cerca. Además de la expansión espacial, esto afecta también a la dimensión temporal. Por un lado, el agotamiento implacable de los recursos naturales creados y almacenados durante millones de años no significa otra cosa que el hecho de que la producción de riqueza abstracta tiene lugar a expensas del pasado de la Tierra, que lo devora en una especie de frenesí alimenticio en el menor tiempo posible. Por otra parte, sin embargo, una parte muy considerable de los daños causados por el modo de producción y de vida capitalista solo surte realmente efecto tras un período de incubación más o menos largo, es decir, se desplaza en cierto modo hacia el futuro. Esto se aplica en particular a las emisiones masivas al aire, la tierra y el agua, que (como en el caso de la inminente catástrofe climática) solo tendrán efecto a medio y largo plazo, pero que en algunos casos seguirán afectando a la vida humana en la Tierra durante siglos y pueden incluso (como en el caso de los microplásticos y nanoplásticos) cambiar la estructura genética de los seres humanos y animales.

En este sentido, podemos decir que el presente vertiginoso de la producción de riqueza abstracta, que gira siempre en torno al mismo propósito, devora literalmente tanto el pasado como el futuro del patrimonio natural de la humanidad, pues estos son representables en la forma temporal históricamente específica del capitalismo, el tiempo abstracto¹⁶¹. El “afuera” de la producción abstracta de riqueza tiene, entonces, no solo una dimensión social, material y espacial, sino también temporal.

¹⁶⁰ Las zonas situadas al norte del círculo polar ártico, especialmente en Siberia o Alaska, solo se han vuelto accesibles para la explotación de materias primas debido al calentamiento global generado por el capitalismo, que a su vez agrava aún más la catástrofe ecológica. Este es un ejemplo particularmente grotesco de la dinámica destructiva autoaceleradora de la producción de riqueza abstracta.

¹⁶¹ Sobre las dimensiones temporales del capitalismo y su contradicción interna, ver Postone (2003, p. 444 y ss).

*La imposible internalización de la relación capitalista
con la naturaleza*

Por supuesto, los efectos ecológicos de la externalización no han pasado desapercibidos y han sido objeto de debate social ya hace tiempo, aunque por regla sin abordar sus causas profundas. Incluso en las ciencias económicas se ha desarrollado en la economía ambiental una rama propia (cf. Wicke 1993, por ejemplo), que aborda este problema y pretende desarrollar soluciones compatibles con la lógica de la economía de mercado. La idea básica es siempre que, en su comportamiento de producción y consumo, los individuos aislados generan “efectos externos” cuyos costos no asumen ellos mismos, sino que los transfieren al todo. En sí misma, esta percepción es bastante correcta. Sin embargo, dado que la fragmentación de la sociedad en individuos atomizados que producen la mediación entre sí a través del trabajo y de la producción de mercancías se toma como un supuesto evidente, comienza ya una restricción extrema de la perspectiva. Esto se desprende claramente de la definición de la palabra clave “efecto externo” en *el Wirtschaftslexikon de Gablers*:

“Una característica esencial de los efectos externos es que no afectan a quienes los causan, porque entre éstos y los afectados no existe ninguna relación mediada por el precio, es decir, por el mecanismo de mercado, ni ningún otro tipo de relación contractual. Si el provecho o la producción de los afectados aumentan (disminuyen) con el nivel del efecto externo, se trata de un efecto externo positivo (negativo) sobre el consumo o la producción”¹⁶².

La cuestión se reduce así a las relaciones de mercado entre “sujetos económicos” y se centra en cómo se puede influir en el comportamiento de los individuos para evitar los “efectos externos”. La supuesta solución, que entonces resulta formalmente obvia, consiste en asignar específicamente todos los costos de producción y consumo a los individuos, es decir, evaluarlos en términos monetarios y así “internalizarlos”.

Esta idea es muy problemática, porque presupone que toda la realidad y todas las expresiones humanas de la vida pueden reducirse a un valor económico y se les puede asignar un precio, que luego entra en los cálculos económicos privados. Incluso si esto fuera posible, estaríamos entonces ante un mundo de horror, una especie de distopía utilitarista, en la que probablemente ni siquiera los economistas que piensan en tales absurdos querrían vivir. De hecho, sin embargo,

¹⁶² Revisar en: <https://wirtschaftslexikon.gabler.de/definition/externer-effekt-34801/version-372602>.

ellos no están aún totalmente ciegos y tienen que reconocer que los “bienes ambientales” no pueden valorarse económicamente de la forma que ellos pretenden; por no hablar de otros aspectos como la “valoración” de una buena vida o incluso de un paisaje bello o de ciudades habitables¹⁶³. Sin embargo, la economía ambiental se rige por este modelo, que es consecuente en el sentido de que, en un mundo completamente configurado por mercancías, solo se reconocen aquellas cosas, necesidades y manifestaciones de la vida que reciben una expresión monetaria¹⁶⁴. Por lo tanto, aunque afortunadamente la macabra pretensión de la economización total de la vida no pueda cumplirse, se intenta poner precio a cierta parte de los “efectos externos” para que éstos, al menos en cierta medida, se incluyan en los cálculos de producción y consumo de los “sujetos económicos”.

Sin embargo, incluso la mayoría de los precursores y precursoras de la economía de mercado saben que los “efectos externos” no se internalizan voluntariamente; pues esto contradice los intereses de beneficio de las unidades económicas, así como los intereses de las mónadas de consumo de obtener mercancías a bajo precio. Por lo tanto, se necesita un organismo fuerte que imponga la internalización o, al menos, limite la externalización de los costos. Pero este organismo solo puede ser el Estado. Antes he mencionado brevemente que el Estado forma necesariamente parte de la forma capitalista de producción y de vida. Porque una sociedad basada en la contradicción según la cual las personas se socializan persiguiendo sus intereses privados unos contra otros, se derrumbaría inevitablemente si no existiera un órgano separado dotado del máximo poder que produzca la cohesión del todo social, si es necesario por la fuerza, y mantenga y asegure las condiciones básicas para la producción general de mercancías. En este sentido, el Estado representa la perspectiva de lo general en la sociedad capitalista, y es su tarea evitar al menos los peores daños al entorno natural que puedan afectar directamente a las condiciones de vida y producción en su territorio.

¹⁶³ “El conocimiento de los efectos externos, tanto positivos como negativos, en términos monetarios es un requisito previo importante para la elaboración racional de políticas. La valoración monetaria de los efectos externos permite, por ejemplo, comparar y sumar los distintos efectos ambientales y compensar los beneficios y costos económicos y ecológicos. Sin embargo, la valoración monetaria de los bienes no mercantiles (en este caso: los bienes ambientales) presenta dificultades considerables” (Henze *et al.* 1996, p. 473).

¹⁶⁴ “En política ambiental no es posible una internalización completa de los efectos externos debido a los problemas que plantea una evaluación económica tanto del daño ambiental como de su responsable. No obstante, el principio de ‘quien contamina paga’ puede servir de modelo para la política ambiental, que se complementa con el principio de carga pública y el principio de cautela” (*Diccionario Gabler de Economía*, palabra clave: Internalización de los efectos externos). Ver en: <https://wirtschaftslexikon.gabler.de/definition/internalisierung-externer-effekte-39210/version-262624>

En principio, esto puede hacerse de dos maneras. En primer lugar, el Estado puede prohibir a las empresas la producción de emisiones y los daños correspondientes, o fijarles un límite (el ejemplo clásico es la obligación de instalar sistemas de filtración de efluentes y de aire de escape). Y, en segundo lugar, gravando determinados recursos, materiales o fuentes de energía (por ejemplo, el impuesto energético), con la intención de que se utilicen de forma más eficiente o se ahorren por completo. Un método más reciente son los certificados de emisión negociables, que, sin embargo, en el fondo no son más que una variante de la práctica fiscal clásica, ya que en última instancia deben emitirse, regularse y controlarse según directrices estatales (o de confederaciones como la Unión Europea). Quizá la mayor diferencia es que estos certificados son estupendos para la especulación en los mercados financieros y para todo tipo de fraudes, por lo que encajan perfectamente en la era del capital ficticio (Lohoff y Trenkle, 2012, p. 209 y ss.)¹⁶⁵.

No obstante, estas medidas solo tienen un éxito limitado, porque las empresas son muy creativas a la hora de perseguir sus intereses particulares eludiendo los impuestos y requisitos legales correspondientes y burlándolos de todas las formas imaginables. Además de los métodos habituales y todavía muy eficaces del soborno, el fraude y la manipulación de los métodos de medición (como en el espectacular fraude de los gases de escape diésel del Grupo Volkswagen), se utilizan todo tipo de estrategias evasivas. Por un lado, en cuanto al tipo de emisiones. Si determinadas emisiones están prohibidas o sujetas a costos elevados, recurren a otras sustancias cuyos efectos no son tan evidentes o son difíciles de demostrar. En la carrera con el Estado, las empresas siempre llevan ventaja. En primer lugar, puede pasar mucho tiempo hasta que se prohíban o limiten por medios políticos determinadas emisiones, de modo que, si las empresas no pueden impedir o suavizar la prohibición mediante grupos de presión, tendrán tiempo suficiente para desarrollar otros métodos de producción, a menudo no menos nocivos. Y, en segundo lugar, según el principio de “quien contamina paga”, los daños al medio ambiente y a la salud deben atribuirse siempre causalmente a un agente concreto, lo que, sin embargo, es en muchos casos imposible dada la complejidad de los procesos de producción actuales y la interacción de las sustancias químicas¹⁶⁶.

Así, incluso en uno de los países capitalistas económicamente más prósperos como Alemania, ciertas emisiones directamente visibles y perceptibles (chimeneas de hollín, vertido de efluentes no tratados en los ríos, etc.) se han reducido

¹⁶⁵ Sobre el fraude generalizado con los derechos de emisión de la Unión Europea, véase, por ejemplo: <http://www.klima-rettter.info/politik/hintergrund/19425-emissionshandel-betrug-zulasten-des-klimas>.

¹⁶⁶ Véase también el texto de Karl-Heinz Simon, *Die Sache mit dem Klima - Klimaschutz hinterfragt, en Shutdown. Klima, Corona und der notwendige Ausstieg aus dem Kapitalismus* (2020).

considerablemente en las últimas décadas, pero al mismo tiempo han aumentado otros contaminantes, productos químicos y partículas de plástico, a menudo aún más peligrosos por sus daños a largo plazo¹⁶⁷. Esto ha ido acompañado, como sabemos, por la transferencia masiva de “producciones sucias” a otros países más pobres y políticamente más débiles (una forma de externalización espacial a la que volveré más adelante), de modo que las emisiones nocivas se producen ahora en otros lugares, mientras que países como Alemania pueden presentarse como modelos ambientales a seguir (Lessenich, 2018, p. 96-100).

Estos métodos de eludir los requisitos y medidas de la política ambiental, aquí solo esbozados, son ampliamente conocidos y muy documentados. Sin embargo, hay una razón mucho más importante por la que el Estado no es capaz, por principio, de contrarrestar la lógica de la externalización y obligar a los sujetos particulares a internalizar los daños causados. Si antes se ha dicho que el Estado es un componente integral y necesario del orden capitalista, esto significa también que no se sitúa al margen del sistema de producción de riqueza abstracta, sino que en su actuación siempre permanece orientado hacia él. Aunque está fundamentalmente por encima de los intereses privados que compiten en su territorio, su papel no consiste en eliminarlos, sino en regularlos de tal manera que contribuyan en la mayor medida posible a la producción de riqueza abstracta sin afectar al conjunto territorialmente delimitado. Esto significa también limitar los “efectos externos” sobre el medio ambiente, en la medida en que sean demasiado perjudiciales y, por ejemplo, hagan que determinadas regiones no sean atractivas para el establecimiento de empresas y de los trabajadores cualificados que necesitan, o también para el turismo. En este sentido, la acción del Estado se caracteriza por la paradoja de prevenir o mitigar selectivamente los daños ecológicos, solo para que la maquinaria capitalista, con su inherente imperativo del crecimiento, siga funcionando y, por tanto, la destrucción de los fundamentos naturales de la vida pueda continuar a nivel del sistema en su conjunto.

Antes he mencionado que el término “efectos externos” es estrecho en el sentido de que presupone la producción de mercancías como algo evidente y se limita únicamente a las relaciones entre los y las participantes en el mercado. Pero esto no se debe únicamente a una perspectiva ideológica reducida, sino que remite a un vínculo real. Si el Estado hace algo contra los “efectos externos”, esto se refiere solo a las propias relaciones *dentro* del sistema de producción de riqueza abstracta, pero nunca al sistema como tal. Por ejemplo, una fábrica de

¹⁶⁷ Aunque la calidad del agua de muchos ríos de Alemania volvió a ser tan buena que incluso es posible bañarse en ellos, las aguas subterráneas han sido y siguen siendo sistemáticamente envenenadas con nitratos y todo tipo de sustancias químicas. Véase: <https://www.sueddeutsche.de/wissen/wasserqualitaet-duengemittel-belasten-deutsche-fluesse-und-seen-stark-1.4038428>.

hormigón está obligada a reducir sus emisiones de gases de efecto invernadero y a ser más cuidadosa con el uso de la energía. Sin embargo, es evidente que en el lugar en cuestión se desea aumentar el volumen de producción de este material de construcción, extremadamente intensivo en recursos y energía¹⁶⁸ y es igualmente evidente que se fomenta la actividad de la construcción en todo el país, aunque esto provoque un aumento del sellado del suelo¹⁶⁹ extremadamente perjudicial en términos ecológicos, y el microclima en las aglomeraciones urbanas sea cada vez más insostenible.

Además, el propio Estado es un actor principal en la producción de riqueza abstracta y, en este papel, contribuye considerablemente a la destrucción de los fundamentos naturales de la vida. Esto se aplica principalmente a la expansión y mantenimiento de las infraestructuras, especialmente para el transporte y el suministro de energía, pero también a la digitalización, que devora una parte cada vez mayor de la energía mundial. Hay que tener en cuenta que, ante la creciente complejidad de las interrelaciones de producción y su fragmentación espacial, una infraestructura bien desarrollada se ha convertido en un requisito previo cada vez más importante para la producción y distribución de mercancías y, por tanto, es uno de los “factores de localización” más importantes. Pero la infraestructura es también, al mismo tiempo, una condición necesaria para el consumo privado, especialmente para determinados tipos de consumo, que a su vez demandan una parte considerable de los recursos naturales¹⁷⁰. Esto se aplica en primer lugar al uso de autos y al abastecimiento energético de las crecientes urbanizaciones, que deben su existencia al modo de vida atomizado, pero también al uso de internet y de todo tipo de dispositivos electrónicos. El financiamiento de las infraestructuras, así como todas las demás tareas del Estado (desde el sistema social y sanitario, pasando por la educación, hasta la policía y la justicia), fluye naturalmente del movimiento tautológico de la producción de riqueza abstracta, que el Estado absorbe mediante impuestos y tasas. Se cierra así el círculo: el Estado modera y regula el proceso de acumulación infinita de capital, del que él mismo depende inextricablemente en sus estructuras y funciones. Por lo tanto, es evidente que no puede ser un oponente de la lógica de la externalización.

¹⁶⁸ La producción mundial de cemento es responsable de aproximadamente el 8% de las emisiones globales de gases de efecto invernadero (2.800 millones de toneladas). Revisar *Der Tagesspiegel* (2019) <https://www.tagesspiegel.de/wissen/die-klimaschaedliche-gier-nach-zement-klimakiller-beton/25033772.html>.

¹⁶⁹ “En Alemania, cada día se designan unas 56 nuevas hectáreas como zonas de asentamiento y transporte. Esto corresponde a un nuevo uso del suelo —es decir, consumo de suelo— de unas 79 canchas de fútbol”. <https://www.bmu.de/themen/europa-international-nachhaltigkeit-digitalisierung/nachhaltige-entwicklung/strategie-und-umsetzung/reduzierung-des-flaechenverbrauchs/>.

¹⁷⁰ Véase también el texto de Ernst Lohoff, *Como arena en el mar*, en este libro.

Naturaleza sin interés

Estas consideraciones sobre la posición del Estado no significan que éste sea completamente incapaz de actuar en materia de política ambiental. Aunque el Estado siempre se remite al sistema de producción de riqueza abstracta y no pueda romper con su lógica destructiva, dispone, no obstante, de un cierto margen de maniobra dentro de él, que puede ser bastante significativo en casos puntuales. No es lo mismo si, por ejemplo, los residuos tóxicos simplemente se vierten en el campo o se eliminan en vertederos, si las ciudades se orientan directamente hacia el uso de autos o se da prioridad al transporte público, si se promueven los sistemas solares en lugar de las centrales eléctricas de carbón. Que la política utilice o no este margen de maniobra para lograr mejoras al menos parciales varía considerablemente de un país a otro, ya que depende en gran medida de las correlaciones de fuerzas políticas y sociales imperantes. Sin embargo, esto también plantea un problema fundamental. Esas relaciones en la arena política son determinadas en gran medida por el grado de organización de los distintos grupos de interés particulares de un país y por su capacidad para hacer valer sus intereses. Sin embargo, la relación social con la naturaleza no tiene un lugar propio en esta lucha de intereses. Pues por muy opuestos que sean todos estos intereses particulares y por muy encarnizada que sea la lucha entre ellos, siempre se sitúan en última instancia *dentro* del modo de producción y de vida capitalista. Por lo tanto, también ellos están siempre orientados hacia la forma específica de producción de riqueza capitalista y, al mismo tiempo, presuponen como evidente, explícita o implícitamente, su lógica inherente de externalización. Por otra parte, la relación social con la naturaleza no puede adoptar en modo alguno la forma de interés, porque la “naturaleza” se define como el “exterior” de la producción de riqueza abstracta. En su *forma*, el interés es una categoría inmanente de la socialización capitalista y siempre tiene un carácter *particular*. En ella se expresa la relación exteriorizada y cosificada de los individuos aislados entre sí y con su contexto social, relación que solo establecen, como ya se ha explicado, en pos de sus intereses (Neuendorff, 1973, p. 17 y ss.; Trenkle, 2019, p. 8 y ss.)¹⁷¹. La relación social con la naturaleza, en cambio, no es representable como “interés” porque no tiene un carácter *particular*, sino que representa el presupuesto silencioso y *general* de la forma capitalista de socialización basada en la persecución de intereses. Por esta razón, la relación con la naturaleza permanece sistemáticamente no representada

¹⁷¹ “El interés [...] es a la vez la razón y la consecuencia de la mediación entre dos entidades en principio esencialmente ajenas entre sí: el sujeto y sus objetos” (Neuendorff, 1973, p. 17). Visto así, el concepto de interés particular es en realidad un pleonismo.

en el sistema político del Estado, aunque, o, mejor dicho, *porque* subyace a él de manera específica. Esta invisibilidad de la relación con la naturaleza señala una vez más la conexión interna entre la producción capitalista específica de riqueza y la forma política en la que ésta es regulada.

La falta de representación política solo se rompe ocasionalmente cuando determinados daños ecológicos repercuten directamente en intereses particulares; por ejemplo, cuando residentes de las inmediaciones de un aeropuerto protestan contra su ampliación o cuando trabajadores(as) agrícolas cuya salud se ve perjudicada por el uso de pesticidas se organizan en sindicatos y luchan por mejores condiciones laborales. En estos puntos pueden estallar conflictos sociales que van más allá de los intereses de los afectados y pretenden transformar el contexto social general (Brand y Wissen, 2017, p. 168 y ss.); pero, por regla general, la politización se limita a una articulación de intereses particulares, que luego pueden enfrentarse entre sí; clásicamente, en forma de la llamada protesta *Nimby*¹⁷², que solo pretende proteger su propio entorno inmediato, pero no le importa si los “efectos externos” recaen en otros lugares. Pero incluso cuando las cuestiones ecológicas se abren camino en los programas de partidos y gobiernos y en las leyes y normativas, tienen que descomponerse en demandas individuales o catálogos de demandas para que sean compatibles con la lógica política. De este modo, se comprimen en forma de intereses representables y legalmente atribuibles, mientras que el marco en el que se realiza la competencia de intereses siempre se presupone como obvio.

Pero esto niega el carácter general de la relación con la naturaleza de una manera muy fundamental. El contexto ecológico es fragmentado y dividido en una multiplicidad de intereses particulares que deben imponerse en la competencia general. La contaminación de los océanos, por ejemplo, debe debatirse entonces al mismo nivel que la conservación de los puestos de trabajo en la industria automovilística o la construcción de hoteles y aeropuertos, como si estas cuestiones completamente diferentes pudieran llevarse de algún modo a un denominador común. Pero esto ya preestablece que el modo capitalista de producción de riqueza no puede cuestionarse en modo alguno, sino que hay que actuar como si el modo capitalista de producción realmente se dejara ajustar a la “sostenibilidad ecológica”.

Por supuesto, en la práctica política ordinaria prevalecen con una regularidad poco agradable los “compromisos” que no amenazan seriamente el curso de los negocios, o incluso dan un nuevo impulso a ciertos sectores que supuestamente fabrican “productos verdes”. Esto no se debe simplemente a que las asociaciones empresariales y las grandes empresas hagan valer sus intereses (por

¹⁷² *Nimby* es el acrónimo inglés de “*Not in my backyard*” (No en mi patio trasero).

supuesto, lo hacen donde y como pueden), sino a que, frente a la preocupación por preservar los fundamentos naturales de la vida, surgen siempre coaliciones de intereses entre grupos que en otros aspectos son bastante opuestos entre sí. Esto es especialmente cierto, por supuesto, cuando los intereses de las empresas, los sindicatos y las administraciones políticas coinciden en mantener determinados centros de producción estratégicos, como en el caso de la industria automovilística alemana, que goza de un estatus casi sacrosanto. El ejemplo más reciente es la vehemente crítica del IG-Metall [sindicato metalúrgico] al Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) por no conceder una subvención a la compra de autos de gasolina y diésel como parte del paquete de estímulo económico ante la pandemia (*Süddeutsche Zeitung*, 11.6.2020). Cuando entran en juego los intereses de poderosos grupos de consumidores, como en el caso de los autos, las exigencias ecológicas tienen pocas posibilidades. No hay que olvidar que estas coaliciones de intereses no solo defienden un modo de producción, sino también una forma de consumo y de vida que también se basa en la externalización de sus efectos negativos sobre la “naturaleza”, así como en una jerarquía entre los centros capitalistas privilegiados y la periferia que ellos mismos producen¹⁷³. Ulrich Brand y Markus Wissen hablan muy acertadamente en este contexto de un “modo de vida imperial” (Brand y Wissen, 2017).

El Estado desempeña un papel importante a la hora de defender y asegurar este modo de vida imperial. Mientras que internamente cada Estado tiene la tarea de prevenir o reparar los peores daños causados por la externalización y mitigar la dinámica destructiva de la competencia de intereses (dependiendo de las correlaciones de fuerzas sociales y de la ventaja económica del país en el contexto de la competencia del mercado mundial), actúa externamente como un sujeto particular de intereses. Cada uno de ellos intenta obtener las mayores ventajas posibles para la población a la que representa, es decir, para los intereses particulares que combina. En este papel, el Estado no ejerce en modo alguno un efecto limitador sobre la lógica de la externalización, sino que él mismo participa activamente en ella. Naturalmente, la brecha de poder político y militar internacional desempeña un papel importante en este contexto. Son sobre todo los Estados del Norte Global los que consiguen de muchas maneras mantener su posición privilegiada en la estructura mundial a expensas del Sur Global. Por ejemplo, importando materias primas y productos agrícolas cuya extracción o producción tiene a menudo consecuencias devastadoras para la población local y las bases naturales de la vida; o explotando la mano de obra en las peores condiciones (in-

¹⁷³ Véase también el artículo de Julian Bierwirth, *Vom leeren Land zum überflüssigen Menschen*, en *Shutdown. Klima, Corona und der notwendige Ausstieg aus dem Kapitalismus* (2020).

cluido el trabajo infantil y esclavo); o eliminando todo tipo de basura procedente de la prosperidad, que simplemente se vierte en zonas rurales de África, Asia o América Latina e intoxican a sus habitantes. Esta lista incompleta es solo una pequeña muestra de los trucos sórdidos en los que se basa la posición privilegiada de los centros capitalistas en el orden jerárquico mundial (véase Lessenich, 2018, para más detalles).

La competencia general entre Estados, junto con la enorme brecha de poder económico y político que los separa, es también una de las principales razones por la que los acuerdos y tratados internacionales sobre normas ecológicas y reducción de emisiones perjudiciales para el clima están sistemáticamente condenados al fracaso. Dado que, a diferencia del contexto nacional, no existe una autoridad mundial que pueda regular al menos parcialmente la dinámica centrífuga de la competencia, tales acuerdos serían teóricamente la única forma de limitar la externalización de los efectos negativos sobre el ambiente. Pero incluso en las negociaciones, sobre ellos chocan intereses que a la postre son irreconciliables, sobre todo porque ningún Estado quiere renunciar a sus privilegios o ventajas (si es que los tiene). A su vez, los vagos compromisos que surgen formalmente invitan a no cumplirlos o a eludirlos de alguna manera, ya que ello no debería tener graves consecuencias¹⁷⁴. Por este motivo, las optimistas expectativas asociadas inicialmente a las distintas conferencias mundiales sobre el clima desde 1992 se han visto amargamente defraudadas; y cabe suponer que, como consecuencia de la propagación del nacionalismo, y en vista de la creciente agitación económica mundial, la voluntad de emprender acciones coordinadas disminuirá aún más y, en su lugar, la competencia entre los Estados se intensificará considerablemente (véase Lohoff, 2016).

La abolición de la riqueza abstracta

Por tanto, no hay razón para esperar que, mientras la sociedad siga obedeciendo a la lógica capitalista, sea posible detener o incluso amenizar seriamente la catástrofe ecológica. Incluso si las emisiones de CO₂ (dióxido de carbono) se redujeran realmente de forma sustancial en las próximas dos o tres décadas, como se proclama ahora a nivel de la UE, esto solo trasladaría el problema a otros ámbitos (por ejemplo, en forma de e-movilidad). Se mire como se mire, el modo de pro-

¹⁷⁴ Incluso el Tribunal Federal de Cuentas (!) critica en un informe reciente que el Gobierno alemán está haciendo demasiado poco para aplicar la “Agenda 2030 para el desarrollo sostenible”, aprobada por la ONU en 2015. Aunque el Gobierno alemán ha aprobado un programa de 260 páginas, los objetivos que contiene apenas se están cumpliendo de hecho (*Süddeutsche Zeitung*, 9. 7. 2020, p. 7).

ducción y de vida capitalista es incompatible con el principio de sostenibilidad ecológica¹⁷⁵. Básicamente, una gran parte de la sociedad lo sabe, o al menos lo sospecha, pero reprime violentamente esta toma de conciencia porque no parece haber salida. El gran mérito del movimiento climático es haber puesto de manifiesto, al menos momentáneamente, esta represión colectiva y haber devuelto la cuestión ecológica al discurso social y a la agenda política. Y lo ha conseguido, no en última instancia, porque al principio se mostró muy apolítico, en el sentido de que se limitó a plantear vehementes reivindicaciones dirigidas directamente al todo (preservar los fundamentos naturales de la vida), y las justificó sobre todo moralmente y apelando al conocimiento científico. Si bien esto contribuyó considerablemente a su amplia repercusión y a su respuesta extremadamente positiva en los medios de comunicación, también resultó ser un punto débil. Dado que la reflexión crítica sobre los vínculos sociales estructurales que subyacen a la destrucción ecológica brillaba por su ausencia y que, en su lugar, solo se apelaba a la política para que, en última instancia, siguiera las recomendaciones de la ciencia, resultó fácil, por un lado, desacreditar el movimiento por ingenuo desde el punto de vista político y, por otro, cooptar rápidamente partes del mismo en el realismo político.

Sin embargo, sería demasiado simplista acusar al movimiento climático de no haber formulado una crítica fundamental de la política y de la producción abstracta de riqueza. Como cualquier movimiento espontáneo, se formó en relación con cuestiones concretas, abordándolas inicialmente como tales y movilizándolo los conceptos disponibles. Pero a largo plazo esto no es suficiente. Para que de las protestas climáticas surja una fuerza poderosa que impulse la transformación social, la crítica debe ser aguda y el modo de producción y de vida capitalista radicalmente cuestionado. De lo contrario, aumentará la ya visible desintegración del movimiento, que no solo se debe a las restricciones impuestas por las medidas para enfrentar el coronavirus, sino que ya ha comenzado después de su auge en 2019.

La radicalización de la que hablamos aquí se refiere, ante todo, al contenido de la necesaria transformación social, es decir, a la formulación de objetivos. El objetivo de un movimiento que lucha consecuentemente por la preservación de los fundamentos naturales de la vida y por una vida buena para todos solo puede ser la abolición de la producción de riqueza abstracta y de su lógica inherente de externalización. En términos afirmativos, se trata de crear una sociedad en la que las personas no estén dominadas por sus propias relaciones sociales cosificadas, sino en la que dispongan libremente de su nexo social.

¹⁷⁵ Con Ingolfur Blühdorn (2020) se puede decir que la forma capitalista de producción y de vida es sosteniblemente insostenible.

A esta fijación de objetivos se suele objetar que es poco realista y “abstracta” y que, por tanto, obstaculiza cualquier planteamiento de acción práctica e intervención política en el aquí y ahora. Este argumento u otros similares se utilizan también en el movimiento por el clima. Por ejemplo, en un vídeo producido por el periódico *TAZ*, dos activistas climáticas, Lilith Rein y Ruth Kron, y la editora de *TAZ*, Ulrike Herrmann, argumentan que el cambio social sistémico desde abajo es deseable, pero desgraciadamente ya no tendríamos tiempo para ello, porque la catástrofe climática ya está sobre nosotros. Por lo tanto, solo hay una alternativa: el Estado debe planificar “cada paso” de la transformación, como señala Herrmann¹⁷⁶. Esta reorientación hacia el Estado como centro de planificación y mando social se ajusta a la tendencia de la época y, dado el carácter dramático de la crisis ecológica, es en cierto modo bastante comprensible. Sin embargo, representa un error similar a la ilusión del “capitalismo verde”, y quizá aún más peligroso.

Por un lado, se sobreestima fundamentalmente el poder de actuación del Estado; se supone que está *por encima de la* lógica capitalista y de su correspondiente forma de producción de riqueza, en lugar de ser parte integrante de ella. Al mismo tiempo, la experiencia histórica del llamado socialismo real ya nos ha enseñado que el Estado no puede eliminar en modo alguno las coacciones de la producción de mercancías, sino que solo puede intentar gestionarlas de algún modo (Kurz, 1991; Stahlmann, 1990). Los resultados de este intento, sin embargo, suelen ser catastróficos no solo económica sino también ecológicamente; y presuponen además un estricto régimen político de control que nada tiene que ver con la emancipación social. Por otra parte, un nuevo dirigismo estatal en las condiciones de crisis del siglo XXI no podría ser otra cosa que un régimen autoritario de administración capitalista de emergencia, que en modo alguno resuelve los problemas ecológicos, sino que, en el mejor de los casos, protege durante un tiempo a las capas sociales privilegiadas de los centros capitalistas de las peores consecuencias de la crisis climática y, al mismo tiempo, organiza la exclusión de los “superfluos” de la periferia de forma aún más eficaz de lo que ya es el caso.

Por tanto, no es ningún lujo justamente ahora abogar por la abolición emancipadora de la producción capitalista de riqueza, sino la única salida real a la espiral de destrucción ecológica, exclusión social y formación autoritaria de la sociedad. Por supuesto, tal objetivo no puede realizarse de un día para el otro. Pero debe servir como perspectiva necesaria para el proceso de transformación social, que, por supuesto debe tener lugar por etapas y cuyo contenido solo puede ser el desarrollo de estructuras para una autoorganización social general y libre, más

¹⁷⁶ *Clima versus capitalismo. ¿Necesitamos un cambio de sistema?* (5:37-5:58), www.youtube.com/watch?v=EOUovAzR2fg

allá de la producción de mercancías y de la lógica de la administración y dominación estatales. Al mismo tiempo, un objetivo emancipador general es también un requisito importante para la formación de un movimiento de transformación global. Porque es con referencia a él que los movimientos sociales de todo el mundo, que se oponen a las diversas manifestaciones de la dominación capitalista y de la destrucción ecológica, pueden desarrollar un marco común de acción y convertirse así en una fuerza social que cuestione fundamentalmente el modo de producción y de vida capitalista.

Para evitar un malentendido común, no se trata de establecer formas de vida “alternativas” en nichos apartados de la maquinaria capitalista. Tales ideas siempre han estado condenadas al fracaso frente a la dominación imperialista de la producción capitalista de mercancías, que tiende a monopolizar todos los recursos; en tiempos de globalización y de destrucción mundial de las bases naturales de la vida, se han vuelto definitivamente ilusorias. Por el contrario, una transformación de la producción social de riqueza solo es concebible como confrontación por la apropiación sistemática de recursos, derechos de propiedad y espacios sociales para el desarrollo de nuevas formas de producción y vida autoorganizadas y cooperativas. Esto también significa que el nivel de la política no puede simplemente abandonarse y dejarse en manos de las fuerzas hegemónicas. Aunque el objetivo no puede ser conquistar el Estado, como en las nociones clásicas y ampliamente superadas de revolución, el nivel de lo social general, que en la sociedad capitalista está ocupado por el Estado y sus instituciones, debe ser transformado fundamentalmente y, por tanto, será objeto de una lucha encarnizada. Esto incluirá también luchas por cuestiones que a primera vista pueden parecer políticamente inmanentes, como el transporte público gratuito, una buena asistencia sanitaria o una vivienda asequible. Pero en la perspectiva de una transformación social fundamental, esas luchas adquieren un carácter diferente y se convierten en pasos que se alejan de la lógica de la producción de mercancías¹⁷⁷.

Sin entrar en más consideraciones sobre cómo podría proceder un proceso de transformación emancipador, me gustaría concluir examinando de nuevo más de cerca su *objetivo*, a saber, la cuestión de qué significaría una abolición de la riqueza abstracta y su forma subyacente de socialización.

El punto de partida de este texto fue la crítica generalizada y justificada del concepto extremadamente estrecho de riqueza en la sociedad capitalista, que en última instancia se limita solo a cantidades monetarias. Sin embargo, como he argumentado, esta reducción no es el resultado de una definición, concepción

¹⁷⁷ Véase también el texto de Lothar Galow-Bergemann y Ernst Lohoff, *Gesteblene Lebenszeit, en Shutdown. Klima, Corona und der notwendige Ausstieg aus dem Kapitalismus* (2020).

o medición incorrectas de la riqueza, como a menudo se sugiere en el debate sobre el poscrecimiento; más bien se debe a la desvinculación de la producción de riqueza del contexto social como una esfera propia, en la que solo se considera riqueza lo que se representa en forma de valor. Pero esta desvinculación se basa a su vez en la fragmentación de la sociedad en individuos aislados que persiguen sus intereses particulares unos contra otros y se relacionan entre sí mediante la producción de mercancías (es decir, el gasto de trabajo privado aislado). Por tanto, la abolición de la producción de riqueza abstracta significa, ante todo, la abolición de esta peculiar y contradictoria forma de relación social. En otras palabras, se trata de sustituir la mediación social cosificada a través de la producción de mercancías (y, por tanto, a través del trabajo) por nuevas formas de autoorganización y cooperación social general libre (Sutterlütti y Meretz, 2018).

Esto tiene consecuencias decisivas para el concepto de riqueza social. Allí donde los individuos se reúnen para organizar sus relaciones sociales de forma colectiva y por libre acuerdo, la producción de riqueza ya no representa una esfera desvinculada que reclama un estatus exclusivo y define a todas las demás como su “exterior”, sino que las actividades allí localizadas se reincorporan al contexto social general y se transforman así de forma fundamental. Porque cuando las cosas dejan de ser meros medios para aumentar la riqueza abstracta, su producción puede organizarse de un modo completamente distinto, teniendo en cuenta criterios ecológicos y materiales, así como necesidades concretas y sensibles. Así, por ejemplo, ya no hay razón para una aceleración permanente del ritmo de producción o para un desgaste artificial, ni para introducir constantemente nuevas modas, generaciones de aparatos y similares (un factor importante en el consumo excesivo de recursos). Y ya no existen criterios cosificados para jerarquizar las distintas actividades y para devaluar sistemáticamente las actividades domésticas y de cuidado en particular.

Fundamentalmente, se amplía la comprensión de lo que se considera riqueza. Ya no está necesariamente vinculada a un hacer, como en la sociedad capitalista, donde el trabajo representa la norma general que se irradia también a todos aquellos campos de actividad que no producen mercancías. Así, la riqueza social incluye también el ocio y el no hacer, la amistad y las relaciones personales, los paisajes bellos, las ciudades habitables y muchas otras cosas que hoy, en el mejor de los casos, solo existen en nichos o se satisfacen de forma compensatoria con ofertas específicas de mercancías. Quizás, en estas condiciones, el concepto de riqueza social quede en sí mismo obsoleto, pues ya no puede designar nada específico.

También es esencial que, en estas circunstancias, ya no exista un imperativo estructural para destruir sistemáticamente los fundamentos naturales de la vida, puesto que éstos ya no se consideran un “exterior” de la riqueza social que puede

consumirse sin vacilar, sino que representan una parte integrante de la misma. Con ello no se pretende pintar una cuestionable imagen idílica de una sociedad que se integra armoniosamente en la “naturaleza”. Al contrario, la relación con la naturaleza siempre será objeto de conflicto social. Por ejemplo, las cuestiones sobre qué recursos naturales deben utilizarse y cómo, sobre cómo deben diseñarse los paisajes (que ya son paisajes culturales) o sobre cómo deben organizarse la agricultura y la ganadería, siempre ocuparán a la sociedad y, desde luego, nunca podrán responderse de forma definitiva. Sin embargo, las respuestas correspondientes no están entonces predeterminadas por las coacciones de una producción de riqueza autonomizada y no tienen por qué imponerse en la lucha general de intereses particulares, sino que pueden guiarse por criterios formulados desde hace tiempo en el debate sobre la sostenibilidad (por ejemplo, no realizar intervenciones cuyas consecuencias no puedan revertirse), criterios que en las condiciones de una producción de riqueza abstracta solo pueden tener el carácter de un mero llamamiento.

Lo mismo ocurre con el acceso a los recursos naturales y sociales a escala mundial. Está claro que en una sociedad basada en la cooperación general y la autoorganización, una parte del mundo no puede vivir a expensas de otra. Sin duda, siempre tendrá que haber debates, por ejemplo, sobre cómo poner a disposición de todos los recursos necesarios o cómo organizar las infraestructuras globales (especialmente de comunicación y transporte). Pero también en este caso, las decisiones correspondientes no vienen determinadas *a priori* por una brecha estructural de poder, coacciones objetivas e intereses económicos, sino que deben tomarse en procesos abiertos de discusión social (mundial). Una de las primeras y más urgentes tareas será, sin duda, eliminar los desequilibrios extremos que se han creado y consolidado en el marco del orden mundial capitalista. En otras palabras, las regiones y partes de la población mundial que hasta ahora han sido privilegiadas por la lógica capitalista deben contribuir masivamente a reparar los daños causados por siglos de explotación en el Sur Global y a crear las condiciones para una buena vida en todo el mundo.

Esta tarea, al igual que la transformación ecológica de la producción y el desarrollo de nuevas estructuras de cooperación social, no comienza en un futuro lejano, sino que ya la afrontan los movimientos sociales orientados a la abolición de la riqueza abstracta. Sin embargo, dado que estos movimientos se constituyen y organizan individualmente, para poder llevar a cabo una transformación de tal envergadura deben orientarse desde el inicio hacia el contexto mundial y situar la cooperación transnacional en el centro. Pues la alternativa social no surge de ningún nicho, solo puede constituirse en la lucha por el todo social. La transformación del modo de producción y de vida capitalista debe prever ya desde

el principio las características de la nueva sociedad; es un largo proceso lleno de conflictos en el curso del cual la sociedad se reinventa a sí misma.

BIBLIOGRAFÍA

- Brand, Ulrich y Wissen, Markus. (2017). *Imperiale Lebensweise. Zur Ausbeutung von Mensch und Natur im globalen Kapitalismus*. München: Oekom Verlag.
- Bierwirth, Julian. (2013). *Gegenständlicher Schein. Zur Gesellschaftlichkeit von Zweckrationalität und Ich-Identität*. Krisis 3/ 2013. Revisar en línea <https://www.krisis.org/2013/julian-bierwirth-gegenstaendlicher-schein/>.
- Bierwirth, Julian. (2019). *Die Geburt des Ich. Aspekte von Identität und Individualität*. Krisis 1/2019. Revisar en línea: <https://www.krisis.org/2019/die-geburt-des-ich-krisis-12019/>.
- Blühdorn, Ingolfur. (2020). *Nachhaltige Nicht-Nachhaltigkeit. Warum die ökologische Transformation der Gesellschaft nicht stattfindet*. Bielefeld: transcript Verlag.
- Diefenbacher, Hans y Zieschank, Roland. (2011). *Woran sich Wohlstand wirklich messen lässt. Alternativen zum Bruttoinlandsprodukt*. München: oekom verlag.
- Exner, A., Lauck, C. y Kulterer, K. (2008). *Die Grenzen des Kapitalismus. Wie wir am Wachstum scheitern*. Viena: Ueberreuter.
- Federici, Silvia. (2012). *Aufstand aus der Küche. Reproduktionsarbeit im globalen Kapitalismus und die unvollendete feministische Revolution*. Münster: Edition Assemblage.
- Grupo Krisis. (1999). *Manifest gegen die Arbeit*. Núremberg: Förderverein Krisis. Revisar en línea: www.krisis.org/1999/manifest-gegen-die-arbeit/.
- Haller, Christian. (2012). *Menschenbild und Wirtschaft: Eine philosophische Kritik und Erweiterung des Homo oeconomicus*. Marburg: Tectum Verlag.
- Habermann, Friederike. (2008). *Der homo oeconomicus und das Andere. Hegemonía, identidad y emancipación*. Baden Baden: Nomos.
- Henze A, Kämmerer S. y Schmitz P.M. (1996). *Die monetäre Bewertung Positiver und negativer externer Effekte der Landwirtschaft - Erfahrungen und Perspektiven*. En: Linckh G., Sprich H., Flaig H., Mohr H. (Eds.) Nachhaltige Land-und Forstwirtschaft. Veröffentlichungen der Akademie für Technikfolgenabschätzung in Baden-Württemberg. Berlín, Heidelberg: Springer.
- Immler, H., Schmied-Kowarzik, Wolfdietrich. (1984). *Marx und die Naturfrage. Ein Wissenschaftsstreit*. Hamburgo: VSA.
- Jackson, Tim. (2012). *El Índice Regional de Bienestar Económico Sostenible (R-ISEW)*. https://ec.europa.eu/environment/beyond_gdp/download/factsheets/bgdp-ve-isew.pdf.

- Kant, Immanuel. (1784). *Idee zu einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerlicher Absicht*, en: Der Bonner Kant Korpus, Band VIII, S. 15-31. Revisar en línea: <https://korpora.zim.uni-duisburg-essen.de/kant/>.
- Kurz, Robert. (1991). *Der Kollaps der Modernisierung. Vom Zusammenbruch des Kasernen-Sozialismus zur Krise der Weltökonomie*. Frankfurt am Main: Eichborn Verlag
- Lepenies, Philipp. (2013). *Die Macht der einen Zahl. Eine politische Geschichte des Bruttoinlandsprodukts*. Berlín: Suhrkamp Verlag.
- Lessenich, Stephan. (2018). *Neben uns die Sintflut. Wie wir auf Kosten anderer leben*. München: Piper.
- Lewed, Karl-Heinz. (2005). *Schopenhauer on the rocks. Über die Perspektiven post-moderner Männlichkeit*. En: Krisis. Beiträge zur Kritik der Warengesellschaft 29/2005. Online abrufbar unter: <https://www.krisis.org/2005/schopenhauer-on-the-rocks/>.
- Lohoff, Ernst. (2006). *Ohne festen Punkt*. En: Krisis. Beiträge zur Kritik der Warengesellschaft 30/2006. Revisar en línea: <https://www.krisis.org/2006/ohne-festen-punkt/>.
- Lohoff, Ernst. (2014). *Kapitalakkumulation ohne Wertakkumulation. Der Fetischcharakter der Kapitalmarktwaren und sein Geheimnis*. Krisis 1/2014. Revisar en línea: <https://www.krisis.org/2014/kapitalakkumulation-ohne-wertakkumulation/>.
- Lohoff, Ernst. (2016). *Die letzten Tage des Weltkapitals. Kapitalakkumulation und Politik im Zeitalter des fiktiven Kapitals*. Krisis 5/2016. Revisar en línea: <https://www.krisis.org/2016/die-letzten-tage-des-weltkapitals/>.
- Lohoff, Ernst. (2017). *Zwei Bücher - zwei Standpunkte. Zur Diskussion um Die große Entwertung und Geld ohne Wert*. Revisar en línea: <https://www.krisis.org/2017/zwei-buecher-zwei-standpunkte/>.
- Lohoff, Ernst. (2018). *Die allgemeine Ware und ihre Mysterien*. Krisis 2/2018. Revisar en línea: <https://www.krisis.org/2018/krisis218/>.
- Lohoff, Ernst. (2020). *Warum das Wohnen unbezahlbar wird und was dagegen zu tun ist*. Krisis 1/2020. Revisar en línea: <https://www.krisis.org/2020/warum-das-wohnen-unbezahlbar-wird-und-was-dagegen-zu-tun-ist-krisis-12020/>.
- Lohoff, Ernst y Trenkle, Norbert. (2012). *Die große Entwertung. Warum Spekulation und Staatsverschuldung nicht die Ursache der Krise sind*. Münster: Unrast Verlag.
- MEW 23 = Marx, Karl. (1983). *Das Kapital*, Band 1. En: Marx-Engels-Werke Band 23, Berlín: Dietz Verlag.
- MEW 25 = Marx, Karl (1986). *Das Kapital*, Band 3. En: Marx-Engels-Werke Band 25, Berlín: Dietz Verlag.

- MEW 42 = Marx, Karl. (1983). *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*. En: Marx-Engels-Werke Band 42, Berlín: Dietz Verlag.
- Neuendorff, Hartmut. (1973). *Der Begriff des Interesses*, Frankfurt/M.
- O'Neill, Dan. (2016). *Bruttoinlandsprodukt*. En: D'Alisa, Giacomo/ Demaria, Federico/ Kallis, Giorgos (Hrsg.): Degrowth. Handbuch für eine neue Ära. München: Oekom Verlag, S. 85-89.
- Polanyi, Karl. (1995 [1944]). *La Gran Transformación*. Fráncfort del Meno: Suhrkamp.
- Postone, Moishe. (2003). *Zeit, Arbeit und gesellschaftliche Herrschaft*. Friburgo: Ça ira.
- Raith, Dirk. (2016). *BIP. Kritik und Alternativen*. Graz: Impulszentrum Zukunftsfähiges Wirtschaften. Revisar en línea: <https://www.imzuwi.org/index.php/79-ueber-uns/160-nwi-nationaler-wohlfahrtsindex>.
- Scholz, Roswitha. (1992). *Der Wert ist der Mann*. Thesen zu Wertvergesellschaftung und Geschlechterverhältnis. En: Krisis. Beiträge zur Kritik der Warengesellschaft 12/1992. Bad Honnef: Horlemann.
- Smith, Adam. (1905 [1784]). *Untersuchung über das Wesen und die Ursachen des Volkswohlstandes*. Berlín: R. Prager.
- Stahlmann, Johanna W. (1990). *Die Quadratur des Kreises. Funktionsmechanismus und Zusammenbruch der sowjetischen Planökonomie*. En: Krisis. Beiträge zur Kritik der Warengesellschaft 8/9. Erlangen: Krisis. Erlangen: Krisis-Verlag. Revisar en línea: <https://www.krisis.org/1990/die-quadratur-des-kreises/>.
- Stiglitz, Joseph. (2019). *Das BIP kann die wahren Probleme einer Volkswirtschaft nicht abbilden*. En: Handelsblatt, 3.1.2019. Revisar en línea: <https://www.handelsblatt.com/meinung/gastbeitraege/gastkommentar-das-bip-kann-die-wahren-probleme-einer-volkswirtschaft-nicht-abbilden/23820898.html>
- Sutterlütti, Simon y Meretz, Stefan. (2018). *Kapitalismus aufheben. Eine Einladung, über Utopie und Transformation neu nachzudenken*. Hamburgo: VSA.
- Trenkle, Norbert. (2007). *Aufstieg und Fall des Arbeitsmanns*. En: Exner, A., Rätz, W., Zenker, B. (Hrsg.): Grundeinkommen. Soziale Sicherheit ohne Arbeit. Viena: Deuticke. Revisar en línea: <https://www.krisis.org/2008/aufstieg-und-fall-des-arbeitsmanns/>.
- Trenkle, Norbert. (2016). *Die Arbeit hängt am Tropf des fiktiven Kapitals. Eine Antwort auf Geht dem Kapitalismus die Arbeit aus? von Christian Sieffkes*. En: Krisis 1/ 2016. Revisar en línea: <https://www.krisis.org/2016/die-arbeit-haengt-am-tropf-des-fiktiven-kapitals/>.
- Trenkle, Norbert. (2019). *Ungesellschaftliche Gesellschaftlichkeit. Der Widerspruch zwischen Individuum und Gesellschaft als Kernpunkt gesellschaftskritischer*

- Theorie*. Revisar en línea: <https://www.krisis.org/2019/ungesellschaftliche-gesellschaftlichkeit/>.
- Trenkle, Norbert. (2020). *Der andere Marx. Warum es keinen neuen Klassenkampf gibt und die Marx'sche Theorie dennoch hochaktuell ist*. En: Soziopolis, 9.6.2020. Revisar en línea: <https://www.soziopolis.de/beobachten/gesellschaft/artikel/der-andere-marx/>.
- von Braun, Christina. (1988). *Nicht-Ich. Logik, Liebe, Libido*. Fráncfort del Meno: Neue Kritik.
- Wicke, Lutz. (1993). *Umweltökonomie*. München: Verlag Vahlen.
- Wichterich, Christa. (2013). *Haushaltsökonomien in der Krise*. En: Widerspruch. Beiträge zu sozialistischer Politik (Zúrich), Nr. 62, S. 66-73. Revisar en línea: <https://www.e-periodica.ch/digbib/view?pid=wis-001:2013:32-71>.
- Wichterich, Christa. (2016). *Feministische internationale politische Ökonomie und Sorgeextraktivismus*. En: Brand, U./ Schwenken, H./ Wullweber, J. (Hrsg.): *Globalisierung analysieren, kritisieren und verändern. Das Projekt Kritische Wissenschaft*. Hamburgo, S. 54-71.

ANEXOS

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS

Los textos reunidos en *Crisis mundial y los límites del capitalismo* fueron publicados previamente en diversas revistas y libros, tanto en su idioma original — el alemán— como en inglés, portugués y español. Para esta edición, Norbert Trenkle seleccionó y organizó, a solicitud del editor, una muestra representativa de la amplia producción del Grupo Krisis. Los textos fueron revisados y corregidos con la valiosa colaboración de Javier Blank, quien además tradujo al español, en exclusiva para este volumen, seis de los artículos incluidos y revisó las traducciones de todos los textos, realizando modificaciones donde fue necesario. Sin el apoyo de Javier, este libro no sería posible.

En el camino quedaron algunos textos. En el futuro advertimos la edición de futuros libros sobre la crítica del valor. Por el momento, para invitar al lector a seguir indagando en la obra de Trenkle, Lohoff, Samol y Larsen, integrantes del Grupo Krisis, colocamos a continuación información útil sobre la procedencia de los textos de este libro, además de las direcciones en línea donde encontrará las versiones originales. Con esta información, es evidente que *Crisis mundial y los límites del capitalismo* no es solo el recuento de varios textos sino una presentación rigurosa y trabajada.

Insociable sociabilidad. La contradicción entre el individuo y la sociedad como núcleo de la teoría social crítica.

Título original: *Ungesellschaftliche Gesellschaftlichkeit. Der Widerspruch zwischen Individuum und Gesellschaft als Kernpunkt gesellschaftskritischer Theorie.*

La primera versión de este texto se presentó en el evento académico titulado “Capital, crisis, crítica categorial” en Karlsruhe, Alemania, el 2019.

Ampliado y revisado, se publicó en la web de la revista *Krisis* en alemán el mismo año. Fue traducido al español para este libro por Javier Blank. Revisar la versión alemana en el siguiente link: <https://www.krisis.org/2019/ungesellschaftliche-gesellschaftlichkeit/>.

“Se necesita una nueva perspectiva de emancipación social”. Conversación con Ernst Lohoff y Norbert Trenkle sobre el surgimiento y desarrollo de la crítica del valor, la crisis fundamental del capitalismo y el creciente irracionalismo social

Título original: *“Es bedarf einer neuen Perspektive gesellschaftlicher Emanzipation”. Ein Gespräch über die Entstehung und Entwicklung der Wertkritik, die fundamentale Krise des Kapitalismus und den fortschreitenden gesellschaftliche Irrationalismus. Interview mit Ernst Lohoff und Norbert Trenkle*

Publicado en alemán y portugués en la web de la revista *Krisis* el año 2018. Fue traducido al español para este libro. Revisar la versión en portugués y alemán en el siguiente link: https://www.krisis.org/2018/preciso-uma-nova-perspectiva-de-emancipao-social/#_ftn1.

La crisis del trabajo abstracto es la crisis del capitalismo

El artículo se basa en una ponencia presentada en el coloquio “La crisis del trabajo abstracto”, realizado en Buenos Aires, Argentina, en noviembre de 2007. No se publicó su versión en alemán. Se publicó en español en la web de la revista *Krisis* el 2007 y en la web de *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista* el 2010. Revisar la primera versión en español en el siguiente link: <https://www.krisis.org/2007/la-tesis-del-trabajo-abstracto-es-la-tesis-del-capitalismo/>. La versión de *Herramienta* pueda corroborarse en: <https://www.herramienta.com.ar/la-tesis-del-trabajo-abstracto-es-la-tesis-del-capitalismo>.

La mercancía general y sus misterios. Sobre el significado del dinero en la crítica de la economía política

Título original: *Die allgemeine Ware und ihre Mysterien. Zur Bedeutung des Geldes in der Kritik der Politischen Ökonomie*

La versión original se publicó en alemán el año 2018 en la revista *Krisis*. El mismo año, traducido al español, fue publicado en la revista *Sociología Histórica*, de la Universidad de Murcia. Revisar la versión en alemán en el siguiente link: https://www.krisis.org/wp-content/data/krisis_2_2018-Lohoff-Die_all-

gemeine_Ware_und_ihre_Mysterien_web.pdf. La versión en español se encuentra en el siguiente enlace: <https://revistas.um.es/sh/article/view/350881>.

La crisis del trabajo y los límites de la sociedad capitalista

Título original: *Workout. Die Krise der Arbeit und die Grenzen der kapitalistischen Gesellschaft*

El texto fue expuesto en la Conferencia Internacional “Repensando el futuro del trabajo”, evento organizado del 27 al 28 de abril de 2018 en la Universidad de Bucarest, Instituto de Investigación ICUB. La versión en alemán se publicó el mismo año: <https://www.krisis.org/2018/workout-die-krise-der-arbeit-und-die-grenzen-der-kapitalistischen-gesellschaft>. Revisar la versión en español en: <https://www.krisis.org/2019/la-tesis-del-trabajo-y-los-limites-de-la-sociedad-capitalista/>.

Cuando la riqueza destruye riqueza. El capitalismo inverso y sus límites

Título original: *Wenn Reichtum Reichtum vernichtet. Der inverse Kapitalismus und seine Grenzen*

El texto fue publicado en alemán el año 2015. Traducido al español para este libro. Revisar la versión original en alemán en la web de la revista *Krisis*: <https://www.krisis.org/2015/wenn-reichtum-reichtum-vernichtet/>.

El trabajo en la era del capital ficticio

Título original: *Die Arbeit in Zeiten des fiktiven Kapitals*

El texto fue expuesto en inglés la Universidad de Cardiff, en 2015, para el evento “Never Work Conference”. El artículo fue publicado en inglés el 2017 en la revista *Contradictions/Kontradikce*, en su número 1. Esta revista pertenece a la Academia Checa de Filosofía. La versión alemana se encuentra en: <https://www.krisis.org/2015/die-arbeit-in-zeiten-des-fiktiven-kapitals/>. Traducido al español, fue publicado el 2019 para la revista *Sociología Histórica*. Revisar en: <https://revistas.um.es/sh/article/view/350891>.

Lucha sin clases: ¿por qué el proletariado no resurge en el proceso de crisis capitalista?

Título original: *Kampf ohne Klassen. Warum das Proletariat im kapitalistischen Krisenprozess nicht wiederaufersteht*

Publicado en alemán el año 2006 en la web de la revista *Krisis*. Su versión en español fue publicado el año 2015 en la revista *Herramienta*, luego de

ser revisado y modificado. Revisar la versión en alemán: <https://www.krisis.org/2006/kampf-ohne-lassen/>. Con respecto a la versión en español, se puede contrastar en: <https://www.herramienta.com.ar/?id=2359> y <https://www.krisis.org/2016/lucha-sin-clases-por-qu-el-proletariado-no-resurge-en-el-proceso-de-crisis-capitalista/>.

El otro Marx. Por qué no se da una nueva lucha de clases... y, no obstante, la teoría de Marx continúa muy actual

Título original: *Der andere Marx. Warum es keinen neuen Klassenkampf gibt und die Marx'sche Theorie dennoch hochaktuell ist*

El texto original fue, con el título “El otro Marx. ¿Por qué el Manifiesto Comunista es obsoleto?”, expuesto en el congreso “Manifiesto Comunista: Historia, Legado, Crítica”, realizado en Praga en junio de 2019. Publicado en alemán al año siguiente en la revista *Soziopolis* y 2021 en español en la web de la revista *Krisis*. Revisar la versión alemana en: <https://www.sozio-polis.de/der-andere-marx.html> y <https://www.krisis.org/2020/der-andere-marx/>. La versión española se encuentra en: <https://www.krisis.org/2021/el-otro-marx-porqu-no-se-da-una-nueva-lucha-de-clases/>.

Narcicismo como norma. La deformación psíquica en la sociedad capitalista tardía

Título original: *Narzissmus als Norm. Psychische Deformation in der spätkapitalistischen Gesellschaft*

Publicado originalmente en la revista *Widerspruch. Beiträge zu sozialistischer Politik*, en su número 73, del año 2019. El año 2020 se reprodujo su versión en español en la web de la revista *Krisis*. Revisar la versión en alemán en: <https://www.krisis.org/2019/narzissmus-als-norm/>. La traducción al español puede contrastarse en: <https://www.krisis.org/2020/el-narcismo-como-norma/>.

Ascenso y caída del hombre trabajador. Para una crítica de la masculinidad moderna

Título original: *Aufstieg und Fall des Arbeitsmanns. Zur Kritik der modernen Männlichkeit*

La versión original en alemán se publicó el año 2008. Traducido al español, fue publicado el 2017 en *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*. Revisar el alemán original en: <https://www.krisis.org/2008/aufstieg-und-fall-des-arbeitsmanns/>. Con respecto a la versión española, cotejar en: <https://www.herramienta.com.ar/ascenso-y-caida-del-hombre-trabajo-para-una-critica-de-la-masculinidad-moderna>.

La jerga de la decolonialidad

Título original: *The Jargon of Decoloniality. A Criticism of Walter Mignolos Writings*

Publicado originalmente en inglés en la revista *Catalyst: A Journal of Theory and Strategy* el año 2022, en su volumen 6 y número 2. Traducido al español para este libro. Revisar la versión original en: <https://catalyst-journal.com/2022/09/the-jargon-of-decoloniality>.

Avance hacia la regresión. Para una crítica del nacionalismo de izquierda

Título original: *Vorwärts in die Regression. Zur Kritik des linken Nationalismus á la Wagenknecht*

Publicado, con un título ligeramente diferente, en alemán el año 2017, en el libro colectivo titulado *Irrwege der Kapitalismuskritik*, que fue editado por Merlin Wolf. El 2021 se publicó la versión traducida al español en la revista *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, en su número 13. La versión en alemán se puede encontrar en: <https://www.krisis.org/2021/vorwaerts-in-die-regression-2/>. En cuanto a la versión española, se puede contrastar en: <https://constelaciones-rtc.net/article/view/4545/5182>.

Como arena en el mar. Pequeña economía política del imperativo del crecimiento

Título original: *Wie Sand am Meer. Kleine politische Ökonomie des Wachstumszwangs*

Texto publicado en alemán el año 2020 en el libro *Shutdown. Klima, Corona und der notwendige Ausstieg aus dem Kapitalismus*. Traducido al español para este libro. El original en alemán puede revisarse en: <https://www.krisis.org/wp-content/data/Ernst-Lohoff-Wie-Sand-am-Meer.pdf>.

Costos desplazados. La lógica de externalización de la producción capitalista de riqueza y su abolición

Título original: *Verdrängte Kosten. Die Externalisierungslogik der kapitalistischen Reichtumsproduktion und deren Aufhebung*

Texto publicado en alemán el año 2020 en el libro *Shutdown. Klima, Corona und der notwendige Ausstieg aus dem Kapitalismus*. Traducido al español para este libro. La versión original se encuentra en: <https://www.krisis.org/wp-content/data/Verdraengte-Kosten.pdf>.

Crisis mundial y los límites del capitalismo

*Textos sobre la crítica del valor, la teoría de la crisis,
la devastación ecológica y la subjetividad moderna*

de Norbert Trenkle, Ernst Lohoff, Peter Samol y Neil Larsen.

Se imprimió en el mes de setiembre de 2025 en los talleres
gráficos de GRÁFICA PERU ART E.I.R.L

Jirón Las Crucinelas 480,

San Juan de Lurigancho

Tiraje: 300 ejemplares

